



BIBLIOTECA CÁTEDRA DEL SIGLO XX

Juan Eduardo Zúñiga
El coral y las aguas
Inútiles totales


CÁTEDRA

JUAN EDUARDO ZÚÑIGA

El coral y las aguas

Inútiles totales

Edición de Luis Beltrán Almería y Ángeles Encinar

CÁTEDRA

Índice

INTRODUCCIÓN

1. La obra de Juan Eduardo Zúñiga

El camino de un escritor

Desde los bosques nevados. Los escritores rusos

Ciclos de cuentos

La trilogía de la Guerra Civil

Flores de plomo

Misterios, brillos y fábulas

Misterios de las noches y los días

Brillan monedas oxidadas

Fábulas irónicas

Otros escritos

Sofía

2. Las novelas

Inútiles totales

El coral y las aguas

Esta edición

Bibliografía

EL CORAL Y LAS AGUAS

1. Los comienzos

2. Amor, indomable amor

3. Los recuerdos

4. Por rebeldía

5. Un trozo de coral

6. Proyecto de viaje

7. Las riquezas
8. Las persuaciones
9. La inquietud
10. La lucha
11. El final

INÚTILES TOTALES

I

II

APÉNDICE

Prólogo a la edición de 1962 de *El coral y las aguas*

CRÉDITOS

Introducción





Juan Eduardo Zúñiga (fotografía de Jesús Marchamalo).

1. LA OBRA DE JUAN EDUARDO ZÚÑIGA

El camino de un escritor

En «Fragmentos de unas *Memorias íntimas*», de 2014, Juan Eduardo Zúñiga recordaba una tarde de invierno en Madrid siendo niño, alrededor de 1930, en que cayó una gran nevada. El paisaje blanco, poco frecuente, le impresionó y la belleza contemplada en el recuerdo se interrumpe por la incursión de un suceso infortunado en relación a unos vecinos. El escritor adulto comprende ahora que aquella experiencia fue el inicio en su «formación de avaro captador del mundo visible»¹. Su papel de observador a distancia lo compara en el presente con el del lector, que capta las ideas mediante la palabra escrita. Además, en la admiración ante la naturaleza, no solo la real, sino la imaginada, descubre con el tiempo «el trasfondo de una prematura vocación literaria»². Su amor por la lectura se originó en la infancia, con las novelas de Emilio Salgari y Julio Verne, atraído por aventuras y lugares exóticos, y ya adolescente le cautivaron los poemas del rumano George Barcovia, capaz de transformar su ciudad natal en una fantasía delirante³.

Juan Eduardo Zúñiga nació el 24 de enero de 1919 en Madrid. Aunque siempre se ha mostrado reticente a declarar esta fecha, apareció excepcionalmente en la contraportada de la primera edición de su novela *El coral y las aguas*, en 1962. Es, por tanto, uno de los escritores mayores de la generación del medio siglo. Tuvo amistad con Armando López Salinas, Jesús López Pacheco, Antonio Ferres y José María de Quinto, entre otros, todos eran intelectuales antifranquistas y algunos de ellos miembros del Partido Comunista. Se reunían en el café La Estación, en la glorieta de Quevedo, y el café Pelayo, en la esquina entre Alcalá y Menéndez Pelayo, y allí compartían

sus inquietudes. La mayoría se identificó con el realismo social, corriente que proponía la denuncia política, pensando sus integrantes que tendría como efecto un auténtico impacto social. Sin embargo, Zúñiga no lo adoptó, su obra se apartaba de la inmediatez y aspiraba a reflejar sus intereses mediante un simbolismo realista y didáctico. También frecuentó, años antes, la tertulia del Café Lisboa, en la Puerta del Sol, donde acudían Antonio Buero Vallejo, Francisco García Pavón, Arturo del Hoyo —editor además de escritor, trabajó en la editorial Aguilar, a él se deben en aquellos años las obras completas de Federico García Lorca, Miguel Hernández y Antón Chéjov—⁴, y Vicente Soto, autores de la promoción inicial de posguerra⁵.

Zúñiga nació en el centro de Madrid, en la plaza de Bilbao, después denominada Ruiz Zorrilla, y más tarde Vázquez de Mella hasta el año 2016 que cambió al nombre actual, plaza de Pedro Zerolo. Vivió allí hasta los cinco años y después la familia —padres, hermana mayor y él— se trasladó a una casita en el barrio de Prosperidad. A los once años, en un libro de su padre, descubrió una lámina sobre los colosos de Memnón y la leyenda de que hablaban en una lengua desconocida, ahí sitúa él mismo su atracción por las lenguas⁶. Desde entonces esta afición no hizo más que crecer. Se interesó primero por la literatura rusa, después por las literaturas eslavas, de Rumanía y Bulgaria —en 1944 tradujo, junto a Petrov Neikov, la novela *El segador*, de Iordan Iovkoff, y publicó dos libros de historia (*La historia y la política de Bulgaria y Hungría y Rumanía en el Danubio*)— y años más tarde hizo traducciones de novelistas portugueses, también de las obras del poeta y pensador Antero de Quental por lo que obtuvo, en 1987, el Premio Nacional de Traducción. Sobre esta tarea ha dicho: «Considero la traducción un ejercicio de enorme utilidad para agilizar los recursos del idioma y siempre me ha parecido que se amplían las perspectivas vitales con el conocimiento de otras lenguas»⁷. La literatura ha sido, sin duda alguna, su principal dedicación en modos diversos: la escritura de sus obras, traducciones, ediciones y prólogos a las obras de autores admirados —Larra, Chéjov, Yávorov, Pautovski, Turguéniev—, artículos y reseñas en revistas, colaboraciones. Casi todas las facetas literarias están presentes en la obra de Zúñiga.

«Desde los bosques nevados». *Los escritores rusos*

Desde los bosques nevados. Memoria de escritores rusos, publicado con este título en 2010, reúne dos libros de ensayos anteriores: *Las inciertas pasiones de Iván Turguéniev*, versión revisada de *Los imposibles afectos de Iván Turguéniev*, de 1977 y reeditada en 1996, ya efectuada la revisión, y *El anillo de Pushkin*, de 1983, reeditada en 1992. En el nuevo libro aparece la última en primer lugar. En el breve prólogo a esta, «Una lectura apasionada», Zúñiga declara: «me he propuesto recordar, como evocación de un entusiasmo juvenil, fragmentos del ámbito literario ruso. Tipos de hombres y de mujeres muy variados, en historias que me emocionaron, a los que debo un estímulo que avivó la sensibilidad. Y la sorpresa ante la gran creatividad»⁸. En efecto, las lecturas de los grandes escritores rusos incentivaron al autor madrileño, y temas y motivos de aquellos se han recreado en sus obras con su particular mirada.

Veintiún ensayos o relatos componen *El anillo de Pushkin*⁹. La conjunción disyuntiva tiene intencionalidad, pues en algunos predomina la ficción, como sucede con el que titula el volumen. El anillo que la amante de Pushkin le entrega para que se convierta en su talismán y le proteja de las desgracias pasa por varias manos hasta llegar a Turguéniev y finalmente desaparecer durante la Revolución. El simbolismo de la joya supera la anécdota y se convierte en inspiración de un poema y de un relato de los autores que lo poseyeron, también lo es de la narración actual y representa las grandes pasiones de los humanos —el amor, la violencia, la traición— y, en concreto, del pueblo ruso.

La ciudad, tan importante en toda la obra de Zúñiga, en especial Madrid, es motivo recurrente en estos artículos y uno de sus más preciados símbolos. Moscú y San Petersburgo son enfocadas una y otra vez desde las diversas interpretaciones dadas a calles, plazas y esculturas por los autores admirados. Y la ciudad representa la guerra y la destrucción en ocasiones; la estatua de Pedro el Grande en San Petersburgo es testigo de los avatares de la historia rusa, pero también es símbolo del afecto maternal, de lo entrañable y de las ilusiones, así lo vieron Tolstói, Lérmontov, Chéjov o Turguéniev en Moscú y se lo hicieron decir a sus personajes¹⁰. Zúñiga admite que «una ciudad es, por

excelencia, nutritiva sustancia literaria»¹¹.

Otro de sus símbolos capitales es la mujer. «Mujeres leídas, soñadas» es el título de uno de estos ensayos. Las protagonistas de las inolvidables novelas rusas son objeto de reflexión, pues, a juicio del autor, gracias a estas heroínas muchos lectores olvidaron las desgracias de su mundo e imaginaron destinos menos adversos; fundamentaron quimeras y fantasearon pasiones. Asimismo, numerosas mujeres (Maruja [*Inútiles totales*], Paracata [*El coral y las aguas*], Adela y Rosa [*Capital de la gloria*]) en las obras de Zúñiga viven y transmiten sus deseos para salvarse de su entorno fatal y, por ende, redimir al lector de sus frustraciones. También la ciudad y la mujer comparten protagonismo en sus ficciones.

Al aproximarse a la producción de Antón Chéjov, analiza los intereses y preocupaciones literarias del autor de *La gaviota*, y pone de manifiesto las dos visiones de la creación enfrentadas en su época a través de dos personajes de esta pieza teatral, el doctor Dorn y el joven Tréplev: las obras deben exponer ideas, en el primer caso, y la escritura artística requiere total libertad, en el segundo. La incompreensión del contenido de este drama supuso un fracaso para el autor ruso que siempre arrastró, igual que le sucedió a Zúñiga con la falta de entendimiento de *El coral y las aguas*. Además, al profundizar en el estudio de la producción chejoviana, nos da una clave para entender su propia obra: «Todas las vidas que él conoció en el entorno de la inmensa Rusia tenían la marca dolorosa de las ilusiones frustradas, sueños imposibles, y él trasladó esta frustración general a sus cuentos, no con el propósito caritativo de la literatura social de su siglo, sino con el claro entendimiento de sus causas profundas»¹².

La etnia gitana está muy presente entre los escritores rusos, su vida y sus cánticos, su afán insaciable de libertad. En un poema de Pushkin, una joven gitana declara su derecho constante a enamorarse de quien quiera y cuando este sentimiento se lo exija, por eso, señala Zúñiga, él determinó el carácter de la gitana como símbolo de la libertad en el amor. Turguéniev también lo sintió así y lo muestra con la zíngara protagonista de su cuento «El fin de Chertopjánov». La atracción por el pueblo gitano y sus costumbres, sobre todo las amorosas, es motivo recurrente en la narrativa de Juan Eduardo Zúñiga. Destacan los extraordinarios relatos «El molino de Santa Bárbara»,

en *Brillan monedas oxidadas*, y «La gitana», de *Misterios de las noches y los días*, modelos de este símbolo.

El ensayo «Las memorias» resulta una magnífica exposición del posible objetivo de este género. Al calor de los recuerdos, se recrean atmósferas y lugares, bien con un tono nostálgico, para gozar de nuevo con el tiempo pasado, o para desahogarse e intentar rectificar la reminiscencia de lo vivido o, en otros casos, testimoniar la existencia de individuos y sus rasgos característicos, incluso para explicar comportamientos. El lector, a juicio del escritor madrileño, puede identificarse con lo relatado, pero también cabe la posibilidad de que las memorias sean una invención autorial, porque, se afirma, es difícil separar lo real de lo imaginado.

Juan Eduardo Zúñiga concluye el ensayo sobre Iván Turguéniev con una frase popular que considera lema de la obra y de la personalidad del escritor ruso: «El alma ajena es un bosque sombrío»¹³. En el capítulo introductorio y en los doce siguientes, Zúñiga se propone desvelar las relaciones entre la obra literaria del ruso y su personalidad, pues lo considera un escritor con una destreza magistral «para analizar los entresijos del alma humana»¹⁴. El primer encuentro con su literatura fue a los trece años, como ha señalado en diferentes ocasiones, al llegar a sus manos un folleto editorial con secuencias de *Nido de nobles*. Le sedujeron la descripción de paisajes, los personajes y sus relaciones, los secretos familiares. Aquella lectura le produjo «una conmoción indefinible y difícil de justificar [...] comunicaba una leve tristeza por las vidas no realizadas y por la decepción de los inestables afectos»¹⁵.

Según Zúñiga, Turguéniev tomó el modelo del tipo de personaje denominado «hombre inútil» de Pushkin. Lo desarrolló por primera vez en su novela *Diario de un hombre superfluo*, cuyo título apunta a los rasgos del protagonista: indecisión, falta de voluntad, pronto a la renuncia y al sometimiento, rígido y causante de frustraciones en los demás. Esta figura se convierte en el tema principal de la novela de 1856 *Dmitri Rudin*. La presencia de personajes inútiles es frecuente en las ficciones de Zúñiga, valga como ejemplo el título de su primera obra, *Inútiles totales* (1951).

La propia existencia de Turguéniev se convirtió en materia literaria y se le considera representante de la corriente simbólico-realista de la novela occidental hasta la actualidad. Además, se resalta la fuerza de su lenguaje y el

poderío de su estilo, cuidadoso en extremo para utilizar el vocablo exacto y transmitir a la prosa el ritmo adecuado en consonancia con el contenido.

En apariencia ambas obras coinciden únicamente en su carácter didáctico y en su temática eslava. Sin embargo, a la luz del conjunto de la obra de Zúñiga, es posible comprender el papel que juegan estos libros. Varios momentos de su obra están anticipados en *El anillo de Pushkin*. En otras palabras, su obra posee una intensa unidad. Para explicar el vínculo profundo entre el ciclo eslavo y el resto, utilizamos lo que se podría denominar la *hipótesis autobiográfica*. Tanto la colección de ensayos sobre literatura rusa como el ensayo biográfico sobre Turguéniev son dos manifestaciones autobiográficas dotadas de un didactismo profundo, que no es lo que una lectura superficial puede ofrecer. Las líneas de la introducción a *El anillo de Pushkin* llaman la atención sobre el sentido de unidad de la gran literatura rusa, pero también sobre el sentido de resurrección y renovación que jugó esa unidad estética para Zúñiga. Es decir, Zúñiga es el escritor de la metamorfosis y, para serlo, ha tenido que pasar su propia metamorfosis, su propia resurrección. El agente de la transformación ha sido esa literatura rusa. Y la exposición de los *prodigia* de esa literatura, esto es, una serie de anécdotas dotadas de una fuerza mágica, viene a ser la más profunda autobiografía del escritor. La biografía antigua ya conoció la modalidad de los *prodigia* como forma del género biográfico. Allí los *prodigia* eran un género que presentaba signos de fortuna, presagios del destino, que daban pie a las iniciativas y actos de una vida. En la literatura posterior los *prodigia* ampliaron la noción de la fortuna a otras como el talento, la intuición y la genialidad. Y lo que tenemos en esta colección de ensayos-anécdotas es el tesoro de la literatura rusa: sus talentos, las intuiciones, sus rasgos de genialidad. Esa colección, si se contempla aislada, no puede ser concebida más que como una enciclopedia de motivos, pero su sentido va más allá: su sentido solo puede alcanzarse en el conjunto de la estética de Zúñiga, como indicios de la renovación de su genio literario.

Este espíritu biográfico resulta menos claro en *Las inciertas pasiones de Iván Turguéniev*. Precisamente por someterse a la forma expositiva de la biografía este ensayo está condicionado por una de las variantes históricas del género, el tipo biográfico *dramático*, cuyo forjador —según Bajtín— fue

Plutarco y que se funda en la observancia del tiempo biográfico y la percepción de la vida como un drama. La vida de Turguéniev está vista, en efecto, como un drama, el de su pasión y su dependencia de la cantante española Paulina García-Viardot. La influencia de una madre despótica, la incierta pasión por Viardot y otros vínculos no menos inciertos pero menos duraderos con otras mujeres conforman el drama de un hombre incapaz de afrontar su propio destino, de un *hombre inútil*. Pero hay otra dimensión que la puramente dramática. Hay una dimensión biográfica que se manifiesta en el interés por mostrar el material biográfico del mismo Turguéniev y el sentido de este fenómeno para Zúñiga¹⁶. Turguéniev utiliza profusamente lo biográfico en sus obras, sus obsesiones quedan nítidamente reflejadas. Esto resulta de capital importancia para entenderlo no como un simple realista que muestra la tragedia de la nación rusa, como se le ha entendido generalmente, sino con otro propósito distinto, el de comprender el alma humana. Su lema, ya señalado, «el alma ajena es un bosque sombrío», variante de un dicho popular ruso («El alma ajena, tinieblas»), explica la doble orientación creadora de Turguéniev: el presente y la fantasía. Y, sobre todo, explica que en las novelas más *realistas* del autor ruso aparezcan momentos inexplicables en la lógica del realismo. Estos momentos de libre imaginación no pasan desapercibidos a la visión crítica de Zúñiga. Y quizá constituya la dimensión más valiosa de este ensayo la recuperación de esos elementos de libre imaginación: sueños, poemas en prosa, motivos inexplicables, etc. *Las inciertas pasiones de Iván Turguéniev* salda la deuda personal de Zúñiga con el autor ruso y explica no solo el motivo de su atracción por él, sino algo más relevante, el encuentro entre dos talentos: el origen de un destino literario.

Ciclos de cuentos

Juan Eduardo Zúñiga es uno de los mejores escritores de cuentos de la segunda mitad del siglo xx y de las primeras décadas del XXI. Así lo reconocieron la crítica y el público lector al aparecer en 1980 su volumen *Largo noviembre de Madrid*¹⁷. Pero antes de esa fecha había publicado unos cuentos excepcionales en revistas donde era colaborador asiduo. Estos

relatos, alejados del realismo social predominante en los años cincuenta, se apartaban de la inmediatez de los sucesos del momento y aspiraban a reflejar sus inquietudes mediante un simbolismo realista. Algunos títulos son «Marbec y el ramo de lilas», «La gran mancha verde», «Jazz Session», «El festín y la lluvia», «Agonía bajo el manto de oro» y «Un ruido extraño»¹⁸. Su opción estética, como se ha indicado, «contraviene las “consignas realistas” de la mayor parte de los defensores del arte social»¹⁹.

La denominación *ciclo de cuentos*, ausente en la crítica literaria española hasta hace unos años, ayuda a descubrir el entramado estético de las colecciones de Zúñiga y brinda una mejor comprensión del conjunto. La locución para designar un ciclo de cuentos ha sido variada y cada vocablo intenta resaltar un aspecto concreto, como se comprueba en los enunciados: «short story composite», «rovelle», «integrated short story collection» o «short story sequence»²⁰. El término *ciclo de cuentos*, propuesto por Forrest Ingram, es apropiado y sus teorías son un buen punto de partida. Según Ingram, si se considera el *ciclo de cuentos* dentro de un conjunto, en un extremo se encontraría una colección de cuentos sin ninguna conexión entre ellos y en el otro estaría la novela. Su definición para el ciclo es un libro de cuentos tan unidos por el autor que la experiencia total del lector, a varios niveles, modifica significativamente la experiencia de cada una de las partes²¹. Un ciclo está unificado de diferentes modos, a través de los escenarios, la acción, el tema, los personajes, el tono, los símbolos, etc., pero lo que Ingram califica de penetrante es un desarrollo recurrente, es decir, la repetición de un elemento ya usado de otra forma o en otro contexto, pues este modelo puede actuar a cualquier nivel. Cuando un autor forma un ciclo con sus historias, Ingram distingue tres clases: ciclo compuesto si el autor lo concibe como una totalidad; ciclo adaptado por un autor o por un editor, donde las historias se yuxtaponen o asocian para iluminarse o comentarse entre sí; y ciclo completo, en el que el autor comienza con relatos independientes, pero entre ellos descubre puntos en común y termina por completarlos de forma unificadora²².

Por otro lado, Robert Luscher acuña la expresión *Secuencia de cuentos* que pone el énfasis en la sucesión de las historias, en el hecho de que el lector de manera progresiva va creando un significado total²³. Propone unas señales

con las que el lector reconoce la secuencia. Entre ellas, un título diferente al de todos los cuentos, un epígrafe, un prólogo, un mapa del lugar, un escenario común, personajes relacionados, narradores comunes o complementarios, repetición de temas, estructura temporal libre, contrapunto y motivos e imágenes recurrentes.

Las propuestas de Ingram y Luscher ayudan a una comprensión más totalizadora de los cuatro volúmenes de relatos estudiados a continuación.

«La trilogía de la Guerra Civil»

Con este título aparecieron en 2011, en la editorial Galaxia Gutenberg, los tres libros de cuentos unificados por la temática de la Guerra Civil. En esta ocasión, vinieron designados por un título global y se les dio un orden diferente al de su publicación individual, que fue la seguida en la edición crítica en Cátedra, en 2007. El nuevo orden, acorde a las referencias históricas contenidas, es *Largo noviembre de Madrid* (1980), *Capital de la gloria* (2003) y *La tierra será un paraíso* (1989). Además, se añadieron dos cuentos: «Caluroso día de julio», en el primero, e «Invención del héroe», en el segundo. En el acto de presentación del volumen, el día 2 de diciembre de 2011, Juan Eduardo Zúñiga dijo:

En esta trilogía está el pulso de la imaginación y de la historia no muy lejana de nuestro país porque, según creo, el acontecer colectivo de una época se filtra en las obras literarias, incluso aunque el autor no se lo proponga. Y precisamente, al comunicarse esta materia a través de la subjetividad del escritor, las novelas, la poesía, los cuentos dan testimonio no de los grandes hechos sino de la existencia de los individuos en relación con aquellos. [...], estos relatos presentan una evidente unidad y casi podría aventurar que forman una larga crónica de los tres años que duró la historia dolorosa del cerco de Madrid.

Subrayamos la intención de totalidad deseada en el libro, incluso el editor, Joan Tarrida, utiliza la palabra novela al referirse a ellos: «Cuando pude leer juntas las tres novelas de la Guerra Civil tuve la sensación de estar ante una de las grandes obras europeas de los últimos tiempos», y precisa «Al dotarlos de unidad los libros crecieron»²⁴. Es obvia la idea de un todo que sobresale sobre las partes, por eso, es pertinente la denominación *ciclo de cuentos*²⁵.

Los tres volúmenes se pueden denominar asimismo como el ciclo de la

destrucción de la tierra natal, con un claro signo de identidad: la experiencia de la Guerra Civil española²⁶. Con ellos se conoce a Zúñiga en su faceta de escritor de la guerra, vista desde el bando de los perdedores. Esto es verdad, pero también es insuficiente. El primer relato de *Largo noviembre de Madrid*, «Noviembre, la madre, 1936», comienza por las siguientes palabras «Pasarán unos años y olvidaremos todo». Casi la misma frase vuelve a aparecer en el comienzo de «La dignidad, los papeles, el olvido», en *La tierra será un paraíso*: «Pasarán unos años y lo olvidarás todo». No se trata de una simple preocupación por el olvido de una experiencia cruel, la guerra, el cerco de Madrid. Hay en estos libros un esfuerzo por captar también lo extraordinario que surge de la excepcionalidad. «Eran meses en que cualquier hecho trivial, pasado cierto tiempo, revelaba su aspecto excepcional, que ya no sería olvidado fácilmente»²⁷. Es decir, no solo se señala la excepcionalidad de esa situación, se advierte que esa excepcionalidad emana más de la reflexión —«pasado cierto tiempo»— que de la barbarie en sí. Y es precisamente la percepción de lo extraordinario en lo trivial el estímulo que vertebra estos relatos.

En *Largo noviembre de Madrid* la imposibilidad del idilio, de un mundo que permita el crecimiento armónico de la humanidad, se dispone en dos direcciones distintas: la destrucción y la desesperación. Con mayor precisión habría que decir la escenificación de la destrucción del idilio y la expresión de la desesperación mediante elementos de sátira menipea²⁸. Analicemos ambos aspectos. La destrucción del idilio es uno de los motivos centrales del simbolismo moderno. El idilio, el crecimiento familiar y laboral, fue un motivo estético de las culturas tradicionales y orales —la canción popular y folclórica ha tenido en el idilio su medio natural—. Pero ya en la Antigüedad la literatura idílica pasó a tener una gran importancia, entre otras razones, por la necesidad de sublimar la nueva familia monogámica. La literatura idílica ha tenido un papel fundamental, tanto en la poesía como en la prosa. Y en la Modernidad ese papel ha venido a ser el de la representación de la crisis y destrucción del idilio. Sin salir de la literatura española tenemos esa estética de la crisis, primero, y de la destrucción, después, en Galdós —*El abuelo*, *Cassandra*—, en Baroja —la trilogía de la tierra vasca— y, sobre todo, en Valle-Inclán —el ciclo de la guerra carlista, *El embrujado*—.

En Zúñiga es fácil apreciar que el cerco y la destrucción de Madrid (el Madrid de 1938) es comprendido como la destrucción del idilio. Pero, en verdad, no le interesa solo la ceremonia de la destrucción —como, por ejemplo, a Valle-Inclán—, sino la dimensión regeneradora que se puede apreciar en el momento mismo de la destrucción. Por ejemplo, en el primer relato de *Largo noviembre de Madrid*, «Noviembre, la madre, 1936», muestra una familia en descomposición. Tres hermanos se sienten extraños en su propia casa, muertos los padres, y solo se muestran interesados en el reparto de la herencia: «la fría decisión del lucro [...] hace que los hermanos dejen de serlo»²⁹. Pero este relato va más allá de la destrucción familiar. Frente a los tres hombres inútiles aparece, una vez más, la figura regeneradora de la mujer, gracias al recuerdo de la madre suscitado en el menor: «Y esa claridad que había venido a bañar una segunda naturaleza subterránea permitió al hermano menor comprender cómo era la madre y desde entonces relacionarla con su nueva mirada hacia las cosas»³⁰. El espíritu solidario, igualitario de la madre ha producido una segunda naturaleza en ese hijo que emerge gracias a la guerra: «la decisión [...] de desechar para siempre la mezquindad de aquella forma de vida»³¹. En la destrucción de la tierra natal, de las familias y de los paisajes va a buscar Zúñiga la semilla de la nueva visión de las cosas, la razón de la esperanza. En esa línea se orientan otros seis relatos: «Riesgos del atardecer», «Puertas abiertas, puertas cerradas», «Calle de Ruiz, ojos vacíos», «Mastican los dientes, muerden», «Campos de Carabanchel» y «Heladas lluvias de febrero». Esa necesidad de no quedarse en la mera destrucción lleva a Zúñiga a explorar, desde el idilio, tantas posibilidades como sea posible. En «Calle de Ruiz...» vemos aparecer el hermetismo (el libro, la ceguera, «todos somos ciegos»). En «Mastican los dientes...», una sátira del idilio. En «Heladas lluvias...», un anti-idilio y diálogos en el umbral.

La segunda apuesta de este libro es la escenificación de la desesperación. Para ello precisa la sátira menipea. La menipea es el género que ya la Antigüedad desarrolló para denunciar la desvalorización del mundo coetáneo. Combina la búsqueda de la verdad con una fuerte presencia de elementos procedentes del dominio de la risa folclórica, acompañados de sátira, parodia y otras formas menores de la risa. En «Nubes de polvo y humo» encontramos

un diálogo en el umbral³² sobre la guerra y el sentido de la vida, la magia de la echadora de cartas, el grotesco de una sorprendente dentadura postiza. Son todos elementos característicos de la menipea. En «Mastican los dientes, muerden» puede verse un banquete sarcástico y la ya citada sátira del idilio. En «Un ruido extraño» presenciamos una especie de bajada a los infiernos, acompañada de una dosis de hermetismo. En «Presagios de la noche» aparecen tipos habituales de la menipea: el soldado que quiere salvarse, la prostituta, la echadora de cartas. La menipea es un género que combina la más libre fabulación (fantasía incluida), con el humor y el mundo de los bajos fondos. En esta etapa de la obra de Zúñiga el humor adquiere un aspecto sombrío. Pero lo fundamental de este género se mantiene vivo. Aquí se concibe como si fuera un cuento. Esto es habitual en el simbolismo moderno.

También aparecen en este libro otros elementos menores por su presencia y por su relevancia. Por ejemplo, el caso es el eje de «Hotel Florida, plaza Callao» y la destrucción de la aventura el de «Aventura en Madrid». En el tiempo de destrucción no cabe la aventura. La guerra —y más en una ciudad sitiada y condenada— a todos ciega y a todos lleva a la ruina.

La crítica ha llamado la atención acerca del estilo de este libro. En efecto, caracteriza este volumen un discurso simbolista que presenta gran concentración de símbolos, presagios, anticipaciones y demoras, silencios e incomunicaciones, y que se apoya en una retórica de iluminaciones y oscuridades que se complace en expresiones elusivas y descriptivas. El resultado es una tensión dramática que recorre el relato dándole una dimensión de fatalidad.

Con *Capital de la gloria* (2003) se acentúa el tiempo de destrucción. En esta entrega, de título épico («capital de la gloria, cubierta de juventudes la frente»), tomado de la poesía de guerra de Rafael Alberti, intenta dar un paso más allá en su construcción simbólica sobre la destrucción de la tierra natal, que es toda la Tierra. Ese Madrid de la Guerra Civil es para Zúñiga, un símbolo, no solo de resistencia y utopismo, sino un símbolo del destino trágico de la lucha de la humanidad por la liberación de sus yugos. Este símbolo le permite al autor situar a sus personajes en una situación excepcional, al borde de un abismo, en el umbral de la gran crisis existencial. En una entrevista publicada con motivo de la aparición del libro y

refiriéndose a *Capital de la gloria*, Zúñiga ha subrayado esa dimensión agónica: «He acentuado más el periodo de mayor desgaste psicológico. El final de la guerra está próximo y todos sufren esa erosión»³³. Los diez cuentos que componen *Capital de la gloria* exploran la quiebra íntima que produce la pérdida de la esperanza en una situación sin retorno.

El hilo conductor de estos relatos es, una vez más, la dinámica entre hombres inútiles y mujeres dotadas de iniciativa. Esta dinámica se enmarca en el tiempo de la desesperación, en pleno infierno. La primera de estas fábulas, «Los deseos, la noche», marca el tono de la serie: la iniciativa femenina está abocada al vacío, a la desesperación y a la locura; la inutilidad masculina resulta exasperante y no encuentra paliativos. La conexión entre el paisaje urbano desolado y el alma humana desesperada es completa.

En «El viaje a París» y «Rosa de Madrid» las protagonistas son mujeres. Es importante la presencia femenina, pues la guerra se vive en los espacios interiores, destinados a la vida familiar y a las relaciones personales. La figura de la madre preside la narración de «El viaje a París». Su extraño comportamiento en los últimos días, materializado en el abandono de sus tareas cotidianas y el desentendimiento de sus hijos, preocupa a todos los miembros de la familia. Donde antes habían visto alegría y ánimo frente a la adversidad, ahora encuentran tristeza y evasión. El narrador reflexivo relaciona este cambio con la llegada de la guerra a la capital:

Rápida había sido la transición: un alegre verano de excursiones al campo cambió a disparos, tanques ardiendo, ametralladoras con su ladrido, el vuelo de una bomba de mano que cae donde menos se espera, los heridos, los camilleros: este remolino incomprensible, angustioso, amenazando con próximos horrores, había entrado en la casa³⁴.

El tiempo narrativo se sitúa en el mes de noviembre, comienzo de la denominada batalla de Madrid, con uno de sus periodos más crudos entre noviembre de 1936 y la primavera de 1937 en los frentes del Manzanares y de la carretera de La Coruña. La resistencia del pueblo de Madrid resultaba ejemplar y el relato se hace eco de ello con la inclusión de la cancioncilla que recordaba el lema de «¡No pasarán!»³⁵, cantada al principio por la madre, y con el planteamiento de los hijos mayores para que recuerde el legado del padre de que lucharan por el socialismo, objetivo al que ahora les enfrenta la guerra. Pero ella persiste en su ensimismamiento sin atender a razones ni a las

actividades de sus hijos, alejada del hogar durante horas. Solo la fantasía de un viaje a París la hace renacer. Aquella ciudad suponía la libertad y la aventura, el retorno de los días felices, la necesaria evasión. Asocia este pensamiento alegre a la película de René Clair, *Bajo los techos de París* (1930), estrenada en España hacía unos meses, que le había transportado a lugares queridos y a historias románticas. Pero se trata solo de un escape momentáneo, la trágica realidad se mantiene.

En «Rosa de Madrid» el lector acompaña a la protagonista en sus recorridos por las calles y los barrios de la capital, y es testigo del dramático cambio que la guerra le provoca. Los alegres paseos de la aprendiz de modista por la calle del Humilladero, la Puerta de Toledo y la Ronda, unidos a su anhelo de conocer el amor y la pasión, se ven trastocados de forma súbita y profunda. El final del otoño trae el anuncio de los combates y los frentes próximos a la ciudad. La destrucción y la muerte se consuman ante los ojos de Rosa, pero las primeras consecuencias personales que ella padecerá serán la falta de alimentos, la pérdida de su trabajo y la desaparición de su novio, obligado a alistarse y destinado a algún lugar desconocido. Por ello, los síntomas no se hacen esperar, el miedo y la ansiedad comienzan a rondarla.

Los cambios drásticos a los que miles de españoles se vieron sometidos durante la Guerra Civil se ejemplifican en el relato, de forma sencilla, mediante el nuevo trabajo de la joven. Se ve forzada a trasladarse del centro de la ciudad a Vallecas, aceptar el turno de noche y dedicarse a la recuperación de municiones. Sus manos han cambiado las puntadas y los hilos por materiales destinados a matar. No es de extrañar, por tanto, que su desasosiego y nerviosismo se acrecienten. El propósito del autor es dar testimonio de las numerosas víctimas inocentes y de los daños psicológicos producidos por la contienda. El deterioro psicológico de la protagonista avanza al ritmo trepidante de la guerra. Para superar el miedo y la angustia y el horror de su entorno busca en el amor experiencias placenteras. Comienzan de este modo encuentros forzados en diferentes lugares y con hombres de distintas condiciones que nunca la satisfacen e incluso le infligen vejaciones. En este auténtico descenso a los infiernos, su degradación es progresiva y continua, llegando al extremo de la enfermedad mental. Zúñiga pone al lector

por testigo de que el pavor a la guerra y a la muerte ha destrozado la vida de esta joven de veinte años y la ha conducido a una situación de demencia e irracionalidad. El aullido final durante horas es símbolo inequívoco de su enajenación y de su estado de animalización.

La ciudad y la mujer comparten protagonismo en la trilogía y lo hacen de un modo muy marcado en este relato. El asedio a Madrid se corresponde con el acoso psicológico sufrido por la joven madrileña. La metamorfosis de la ciudad es paralela a la transformación de la mujer. Como ha escrito Zúñiga, la ciudad está vinculada a su ser. La destrucción de Madrid supone la destrucción del idilio que afecta a la ciudad y a sus habitantes. Rosa y la madre protagonista del anterior relato ejemplifican la destrucción de las relaciones familiares idílicas y de sus valores. El humanismo y la integridad experimentados en el microcosmos idílico se descomponen y en su lugar surge un mundo de personas separadas, encerradas en sí mismas y dominadas por el egoísmo. La metamorfosis de ambas mujeres persigue la felicidad, huyendo del miedo y la desesperación. Pero el intento resulta fallido y conlleva su propia ruina o privación.

Tras el sentimentalismo trágico de las figuras que componen *Capital de la gloria* apenas se esconden vivencias reales. Se trata más bien de grandes momentos de la literatura universal, filtrados y depurados de todo lo inesencial, para ser revestidos de un ropaje madrileño, brigadista, histórico incluso, que les añade el matiz abismal al que se asoman. Las apariciones de nombres históricos como el del sobrino de Virginia Woolf, el periodista José Luis Gallego o la fotógrafa Gerda Taro —compañera del gran fotógrafo Robert Capa— son trampas literarias, ardides de la verosimilitud, que encubren los misterios de la más genuina imaginación literaria, aquella que capta los momentos mágicos que cambian el destino de un ser humano, y que funda obras como las de Chéjov, Kafka, Calvino o Cortázar. Con todos ellos, Zúñiga comparte una concepción simbólico-humorística de la literatura. Es una literatura simbolista porque concibe la vida y su representación literaria como una lucha infinita y sin cuartel entre las fuerzas del bien y del mal, de la creación y de la destrucción. Es una literatura humorística porque, bajo la dimensión dramática y degradante, esconde un peculiar sentido del humor, fundado en una esperanza en el destino de la humanidad, que en Zúñiga suele

cifrarse en la juventud y sus impulsos.

Esta obra aporta algunos elementos compositivos nuevos en el ciclo madrileño. Aparece en la mayoría de los diez relatos que la componen una primera persona narradora que suele ser testigo de los hechos. Solo en «Anillo de traición» esa primera persona aparece de forma abrupta al final del relato identificando a uno de los personajes, con la evidente pretensión de acentuar el dramatismo. Este narrador testigo forma parte de una serie de aspectos discursivos que subrayan el sentido del conjunto de cuentos. Otro elemento es la fórmula que apela al olvido y a la memoria: «pasarán los años y olvidaremos todo», que aparece con ligeras variantes en algunas historias. Esta fórmula no apela a la retórica de la memoria, hoy convencional, sino a la dimensión educativa y dramática de estos relatos. Esa dimensión educativa va más allá del asunto de la guerra civil española. Se trata de la educación en una cultura de la esperanza y de la iniciativa transformadora de la sociedad.

Un giro significativo se observa en *La tierra será un paraíso*, colección de siete cuentos, publicada en 1989, que mantienen cierta unidad temática. Ya no son relatos de guerra sino de posguerra. El primero señala que han pasado tres años del fin de la guerra y alude a un verano (el de 1942). La clave estética de este relato —y de todos los que componen el libro— es la búsqueda del sentido de la vida. A esa tarea alude el título del volumen: hacer de la tierra un paraíso. Y esto lleva a una poderosa reflexión sobre el sentido de la vida y, sobre todo, acerca del sentido de la lucha por la utopía. No se busca representar la destrucción o la desesperación, sino investigar las quimeras y su valor para apreciar la crisis de unos seres sometidos a una tarea que los supera, pero sin la que no pueden vivir. Los nuevos relatos resultan más largos, más complejos. La búsqueda conlleva la puesta a prueba de personajes y de sus sueños y utopías. El resultado es el fracaso. Estos procesos de búsqueda de un mundo mejor requieren fórmulas complejas. Aquí las ficciones se fundan en nuevas formas, próximas unas veces al diálogo socrático —como en «Camino del Tíbet»— o a metamorfosis —como en «Sueños después de la derrota» o «La dignidad, los papeles, el olvido»—. Elementos de la estética de la destrucción del idilio familiar —familias rotas, sobre todo— están presentes como elementos menores, casi decorativos, pero han perdido el papel nuclear que tenían en *Largo*

noviembre de Madrid. Ahora no es posible el idilio, pues los personajes ya no se sienten integrados en su tierra natal, sino extraños. Este cambio hace que varios relatos aparezcan como realistas. De hecho, ciertos contenidos autobiográficos vienen a alimentar la narración. Sin embargo, la actitud resistente, extraña, de los personajes frente al régimen de la injusticia los termina elevando más allá del realismo. La crisis personal de estos personajes no es un episodio individual, sino histórico. Y aquí la palabra «histórico» no debe entenderse en un sentido limitado, el de la referencia a la posguerra española, sino en un sentido superior: la aceptación de las limitaciones del mundo moderno —aunque aparezcan revestidas de la brutal represión de la dictadura— o la lucha por la ilusión de una tierra que debería ser un paraíso, de la quimera de un mundo nuevo.

«Camino del Tíbet» y «El último día del mundo» son los relatos más alejados de la orientación militante que domina el libro. En «Camino del Tíbet» la fábula se limita a dar cuenta de los diálogos y debates de un círculo de teósofos, miembros de una secta esotérica. La magia y el esoterismo son su salida a la estrechez del mundo de la posguerra. De esta forma, partiendo de la situación histórica, nos vemos trasplantados a un grupo extraño, ajeno al mundo real. Y, sin embargo, su huida del mundo real no les permite deshacerse de los problemas existenciales. El motivo del diálogo es la verdad. Aunque tratan de evitarlo, su discusión deriva hacia el problema del comunismo y de la utopía. En el momento más delicado del debate alguien cuenta un cuento. Este bien podría figurar entre los relatos que componen *Misterios de las noches y los días*, pues se trata de una nueva versión del hombre inútil y la mujer libre. Un noble recoge una noche de invierno a un soldado mudo y a un peregrino. Su esposa yace esa noche con el soldado y huye con él al alba. Un tiempo después, ya en la primavera, el peregrino, que ha sido testigo del encuentro amoroso y de la huida, los reconoce a pesar de su aspecto sucio y harapiento. «La mujer no es ya la esposa de un noble sino otra persona distinta en la que lo auténtico, lo espontáneo se ha abierto camino y expresa al cantar su propia destrucción»³⁶. El peregrino se arrodilla ante ella y murmura: «¡Maestro, sé tú mi maestro!». Ella ni siquiera lo mira. Sin embargo, los teósofos no saben extraer la lección. Más adelante buscan su identidad en un espejo, pero lo que ven allí les desagrada. Uno de ellos tira

el espejo y se hace añicos multiplicando y fragmentando sus imágenes. Ellos se aferran al hermetismo y se sienten desamparados ante la muerte del maestro. Su evangelio renovador les permite contemplar un horizonte «de fantásticas formas y colores al atardecer —lo único grandioso que podía contemplar en una existencia de estrechos límites—»³⁷, aunque el contradictorio Lorenzo, al pensar esto, va descendiendo al Viaducto, el camino de un posible suicidio. Completan este episodio la crítica de la casualidad, una aparición —la del padre de Elisa—, el arrepentimiento de Antonio, el cínico reaccionario del grupo, su metamorfosis y la desolación final, expresión de las limitaciones de la «Doctrina Secreta y de la sabiduría perenne». No cabe duda de que el grado de integración de las posibilidades del simbolismo es aquí insuperable, y que esa concentración resulta profundamente significativa. La crítica del hermetismo reaparece en «Interminable espera», vinculada a la lucha por un mundo mejor, y a las dudas que suscita la «utopía disparatada». También «Las ilusiones: el Cerro de las balas» es un relato de una notable concentración de motivos —el miedo que hace a todos extraños en su propia tierra, el extranjero solidario, el enamoramiento de la gitana, la frustración de las ilusiones—. Este relato, el primero de los siete, es una síntesis del libro anterior, al tiempo que la introducción a ese mundo de la posguerra, en el que todos son extraños y las quimeras resultan tan incomprensibles como necesarias. Aquí se otorga un papel protagonista a una figura real: el científico y escritor búlgaro Dimíter Dímov. Este convence al personaje narrador de que no emigre, de la necesidad de permanecer en el país natal. Además, Dímov habla al narrador de Sofía y de su país natal, anticipando e inspirando el ensayo que Zúñiga dedicaría a la capital búlgara.

Especialmente significativo resulta también el séptimo relato, «El último día del mundo». La descripción del comienzo del cuento instauro el ambiente de desolación que se vive en el barrio y la vertiginosa transformación de que ha sido objeto. Y aún más, se anuncia una metamorfosis completa, pues el conjunto de chalets que lo formaban va a ser derribado para construir en su lugar «la gran avenida de los desfiles triunfales»³⁸. Por tanto, la estética de la destrucción del idilio hace acto de presencia desde el primer momento.

El barrio cede pronto su protagonismo a los únicos habitantes, dos

hombres y una mujer, que simbolizan la resistencia y han decidido no claudicar ante sus invasores, pues los tres se confiesan vencidos de la guerra. Mientras que en los relatos anteriores la metamorfosis implicaba la destrucción personal y la renuncia a la propia vida, en este el cambio se produce desde los postulados del hedonismo. Los protagonistas, sabedores de su próximo fin porque será el resultado de su propia determinación, se aferran al disfrute y al placer consentido con la exclusiva pretensión de suprimir el pasado, ya que se han fijado como objetivo «olvidar las calamidades de la reciente derrota»³⁹.

En este cuento la estética de Zúñiga alcanza su cénit, fundiendo el hermetismo agónico del último día del mundo con la alegría y la esperanza de un mundo mejor. La destrucción del idilio —el barrio de chalets va a ser reducido a escombros— se funde con el gran banquete y con la metamorfosis. Tres amigos establecen una relación enteramente alegre y feliz. Y esa relación de alegre felicidad les lleva a una permanente metamorfosis. Los juegos, el teatro, el banquete de todos los placeres les permiten crear «un dominio excepcional donde fugazmente podían identificar los placeres y la felicidad, quizá también el olvido»⁴⁰. Este relato aporta al conjunto dos aspectos esenciales: la alegría y la metamorfosis. En el marco de las crisis que componen los anteriores apenas queda espacio para la risa y para la transformación. Precisamente por el profundo sentido histórico de la crisis casi no queda lugar para el triunfo de la vida. Por eso este cuento final es tan importante. Y para reafirmar ese triunfo sin ningún margen para la duda, aparecen en la última secuencia del relato tres testigos inesperados, tres muchachos —dos chicos y una chica, al igual que los tres amigos— que toman su testigo, recogen lo mejor del tesoro tras descubrir a los suicidas y se preparan para afrontar el último día de su mundo. Esta apelación a la juventud como salvación está presente en *El coral y las aguas* y concuerda con el papel que Dostoievski otorga a la infancia, sobre todo en *Los hermanos Karamázov*.

«Flores de plomo»

Esta obra de 1999, reeditada en 2015 con algunas variaciones⁴¹, se compone de once cuentos en torno a la figura de Larra, aunque no es el protagonista, a juicio del autor, sí lo considera una figura «paradigmática por la modernidad de su pensamiento y su audacia crítica»⁴². La admiración por el escritor, con quien se identificaba por su visión de la realidad española, la había manifestado en su introducción a la edición de *Artículos sociales de Mariano José de Larra* (1967). Interesa destacar la opinión de Zúñiga respecto a la distinta consideración genérica de la crítica:

En general fue considerada como una novela por la unidad del tema y los personajes que actúan en un espacio común, la ciudad de Madrid, que les relaciona a todos ellos. Pero para mí son relatos, como otros libros míos que siempre tienen esa unidad que se atribuye a la novela. Por eso tiene pleno sentido el relato último sobre el suicidio de Felipe Trigo que me permite superponer momentos históricos diferentes⁴³.

Tiene, pues, pleno sentido denominar el volumen *ciclo de cuentos*. Larra es, por tanto, el hilo común y los diferentes protagonistas están de un modo u otro relacionados o asociados con él. Sucede así con Mesonero Romanos, Dolores Armijo, José Zorrilla, Ramón Roca de Togores, el ministro Landero, el zapatero Matías y Felipe Trigo, entre otros. Personajes reales, algunos, otros inventados, pero en la presentación de todos prevalece la imaginación. La ciudad de Madrid es, nuevamente, el escenario unificador de los relatos. También los presagios y presentimientos de desgracias aparecen en todos ellos; el aguanieve de la tarde fría de carnaval del primer título, «1837 Doblan las campanas de Santiago», recurrente en los demás, es símbolo de la tragedia, con ella concluye el texto inicial: «y solo pondría digno final a todo abrir el estuche de las pistolas y empuñar una, decidido, para llevarla a la sien derecha y apuntar a [...], a toda una amarga patria, y apretar el gatillo sin vacilar»⁴⁴.

Este fatal desenlace, prolepsis del narrador reflexivo, se produce al final de «La tarde, lunes de carnaval», donde se cuenta el deambular azaroso de Dolores Armijo y su cuñada María Manuela por las calles madrileñas hasta llegar al domicilio del escritor con el objetivo de recuperar las cartas amorosas de aquella. Durante ese recorrido peligroso, con crímenes y muertes, «no solo dibuja una fisonomía de la capital, sino de aquella España», señala Manuel Longares⁴⁵. Y la omnisciencia narrativa, focalizada

en el personaje de la cuñada, subraya el que cree el pensamiento de Larra: «por no poder aguantar más cuanto sucedía en la política, en palacio, pero lo peor, añadió, era la calle; todo cuanto a ellas les había salido al encuentro aquella tarde era precisamente lo que motivaba sus artículos de crítica»⁴⁶.

La envidia al escritor y periodista exitoso y los celos se yuxtaponen en «La mujer del ministro» y «Juzga la mirada». En este último, que se inicia y concluye con el deseo explícito del protagonista, José Zorrilla, de relegar al olvido al destacado autor («Pasarán unos años y olvidaremos a Larra», en el primer párrafo; «Pasarán unos años y Larra será olvidado», al final) se exponen los sentimientos contrarios de las mujeres —admiración— y sus maridos —resentimiento—, motivados, respectivamente, por la atracción y la repulsa hacia el afamado Fíguro. En «Manchados honor y nieve», sobresale la perspectiva de primera persona, uno de los hijos de la familia cuyo padre se enfrenta en duelo con el padrino, para exponer de nuevo, con un tono más ingenuo, las pasiones provocadas por el satírico periodista al conocer su suicidio, reflejo de las propias. «1916 Canción lejana: las decepciones» versa sobre el final de la vida de Felipe Trigo, adepto a las ideas de Larra, con quien se identificaba plenamente, y admite con él, casi un siglo después, la necesidad de denunciar la sociedad y sus defectos.

Para comprender el interés de Zúñiga en la figura de Larra, conviene retroceder tres décadas. En 1967, Zúñiga preparó para la editorial Taurus una antología de *Artículos sociales de Mariano José de Larra*. Esta colección va precedida de un estudio donde explica la trascendencia de su obra. Muestra ahí las claves de la lectura de nuestro autor que son, en esencia, las mismas que le llevan a componer *Flores de plomo*. Afirma Zúñiga: «nos acercamos con mayor interés a una figura de la Historia cuando podemos identificarnos con ella y sentir como propio algún rasgo de su personalidad»⁴⁷. Destaca también la distancia que Larra establece con su época y el carácter independiente de su crítica. Su condición es la de un «rebelde, condición que también hoy asume el escritor al tratar de eludir los condicionamientos que le impone el mundo»⁴⁸. Además, Zúñiga encuentra en Larra rasgos biográficos que lo identifican con Turguénev.

Explica en su introducción que la forma de la muerte de Larra nos ayuda a comprender mejor su existencia y la conclusión final que de ella habían

obtenido. Tras rechazar la idea del suicidio wertheriano, tónica, Zúñiga cree que toda la vida del suicida está polarizada hacia la muerte por las grandes contradicciones que soporta. Y esto es lo que intenta reflejar en *Flores de plomo*. El impacto del suicidio de Larra en el Madrid de sus coetáneos revela esas contradicciones sociales: la lucha entre dos mundos, el mundo viejo de la España premoderna y el mundo nuevo de la Modernidad, que Larra defiende desde su óptica liberal. Pero hay algo más. La figura del autor aparece como una versión renovada del *hombre inútil* de la literatura rusa, porque no puede poner en práctica las reformas que su talento propone y su tiempo demanda, y tampoco es capaz de encauzar su propia vida⁴⁹. Como suele suceder en la obra de un artista, hay en *Flores de plomo* una dimensión autorreflexiva, suscitada por el entorno hostil que el escritor percibe a su alrededor. Ese mensaje, basado en la autorreflexión, constituye el intento de salvación del autor ante el mundo contemporáneo que le oprime y le desespera. En ello reside la identificación de Zúñiga con Larra.

Misterios, brillos y fábulas

Incluimos en este apartado tres obras publicadas entre 1992 y 2018, aunque alguna de ellas está compuesta por relatos aparecidos mucho antes que, sin embargo, nunca se habían integrado en un libro. Sucede así con la primera parte de *Brillan monedas oxidadas* y con las *Fábulas irónicas*.

«*Misterios de las noches y los días*»

La respuesta de Juan Eduardo Zúñiga a Manuel Longares al preguntarle sobre este volumen es esclarecedora de sus intenciones y de su estética:

Este libro fue una prueba a la que yo mismo quise someterme, ver si era capaz de crear situaciones realistas, pero con un núcleo misterioso que no podía explicar la lógica y que buscaba la complicidad del lector, que debía interpretar las claves secretas. Eran cuarenta relatos muy breves, casi microrrelatos, con un estilo más bien poético y en todos hay una propuesta inquietante⁵⁰.

Estas palabras sintetizan la esencia de *Misterios de las noches y los días*, de 1992. El autor se sumerge en el género fantástico, al estilo del siglo XIX,

muy diferente de la influencia ejercida en este campo por Borges o Cortázar, para reflexionar sobre la realidad y la condición humana. Se trata de «una mirada existencial»⁵¹. El ámbito de lo real se trasgrede por la presencia de lo ilógico, mágico o insólito y muestra un mundo turbador e inextricable. «La esfinge», «El soldado», «El mensaje», «El ángel», «La gitana», «La sombra», «La madre» y «El ahorcado», entre otros, toman como temas fundamentales el amor y la muerte, y acogen voces del más allá, rostros difuntos que se reencarnan en los vivos, brujas, hechizos y gitanos que producen amores frenéticos, viajes hacia la muerte, transformaciones; es decir, una amplia variedad de posibilidades dentro de lo fantástico. Por otro lado, resaltamos el término «microrrelato» utilizado por el escritor, variedad narrativa de las formas breves en auge en el siglo XXI. A la brevedad exigida en esta modalidad, se añaden su capacidad de sugerencia y la deseada colaboración lectora, como señala Zúñiga al referirse a estas cuarenta ficciones.

El hermetismo es evidente en *Misterios de las noches y los días* desde el mismo título. Pero tras la cortina hermética se esconde una forma estética que en la Antigüedad perteneció al dominio del simbolismo popular y del humorismo: la metamorfosis. Esta se convierte en aquella época, según Bajtín, en una forma de comprensión y de representación del destino particular humano, separado del todo cósmico e histórico, en un marco enteramente extraño⁵². Sin embargo, debido a la influencia de la tradición folclórica directa, la idea de metamorfosis conserva todavía la fuerza suficiente para abarcar el destino humano en su conjunto, gracias a la representación de los momentos cruciales, como se dice en «El estuche»: «Solo había faltado de ella [de la alcoba] unos minutos, pero su vida había cambiado totalmente»⁵³. La metamorfosis permite precisamente un tipo de representación de toda la vida humana recurriendo solo a la crisis, esto es, a la exposición del momento en que el hombre se convierte en otro.

El tema de la metamorfosis se desarrolla de modos diversos en «La esfinge» —el yo narrador se transforma en la estatua contemplada desde niño—, en «El quiosco» —el motivo del cambio es la pasión amorosa de la esposa— o en «La noche» —lo maravilloso se pone en primer plano y lo inanimado adquiere vida—. Este último concluye la colección y concentra la dimensión alegre y regeneradora de esta literatura. El papel que juegan la

libertad y la necesidad responsable hace posible la expresión de la dimensión universal de la metamorfosis. Se comprueba en Zúñiga la asimilación del simbolismo moderno, con su trascendencia histórica. Y, por eso, no se trata de una metamorfosis gratuita —como lo puedan ser muchas del siglo XIX—, sino la representación de una nueva conciencia, del acceso a un mundo esencialmente distinto y superior.

En *Misterios de las noches y los días* se muestra una vinculación con textos literarios, sobre todo rusos. Los relatos «El talismán» y «La mano» guardan relación con algunos de *El anillo de Pushkin*. «La rosa» parece una recreación de otra anécdota aparecida en *Tarás Bulba* de Gógol. En muchos casos el hecho que sirve de núcleo al relato tiene su origen en algún pasaje de la obra de Turguéniev (por ejemplo, en «El anónimo», «La diva» o «La novia»). También Dostoievski parece estar detrás de «El anónimo» o «El jugador».

Lo sensorial —el ruido, el olor, lo que se ve y se revela— adquiere un papel primordial en estos cuentos. Despierta pensamientos y sentimientos, y por eso se percibe algo que rompe la rutina, extraordinario en el sentido de que no puede distinguirse habitualmente. Las ideas y los afectos generados en esas percepciones extraordinarias son tan fuertes que se cumplen inexorablemente. Para comprender esto resulta de gran interés analizar el papel que tienen los gitanos en estos relatos. En «La gitana,» aparece exento de cualquier matiz no esencial el problema de la libertad gitana. El marido ve en los ojos del amante de su mujer la imagen festiva de la gitana y mantiene un breve diálogo con esa imagen. Él le exige que se quede, pero ella le responde: «Comprende que soy gitana. Mi corazón no tiene cadenas, ni puertas cerradas, ni dueño»⁵⁴. El mismo Zúñiga explica en *El anillo de Pushkin* esa actitud: «Los rusos tienen la pasión de los gitanos y de sus cantos tan nostálgicamente exóticos que hacen soñar una vida libre en la naturaleza primitiva, fuera de toda sujeción y de toda ley divina y humana...»⁵⁵. Los relatos «La bruja», «La canción» y «El embrujo» son otras muestras del papel privilegiado que el mundo gitano tiene en la obra de Zúñiga. En «La bruja» y «El embrujo» las gitanas están asociadas a la práctica de la magia. En el primer caso se trata de algo funesto. El encantamiento fatal y poderoso es obra del deseo. En el segundo, tenemos la conversión del personaje en

caballo. «La canción», en cambio, tiene una orientación folclórica tradicional. Llama la atención la alusión a las canciones gitanas, plagadas de expresividad.

El tema del amor lésbico, señalado en «El quiosco», se desarrolla en «La camisa». Las dos amigas protagonistas adoptan una costumbre gitana, el intercambio de camisas, y así, al enterarse una de la muerte de la otra, la conocedora de la fatal noticia se abraza a la prenda y es capaz de revivir los momentos de placer con mayor sensualidad y gozo que nunca. Por otro lado, el poder de la imaginación, tan presente en todos los textos, prevalece en «La venganza», a través del triunfo de la escritura sobre la vida.

«Brillan monedas oxidadas»

En el año 2010 se publicó este volumen compuesto en gran medida por cuentos escritos con anterioridad. Dividido en tres partes, cada una con un título unificador y sugerente —«La fuerza del vendaval agitaba las cortinas como un gran pájaro...», «Se olvidan tantas historias de orgullosa pasión y de rebeldías...» y «Sus vidas eran demasiado iguales...»—, el conjunto expone rasgos fundamentales en la narrativa del autor, como ha señalado José María Merino: el tratamiento de escenarios, la construcción de atmósferas, el dominio de los espacios, la conformación de personajes y la sugerencia⁵⁶.

La primera sección agrupa seis relatos de los que solo el último remite a la actualidad. Están los cuentos más antiguos, entre ellos «El ramo de lilas», publicado en enero de 1949 con el título «Marbec y el ramo de lilas». Predomina en todos el simbolismo característico de su obra. En «El festín y la lluvia» un aguacero obliga a un grupo diverso de personas a refugiarse en un albergue y, mientras tanto, un señor mayor cuenta la lujosa boda de su hija. En ese ambiente, una joven expone su incomodidad ante el clima agobiante y pone de manifiesto sus íntimos deseos, por ello, es juzgada de escandalosa y su disidencia les resulta intolerable. Se contraponen de forma metafórica las normas sociales al impulso espontáneo de la joven, ligado a la naturaleza. Carmela, repartidora de pizzas, protagoniza «Has de cruzar la ciudad» y en su deambular por las calles y plazas de Madrid no solo nos descubre la inmediata realidad, sino que se erige en símbolo de la libertad y

la rebeldía porque, afirma el narrador omnisciente, «sabe que ha triunfado, que conoce la ciudad, la noche, su tiempo»⁵⁷. Es otra versión de la pareja simbólica mujer-ciudad.

Augurios y misterios recorren los cinco cuentos del segundo grupo, cuyo escenario es siempre el Madrid antiguo, de los siglos xvii y xviii. Una historia de deseos y pasiones se refiere en «La mujer del chalán» donde, gracias a la voz narradora en primera persona del plural, el relato adquiere visos de leyenda y se confirman, con temor, los enigmáticos presagios. El tema de los gitanos reaparece en «El campanero de San Sebastián» —la canción del camino perdido cantada por la vieja urde la trama— y en «El molino de Santa Bárbara» iniciado con la letra de una canción gitana. En este se desarrolla la anécdota del poema «Gitanos» de Pushkin, alabanza del amor libre, al que Zúñiga aludió en «Canción gitana» y «Documento privado», en *Desde los bosques nevados*. La protagonista, Sefira, se siente con plena libertad de abandonar al amante cuando desaparece el amor. El cuento concluye con las palabras que titulan la sección. Nuevamente se confirma la importancia de estos personajes en la obra del autor como símbolo de la insumisión, de la sensualidad y del deseo, impulsos que guían su comportamiento y se apartan de las convenciones sociales.

Escritores del siglo xx centran la anécdota de tres de los cuatro relatos de la tercera parte del libro. En «No llegará el sobrino de Praga» es la figura de Franz Kafka la que atemoriza a su tío, director de los ferrocarriles en Madrid, por haber abandonado sus principios judíos en su vida actual. La enfermedad de aquel, paradójicamente, es motivo de alegría y tranquilidad para el protagonista. Una poeta portuguesa levanta pasiones en un profesor estudioso de su obra y un periodista en «Lejano amor soñado». La escritura se impone al amor y la fantasía creadora, a juicio de la poeta, es la única capaz de otorgarle una completa felicidad. El desengaño amoroso y la penuria económica llevan al suicidio al poeta Mário de Sá-Carneiro, según se relata en «París: última decisión». La fatalidad se impone en su destino. Muy distinto a los anteriores, tanto en el ambiente como el tema, es «El bastón de Lula Luzán», una historia de enfrentamiento y venganza entre un hombre y «un marimacho», calificativo adoptado para la mujer que sugiere el verdadero asunto narrativo.

«Fábulas irónicas»

El último libro publicado por Zúñiga, *Fábulas irónicas*, es un llamamiento a la rebeldía contra la tiranía. Aparecido en 2018 representa un esfuerzo de casi medio siglo de escritura y, sobre todo, de selección, pues algunas fábulas fueron eliminadas en el largo proceso de gestación del libro. Cuatro de las diez fábulas que lo componen habían aparecido en la revista *Triunfo* en 1972. Entre 2002 y 2004 aparecieron ocho en *Babelia*, el suplemento literario del diario *El País*. Dos han sido reelaboradas en fechas recientes. Una de ellas, «Escrito en las paredes», da la clave de este libro. El título se refiere a las pintadas antifranquistas. Hoy es un género desaparecido. Todo se anunciaba y convocaba por pintadas murales, escritas con la prisa que exigían la clandestinidad y la amenaza de la represión. La fábula ilustra esto con la figura de un emperador asiático, un tirano, que prohíbe la escritura para borrar el recuerdo de sus atrocidades. Es una muestra del simbolismo de Zúñiga, que apunta de forma velada a la dictadura franquista con esta fábula —y con el resto—. Esa y la fábula «El magnate y el bufón —es decir, las dos inéditas, incluidas en esta edición— son las dos únicas que no tienen un soporte histórico. Ese detalle revela algo sobre la idea originaria del autor. Y es que este libro tiene un referente en el que parece inspirarse: *Momentos estelares de la humanidad: doce miniaturas históricas*, de Stefan Zweig. Esta colección de anécdotas históricas tuvo una traducción al español en los años cincuenta del siglo pasado, lo que permite sospechar que la gestación de las fábulas irónicas puede alcanzar el medio siglo. Comparten ambas obras la indagación estética en la historia. Zúñiga la había cultivado también en su obra *El anillo de Pushkin*, pero se había limitado a la esfera cultural rusa. Sin embargo, hay una diferencia sustancial entre las anécdotas de Zweig y las de Zúñiga. A Zweig le interesó el carácter dramático de esos momentos estelares de la humanidad. A Zúñiga, en cambio, le atrae más la dimensión grotesca de esos momentos. Esa dimensión combina crueldad y risa, tiranía y rebeldía. El autor lo explica diciendo que ha deslizado *disparates* en estas historias, y quizá haya que entenderlo en clave goyesca. De la atracción que debieron de ejercer los *momentos estelares* de Zweig han quedado algunos indicios. El primero de ellos consiste en que inicialmente las fábulas debían ser doce, el

número inicial del autor austriaco, aunque cabe advertir que en una segunda edición Zweig había aumentado a quince las anécdotas. El segundo, y más trascendente, es la capacidad de ver elementos puramente literarios en situaciones históricas. En el caso de Zweig le interesó la caída de Bizancio por la dejadez de las potencias cristianas de la época, que puso en peligro a toda Europa y, en especial, al Imperio austro-húngaro, su patria. Precisamente una de las fábulas descartadas por Zúñiga llevaba el título de «El sitio de Constantinopla», aunque su contenido no tenga nada que ver con el de la anécdota de Zweig. Pero conviene recordar que Zweig también fue un escritor dado al grotesco. Sus mejores relatos tienen ese sello. Puede verse en novelas breves como *Leporella* o *Carta de una desconocida*. En el libro de Zúñiga los elementos grotescos y crueles son más abundantes y decisivos que en la obra de Zweig. También hay una mayor presencia del humorismo, ya indicado en el título, por lo de *irónicas*. Incluso se aprecia una diferencia en la concepción de la anécdota. Los momentos de Zweig están más vinculados a la historia que las fábulas de Zúñiga. Y las fábulas son mucho más breves que los momentos de Zweig. Por eso son más fábulas o anécdotas que momentos estelares, más literarias que las pesquisas históricas del gran escritor vienés.

La última fábula añadida a esta colección es «El magnate y el bufón». Se trata de una revisión de un cuento publicado en 1970 con el título «El magnate, el bufón y la carroña» en el volumen colectivo *Relatos españoles de hoy*, editado por Santillana y la Biblioteca Pepsi. El ambiente húngaro del relato hace pensar en una redacción previa muy temprana, porque en 1944 Zúñiga había publicado un libro divulgativo sobre Hungría. Se trata de un cuento sobre la corrupción del poder, cuya publicación resultaba muy oportuna porque en aquel año de 1970 España se veía envuelta en un gran escándalo de corrupción política: el caso Matesa, que había enfrentado a los ministros *azules*, con Manuel Fraga a la cabeza, con los ministros tecnócratas, vinculados al Opus Dei. Pero lo importante del caso estriba en que la narración está marcada por un grotesco extremo. De un estilo muy hermético el lector debe deducir que el bufón recoge cadáveres humanos de un gran río para alimentar las pjaras de los conventos de la capital y vender después la carne a los ejércitos que combaten al turco. El círculo está cerrado:

cadáveres que dan vida y muerte. Y el resultado es que el bufón se hace el dueño de su señor, merced a la avaricia de este. Este relato había sido borrado de su currículum por Zúñiga. No había sido recogido en ninguno de los volúmenes posteriores. La nueva versión reduce el contenido y el título. Ha desaparecido del título original la carroña, probablemente para mantener la unidad del libro. La nueva fábula es también más corta y más sintética.

Otros escritos

Hemos hecho referencia al inicio de estas páginas a la faceta de traductor de Juan Eduardo Zúñiga, pero son también fundamentales algunas ediciones y prólogos a obras de diversos autores. A la citada selección de *Artículos sociales de Mariano José de Larra*, añadimos, entre otros, su excelente prólogo a *Cuentos completos* de Antón Chéjov, escritor de gran influencia en el madrileño; el realizado a *Historia de una vida*, de Konstantin Gueorguievich Pautovski; y la introducción a *Padres e hijos*, de Iván S. Turguiéniev. En esta, Zúñiga subraya y analiza algunos temas y rasgos literarios del ruso que, sin duda, son destacables también en su obra: los matices psicológicos que describen la pasión amorosa, la crítica indirecta a costumbres y conductas censurables, el tipo del hombre inútil, la esencialidad de los escenarios y el interés en las figuras femeninas⁵⁸. Asimismo, entre los muchos ensayos y artículos, destacamos dos publicados en *Revista de Occidente*: «Los hijos del sol en el atardecer de San Petersburgo», sobre literatura rusa, y «Antero de Quental, nuestro contemporáneo», dedicado al admirado autor portugués.

«Sofia»

En 1990 apareció *Sofia*, una guía-ensayo sobre la capital búlgara. Se trataba de un encargo para la colección Las ciudades de la Editorial Destino, de Barcelona. Como sucede con todos sus escritos, hay una sugerente relación en lo expuesto con su propia obra. Así, en las primeras páginas se afirma: «Toda ciudad tiene su atmósfera peculiar, como unos lazos que se

extienden desde el pasado, que relacionan hechos olvidados con gestos espontáneos de personas actuales [...]. Ese “espíritu del lugar” no se percibe siempre, pero a veces, en momentos en que el alma está estremecida y alerta, se hace presente»⁵⁹. Se puede asociar este pensamiento con la ciudad de Madrid, tal y como se presenta en los relatos de *La trilogía de la Guerra Civil*, en *Flores de plomo* o en *Brillan monedas oxidadas*.

La relación de Zúñiga con Bulgaria ha sido intensa. Fue amigo del escritor búlgaro Dimíter Dímov⁶⁰. Ha traducido a los clásicos Iván Vasov y Iordán Ióvkov y al poeta simbolista Yávorov, y es autor de algunos ensayos sobre estos y otros escritores búlgaros.

El interés de este libro reside en los múltiples aspectos simbólicos que va descubriendo en la historia de Sofía y Bulgaria. Ve en Sofía y en sus manantiales de aguas medicinales una fuente de vida y salud. También reconoce en su nombre un «hálito femenino» y la presencia de unos seres míticos, las *samodiva*, que Zúñiga ve metamorfoseadas en las «intensas figuras femeninas que encontraría en la literatura búlgara, [...] desprendiéndose del sometimiento a la familia patriarcal [...] de decidida afirmación afectiva y de liberación»⁶¹. Concede importancia al folclore, a la historia legendaria, al apego a la tierra natal de los poetas búlgaros, a sus vidas novelescas (como las de Peiu Yávorov, Jristo Bótev o Debeliánov). La presencia de lo simbólico produce en el discurso efectos que lo acercan a la leyenda, al drama e incluso a la intención de novelizar la historia de Bulgaria. Estos efectos son presentados por Zúñiga como consecuencia del espíritu eslavo: «extremados en el bien y en el mal, así son los eslavos»⁶².

Otros aspectos menores ofrecen el interés de expresar ciertas aristas de la personalidad artística de Zúñiga. Uno de esos aspectos es el interés por las iglesias. No se trata del interés convencional de una guía turística. En las iglesias sofíotas ve un simbolismo popular y maravilloso. También, en otro momento, revela al lector el encanto de la *sediánka*, reunión de jóvenes que tenía algo de rito de iniciación. El valor de este libro es presentar la historia y el espacio urbano arropados en el simbolismo secular que los ha vertebrado. Esa dimensión vertical (es decir, histórica en su sentido más amplio) y espiritual (que reúne cultura y estética) constituye la seña de identidad que Zúñiga imprime al volumen. El resultado es la construcción de un símbolo.

Sofía aparece como una ciudad dotada de cierta dimensión idílica y femenina.

2. LAS NOVELAS

Juan Eduardo Zúñiga es conocido, sobre todo, por sus colecciones de cuentos —«Escribo cuentos porque, en principio, es la medida de mi respiración»⁶³, afirmaba— y por ser uno de los mejores especialistas españoles en literatura rusa, como hemos señalado con anterioridad. Sin embargo, sus dos primeros libros fueron novelas. El primero, *Inútiles totales*, es una novela corta de 1951 cuya publicación financió él mismo. *El coral y las aguas* es la segunda, de 1962. Pasó inadvertida debido a su incompreensión y mala acogida crítica. Destacamos, anecdóticamente, que ambas fueron etiquetadas como cuentos. Así aparece *Inútiles totales* en la *Antología de cuentistas españoles contemporáneos* de Francisco García Pavón⁶⁴. Por otro lado, en la portada de *El coral y las aguas*, el editor puso «relatos», como especificamos más adelante. Además, escribió otras dos novelas que han permanecido inéditas.

«*Inútiles totales*»

En la tertulia del Café Lisboa de la Puerta del Sol se reunían, a finales de la década de los cuarenta y en los años cincuenta, un grupo de escritores, entre ellos, estaban Zúñiga, Francisco García Pavón, José Corrales Egea, Antonio Buero Vallejo y Flora Prieto. Incluso crearon un Premio Lisboa, financiado por Buero Vallejo, que acababa de estrenar *Historia de una escalera*. Hablaron de autopublicarse y mostrarse sus escritos y así, por sorpresa, un día del mes de febrero de 1951 apareció Zúñiga con esta novelita que leyó a sus contertulios con la iniciativa de que cada uno de los amigos del grupo editara una obra. Flora Prieto, autora de *Lázaro calla*, fue la única que lo secundó. Luis Mateo Díez resume muy bien el interés de *Inútiles totales*, obra con rasgos barojianos y rusos, que es «preludio de una escritura tan personal y poderosa que ya tiene en esta fábula de ilusiones inutilizadas un resplandor inolvidable»⁶⁵.

En los años cincuenta Zúñiga formó parte del grupo madrileño de escritores del realismo social, a quienes unían unas inquietudes similares. Recibieron el desdeñable calificativo de escritores de *la berza*, etiqueta inventada por Antonio Bernabéu y difundida sin mala intención por Santos Fontela⁶⁶. De él formaron parte, entre otros, Jesús López Pacheco, que fue finalista en el Premio Nadal con la novela *Central eléctrica*, Antonio Ferres (*La piqueta*), Armando López Salinas (*La mina*), Fernando Ávalos (*En plazo*) y el autor de *Inútiles totales*.

Este libro es un volumen de bolsillo de 71 páginas. Estructurado en dos partes, de cinco secuencias la primera y tres la segunda, no es exactamente una obra juvenil —tiene treinta y dos años—, pero no solo la edad muestra esto. Se trata de una *novela de pruebas* con rasgos autobiográficos, humorísticos y simbólicos. Bajo cierta apariencia realista (las alusiones al Madrid de la guerra) aparecen las principales características de lo que será el simbolismo de Zúñiga⁶⁷. Además de la tierra natal en guerra, encontramos rasgos de novela de educación, algo muy frecuente en las novelas de pruebas (la relación entre dos amigos, el papel de la literatura como nexo de los personajes, una *femme fatale* paródica por su infantilismo y su estrabismo) y una retórica simbolista, la de la representación de estados de ánimo depresivos a través del paisaje urbano. Y, sobre todo, encontramos el motivo del hombre inútil, una de las señas de identidad de la estética de Zúñiga. La relación entre dos jóvenes amigos, Cosme y Carlos, tiene un carácter tragicómico. Se rompe al aparecer una muy joven y misteriosa mujer, Maruja, que desata su rivalidad, provoca su incomunicación y acentúa su incapacidad para la vida. El conflicto entre ambos se desarrolla en la segunda parte. Esta situación es contemplada como un paréntesis en la vida vacía de los personajes. Ese paréntesis es la prueba. El encuentro entre los dos jóvenes inútiles para el servicio militar termina con su separación. Entretanto tiene lugar un proceso de dudas, emociones, esperas, rupturas, malentendidos, celos, inacciones, sentimientos de culpa... teñido de comicidad: las contradicciones y mentiras de Carlos, los defectos de Maruja. El final de la prueba deja a los tres personajes como estaban antes de conocerse: solitarios e inútiles. Todo esto sucede en un mundo extraordinario, el del asedio de Madrid.

Los dos protagonistas masculinos se conocen en la fila de los «inútiles totales». Son muchachos de la denominada quinta del cuarenta que habían sido desechados para ir al frente precisamente por su incapacidad; eran «hombres a medias» se dice en uno de los párrafos iniciales. Surge enseguida afinidad entre ellos por el arte y los libros, y gracias a esto, afirma el narrador, «olvidaron la cola y la guerra, contentos de oír en boca de otra persona las palabras que estuvieron a punto de decir tantas veces»⁶⁸. Una tarde, para evitar el frío, decidieron acudir a la tertulia de una librería frecuentada por gente diversa y estando allí, otro día, entró una joven preguntando por un libro de poesía de Alfred de Musset⁶⁹. El poeta romántico francés es el vínculo de unión en un principio. El encuentro se convierte en una aventura para los dos chicos y la visita a casa de la chica, al día siguiente, es decisiva para la relación entre los tres. Maruja es una chica vulgar, pero su vida de lujo, su cultura y su infancia en París son motivo suficiente para que los dos amigos la idealicen y la vean como símbolo de independencia y de libertad. La experiencia de la prueba arruinará esa idealización.

La música es un elemento de gran importancia en el texto. En primer lugar, el sonido de un violín de origen misterioso en la casa de la joven que atrae a los personajes⁷⁰. Más adelante, cuando Carlos se sincera con Cosme y le habla de sus reuniones con Maruja, entran en un café donde un cuarteto tocaba la zarzuela *La viejecita*⁷¹, pieza musical cuyo argumento se relaciona con la trama del relato. Por último, la entrada de un músico en la librería interrumpe la intrigante conversación entre Carlos y el emboscado, frecuentador de la tertulia. Al igual que sucede en «Jazz Session», cuento asimismo de la década de los cincuenta, la música es símbolo de evasión y, acaso, medio para el olvido y la catarsis.

Otros elementos de carácter simbólico y hermético en *Inútiles totales* reaparecen en obras posteriores. Además de la música, la obsesión por la búsqueda en todos los hombres de su rincón misterioso, el gusto por enigmas, misterios, secretos y figuras herméticas —«espiritistas, poetas solitarios, chicas histéricas, propagandistas de sectas»— y, especialmente, el recurso a una fraseología del contraste entre la luz y las tinieblas —«ni una luz, el oscurecimiento era total»— e, incluso, a una visión panorámica y distanciada

de la ciudad para mostrar ciertos estados negativos de ánimo. También las referencias literarias apuntan en esta dirección: la poesía de Musset y *Humillados y ofendidos* de Dostoievski, con cuyo personaje Natacha se compara —paródicamente— a la joven misteriosa.

Pero el símbolo central de esta novela es el hombre inútil, como queda reflejado en el mismo título. Zúñiga hereda este símbolo de Iván Turguéniev. Pese a haber declarado en alguna ocasión que esta novelita tenía un perfil barojiano, su arquitectura manifiesta el hechizo que Turguéniev ejerció sobre el joven Zúñiga, y que le acompaña durante toda su trayectoria⁷². En esta ocasión esa influencia combina la figura del hombre inútil con el drama de la rivalidad entre dos amigos por una mujer. En su biografía sobre Turguéniev, Zúñiga ejemplifica el tipo del hombre inútil con la novela *Dmitri Rúdin*. En ella ve material autobiográfico del propio Turguéniev y un modelo de la literatura rusa de aquellos años. Se trata de un tipo que no sabe enfrentarse con situaciones prácticas. Veremos algunas variantes de esta figura arquetípica a lo largo de la obra de Zúñiga. Sobre esta imagen del hombre inútil (los dos amigos son inútiles para la guerra e inútiles para el amor), Zúñiga funde la imagen de la rivalidad entre dos amigos por el amor de una mujer. También esta es una representación turguenieviana. «Canción de la muerte triunfante» es uno de los *cuentos extraños* de Turguéniev que plantea este mismo problema. Uno de los amigos consigue casarse con la mujer deseada, pero esta resulta estéril. Años después se reencuentran los tres. Una noche ella abandona el dormitorio conyugal como si fuera un fantasma en dirección a la cabaña en la que duerme el amigo. Algún tiempo después queda de manifiesto su embarazo. En esta primera obra ya queda patente la lectura que Zúñiga hace de Turguéniev, con su preferencia por el Turguéniev *extraño*. La sensación de inutilidad en todos los sentidos se hace obvia en la conclusión de la novela: «Pocos meses después terminó la guerra, los frentes se rompieron, los soldados dejaron de serlo y las personas fueron dispersadas como briznas de paja en un remolino de verano»⁷³.

Ya hemos señalado el carácter autobiográfico de esta obra. El personaje de Cosme tiene rasgos físicos del propio autor: «un tipo anémico y alto que llevaba unas botas desmesuradas. Tenía gafas y eso le indispuso con los otros». Por la fecha de nacimiento del madrileño, él también perteneció a la

quinta del cuarenta y no pudo alistarse en el ejército republicano por problemas de salud; contribuyó en los servicios auxiliares. Zúñiga estudió Bellas Artes —Cosme muestra sus conocimientos artísticos en la primera conversación con Carlos— y su inclinación por los libros y la literatura se manifestó desde muy joven, como es el caso de los protagonistas. La visión idealista de la guerra y del importante papel de la juventud es un dato más que refuerza la asociación de Cosme con el escritor: «Para él la guerra debía apasionar ineludiblemente a todos y la apatía que reflejaban las palabras del emboscado no eran propias de un hombre joven» .

«*El coral y las aguas*»

La noche del 8 de mayo de 1959 se fallaron los premios de la revista *Acento Cultural* (1958-1962), publicada por el S.E.U. (Sindicato Español Universitario), uno de los subterfugios sindicales durante la época franquista. Entre las distintas modalidades del premio —música, pintura, cine *amateur*, teatro, poesía, cuento y novela breve—, este último lo ganó Juan Eduardo Zúñiga con *El coral y las aguas*⁷⁴. La noticia tuvo eco en periódicos y revistas; entre los finalistas estaban Pablo Antoñana (con *El capitán Casou*) y Juan García Hortelano, y los miembros del jurado eran Dámaso Santos, Daniel Sueiro, Luis Goytisolo y Jesús López Pacheco. La revista *Índice*, en la que habían aparecido cuentos de Zúñiga, decía de la novela premiada en agosto de 1959: «trata en un lenguaje poético y simbólico de los problemas de la juventud. Es un intento de revelar la realidad mediante alegorías e imágenes de la Antigüedad». Este reconocimiento fue momentáneo, pues cuando la novela se publicó en 1962, en la editorial Seix Barral, fue ignorada por la crítica, por colegas y amigos. Entre los escasos comentarios positivos, destaca la reseña de Ricardo Doménech en la revista *Triunfo* que, a pesar de parecerle una obra algo confusa, la emparenta con las técnicas de Bertolt Brecht, en el teatro, en cuanto al distanciamiento, y con la novela *Los gladiadores*, de Arthur Koestler; los dos eran ilustres precedentes. Además, resalta el aspecto intrigante del texto, que involucra al lector, y concluye con la afirmación de que está «escrita impecablemente, en un lenguaje altamente poético y de una gran belleza plástica»⁷⁵. Sin embargo, hubo quien lo

calificaba de libro nefasto y Carlos Edmundo de Ory se mostró ambiguo en una reseña al decir que el autor «Presa de exaltación, como en un arder interior, ya no habla de lo que le acosa, sino que delira»⁷⁶. Ni siquiera el propio editor, el sagaz Carlos Barral, entendió la obra. Tardó más de un año en publicarla y, cuando lo hizo, anunciaba en la portada «relatos» — contradiciendo la palabra «novela» de la contraportada y sin previo aviso ni consentimiento del autor— y ante su réplica lo justificó porque no veía unidad en el conjunto⁷⁷.

La incomprensión de la obra de Zúñiga se explica por la obsesión de los escritores y editores de los años cincuenta con el realismo social. La amistad del autor con muchos de ellos y su participación en tertulias —como la mencionada del Café Lisboa— no suponía una afinidad literaria. Así lo manifestaba con claridad el escritor en el año 2002:

Me temo que me veáis como un pájaro raro... El caso es que el grupo se fue cohesionando cuando Armando López Salinas, muy aficionado a la pintura, empezó a escribir cuentos. Él fue el núcleo de ese grupo de jóvenes con aspiraciones literarias que impulsó lo que luego se dio en llamar el socialrealismo [...].

Poco a poco me fui distanciando de la opción estética que había representado nuestro grupo, cuyos postulados fui yo el que menos compartió, dada mi inclinación personal hacia una literatura más simbólica. Como también me fui distanciando del partido⁷⁸.

El coral y las aguas iba «contra corriente»⁷⁹. No hay duda de que la novela se distanciaba de la estética predominante. Su realismo metafórico y su lenguaje simbólico resultaban difíciles de entender y la localización en la Grecia clásica reforzaba la sensación de extrañamiento. No obstante, sorprende que la crítica literaria fuera incapaz de valorarla. La propuesta de Juan Eduardo Zúñiga en el año 1962, el mismo de publicación de *Tiempo de silencio* de Luis Martín Santos, suponía al igual que esta novela una vía de renovación para la literatura, una vertiente que se apartaba de la inmediatez política y testimonial de aquella novelística que había hundido a la narrativa en una situación sin alternativa estética. Años más tarde Juan Goytisolo lo diría con contundencia: «políticamente ineficaces nuestras obras eran, para colmo, literariamente mediocres»⁸⁰. *El coral y las aguas* proponía un camino diferente, el del simbolismo didáctico, una escritura distinta del realismo crítico de *Tiempo de silencio*, pero con un objetivo similar de

experimentación y preocupación estética. El éxito de *Tiempo de silencio* no acompañó a *El coral y las aguas*, desvalorizada y olvidada hasta su reedición por Alfaguara en 1995.

El autor no ignoraba la dificultad del texto y en la edición de 1962 incluyó unas páginas (no llegan a tres) justificativas. Admitía su lenguaje enigmático y temía que sus personajes fueran «tan impenetrables como reservada era la época en que los había descrito. Época sumergida en el silencio, época de ocultación y sigilo, anegada en el recelo a la injusticia, en el miedo a la violencia». También declaraba su necesidad de expresión y de comunicación con los demás, aunque hablar era «un delito castigado»⁸¹. Por ello, buscó el modo de enmascarar su pensamiento y encontró refugio en el mundo antiguo. Las fantasías situadas en una época remota no se juzgarían peligrosas y, así, la verdad, lo visto y escuchado con espanto durante años, se ocultaba tras una careta. Esta fue la génesis de su libro. El autor concluía:

Con un lenguaje secreto daba noticia de los que habían sido sometidos y de los que fueron insumisos, de su intransigencia y su incertidumbre. Al final de haberlo contemplado mucho comprendí que no era una pieza ajena al trabajo de mis manos. Como un documento cifrado había escrito este relato en el que son mencionados hechos y hombres que forman un solo cuerpo conmigo.

Extraña que estas declaraciones, tan transparentes sobre las convicciones del autor, no tuvieran censura, pero sobre todo, que no sirvieran para una adecuada comprensión de la obra.

El exordio desapareció en la edición de 1995. Al comparar las dos ediciones, se constatan diferencias significativas que enumeramos a continuación. En la del 62, el primer capítulo aparece aparte y sin numerar, a modo de introducción, solo con su título de «Los comienzos», al igual que el último, «El final»; se divide, por tanto, en ocho capítulos, más el preámbulo y la conclusión. Estos dos se incorporan al conjunto en el año 1995 y se añade uno nuevo, el octavo, titulado «Las persuasiones», suman un total de once; además, se invierte el orden de «Un trozo de coral» y «Por rebeldía», capítulos cuarto y quinto en la edición actual. Se incorpora también un marco circumtextual⁸² al principio del libro, muy relacionado con el mensaje narrativo, se trata de los dos versos finales del poema «Juventud» (*Canto general*, 1950), de Pablo Neruda: «Toda la juventud mojándose y ardiendo,

/como una lámpara derribada en la lluvia». En cuanto al estilo, se evidencia el pulimento del lenguaje —no hay que olvidar el transcurso de más de treinta años entre ambas— y, lógicamente, se añaden (por ejemplo, hay dos párrafos nuevos en el inicio, que esclarecen el relato), suprimen o modifican frases y algunos fragmentos. Por último, y muy importante, en el capítulo noveno, «La inquietud», desaparecen de la anécdota varios anacronismos: tranvías, la radio, un foco eléctrico, trenes y postes de telégrafo. Estos elementos intentaban producir una caída de la atmósfera y promover suspicacias, según nos ha confesado el autor; quedaba clara así la conexión de lo narrado en un escenario del mundo antiguo con el presente de aquellos años cincuenta.

De los once capítulos de la obra de 1995, el primero, «Los comienzos», es el más extenso y no solo supone el inicio argumental, se trata de un microcosmos estructurado en diez secuencias interrelacionadas que conectan con los capítulos siguientes. Detallamos la configuración de esta red textual. La protagonista, Paracata, sirve de unión entre los personajes. Ella es la receptora de las palabras del oráculo que se anuncian en el impresionante primer párrafo:

Toda mujer escuchará algún día el mensaje secreto que habrá de llegarle del futuro; en cualquier sitio oirá la voz que profetiza y, aun sin entenderla, recibirá su fuerza y sabrá que una sabiduría entró en su cuerpo y dejará de ser paciente mujer para ser mujer y llevar en su seno hijos y toda posible libertad, y será la madre de lo inesperado y del milenio.

La destrucción vaticinada afectaría a toda la ciudad y a sus habitantes, pero también supondría una transformación, una metamorfosis capaz de engendrar esperanza. El hermetismo de la novela se supera mediante esta visión optimista.

En la segunda secuencia se presenta a Asbestos que desde su residencia se deleita contemplando a Paracata a lo lejos, al tiempo que escucha las predicciones negativas de la hechicera Efrónica. La tercera secuencia introduce la figura de Tussos, el pescador ciego contador de historias de viajes y batallas. La hechicera protagoniza el fragmento cuarto, situado temporalmente al final del segundo, cuando abandona la residencia de Asbestos con la idea de comprobar qué joven la ha privado de la atención debida y se ha impuesto sobre sus exorcismos; en su encuentro con Paracata sus poderes se derrumban y acepta su derrota. El simbolismo narrativo

permite concluir que las ideas antiguas y la vejez son vencidas por la savia renovadora de la juventud. La riqueza es el motivo ficcional de la quinta secuencia, riqueza encarnada en la ciudad y en el personaje de Asbestos, que sigue la tradición familiar. Desde la perspectiva de los criados, a través de la primera persona del plural, se resalta la consideración de la riqueza en la casa como «única y suprema finalidad», «la autoridad suprema». Frente al poder del oro se opone el valor de la amistad, apreciada como un auténtico don, así lo admite con sinceridad el esclavo: «los tiranos deberían temblar ante dos hombres que hablen de ellos con tranquilidad y reposo». Esta secuencia quinta ocupaba el sexto lugar en la edición del año 62.

Paracata recupera su protagonismo y continúa la escena cuarta en la sexta. La joven busca consuelo visitando a su amante, Ictio, mientras trabaja en la playa y predice la salvación de ambos frente al nefasto vaticinio. Sin embargo, la victoria se propone a través de la solidaridad y la hermandad, así lo sugiere el final del fragmento, cuando el grupo de pescadores colabora para recuperar la barca —posible símbolo del país—: «aquel esfuerzo, aquella perseverancia y decisión sugerían la idea de una resistencia fabulosa, inagotable, que no sería aniquilada con ningún cataclismo». La unión conduce al triunfo incluso entre gentes de diferente procedencia, eso se sugiere con el sueño del joven admirador de Tussos, el hijo de Asbestos, en la secuencia séptima. Asbestos es la voz narrativa en primera persona —en una interesante correspondencia con el nosotros de los criados en el fragmento quinto—, que muestra su deseo de conocer a la joven que había visto pasar; este fragmento octavo es simultáneo a la segunda secuencia. Destaca el desprecio del todopoderoso hacia su servidumbre («Qué diferencia entre mi vida y la suya, la de un esclavo; qué poca cosa, a pesar de que son útiles y necesarios para nuestro servicio» [pág. 118]) y hacia otros seres humanos, al pensar que puede comprar a Paracata con dinero.

El juego de jabalinas en el estadio se describe en la sección novena y se individualiza a Theosum, el único preocupado por una posible invasión enemiga mientras todos se divierten con el espectáculo. Por último, la secuencia décima conecta con la sexta y el protagonista es Ictio. Después de la visita de Paracata se rebela contra el amo y corre en su busca. Quiere enseñarle su hallazgo: la rama de coral encontrada en la red. Ahora sabe que

se trata de una joya que simboliza la fuerza y la victoria de los rebeldes:

Las aguas, poderoso enemigo, la rodean y arrojan contra ella su peso y su violencia incansable; sin parar, golpean con fuerza una cosa tan insignificante, pero esta crece lentamente, triunfa de aquella ciega furia y noche y día levanta sus ramas, las extiende y no abandona una lucha en la que vencerá.

El simbolismo del título y de la novela se desvela en este fragmento, donde Ictio descubre el significado del coral, de esa ramita que más adelante al pasar de mano en mano subrayará la idea de solidaridad. El coral se erige en símbolo de la resistencia y la rebeldía, como se evidencia, y al situar la obra en su contexto histórico-político representaría al bando republicano; el color es una clara alusión frente a las aguas azules, alegoría de la otra facción, así nos lo corroboró el autor en una conversación. Hay un enmascaramiento de la realidad española. Como señalamos al principio, en este primer capítulo se instaura el entramado narrativo, el autor realizó una sinopsis refinada con la introducción de los distintos personajes y asuntos. A partir de aquí, la estructura de la obra desarrolla los temas insinuados.

El poder del amor, encarnado en la sensualidad femenina, motivo recurrente en la narrativa de Zúñiga, como hemos comprobado al referirnos a los otros libros, se hace patente con Ictio y con el soldado Ipóptevo. Este queda cautivo de la mujer que ve pasar (Paracata) desde el ventanuco de su lugar de trabajo y que parece mostrarle un nuevo destino, muy distinto del ofrecido por las armas y la oscuridad de la cripta donde consumía su vida. Siente una llamada esperanzadora, plena de alegría, por eso desoye las voces de su padre paralítico —símbolo del conservadurismo—. La descripción contrasta enfáticamente la luz del exterior con las sombras interiores. La joven, se verá más adelante, representa la solidaridad con el sufrimiento de los demás y proporciona a Ipóptevo la clave para entender su futuro, por ello, la busca por la ciudad. En su itinerario, pasa por el teatro y las voces del coro ensayando, cuyo primer verso titula el capítulo («Amor, indomable amor»), le confirman su intuición y le revelan su sino. Pero él no es el único. Se advierte que otros jóvenes también buscan su propia vida, y para ello necesitan rechazar su pasado y olvidarse de actos y esfuerzos inútiles. Interesa resaltar la figura del pastor que encuentra en su camino, cuya mirada feroz, severa en un principio, se transforma en tolerante y bondadosa, porque

descubre en el chico el germen del cambio; por ello, le advierte: «Quieres librarte de tu alma antigua, y no lo conseguirás sino dejando de ser lo que has sido. Tú también deberás renegar de lo que fuiste». La sumisión es una conducta absurda, así se deduce del hecho vano de transportar entre varios una mole desconocida, símbolo de su sometimiento.

Tussos es el narrador de «Los recuerdos» y rememora para un soldado, destinatario exclusivo de la confesión, su participación en la lucha. Este capítulo remite indiscutiblemente a la guerra civil y a la posguerra españolas. Se refiere el inicio de la contienda, cuando los ciudadanos hartos de los excesos y de la tiranía de los poderosos se sublevan, a sabiendas de que carecen de recursos para enfrentarse a los enemigos, abastecidos de armas gracias a su riqueza. La llamada al combate atañe a todos los explotados: labriegos, carpinteros, curtidores, tejedoras o panaderos. La rebeldía de los oprimidos es una conducta necesaria, este es el mensaje que se trasmite: no se puede aceptar la esclavitud. Y se resalta que la derrota no conlleva la huida. Desde su condición de vencido, Tussos justifica su comportamiento y se reafirma en su decisión de quedarse: es necesario recordar lo sucedido y compartir la desventura⁸³. Su proceder es el mismo que el adoptado por los protagonistas del cuento «El último día del mundo» (*La tierra será un paraíso*), también pertenecientes al grupo de los derrotados en la Guerra Civil, que optan por permanecer. Otro tema sobresaliente de este capítulo 3 es el poder del lenguaje y la necesidad de diálogo, cuando falla la comunicación entre los individuos se recurre a la irracionalidad de las armas, así se asegura: «Un hombre está herido de muerte cuando prescinde de las palabras y aunque pretenda hablar, la boca sigue cerrada». Esta afirmación se universaliza, aunque más adelante el protagonista la ejemplifica con su ceguera, venganza del vencedor por sus acusaciones: «Levantó su puñal y me lo clavó rápidamente en un ojo y después en otro. Lo último que vi fue su rostro enfurecido por el temor a mis palabras». El relato destaca la carencia de libre expresión, al interrumpirse el recuento en varias ocasiones por el temor a que alguien escuche.

La sublevación de Tussos en el pasado se actualiza en el texto mediante Ictio, protagonista de «Por rebeldía», capítulo cuarto. Decide abandonar a su amo y seguir a Paracata, impulsora del cambio. Es consciente de que ha

llegado el momento de luchar por él y por sus iguales; la ramita de coral guardada con celo en su mano izquierda le proporciona el valor necesario. En su trayecto, se detiene varias veces para ayudar a sus semejantes; la solidaridad prevalece sobre su deseo de encontrarse con la joven. Lo hace en la alfarería al ver al niño esclavo conocido, comprende la imposibilidad de socorrerlo de forma inmediata, pero, en señal de amistad, le entrega el coral, símbolo de la rebeldía. Más adelante colabora con unos albañiles para salvar a dos compañeros de los escombros de una valla derruida. Este brevísimo episodio constituye un homenaje del autor a Victor Hugo, por una anécdota similar en *Los miserables*⁸⁴. También se compadece Ictio de una mujer que le ruega bajar del patíbulo el cadáver de un familiar ajusticiado. No duda en su empeño, ni se acobarda por el olor de la podredumbre y las picaduras de insectos. Por último, escucha el llanto de un esclavo, se acerca a darle ánimos y le insta a luchar por su libertad. La solidaridad y la hermandad con los que sufren se convierten en puntales para lograr la emancipación; es la conclusión clara que se desprende de este recorrido iniciático. Esta es la ofrenda que desea entregar a Paracata. Al final del episodio, la naturaleza sirve de metáfora para ofrecer una visión esperanzada: «Un fuerte vendaval, de los que traían las primaveras, le acompañaba en su camino».

Dunion, el esclavito de la alfarería, protagoniza «Un trozo de coral», capítulo fundamental como se infiere del título. La tiranía y la violencia de unos se contraponen al deseo de liberación de otros. El niño recuerda con satisfacción los instantes compartidos con Ictio, cuando se paraba en la puerta y su charla le servía de evasión. La historia recupera aquí uno de esos momentos, el de la entrega de la ramita de coral. Subrayamos que son jóvenes valientes o niños inocentes y soñadores los depositarios. La extrañeza ante el objeto desconocido desaparece al apreciar su color y su tacto y, finalmente, el valor y la fortaleza que simboliza. El niño se reconoce dueño de un tesoro y eslabón de una cadena humana que debe esforzarse en preservar. Su posesión le impulsa a actuar y se escapa de la alfarería para ganar la libertad. Sin embargo, es perseguido con inquina, en una cacería transformada en diversión; pero antes de sucumbir y consciente del significado y de la importancia del objeto, se lo entrega a una niña: «Los niños no jugarían con la ramita; se darían cuenta de que era algo muy

precioso, acaso hecho con gran esfuerzo, costando trabajo y sacrificio de hombres y no la perderían». Es fundamental el contraste entre los viejos, representantes de la explotación y del poder, y los jóvenes, símbolo de la libertad y la esperanza.

En contraposición a la tragedia del esclavito se presentan las reflexiones del hijo de Asbestos, un niño aburrido de su vida vacua y deseoso de aventuras. La oralidad de la novela, una de las características más destacadas del texto, se recupera con el personaje de Tussos a quien el jovencito escucha contar historias a escondidas en el capítulo 6, «Proyecto de viaje». Lo oral sobresale: se cuentan y se escuchan historias, se oyen voces, oráculos y profecías. Además, se pueden rastrear en el texto las características señaladas por Walter Ong en relación al pensamiento y la expresión oral: es aditiva; agregativa; hay redundancia; es conservadora; está próxima a la vida humana; con tono agonista, luchador, en un contexto de esfuerzo; con empatía; homeostasis; y es situacional⁸⁵. El relato del ciego converge con la temática novelesca: la necesidad de asumir el propio destino y la posibilidad de cambiarlo. La narración verbal desarrolla la leyenda de Hylas, personaje de *Las Argonáuticas*, hijo de rey esclavizado por Heracles que, sin embargo, es capaz de vencerlo simbólicamente. Hylas, como Paracata, es un joven señalado para rebelarse y propiciar la salvación de sus semejantes. Así lo entienden los otros esclavos de la historia y el propio Tussos: «A veces pienso en su desaparición y creo reconocerle en todos los jóvenes con quienes cruzo la palabra». Su inmersión en el agua, atendiendo el reclamo de las voces, posibilita su renacimiento. Hylas consigue un doble triunfo sobre su opresor. Primero psicológico, pues se ríe a carcajadas delante de los otros esclavos del malestar de Heracles, al descubrir cucarachas entre sus riquezas; se trata de una gloria imprevista, según la teoría de Hobbes, que destaca la idea súbita de excelencia frente a la debilidad del otro y es reflejo de un sentimiento de superioridad⁸⁶. El segundo y definitivo se produce cuando huye y le abandona para siempre.

La risa es *leitmotiv* y reaparece en el capítulo 7 titulado «Las riquezas». Se convierte en estrategia narrativa para vencer simbólicamente a los tiranos. Con sus carcajadas, tanto Hylas como el esclavo tesalio experimentan una sensación de victoria. Asbestos manifiesta incredulidad frente al relato de su

mayordomo sobre la destrucción de todos sus bienes por termitas (en la edición de 1962 eran hormigas), y le tacha de loco y borracho. Frente a la desesperación del mayordomo y su miedo al castigo, el tesalio responde con una risa imparable y desproporcionada. Es una reacción cómica de euforia y la anécdota puede calificarse de «humor tendencioso», utilizando la categoría propuesta por Charles Mauron⁸⁷, recogida a su vez de Freud. Se caracteriza por ser grosero, burlón, agresivo y cínico, excede los límites y para su receptor implica malestar y tragedia. La incomprensión del mayordomo y de Heracles frente a la risa subraya su aceptación de la tiranía. La risa está reñida con la desigualdad (que prefiere la seriedad), y el pensamiento de la desigualdad está impedido para comprender la risa⁸⁸. Se comprueba esta idea en «Sublime ejemplo», una de las *Fábulas irónicas* de Zúñiga, incluida en el libro de reciente aparición. Las carcajadas de los niños ante la ridícula conducta del magnate hace que, a juicio del narrador reflexivo, se sientan igualados a él a pesar de superarles con creces en honra y agasajo. La risa infantil ridiculiza al pretendido modelo y transforma su actuación en humillante.

El capítulo 8, «Las persuasiones», se añade en la edición de 1995 y es nuevo en su totalidad. En las páginas que lo componen, los hermanos Ipóptevo y Theosum representan diferentes actitudes ante la posibilidad de un conflicto bélico. Frente a la apatía de sus compatriotas, que se divierten en el estadio sin la más mínima preocupación por la amenaza de una invasión, Theosum defiende el uso de las armas y se reconoce heredero de una misión; al igual que los héroes antiguos, desea asumir la defensa de la patria. Su idealismo guerrero choca con el pacifismo de Ipóptevo, antiguo soldado que reniega de esa condición y rechaza lo bélico por el odio y el sufrimiento que causa. Asimismo, liberado de su antigua profesión, rehúsa el dinero. Las dos conductas resultan utópicas; sin embargo, apuntan al tema de la responsabilidad asumida, asunto que deja traslucir una voluntad autorial de concienciación, máxime en el contexto histórico-político de la publicación de la novela. La inquietud de un personaje se confronta con la serenidad del otro, transformado en un hombre diferente después de haberse convertido en receptor del coral. Ipóptevo entiende el valor del objeto, intuye su simbología y admite su función mediadora, por ello se lo entrega a un niño conocido:

Y se sintió contento al ver cómo se sorprendía el muchacho y cogía el coral y lo miraba y le miraba a él, intrigado de no saber lo que era y por qué se lo daba. Pero así también él lo recibió de manos de la niña, como un mensaje incomprensible que alguien envía para incitar al pensamiento a que se esfuerce en hallar su clave, como un desafío para descubrir y aceptar lo nuevo, lo que nunca se había sabido.

El mensaje es también motivo recurrente en la obra de Zúñiga. Lo transmiten sus personajes sin la seguridad de que llegue a su destinatario, pero siempre queda la intención. Así se manifestaba también en otras obras anteriores como se desprende fácilmente del título: «Los mensajes perdidos», uno de los cuentos de *Capital de la gloria* (2003), y «Mensaje confidencial» en *El anillo de Pushkin* (1983). De modo semejante a las ficciones, el autor emite mensajes al lector con su escritura, con la esperanza de que alguien conecte con sus emociones y sentimientos, y hasta le anime a la acción. Así lo señalaba: «Estoy convencido de que la literatura llega a la persona más inesperada y puede hacer el mayor impacto en un sentido o en otro, y que puede llenarle de alegría, de tristeza; le puede evocar e, incluso, suscitar también deseo de imitación de aquello que está leyendo. Esto para mí es el mensaje»⁸⁹.

En «La inquietud» Theosum, acuciado por la falta de respuesta de sus compañeros preocupados tan solo por los juegos atléticos, visita al viejo y enfermo Ieatós en busca de solución y consuelo. El joven soldado no entiende la falta de reacción de sus conciudadanos ante la inminente invasión. Cuestiona su conducta y la de los demás por no ser capaces de controlar su propio destino. La inactividad le hace considerarse culpable y cree que su comportamiento será juzgado severamente en el futuro al no haber estado en ningún bando, ni en el de los vencedores ni en el de los derrotados. El vendaval es en esta ocasión símbolo de la destrucción por la inoperancia. Se suprimen las referencias anacrónicas a los tranvías y los medios de comunicación modernos, porque el lector actual es capaz de contextualizar la narración en la época de la Guerra Civil. Es fácil identificar la acción de las tropas africanas, decisivas en el ejército franquista, en el siguiente párrafo: «Lejos, los futuros invasores, al otro lado del mar, se preparan al desembarco, ayudados secretamente por la apatía y la duda».

«Las persuasiones» y «La inquietud», títulos significativos de los capítulos anteriores, dibujan un panorama y dan paso al momento cruento de

«La lucha», siguiendo la cuidadosa estructura. El esclavo que durante años había padecido prisión y se lamentaba del sufrimiento se transforma al redescubrir una palabra y un sentimiento nuevo, el odio, y considera que aún es tiempo de odiar. El relato describe con detalle la pelea desigual entre mercenarios poderosamente armados y el hombre poseído tan solo de la fuerza de su recién conquistada libertad. De nuevo, se hace posible una interpretación metafórica de la Guerra Civil, con los diferentes bandos dotados de características reconocibles en la historia española. La novela presenta la lucha como una alternativa inexcusable, pero difícil de evitar frente a las amenazas y los riesgos. La risa de Zimós frente a los mercenarios, como la del esclavo tesalio y la de Hylas, supone un triunfo simbólico de aquel sobre sus adversarios y les iguala a pesar de su posición de inferioridad. La metamorfosis del personaje, «convertido él en una mariposa nocturna, recién abandonado su cuerpo de gusano», también deja concebir una trascendencia regeneradora en el contexto real.

La circularidad textual recupera en «El final» la figura de Paracata, que en el trayecto hacia su casa ha sido testigo de sucesos diversos. El castigo pronosticado se considera necesario, porque la desgracia se ha apoderado de la ciudad y sus habitantes: los fuertes persiguen y explotan a los débiles; existe inseguridad; y, por encima de todo, las personas están insatisfechas con sus vidas. La ciudad, como sucede con el Madrid de la trilogía de la Guerra Civil, ha cambiado; ahora es un lugar sucio y con mendigos y, mucho más importante, es inhumano. Por otro lado, la revelación del oráculo ha transformado a la protagonista y esta experimenta una dualidad integradora. Se trata de un castigo y al mismo tiempo de un refugio, porque puede llevar a la salvación. Este sentimiento se generaliza, pues otros seres humanos se encuentran en la misma situación. La sensación de hermandad se impone, como sucedía con la transmisión del coral, y se genera un ambiente de renovación. Una vez más, el vendaval simboliza el cambio que el discurso narrativo expresa con la sucesiva enumeración de contrarios: «El silencio se hizo estrépito, la calma, agitación; lo que era seguridad pasó a ser un peligro. Cuanto intentase quedar rígido y resistir, iba a ser arrasado». Finalmente, como se predecía en el primer capítulo, los dos amantes, Ictio y Paracata, se reúnen y consiguen salvarse. La destrucción no les afecta y se infiere que lo

que ambos representan —la rebeldía, la libertad y la solidaridad— conduce al triunfo. Su risa final, como la de los otros personajes, es símbolo de la victoria.

La conclusión de la novela resume a la perfección el pensamiento del autor: «tengo una fe instintiva en que los jóvenes salvarán al mundo y se salvarán ellos»⁹⁰. Esa confianza en la juventud se subraya al comienzo de la obra con la cita de Pablo Neruda ya señalada.

Con *El coral y las aguas* Juan Eduardo Zúñiga transmitía un mensaje de ánimo y de futuro. Paracata, Ictio, Ipóptevo, los esclavos y los niños entienden que ha llegado el momento de la acción, de provocar un cambio en sus vidas y actúan en consecuencia. El miedo, la opresión, el pensamiento antiguo —representados por el mayordomo, Asbestos o Efrónica, entre otros— deben quedar sepultados. El coral que pasa de mano en mano les proporciona fuerza y la decisión para perseguir un destino nuevo. El simbolismo didáctico de la novela intentaba infundir un espíritu de inconformismo y de optimismo que sus contemporáneos no fueron capaces de descifrar. Tampoco la crítica literaria de su tiempo acertó a ver la validez de su propuesta estética.

ESTA EDICIÓN

El texto de *El coral y las aguas* presentado reproduce el de la edición de Alfaguara, de enero de 1995, que el autor consideró definitiva. En el apéndice se incluye el prólogo del escritor a la primera edición del año 1962, publicada en la editorial Seix Barral, en su colección Biblioteca Breve. Es de excepcional interés, pues tenía la intención de aclarar a sus contemporáneos el sentido del libro.

La novela corta *Inútiles totales* reproduce la única edición de esta obra, efectuada por el propio autor en febrero de 1951 con una viñeta de él mismo. Su inclusión, después de sesenta y ocho años de no haber sido reeditada, supone la recuperación de un libro desconocido para los lectores.

¹ Juan Eduardo Zúñiga, «Fragmentos de unas *Memorias íntimas*», *Turia*, 109-110, marzo-mayo 2014,

pág. 276.

[2](#) «Fragmentos de unas *Memorias íntimas*», pág. 277.

[3](#) Manuel Longares, «Una charla con Juan Eduardo Zúñiga», *Quimera*, 227, marzo 2003, pág. 38.

[4](#) Antonio Ferres recuerda con emoción que Zúñiga se lo presentó, en *Memorias de un hombre perdido*, Madrid, Debate, 2002, pág. 70.

[5](#) Santos Sanz Villanueva sitúa a Francisco García Pavón, por ejemplo, por edad, primera publicación en libro y talante literario en esta promoción inicial de posguerra; en *La novela española durante el franquismo*, Madrid, Gredos, 2010, pág. 72.

[6](#) «Fragmentos de unas *Memorias íntimas*», págs. 279-280.

[7](#) «Una charla con Juan Eduardo Zúñiga», pág. 39.

[8](#) Juan Eduardo Zúñiga, *Desde los bosques nevados. Memoria de escritores rusos*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2010, pág. 11.

[9](#) Ha habido cambios en las tres ediciones de *El anillo de Pushkin*. En la primera edición «Origen de un destino» era el primer relato; en la segunda, el último; en la tercera desaparece, porque, según el autor, «era demasiado personal». Ha desaparecido «Mensaje confidencial», que estaba en la primera y la segunda ediciones. Lo sustituye «Antón Chéjov y las gaviotas». La tercera incluye «Hijos del sol», es una nueva versión de un artículo publicado en *Revista de Occidente*. Asimismo, en esta aparece un relato nuevo: «Un Don Juan ruso».

[10](#) También lo ven así algunos personajes de Zúñiga. En «Noviembre, la madre, 1936» desde la omnisciencia narrativa focalizada se dice: «trayendo a su conciencia la certidumbre de que una ciudad puede ser una madre», en *Largo noviembre de Madrid. La tierra será un paraíso. Capital de la gloria*, Madrid, Cátedra, 2007, pág. 110.

[11](#) *Desde los bosques nevados*, pág. 24.

[12](#) *Desde los bosques nevados*, pág. 32.

[13](#) *Desde los bosques nevados*, pág. 346.

[14](#) *Ibíd.*, pág. 156.

[15](#) *Ibíd.*, pág. 264. Eloy Tizón rememora la anécdota del encuentro de Zúñiga con la obra de Turguénev y asegura que «Zúñiga ha sido, para muchos de nosotros, nuestro Turguénev. Alguien que, como pocos, merece el calificativo de maestro. [...] Una fuente de inspiración y disfrute, pero también de exigencia y advertencia constantes. Un modelo en que mirarnos. Un guía. Un faro», en «Historia de una lectura», *Hispanófila*, 179 (enero 2017), pág. 76.

[16](#) En la reseña de Juan Antonio Hormigón, «La aguda percepción de Iván Turguénev», se afirma: «no es solo biografía ni solo análisis. Es ante todo un estudio crítico de la obra del escritor ruso, tan estrechamente vinculada a su vida, y una lúcida exploración biográfica a través del contenido de sus novelas, dramas, poemas, recuerdos y cartas», *Triunfo*, 785 (febrero 1978), pág. 42.

[17](#) Algunas reseñas significativas fueron las de Carmen Martín Gaité, «La herencia de sobrevivir», *Diario 16*, 19 de mayo de 1980, y de Luis Suñén, «La otra cara del drama», *El País*, 20 de abril de 1980. Mayor información bibliográfica puede verse en la edición de Israel Prados de *Largo noviembre de Madrid. La tierra será un paraíso. Capital de la gloria*, Madrid, Cátedra, 2007.

Recientemente, Luis Mateo Díez explicaba a propósito de Zúñiga que le «consideraba un maestro tras la lectura de *Largo noviembre*, y a quien tendría como uno de mis maestros tras el seguimiento siempre iluminador de su obra», en «Zúñiga, un reconocimiento», *Hispanófila*, *op. cit.*, pág. 61.

[18](#) «Marbec y el ramo de lilas», *Ínsula*, 37, enero 1949, pág. 7; «La gran mancha verde. Jazz Session», *Acento cultural*, 2, diciembre 1958, págs. 28-30; «El festín y la lluvia», *Índice de Artes y Letras*, 113, mayo 1958, págs. 12 y 14; «Agonía bajo el manto de oro», *Índice de Artes y Letras*, 122, febrero 1959, pág. 10; «Un ruido extraño», *Triunfo*, 63, agosto 1963, págs. 74-75.

[19](#) Ana Casas, *El cuento español en la posguerra. Presencia del relato breve en las revistas literarias (1948-1969)*, Madrid, Marenostrum, 2007, pág. 200.

[20](#) Joanne V. Creighton define «short story composite» como «a collection in which the stories are autonomous units governed by their own principles while they are at the same time integral parts of a larger whole», en «*Dubliners and Go Down, Moses: The Short Story Composite*», University of Michigan, DAI 31(1970), 1792-1793. Dallas Marion Lemmon define «rovelle» como «a novel or near-novel composed of short tales or stories —a series of stories so interrelated and intertwined that their cumulative effects are novelistic», en «The Rovellet, or the novel of Interrelated Stories: M. Lermontov, G. Keller, S. Anderson», Indiana University, DAI 31(1971), 3510. Pleasant Larus Reed define «integrated short-story collection» como «a sequence in which through arrangement the writer suggests or establishes relationships of plot, character, setting, image, and theme among separate stories to form an integrated whole» en «The Integrated Short-Story Collection: Studies of a Form of Nineteenth and Twentieth-Century Fiction», Indiana University, DAI 35(1975), 6730.

[21](#) Forrest Ingram, *Representative Short Story Cycles of the Twentieth Century. Studies in a Literary Genre*, La Haya-París, Mouton, 1971, pág. 19.

[22](#) Ingram, *Representative Short Story Cycles*, págs. 17-18.

[23](#) Robert M. Luscher, «The Short Story Sequence: An Open Book», en Susan Lohafer y Jo Ellyn Clarey, eds., *Short Story Theory at a Crossroads*, Baton Rouge, Louisiana State University Press, 1989, pág. 148.

[24](#) Emma Rodríguez, «Joan Tarrida: “Me rindo ante la coherencia de Juan Eduardo Zúñiga”», *Turia*, *op. cit.*, pág. 267. Subrayamos la idea de que los editores siempre prefieren hablar de novelas que de libros de cuentos; esta preferencia se tiene muy en cuenta a la hora de publicar.

[25](#) Ya lo propuso Israel Prados en su «Introducción» a *Largo noviembre de Madrid, La tierra será un paraíso y Capital de la gloria*, págs. 53-54. Afirma: «Un conjunto homogéneo que, preservando la plena autonomía de cada relato y de cada volumen, posee un sentido global y una atmósfera unitaria que enriquecen todas sus piezas». Bénédicte Vauthier propone el término *cuentarios* en su ensayo «Las teorías sobre los “ciclos de cuentos integrados” a prueba de cuatro *cuentarios* sobre la destrucción del idilio de la tierra natal de Juan Eduardo Zúñiga (*Largo noviembre de Madrid, La tierra será un paraíso, Capital de la gloria y La trilogía de la Guerra Civil*)», en *Hispanófila*, *op. cit.*, págs. 41-59.

[26](#) Luis Beltrán Almería lo señaló en su libro *El simbolismo de Juan Eduardo Zúñiga*, Belcaire d'Empordà, Gerona, Editions Vitel-la, 2008, págs. 57-68.

[27](#) *Largo noviembre de Madrid, La tierra será un paraíso y Capital de la gloria*, pág. 120.

[28](#) La sátira menipea es un género que aparece en la Antigüedad y en el humanismo europeo. Entre los antiguos lo cultivaron Varrón y Luciano. Este género cumple la función de desenmascarar un mundo que ha perdido o está perdiendo sus fundamentos y valores básicos, y que se halla sometido a un proceso imparable de descomposición. Un ejemplo de menipea moderna es *Luces de bohemia* de Valle-Inclán.

[29](#) *Largo noviembre de Madrid, La tierra será un paraíso y Capital de la gloria*, pág. 107.

[30](#) *Ibíd.*, pág. 106.

[31](#) *Ibíd.*, pág. 110.

[32](#) El diálogo en el umbral es una forma dialogal que se caracteriza por abordar temas trascendentales, como el sentido de la vida, el destino o la salvación, en un marco extraordinario, que bien puede ser un escenario infernal o una situación desesperada.

[33](#) Winston Manrique Sabogal, «La historia enriquece la invención literaria. Entrevista a J. E. Zúñiga», *Babelia, El País*, 15 de febrero de 2003.

[34](#) *Largo noviembre de Madrid, La tierra será un paraíso y Capital de la gloria*, págs. 389-390.

[35](#) Al principio del relato se menciona que la madre, al iniciarse los bombardeos, solía cantar: «*Puente de los franceses/mamita mía, /nadie lo pasa, nadie lo pasa*».

[36](#) *Largo noviembre de Madrid, La tierra será un paraíso y Capital de la gloria*, pág. 303.

[37](#) *Largo noviembre de Madrid, La tierra será un paraíso y Capital de la gloria*, pág. 313.

[38](#) *Largo noviembre de Madrid, La tierra será un paraíso y Capital de la gloria*, pág. 361.

[39](#) *Ibíd.*, pág. 364.

[40](#) *Largo noviembre de Madrid, La tierra será un paraíso y Capital de la gloria*, pág. 367.

[41](#) El principal cambio es la revisión del último cuento que trata de la vida del escritor Felipe Trigo. Hay modificaciones notables en el texto, también el título, antes era «Últimas razones íntimas» y ahora «1916. Canción lejana: las decepciones». Ana L. Baquero Escudero ha estudiado este volumen en «Flores de plomo: una obra polifónica en torno a Larra», *Hispanófila, op. cit.*, págs. 23-32.

[42](#) Manuel Longares, «Una charla con Juan Eduardo Zúñiga», pág. 40.

[43](#) *Ibíd.*

[44](#) Juan Eduardo Zúñiga, *Flores de plomo*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2015, pág. 20.

[45](#) Manuel Longares, «El Madrid de Zúñiga», en *Hispanófila, op. cit.*, pág. 66.

[46](#) *Flores de plomo*, pág. 46.

[47](#) Juan Eduardo Zúñiga, «Introducción», *Artículos sociales de Mariano José de Larra*, Madrid, Taurus, 1967, pág. 7.

[48](#) *Ibíd.*, págs. 8-9.

[49](#) Una versión anterior e inédita de esta obra ocupaba solo la mitad, no incluía «Manchados honor y nieve», «Aciago día de traiciones» y «Noche de los augurios». La segunda mitad de la obra consistía en una serie de historias sobre otros escritores suicidas que culminaba en «Últimas razones íntimas», dedicado a Felipe Trigo, que cerraba la edición de *Flores de plomo* de 1999. Finalmente, Zúñiga decidió reforzar el carácter unificador de la obra, incluyendo los tres títulos citados, que continuaban el drama de Larra, y desplazando los dedicados a los otros escritores suicidas, a excepción del destinado a Trigo.

[50](#) Longares, «Una charla con Juan Eduardo Zúñiga», págs. 39-40.

[51](#) Lo indicaba Santos Sanz Villanueva en «La narrativa de Juan Eduardo Zúñiga: apuntes encadenados», *Turia*, *op. cit.*, pág. 193. Antonio Garrido Domínguez subraya que la mayoría de estos relatos se enmarcan en «lo mágico-maravilloso y, sobre todo, lo fantástico», en «Magia y fantasía en *Misterios de las noches y los días* de Juan Eduardo Zúñiga, *Hispanófila*, *op. cit.*, pág. 15.

[52](#) Mijaíl Bajtín, *Teoría y estética de la novela*, Madrid, Taurus, 1989, pág. 267.

[53](#) Juan Eduardo Zúñiga, *Misterios de las noches y los días*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2013, pág. 172.

[54](#) *Misterios de las noches y los días*, pág. 73.

[55](#) *Desde los bosques nevados*, pág. 43.

[56](#) José María Merino, «Del óxido brillante», *Hispanófila*, *op. cit.*, pág. 69.

[57](#) *Brillan monedas oxidadas*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2010, pág. 53.

[58](#) Iván S. Turguiéniev, *Padres e hijos*, Introducción y notas de Juan Eduardo Zúñiga, Madrid, Espasa-Calpe, 1990, págs. 9-39.

[59](#) Juan Eduardo Zúñiga, *Sofia*, Barcelona, Destino, 1990, pág. 21.

[60](#) Dimíter Dímov aparece como personaje en el primer relato de *La tierra será un paraíso*, titulado «Las ilusiones: el Cerro de las Balas», como hemos indicado anteriormente. El doctor Dímov es amigo del personaje narrador. Le pide que encuentre a un médico búlgaro, brigadista en la Guerra Civil. Dímov habla al narrador de *Sofia*, que aparece como una ciudad idílica, lo contrario que el Madrid de la primera posguerra.

[61](#) *Sofia*, pág. 13.

[62](#) *Sofia*, pág. 43.

[63](#) «Una charla con Juan Eduardo Zúñiga», pág. 40.

[64](#) Francisco García Pavón, *Antología de cuentistas españoles contemporáneos (1939-1966)*, Tomo I, Madrid, Gredos, 1976, pág. 148.

[65](#) Luis Mateo Díez, «Una novelita de Zúñiga», *Turia*, *op. cit.*, pág. 244.

[66](#) En Ignacio Echevarría, «Entrevista: Antonio Ferres y Juan Eduardo Zúñiga. Una generación olvidada», *El País. Babelia*, 2 de noviembre de 2002. Zúñiga añadía: «la etiqueta prosperó, sobre todo cuando empezaron a intensificarse las actitudes críticas hacia lo que representábamos».

[67](#) Se trata de un realismo muy limitado, sobre todo en lo que se refiere a la figura de Cosme: nada se dice de su familia, de su domicilio, de su trabajo. Es un ejemplo de autobiografismo hermético: dice y borra al mismo tiempo. En cambio, del personaje de Carlos se dan esos detalles. También la geografía urbana es muy imprecisa. Y la temporalidad se limita a las alusiones al cerco de Madrid.

[68](#) Juan Eduardo Zúñiga, *Inútiles totales*, pág. 220. Todas las citas extraídas del texto remiten a la presente edición.

[69](#) Esta anécdota remite a un suceso real: Juan Eduardo Zúñiga frecuentaba la librería Pueyo, en la calle Arenal, y estando allí entró una chica que le impresionó; en una conversación con Ángeles Encinar el 9 de enero de 2018.

[70](#) Interesa referir que, cuando el autor leyó la obra en el Café Lisboa, uno de los contertulios criticó la introducción del violín, porque lo consideraba un elemento que no adquiere mayor desarrollo argumental. Precisamente, el poder de la sugerencia es lo que pretendía subrayar Zúñiga: el violín lo toca alguien que estaba en la casa con la chica, podría ser la razón de no querer comprometerse.

[71](#) Se trata de una zarzuela estrenada en 1897 con música de Manuel Fernández Caballero y libreto de Miguel Echegaray. Uno de los protagonistas se llama Carlos, él y sus amigos son húsares.

[72](#) Destacamos sus declaraciones a Luis Beltrán, en una carta del 16 de abril de 2007: «Al terminar la Guerra Civil, empezó para mí un grave desafío vital, pero con él un periodo de leer mucho. Fue entonces cuando inicié la recogida de datos biográficos de Iván Turguénev».

[73](#) Este planteamiento de los dos amigos que rivalizan por el amor de una mujer aparece repetidamente en la obra de Turguénev. En *Primer amor* la rivalidad se da entre un grupo de pretendientes de la esquiva Zinaída, pero especialmente entre el padre de Vladimir y el propio Vladimir, una situación autobiográfica. El mismo motivo es el fundamento de *Padres e hijos*. Allí la pareja de amigos, el nihilista Bazárov y Arkadi, se enamoran de la independiente Odintsova. Pero Turguénev da otro tipo de tratamiento estético a estos motivos.

[74](#) Los premios tenían una dotación económica, la de novela corta fue de 12.000 pesetas, y también suponían la publicación del manuscrito. Sin embargo, la publicación de *El coral y las aguas* no se produjo hasta tres años más tarde en la editorial Seix Barral. Seguramente, no se llevó a cabo en su momento porque en el jurado estaba Luis Goytisolo, que fue detenido a su regreso a España después de haber participado en un congreso europeo del PCE. Subrayamos que la revista cultural *Acanto* pertenecía al Movimiento. A la ceremonia de entrega de los premios asistieron el jefe nacional del S.E.U., el secretario técnico de la Secretaría General del Movimiento y otras personalidades políticas

del franquismo relacionadas con la cultura y la educación (*Pueblo*, 9 de mayo de 1959).

Algunas ideas expuestas sobre esta novela aparecieron en Ángeles Encinar, «Un camino diferente: *El coral y las aguas*. El realismo metafórico de Juan Eduardo Zúñiga», *Hispanófila*, *op. cit.*, págs. 5-13.

[75](#) Ricardo Doménech, «*El coral y las aguas*, de Juan Eduardo Zúñiga», *Triunfo*, 16 de junio de 1962, pág. 95.

[76](#) Carlos Edmundo de Ory, «Juan Eduardo Zúñiga: *El coral y las aguas*». *Cuadernos* (París) I (1964).

[77](#) En la conversación de Juan Eduardo Zúñiga con Ángeles Encinar el 6 de noviembre de 2014.

[78](#) Ignacio Echevarría, «Entrevista: Antonio Ferres y Juan Eduardo Zúñiga. Una generación olvidada».

[79](#) Luis Beltrán Almería, «El origen de un destino. Entrevista a Juan Eduardo Zúñiga», *Riff-Raff*, 10 (1999), pág. 107.

[80](#) Juan Goytisolo, *El furgón de cola*, París, Ruedo Ibérico, 1967, pág. 52. Es interesante la opinión de Juan Eduardo Zúñiga, muchos años después, sobre *Tiempo de silencio*: «Cuando la leí, yo me di cuenta enseguida de que estaba ante una novela importante, pero quedaba fuera de nuestra línea. Por supuesto que había de todo, pero nosotros teníamos constancia de que había también gente espléndida, de una gran talla moral. Hombres que trabajaban diez horas al día en una obra o en una empresa y luego asistían a reuniones, discutían, repartían octavillas... La visión de Martín Santos, con todo aquello de las ratas, me resultaba algo cínica. Me molestaba en él su actitud condescendiente hacia los de abajo, su humor a veces despiadado», en «Entrevista: Antonio Ferres y Juan Eduardo Zúñiga. Una generación olvidada».

[81](#) En el Apéndice, pág. 259.

[82](#) Utilizamos el término en el sentido que le da Ian Reid en «Destabilizing Frames for Story», *Short Story Theory at a Crossroads*, Susan Lohafer y Jo Ellyn Clarey, eds., Baton Rouge y Londres, Louisiana State University, 1989, págs. 299-309.

[83](#) El recuerdo de la tragedia de la Guerra Civil es un hecho fundamental para el autor. «Las enseñanzas», último cuento de *Capital de la gloria*, concluye con la siguiente frase de la madre a su hijo pequeño: «Esto es la guerra, hijo, para que no lo olvides», en *Largo noviembre de Madrid*, *La tierra será un paraíso* y *Capital de la gloria*, pág. 487.

[84](#) Así nos lo aseguró el autor en la conversación del 6 de noviembre de 2014.

[85](#) Walter Ong, *Orality and Literacy. The Technologizing of the Word*, Nueva York y Londres, Methuen, 1982, págs. 37-51.

[86](#) Así lo asume Charles Mauron, *Psicocrítica del género cómico: Aristófanes, Plauto, Terencio, Molière*, traducción de M^a del Carmen Boves Naves, Madrid, Arco Libros, 1998, pág. 131.

[87](#) Charles Mauron, *Psicocrítica del género cómico: Aristófanes...*, págs. 36-39.

[88](#) Luis Beltrán Almería, *Anatomía de la risa*, México, Ediciones Sin Nombre-Universidad de Sonora, 2011, pág. 81.

[89](#) *Riff-Raff*, 10, pág. 114.

[90](#) *Ibíd.*, pág. 111.

Bibliografía

OBRAS DE JUAN EDUARDO ZÚÑIGA

- Inútiles totales*, Madrid, Talleres Gráficos de Fernando Martínez, 1951.
El coral y las aguas, Barcelona, Seix Barral, 1962; Alfaguara, Madrid, 1995.
Los imposibles afectos de Iván Turguéniev, Madrid, Editora Nacional, 1977; *Las inciertas pasiones de Iván Turguéniev*, Madrid, Alfaguara, 1996.
Largo noviembre de Madrid, Barcelona, Bruguera, 1980; Madrid, Alfaguara, 1990.
El anillo de Pushkin. Lectura romántica de escritores y paisajes rusos, Barcelona, Bruguera, 1983; Alfaguara, Madrid, 1992.
La tierra será un paraíso, Madrid, Alfaguara, 1989.
Sofía, Barcelona, Destino, 1990.
Misterios de las noches y los días, Madrid, Alfaguara, 1992.
Flores de plomo, Madrid, Alfaguara, 1999; Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2015.
Capital de la Gloria, Madrid, Alfaguara, 2003.
Largo noviembre de Madrid. La tierra será un paraíso. Capital de la Gloria, ed. de Israel Prados, Madrid, Cátedra, 2007.
Brillan monedas oxidadas, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2010.
Desde los bosques nevados, Barcelona, Galaxia Gutenberg/Círculo de Lectores, 2010. Nueva edición de *Las inciertas pasiones de Iván Turguéniev* y *El anillo de Pushkin*.
La trilogía de la Guerra Civil, Barcelona, Galaxia Gutenberg/Círculo de Lectores, 2011. Nueva edición de *Largo noviembre de Madrid. Capital de la Gloria. La tierra será un paraíso*.
«Fragmentos de unas *Memorias íntimas*», *Turia*, 109-110, marzo-mayo 2014, págs. 275-285.
Fábulas irónicas, Madrid, Nórdica, 2018.

Selección de prólogos y ediciones:

- Cuentos completos de Antón Chéjov*, Madrid, Austral, 1953, 2 vols.
Mariano José de Larra. Artículos sociales (Antología), Madrid, Taurus, 1967.
Relatos de siempre, Madrid, Santillana, 1970.
«Introducción y notas», Iván Turguéniev, *Padres e hijos*, Madrid, Espasa-Calpe, 1990, págs. 9-39.
«Un intérprete del alma rusa», Prólogo a Iván Turguéniev, *Padres e hijos y otras novelas*, ed. de Ricardo San Vicente, Barcelona, Círculo de Lectores, 1991, págs. 13-23.

ESTUDIOS SOBRE JUAN EDUARDO ZÚÑIGA (SELECCIÓN) Y OBRAS GENERALES

- ALFAYA, Javier, «Zúñiga y Gil de Biedma. Un superviviente, dos maestros», *La calle*, 107, 8-14/IV/1980, págs. 54-55.
— «Juan Eduardo Zúñiga: la voz de los vencidos», *El Independiente*, 31/III/1989.
— «El regreso del primer Zúñiga», *El Independiente*, 10/V/1990.

- ANDRES-SUÁREZ, Irene, «Pugna entre la luz y las tinieblas como vía de revelación: los microrrelatos de Juan Eduardo Zúñiga», *Turia*, 109-110, marzo-mayo 2014, págs. 233-242.
- BAQUERO ESCUDERO, Ana L., «Entre el capítulo y el cuento», *Literatura, pasión sagrada, Homenaje al Prof. Antonio García Berrio*, ed. de F. González Alcázar, F. Á. Moreno Serrano, J. F. Villar Dégano, Madrid, Editorial Complutense, 2013, págs. 131-141.
- «*Flores de plomo*: una obra polifónica en torno a Larra», *Hispanófila*, 179, enero 2017, págs. 23-32.
- BAQUERO GOYANES, Mariano, *Antología de cuentos contemporáneos*, Barcelona, Labor, 1964.
- BASANTA, Ángel, *La tierra será un paraíso*, ABC, 23/IX/1989.
- BELTRÁN ALMERÍA, Luis, «El origen de un destino», *Riff-Raff*, 2.^a época, 10, primavera de 1999, págs. 103-115.
- «Las estéticas de Juan Eduardo Zúñiga», *Anales de la Literatura Contemporánea*, 25, 2000, págs. 357-387.
- «El regreso al origen de Juan Eduardo Zúñiga», *Heraldo de Aragón*, 13/III/2003.
- «El hermetismo de Juan Eduardo Zúñiga», *Quimera*, 227, 2003, págs. 27-30.
- *El simbolismo de Juan Eduardo Zúñiga*, Belcaire d'Empordà, Gerona, Editions Vitel-la, 2008.
- *Anatomía de la risa*, México, Ediciones Sin Nombre-Universidad de Sonora, 2011.
- «El ciclo eslavo en la obra de Juan Eduardo Zúñiga», *Turia*, 109-110, marzo-mayo 2014, págs. 218-227.
- *Simbolismo y modernidad*, México, Sedeculta-Conaculta, 2015.
- «Las Fábulas irónicas de Juan Eduardo Zúñiga: un libro por entregas», *Hispanófila*, 179, enero 2017, págs. 33-40.
- «La fabulación irónica de Juan Eduardo Zúñiga. Breve historia de un libro», *Turia*, 2018, <http://www.ieturolenses.org/revista_turia/index.php/actualidad_turia/la-fabulacion-ironica-de-juan-eduardo-zuniga-breve-historia-de-un-libro>.
- «La Guerra Civil en los relatos de Zúñiga», *Orillas*, 7, 2018, págs. 5-15.
- BELTRÁN ALMERÍA, Luis y RODRÍGUEZ GARCÍA, José Luis (eds.), *Simbolismo y hermetismo. Aproximación a la modernidad estética*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2007.
- BÉRTOLO, Constantino, «Nuevos acercamientos narrativos al tema de la Guerra Civil: Jarnés, Zúñiga, Iturralde», *Nueva Estafeta*, 24, XI/1980, págs. 74-75.
- «Sobrevivir con autoestima», *El País*, 2/IV/1989.
- «Cabalgata ennegrecida», *El País*, 27/V/1990.
- CALDERÓN PUERTA, Aránzazu, «Memoria, olvido y transición histórica en el relato *Ruinas, el trayecto: Guernica* de Juan Eduardo Zúñiga», *Sociocriticism*, 33, 2018, págs. 193-214, <<http://revistaseug.ugr.es/index.php/sociocriticism>>.
- CARMONA, E. R. y GARCÍA, E. C., «Open Reading of a Closed Text: Zúñiga's «Puertas abiertas, puertas cerradas»», en Y. Tovin, ed., *From Sign to Text. A Semiotic View of Communication*, Ámsterdam / Filadelfia, John Benjamins, 1989, págs. 235-251.
- CASAS, Ana, *El cuento español en la posguerra. Presencia del relato breve en las revistas literarias (1948-1969)*, Madrid, Marenostrom, 2007.
- CHIRBES, Rafael, «El eco de un disparo», *El novelista perplejo*, Barcelona, Anagrama, 2002, págs. 111-115.
- «Épica de la cotidianidad», *Turia*, 109-110, marzo-mayo 2014, págs. 256-259.
- CONTE, Rafael, «Las resistencias de Zúñiga», *El País (Babelia)*, 15/II/2003.
- CORBALÁN, Pablo, «Razón y sueño de un largo noviembre», *Triunfo*, 906, 7/VI/1980.
- DÍAZ NAVARRO, Epicteto, *En torno a la novela histórica española. Ecos, disidencias y parodias*, Madrid, Ediciones del Orto, 2000.
- DÍAZ NAVARRO, Epicteto y GONZÁLEZ, José Ramón, *El cuento español en el siglo XX*, Madrid, Alianza, 2002, págs. 179-181.

- DÍEZ, Luis Mateo, «Una imagen de escritor», *Quimera*, 227, 2003, págs. 11-12.
— «Unos cuentos de Zúñiga», *El País (Babelia)*, 15/III/2003.
— «Una novelita de Zúñiga», *Turia*, 109-110, marzo-mayo 2014, págs. 243-244.
— «Zúñiga, un reconocimiento», *Hispanófila*, 179, enero 2017, págs. 61-63.
- DOMÉNECH, Ricardo, «*El coral y las aguas*, de Juan Eduardo Zúñiga», *Triunfo*, 16/VI/1962.
- ECHEVARRÍA, Ignacio, «Entrevista: Antonio Ferres y Juan Eduardo Zúñiga. Una generación olvidada», *El País, Babelia*, 2/XI/2002.
- ENCINAR, Ángeles, «Tendencias en el cuento español reciente», *Lucanor*, 13, 1995, págs. 103-118.
— «Introducción», *Cuento español actual (1992-2012)*, Madrid, Cátedra, 2014, págs. 11-85.
— «*Capital de la gloria: La Guerra Civil española en la obra de Juan Eduardo Zúñiga*», *Siguiendo el hielo. Estudios sobre el cuento español actual*, Villeurbanne, Orbis Tertius, 2015, págs. 95-107.
— «Un camino diferente: *El coral y las aguas*. El realismo metafórico de Juan Eduardo Zúñiga», *Hispanófila*, 179, enero 2017, págs. 5-13.
- ENCINAR, Ángeles y BELTRÁN ALMERÍA, Luis, «Juan Eduardo Zúñiga, la vida fabulada», *Hispanófila*, 179, enero 2017, pág. 3.
- ENCINAR, Ángeles y PERCIVAL, Anthony, «Introducción», *Cuento español contemporáneo*, Madrid, Cátedra, 1993, págs. 11-62.
- ESCRIG, José Antonio, «Una lectura romántica», *Quimera*, 227, 2003, págs. 22-26.
- FERREIRA, Lola, «Juan Eduardo Zúñiga: el culto al relato corto», *Leer*, 60, I/1993, págs. 24-26.
- FORTEA, Carlos, «En el ancho mar de la literatura», *Turia*, 109-110, marzo-mayo 2014, págs. 228-232.
- GARCÍA GALIANO, Ángel, «Oro en las trincheras», *Revista de Libros*, 78, 2003.
- GARCÍA PAVÓN, Francisco, *Antología de cuentistas españoles contemporáneos (1939-1966)*, Madrid, Gredos, 1976.
- GARCÍA-POSADA, Miguel, «De la dignidad», *ABC (Blanco y Negro Cultural)*, 22/II/2003.
- GARRIDO DOMÍNGUEZ, Antonio, «Magia y fantasía en *Misterios de las noches y los días* de Juan Eduardo Zúñiga», *Hispanófila*, 179, enero 2017, págs. 15-21.
— «J. E. Zúñiga al trasluz de la estética simbolista», *Ínsula*, 768, 2010, págs. 14-16.
- GOÑI, Javier, «Lectores de libros rusos», *Turia*, 109-110, marzo-mayo 2014, págs. 198-205
- GURMÉNDEZ, Carlos, «Vivir y pensar o un Madrid transcendental», *Ínsula*, 404-405, VII-VIII/1980, pág. 24.
- HORMIGÓN, Juan Antonio, «La aguda percepción de Iván Turguénev», *Triunfo*, 785, febrero 1978.
- IMBODEN, Rita Catrina, ««La esfinge» en *Misterios de las noches y los días*, de Juan Eduardo Zúñiga», José Romera Castillo y Francisco Gutiérrez Carbajo, eds., *El cuento en la década de los noventa*, Madrid, Visor, 2001, págs. 683-691.
- ITURRALDE, Juan, «Un libro excepcional», *El Mundo*, 13/V/1990.
- IVANOVA KOVACHEVA, Iliana, «Entrevista con el escritor y eslavista Juan Eduardo Zúñiga», *Mundo eslavo. Revista de cultura y estudios eslavos*, 3, 2004, págs. 288-290.
- JIMÉNEZ MADRID, Ramón, «La obra narrativa breve de Juan Eduardo Zúñiga», *Montearabí*, 14, 1992, págs. 7-22.
— «Para no olvidar», *La Opinión*, 14/III/2003.
- LONGARES, Manuel, *Zúñiga*, *El País*, Madrid, 23/II/2003.
— «Una charla con Juan Eduardo Zúñiga», *Quimera*, 227, marzo 2003, págs. 36-40.
— «Una cauta reserva», *Turia*, 109-110, marzo-mayo 2014, págs. 250-255.
— «El Madrid de Zúñiga», *Hispanófila*, 179, enero 2017, págs. 65-68.
- MANERA, Danilo, «Juan Eduardo Zúñiga, entre Rusia y Madrid», *Quimera*, 227, 2003, págs. 19-21.
- MANRIQUE SABOGAL, Winston, «La historia enriquece la invención literaria. Entrevista a J. E. Zúñiga», *Babelia, El País*, 15/II/2003.

- MARTÍN BERMÚDEZ, Santiago, «¡No pasaran!», *Reseña*, 207, VI/1990, págs. 48-49.
- MARTÍN GAITE, Carmen, «La herencia de sobrevivir», *Diario 16*, 19/V/1980.
- MARTÍNEZ SARRIÓN, Antonio, *Jazz y días de lluvia*, Madrid, Alfaguara, 2002.
- MERINO, José María, «Del óxido brillante», *Hispanófila*, 179, enero 2017, págs. 69-71.
- MONREAL, José Ramón, «Sutiles quimeras», *Quimera*, 95, 1990, pág. 72.
- MURCIANO, Carlos, «Aquella cabalgata ennegrecida», *Nueva Estafeta*, 25, XII/1980.
- NAVAL, Eduardo, *La tierra será un paraíso*, *Ínsula*, 517, I/1990, pág. 21.
- NAVAL, Eduardo, HOYO, Arturo del y FERNÁNDEZ SÁNCHEZ, José, «Homenaje a Juan Eduardo Zúñiga», *El Mundo*, 13/V/1990.
- NAVARRO, María José, *La tierra será un paraíso*, *Reseña*, 197, VII-VIII/1989, pág. 32.
- NÚÑEZ, Antonio, «Encuentro con Juan Eduardo Zúñiga», *Ínsula*, XXXV, 406, IX/1980, pág. 12.
- ORY, Carlos Edmundo de, «Juan Eduardo Zúñiga: *El coral y las aguas*», *Cuadernos*, 68, 1963, págs. 88-89.
- PEDREGAL, Ramón, «Guerreros», *Lanza*, 5/IV/2003.
- PERCIVAL, Anthony, «El cuento de la Guerra Civil española: del neorrealismo al posmodernismo (*Valor y miedo* de Arturo Barea y *Largo noviembre de Madrid* de Juan Eduardo Zúñiga)», en Roy Bolland y Alan Kenwood, eds., *War and Revolution in Hispanic Literature*, Melbourne/Madrid, Voz Hispánica, 1990, págs. 143-149.
- POZUELO YVANCOS, José María, «Zúñiga, nuestro Séneca particular», *ABC Cultural*, 30/VI/2018.
- PRADOS, Israel, «De símbolos y batallas», *Reseña*, 353, 2003, págs. 4-9.
- «El pulso de la resistencia», *Reseña*, 348, V/2003, pág. 26.
- «Introducción», Juan Eduardo Zúñiga, *Largo noviembre de Madrid. La tierra será un paraíso. Capital de la gloria*, Madrid, Cátedra, 2007, págs. 13-98.
- «La guerra civil de Juan Eduardo Zúñiga: vida latente de ciudad sitiada», *Turia*, 109-110, marzo-mayo 2014, págs. 206-217.
- RODRÍGUEZ, Emma, «Joan Tarrida: Me rindo ante la coherencia de Juan Eduardo Zúñiga», *Turia*, 109-110, marzo-mayo 2014, págs. 263-268.
- SANZ VILLANUEVA, Santos, *Historia de la novela social española (1942-1975)*, 2 vols., Madrid, Alhambra, 1980.
- «Novela histórica española (1975-2000): catálogo comentado», *Reflexiones sobre la novela histórica*, ed. de J. Jurado Morales, Cádiz, Fundación Fernando Quiñones, Universidad de Cádiz, 2006, págs. 219-262.
- *La novela española durante el franquismo. Itinerarios de la anormalidad*, Madrid, Gredos, 2010.
- «Historias de una historia: La guerra sin guerra de Juan Eduardo Zúñiga», *Cuadernos Hispanoamericanos*, 739, 2012, págs. 25-30.
- «La narrativa de Juan Eduardo Zúñiga: apuntes encadenados», *Turia*, 109-110, marzo-mayo 2014, págs. 184-197.
- SOLER, Antonio, «Juan Eduardo Zúñiga», *Quimera*, 227, 2003, pág. 13.
- «Largo noviembre», *Turia*, 109-110, marzo-mayo 2014, págs. 260-262.
- SUÑÉN, Luis, «La otra cara del drama», *El País*, 20/IV/1980.
- TIZÓN, Eloy, «Historia de una lectura», *Hispanófila*, 179, enero 2017, págs. 73-76.
- TOVAR, Antonio, «Crónica interior de Madrid en guerra», *Gaceta Ilustrada*, 28/VII/1980.
- TURPIN, Enrique, «La perspectiva del amor», *El Periódico*, 20/V/2003.
- VILLANUEVA, Darío, «Todo era secreto», *Diario 16*, 3/VIII/1989.
- VAL, Fernando del, «Felicidad Orquín, luz detrás de la puerta», *Turia*, 109-110, marzo-mayo 2014, págs. 269-274.
- «Biocronología de Juan Eduardo Zúñiga», *Turia*, 109-110, marzo-mayo 2014, págs. 286-297.
- VALLS, Fernando, «Historias sobre ciertas esperanzas», *La Vanguardia*, 15/IX/1989.

- «*Capital de la gloria, capital del dolor*», *Quimera*, 227, III/2003, págs. 31-35.
- «El mundo literario de Juan Eduardo Zúñiga», *Turia*, 109-110, 2014, págs. 165-183.
- VAUTHIER, Bénédicte, «Las teorías sobre los “ciclos de cuentos integrados” a prueba de cuatro *Cuentarios* sobre la “Destrucción del idilio de la tierra natal” de Juan Eduardo Zúñiga (*Largo noviembre de Madrid, La tierra será un paraíso, Capital de la gloria y La trilogía de la guerra civil*)», *Hispanófila*, 179, enero 2017, págs. 41-59.

El coral y las aguas



*Toda la juventud mojándose y ardiendo,
como una lámpara derribada en la lluvia.*

PABLO NERUDA

1. Los comienzos

Toda mujer escuchará algún día el mensaje secreto que habrá de llegarle del futuro; en cualquier sitio oirá la voz que profetiza y, aun sin entenderla, recibirá su fuerza y sabrá que una sabiduría entró en su cuerpo y dejará de ser paciente mujer para ser mujer y llevar en su seno hijos y toda posible libertad, y será la madre de lo inesperado y del milenio.

Ella, como todas las jóvenes, iba por agua con el diario temor de un riesgo conocido, el imprevisible encuentro que la derribaría y, entre sollozos, la iniciaría al amor y, con él, a los sufrimientos y esperanzas de la vida en el mundo de los mayores¹.

El manantial nacía dentro de la caverna y el ruido del agua al caer sobre las piedras se multiplicaba en mil sonidos. El musgo y los líquenes ocultaban las paredes de roca oscura; del techo pendían plantas que goteaban y que a veces movía el viento imperceptible. El fondo estaba cubierto por la oscuridad y allí el rumor parecía apagarse.

El cántaro de Paracata se llenó, rebosó de agua fría y rápida que lo rodeó de su transparente envoltura, haciendo cambiar el ruido del chorro. Se produjo una variación en la cadencia del manantial y estando inclinada la joven hacia el agua notó que sus oídos dejaban de percibirla, se extinguían los rumores que repercutían en el techo y los lados de la caverna y una calma inesperada bajó por todo su cuerpo.

Primero fue la cabeza, que cayó en una especie de sueño en el que no necesitaba cerrar los ojos; luego, la respiración se serenó, perdió rapidez, profundidad, y el corazón permaneció inmóvil con un balanceo ligerísimo. Las caderas no sentían la doblez del cuerpo y las piernas desaparecieron.

Sumergida en quietud, en expectación, no podía cambiar de postura y entonces, en el fondo oscuro de la caverna, o a mucha distancia de allí, oyó algo como un sonido parecido al que se produce cuando los muchachos frotran dos piedras planas una contra otra. Pero no era sino un roce en sus

oídos, una presión o molestia que podía comparar a ese momento cuando en el baño se llenan las orejas de agua. Un sonido monótono que se fue transformando en su calidad y en su tono para hacerse más preciso, y luego se cambió en unas palabras que sonaron siniestramente, dichas sin acento humano, en una sequedad de vasija de barro cocido.

No las entendía y tampoco podía prestar atención; solamente oyó:

—La tierra temblará. Todo será deshecho.

Escuchó y no comprendió más. Hizo un esfuerzo para recordar o separar entre sí los sonidos que le llegaban, pero no lo conseguía y su mismo esfuerzo y deseo la despertaron, rompieron la zona de inmovilidad en que estaba apresada y poco a poco volvió a oír el rumor del manantial y el gotear de la humedad.

Se movió suavemente, aún sorda, rígida, queriendo prolongar el recogimiento y subiendo de una gran profundidad en la que había estado, profundidad de luz gris, clara, sin sombras ni nada duro ni opresivo, donde nada podía ser identificado ni recordado.

Subió hasta su altura y entonces giró la cabeza para mirar el cántaro lleno de agua. Sobre él caía el chorro que le salpicaba innumerables gotitas y le mojaba la túnica. Sus ojos bajaron hacia el brazo y lo vio completamente mojado; durante mucho tiempo debía de haber permanecido allí y en aquella postura, arrodillada y apoyadas las manos en el suelo.

Se puso de pie, sintiendo dolores en las articulaciones, y cogió el cántaro. No se lo apoyó en la cadera, lo llevó colgado de un brazo, saliendo de la caverna.

De pronto se dio cuenta de que había oído un oráculo. Se encogió, se horrorizó, su nuca tuvo el calambre de los grandes miedos que había pasado en su vida, cuando fue perseguida por el toro, cuando se cayó al barranco. El corazón, como un ser vivo e independiente dentro de ella, empezó a agitarse y a dolerle; la sangre se agolpó en su garganta, las rodillas temblaron, quiso huir de allí y no podía, sujeta por una súbita debilidad que la inmovilizaba.

Sí, los dioses habían hablado allí y los oídos de la joven los habían escuchado y ahora era dominada y esclavizada por la terrible voz que puede enloquecer o matar, y siempre cambiar en un ser distinto a quien la escucha². No recordaba las palabras oídas pero las sabía, habían entrado hasta el centro

de su cuerpo y desde allí influían y la trastornaban.

Estuvo un rato en la entrada de la caverna con la cabeza vuelta, mirando la oscuridad del fondo. Se serenó porque no podía recordar. Pensó: «He tenido un sueño, me he dormido», y esta idea fue unida a la de su madre enfadada y la hizo dar unos pasos entre la vegetación verde y espesa que cubría el suelo de la hondonada. Subió la cuestecilla y tomó el camino de su casa.

El pensamiento de Paracata vagaba de una a otra emoción y no podía dominarlo, confuso y exaltado. Algo terrible le había ocurrido estando en el manantial y ahora quería encontrar otra cara con el mismo terror; estaba sola y así debía seguir hasta las primeras casas de la población. Necesitaba decirlo todo, contar lo que había oído y ser consolada por alguien; precisaba llegar cuanto antes, apresuró el paso y atravesó las huertas, subió el repecho de los olivos y empezó a bajar por el camino ancho. Veía a lo lejos la ciudad, en el borde del mar, casi metida entre las crestas blancas de las olas. Entre jardines y huertos se alzaban paredes y tejados, edificios blancos y color tierra, los cipreses, los tres torreones y, sobre el cerro, la columnata del templo. Como si lo viese por primera vez, recorrió con la vista toda la gran extensión del horizonte y se sintió confortada. Los ruidos que llegaban hasta ella y que tantas veces había oído le anunciaban la inmediata proximidad de su casa y de lo que era ella antes de haber bajado al manantial; quería volver a ser como antes y convertir en un sueño el breve episodio. Su mismo estado de nerviosismo la obligaba a pensar en la desgracia, en el mal que nadie podría evitar.

Cuando estuvo más cerca de la ciudad y atravesaba campos cultivados, experimentó un gran cariño hacia todo aquello y deseó estar ya en su casa, cerca de su madre y del sonido de su voz. Aquella era su ciudad y allí había crecido y jugado; la conocía bien y no le gustaría ir a otra de la isla.

Paracata confiaría su secreto a la ciudad, diría lo que había oído, pero enseguida su corazón se contrajo porque comprendió que no era posible revelarlo. Callaría, no diría nada; el misterio había sido confiado a las sombras y los espíritus de la caverna, a las piedras que callan siempre, al agua cuya lengua es incomprensible para los hombres. Ella había descubierto algo que no fue dicho para sus oídos y que apenas entendió. Así que habría que callar y hundir las palabras mágicas dentro de sí y fingir que era la joven

de siempre, aunque se sintiese envejecida y transformada. Callar para siempre puesto que el presagio era un anuncio de destrucción. Quiso recordarlo pero no pudo; solo sabía que anunciaba el final de todo, una epidemia, una guerra, un desembarco de gente armada o una tormenta de granizo. Anunciaba muerte y ella no sabía qué palabras utilizar para comunicarlo, pero miró el paisaje y las casas próximas y supo que todo iba a desaparecer en un cataclismo y luego ser olvidado.

Entró entre casitas y huertas, callecillas polvorientas y estanques de agua podrida, cuadras, secaderos de pescado y vertederos donde las moscas se agitaban. Conocía todo muy bien y había pasado por allí cientos de veces; ahora, sintiéndose portadora de un misterio ignorado por todos, le pareció que entraba en una ciudad nueva y que ella era una extranjera que viniese de un país remoto llevando un mensaje. Pero no lo entregaría a nadie; su lengua se detendría, le faltaría el aire para mover los labios, no vendrían los pensamientos a su cabeza y, con los ojos desorbitados, se quedaría inmóvil ante el rey, quien la miraría extrañado de que no hablase. Estaría rodeada de los ancianos, de capitanes de brillante coraza y negra barba, todos esperarían el mensaje y ella callaría porque solo podría decirlo con un grito estridente de terror.

Su corazón sufría. La maravillosa obra que contemplaba en el paisaje iba a convertirse en polvo; presentía cómo se desplomarían los techos de los palacios y los muros de su propia casa. Una grieta correría por la pared encalada y se abriría y desprendería piedrecillas y como se pliega una tela, así se abriría y, deshaciéndose en mil trozos, la pared caería al suelo, mezclada con los objetos y muebles, acaso con el cuerpo de alguna persona, tal vez su madre. Morirían muchos, se verían los cadáveres por las calles, insensibles al sol y a las moscas. Otros huirían entre nubes de polvo. Las losas del pavimento se alzarían, las vallas de los corrales cederían el paso a los bueyes y a los asnos, los árboles arderían y descubrirían sus raíces.

Paracata se detuvo y dejó el cántaro en el suelo. Miró ante sí el camino bordeado de acacias y álamos, entre jardines y setos. Cerca, una voz de hombre cantaba y oía golpear una madera.

Delante de ella cruzó el camino un niño vestido ricamente de azul oscuro, un muchacho de pelo claro que llevaba un palo en la mano y que la miró y

luego desapareció entre las altas zarzas.

La mujer se había detenido en el camino y había dejado en el suelo un cántaro, acaso para descansar. Vio la pequeña figura enderezarse y alzar los hombros a la vez que estiraba los brazos. Era una muchacha morena con el pelo recogido sobre la cabeza y una túnica amarillenta. Desde lejos, parecía tener un cuerpo robusto, de carnes juveniles, y los pies desnudos parecían algo grandes en relación con la estatura.

Asbestos no había cambiado de postura: estaba echado en el diván, incorporado sobre un brazo y le bastaba ladear la cabeza para contemplar el follaje del jardín y, más allá, el camino donde una figura de mujer le había distraído. Notaba molestia en el hombro por efecto de la postura, pero seguía mirando hacia allá y durante unos segundos no oyó lo que la vieja, sentada en el suelo ante él, le estaba diciendo hacía un rato.

Movió los ojos y siguió el paso de un niño que cruzaba el camino por delante de la joven morena. Reconoció a su hijo mayor. Coincidían dos personas en un mismo momento y toda la mañana había estado el camino solo, según lo veía desde su habitación, dejando vagar la mirada aburrida por el amplio espacio que se contemplaba desde allí. El niño desapareció hacia la playa, se metió entre los matorrales que bordeaban el camino. Llegaría a la playa en pocos minutos y pasaría del suelo húmedo y oscuro de los setos al seco, caliente y blanco de la arena. Notaría en los pies el roce ardiente de la arena fina como un líquido, dura, resbaladiza, suave como una piel de mujer, como la piel y la carne de un muslo. Unos cardos secos y espinosos le arañarían las plantas...

—¿Me escuchas, Asbestos? —oyó que decía la vieja, y volvió la cabeza para mirarla y mirar las piedrecitas de colores, marcadas de signos negros que tenía ante ella, echadas en el suelo de mármol. Formaban un círculo y la mano renegrida y deformada blandía otras y las dejaba caer en el centro y, según caían, la cabeza de Efrónica se inclinaba sobre ellas murmurando algo y luego hablaba en voz más alta. Entonces, sí procuraba Asbestos escuchar lo que decía y entenderlo pero, como aquello durase toda la mañana, su atención se relajó y volvió a mirar hacia el ventanal, la lejanía de la playa y el mar. Siguió los movimientos de una mujer que venía por el camino —sin duda la

hija de algún marinero— llevando una vasija que dejó en el suelo.

—No te quiere, no, ese hombre es tu enemigo. Aquí es una maldición. Maldición para él, maldición. No te quiere desde hace años y tú no lo sabes. Un hombre acecha. Veo unos ojos que miran con odio.

La vieja levantó su cara arrugada y sucia, con manchas violáceas, y encontró la mirada de Asbestos que la contemplaba fijo pero sin prestarle atención. Lo comprendió.

—¿No me crees, Asbestos, señor mío? —y los ojos mortecinos de la hechicera se cerraron aún más—. ¿Te cansan mis palabras? Te hablo de tu propia vida, de sus secretos, hago venir a mí la palabra de los genios que todo lo saben, mis oráculos son ciertos como oro sobre plata. ¿No me crees, mi dueño?

No podía amenazarle a él, precisamente. En otros tiempos hubiera saltado con furia, llenando el aire de terribles conjuros y amenazas. Pero se notaba muy cansada y le faltaban las fuerzas. Casi le suplicó que creyese aún, que tuviera fe en ella. Apenas veía los dibujos de las piedrecillas, la rodeaba una niebla cada día más densa y se acercaba al suelo, tocaba el suelo con la punta de la nariz para distinguir el color y los signos y predecir el destino.

Asbestos murmuró:

—Miran con odio —y luego pensó: «No serán los míos», y volvió a inclinarse hacia el ventanal y hacia la figura de la muchacha en la que había visto unas sombras sobre la túnica que marcaban un cuerpo apetecible. Pero ya no estaba allí y el camino apareció vacío.

—¿Quién es esa mujer que ha pasado? —Hizo un gesto con la mano y la cabeza, dirigiéndose hacia la ventana, sin precisar más. Parecía un desafío a Efrónica que, arrebujada en el suelo, encogida bajo sus ropas negras, le miraba interrogándole aún, rogándole. Ella por un momento dudó, no comprendió lo que había dicho, luego supo que se interesaba por una mujer que pasaba por allí cerca. Arrojó las tres piedrecitas que tenía en la mano y las interpretó:

—Mujer, mujer joven, camina hacia una casa, su corazón va delante, su llanto va detrás...

Se interrumpió y sus dedos tocaron las piedras. Se extrañó de lo que decían y se esforzó por verlas mejor. Pero allí, en el lenguaje de los vaticinios

percibió una sorpresa.

Se levantó del suelo y recogió las piedras.

—Déjame, Asbestos, dueño de mi vida, soy muy vieja y me canso, mi espalda tiembla, mi boca se cierra, déjame ir...

Cuando se movió, Asbestos notó el fortísimo olor a enfermedad. Hizo un gesto con los labios, encogió más la cabeza entre los hombros y entornó los ojos. Hubiera querido dormir y no preocuparse de aquella vieja que gimoteaba ante él; sí, le cansaba y ya no tenían sus augurios ningún aliciente. Extendió la mano derecha hacia una plaquita metálica que había encima de la mesa y dio un golpecito con los nudillos. La puerta de la habitación se abrió y entró un hombre joven que, sin decir palabra, esperó órdenes.

—Dale su paga —dijo Asbestos, e hizo una señal a la sacerdotisa, la cual salió sin decir nada, cubriéndose la cabeza con el manto. La puerta se cerró tras ella y Asbestos contempló la cerradura negra en la madera pintada de verde. No se movía, aunque la postura le cansaba mucho y debía cambiar de brazo; apoyar el otro le obligaría a darse media vuelta y entonces quedaría de frente a la puerta, teniendo que volver la cabeza para mirar el jardín y el horizonte. Efrónica le había anunciado la llegada de los dos mantos asirios, esperaba el cargamento pero no sabía si vendrían en él; de un momento a otro podría aparecer el emisario en la puerta con su aspecto humilde y su sombrero de palma con anchas alas, para anunciar que los barcos llegaron.

Dejó deslizar el brazo sobre la seda y quedó tendido en el ancho diván, fijo en el techo que con su dibujo azul y plateado simbolizaba el mar cruzado por olas pausadas. Por él vendrían los dos barcos de Tarsys, uno junto a otro, de forma que se podrían hablar entre sí los marineros y las velas proyectarían su sombra gigantesca. Cargados de lienzos, de troncos de cedro, de barras de metal, estaban a punto de llegar y Efrónica le había dicho algo sobre ellos. Temió por un momento que fueran a perderse en alguna tempestad, pero miró hacia el ángulo de la pared y su pensamiento se detuvo allí. El reflejo de algo brillante formaba una figura que podía ser una nariz o un puñal. Le recordaba el perfil de Efrónica y pensó que desde siempre la había visto igual, cubierta con su túnica y manto negro, encorvada y desvariando, llenas las manos de sus piedrecillas rituales, invocando a dioses y amenazando, queriendo engañar y hacer respetar sus pronósticos. En una ocasión había preguntado de

dónde procedía la hechicera. Le contaron que llegó del interior de la isla hacía muchos años y había estado siempre en el templo. Se la respetaba porque sabía curar con plantas y algas secas. La temían por su vigor y por su cara manchada de cardenales que nunca le desaparecieron, como señales de un látigo manejado con ira. Una enfermedad o la señal de los que hablan con lo que no tiene nombre.

Se incorporó y siguió el dibujo de las cortinas, bordeó la ventana y se detuvo en el ramo de flores que adornaba su alféizar. Estaban cuidadosamente arregladas; una mano inteligente las había colocado de forma que guardaban relación con los adornos de la vasija que las contenía. Era una mujer quien había hecho aquello o un jovencito traído de Egipto y que servía para estos menesteres.

Extendió el brazo y llamó en la plaquita de cobre. Volvió a entrar el joven y se quedó en el umbral mirando a Asbestos. Estaban relativamente cerca y por eso no avanzó, esperaba que le hablase. Asbestos le miró y estuvo un momento fijo en él.

—¿Has visto pasar a una mujer por el camino?

El muchacho buscaba entre las piedras una más redonda y cuando la encontró se agachó, la cogió y la llevó en la mano, pesando su volumen, su tamaño, su utilidad. Necesitaba tirar una piedra a las olas, a la espuma, y así lo hizo después de atravesar corriendo la playa. El agua saltó a un lado y otro y notó las gotitas frías que le dieron en las piernas desnudas.

En aquel trozo de playa, salpicado de caracolas y algas, no había nadie, pero más lejos, hacia la punta rocosa, se veían moverse algunas figuras en torno a barcas echadas de costado en la arena. Y una columna de humo indicaba que allí se calentaba la pez, brillante y negra. Allí estaría Tussos como siempre, tocando las redes con sus ágiles dedos, con la cabeza levantada, un poco entreabierta la boca, respirando por ella.

El muchacho hundió sus pies en una arena seca y caliente, que cedía bajo ellos, dificultando la marcha. El sol le quemaba la frente y la nariz, la brisa soplaba sobre la infinita extensión de las aguas y la espuma y le sacudía su tunique azul que sujetaba a la cintura con un cordón. Con el palo que llevaba en la mano daba golpecitos a las conchas blancas y grandes, que

arrastraban tras sí una estela de arena al ser arrojadas lejos.

Todas las noches el mar empujaba a tierra miles de conchas que estaban destinadas a él; igual que son devueltos los restos de los naufragios. Elegía unas, las tiraba cuando encontraba otras mejores, decidía no coger ninguna más y se echaba boca arriba sobre ellas, mirando las nubes, dándoles la espalda a tesoros que no podría llevarse a su casa.

Así llegó cerca del anciano y le contempló con la admiración de siempre. El cuerpo desnudo y delgado tenía un color pardo, mate, polvoriento. Los músculos aún se marcaban vigorosamente bajo la piel; la cabellera canosa y abundante a los lados de la cabeza le caía sobre las orejas. Aquel día la barba no estaba quieta sobre el pecho y la brisa marina la agitaba y la echaba sobre los hombros. Tenía las piernas dobladas bajo las redes que iba moviendo con destreza y sin parar. Era un trabajo constante que requería mucha atención y habilidad.

El muchacho se acercó y dijo sin levantar la voz:

—Hola.

Tussos contestó con igual palabra.

La red era muy grande. Se extendía sobre la arena como un gran animal marino y su olor, tan fuerte y acre, anunciaba la descomposición. Los dedos del anciano repasaban los hilos rotos y los unía con nudos rápidos.

—Tussos —le llamó el chico, mirándole.

—¿Qué quieres?

—¿Acabarás pronto hoy?

Estaban cerca y sin embargo sus palabras sonaban débilmente por la brisa que les azotaba la cara.

—No, hoy tardaré mucho. Han pescado anoche calamares grandes y la red está muy rota.

En el sitio de los ojos de Tussos hay dos sombras profundas, cuyo fondo no puede ser visto. Entre ellos se levanta la nariz, que es más alta, más fina, más frágil. Las mejillas, la frente, tienen un color parecido al del bronce. El muchacho le mira atentamente, se fija en cada detalle de su cara y a la vez busca la forma de hacerle la pregunta; habrá que ir por otros caminos... Y sus cejas se contraen, meditando. Por fin, dice:

—Anoche dos soldados han luchado en casa de Anacristo y se han herido

con las espadas.

Su amigo no le contesta, sigue su trabajo, como si esperara que el chico hablase más porque aquello le interesa, pero no quiere preguntar.

—¿Lo sabías? —se arrodilla cerca de Tussos sin quitar los ojos de él.

—Sí, me lo han contado ya —miente, fingiendo indiferencia.

—Fui a ver la sangre que había en el suelo. Había otros chicos allí... Lucharon en la calle y nadie les separó.

—Pero ¿por qué ha sido la disputa?

—Un soldado era de Tracia, el otro de Paeonia. Discutieron cuál país era mejor. ¿Tú qué crees?

Lo inventa todo y se asombra de cómo engaña al viejo, tan fácilmente, porque Tussos va a hablar.

—Yo conozco esos dos países, he viajado mucho por ellos; yo hubiera podido decirle a uno u otro: tu país es el mejor, es más bello que el de ese. Yo lo sé bien.

—Pero Tussos, ¿tú no conocerás todas esas comarcas?

El anciano se exalta:

—Sí, las conozco, he ido de una punta a otra, de la frontera de Mesia a la de Iliria. Mis pies han pisado Macedonia, sus caminos que llegan a las más altas montañas. He cruzado sus valles, en cuyo fondo cabría toda esta isla...

—¿Son tan altas las montañas allí?

—Llegan a las nubes y están siempre cubiertas de nieve. Tú no sabes lo que es la nieve, pero si algún día la ves, te asombrarás.

—Y ¿viven hombres como nosotros?

—No, como nosotros no —la voz del viejo se hace más enérgica, más gutural—. Nosotros no somos como esos hombres fuertes, hechos para el trabajo, para abrirse paso en los bosques y en los grandes ríos —los ríos allí son muy anchos—, hombres vestidos de cuero, con armas sólidas, con calzado. Esos de Macedonia son amigos serios, leales.

Los dos oyeron detrás un ruido. El chico volvió la cabeza y, al ver que se acercaba un hombre que arrastraba otra red, hizo un gesto de desagrado. Tussos se calló, siguió repasando las mallas rotas. La brisa zumbaba en los oídos de ambos.

Cruzó la puerta y encontró un muro de sombras verdes ante sus ojos, una bruma verdosa y clara que debía atravesar. Llevada por la costumbre, se adentró en ella, tocando con su bastón el suelo arenoso sin saber dónde estaría la salida, sin dudar de que habría de encontrarla. Tenía que llegar rápidamente donde estaba la muchacha, mujer desconocida de la que no sabía nada, que ahora la arrastraba y atraía con su llamada. Lo sintió al echar las piedrecitas, sintió unos latidos que la atraían hacia algo nuevo, poderoso y desconocido. Este descubrimiento en las secretas combinaciones de las piedrecitas la había trastornado. Murmuraba palabras sueltas y daba pasos cortos y vacilantes, tambaleándose. Llegó a la puerta de madera donde había un grupo de hombres, que se retiraron para dejarle paso, y salió entre los árboles.

Deseaba pisar cuanto antes el camino y medir quién era la persona que poseía el don de reflejarse en sus exorcismos como un ser privilegiado, poseedor de un talismán. El paso precipitado hacía a Efrónica inclinarse más, tambalearse y hundir la mirada en la tierra que pisaba, que apenas veía. Un mechón de pelo se desprendía por debajo de su manto y oscilaba en la frente.

Quería saber quién era esa mujer y por qué la desafiaba, como una fuerza enemiga. Y esto la indignaba, convirtiendo su cara en una mueca, sacudiendo el bastón en una amenaza. Y así cruzó entre los árboles, dejó la cerca del jardín de Asbestos y salió al camino por donde, a una buena distancia, se alejaba una figura de mujer.

Efrónica calculó los pasos que las separaban y temió no poder alcanzarla porque sus piernas cedían. Pero no había otro remedio sino llegar a ella y saber cómo era. Se puso a caminar lo más deprisa que pudo y el bastón resonaba en el suelo con golpes acompasados.

—Me arrastraré tras ella, iré donde vaya, seré su sombra y no la dejaré. Apenas la veo, me enturbia más y más los ojos malditos, pero iré tras sus pasos, rastreando. ¿Quién será, cómo se habrá apoderado de ese amuleto que le da tanta fuerza? No sé nada, y lo peor es que estas hijas de perra permanecen calladas y ya sus dibujos no hablan. Por tres veces las he mirado diciendo el exorcismo y, ¡malditas sean!, se oscurecen y no me sirven. Qué deprisa va esa chicuela... Yo también fui como ella. Hace años la habría encantado, la habría dejado tan quieta como una muerta, pero no puedo, no

puedo ya, me falta la memoria, me ahogo, me caeré al suelo. Yo, yo que era como una diosa. Lo podía todo y los dioses hablaban a través de mí y entraban en mi cuerpo... Ahora me apoderaré de su secreto, la detendré y tomaré su fuerza, su juventud... ¡Romperé su vida, los ojos, los dientes, la arrojaré al barro, a la cueva de las rameras, no dejaré que siga caminando y pondré en sus piernas llagas y heridas!

La sangre le borbotaba en el pecho y la ahogaba, llenaba su cabeza de presión. El pensamiento exaltado por el ejercicio se desbocaba hacia senderos donde no podía dominarlo. Su marcha duraba ya un rato cuando notó que se acercaba a la sombra de la mujer. Esta se había parado en el solitario camino y, sin moverse, daba la espalda a Efrónica; confiadamente parecía mirar la ciudad a lo lejos.

La sacerdotisa, al comprobar que estaba cerca, precipitó su paso, haciendo de su respiración un ronquido. No pasó delante de ella; quedó a su lado y la miró ávidamente. «Te he alcanzado, sabré quién eres, por qué te mezclas en mis invocaciones. Y es joven, muy joven, Asbestos la conoce, la ha visto. ¡Maldita seas! ¿A qué has venido aquí?»

No bien tocó el brazo de la joven, sintió dolor en la palma de la mano y, por encima de su cabeza, como viniendo del cielo, estalló el estruendo de una tormenta: oyó voces gigantescas, choque de armas, galope de caballos alocados, de hombres marchando pesadamente, canciones. En torno suyo se alzó algo como una amenaza incomprensible que le arrancó la respiración de los labios y por un momento cesó su cansado corazón de latir. Todo pasó rápido, se alejó en un gran tumulto y volvió la calma al camino donde estaban, pero ahora la rodeó a ella un vacío de muerte.

Aquella joven era más poderosa que sus exorcismos y encantamientos y por eso sentía que sus facultades perecían míseramente y la abandonaba su savia vital. Quiso rebelarse, erguir la cabeza que a tantos había humillado, sobre la que había planeado el espíritu de la profecía, pero ya era muy difícil alzar el peso que gravitaba en sus hombros.

La mujer que estaba junto a ella echó a andar y Efrónica la siguió, apoyándose en el bastón, tropezando, perturbada por aquel fragor que había oído, aunque solo duró unos segundos.

Un ronquido acompañaba la marcha de la hechicera; impulsada por la

cólera, no se daba cuenta de que había entrado en un camino empedrado por donde pasaban campesinos con sus burros, grupos de mujeres con niños y que a todos espantaban las palabras que dejaba escapar y se apartaban ante ella con respeto y miedo; ningún otro sentimiento encontraba a su paso: miedo, repulsión. Luego las personas seguían y procuraban olvidar la figura siniestra de la sacerdotisa, que conocían de siempre, de verla vagar por las proximidades de su templo.

Y a los límites de este llegó. Paracata marchaba varios pasos delante y cruzó el sendero bordeado de estelas y estatuas que conducía al santuario. Siguió adelante, pero Efrónica reconoció adónde había llegado, que allí debía pararse, que no le era permitido avanzar más y que perdía la posibilidad de detener a la joven.

Arrojó contra ella el puñado de piedrecillas mágicas y extendió los brazos para lanzar un conjuro, con los dedos cruzados, temblorosos, con venas hinchadas en las manos:

—Que tus piernas se quiebren, que caigas al suelo y las cabras te pisen, que tu cuerpo se seque y te cubra la lepra. ¡Que te maldigan los muertos, hija de los perros!

Retorciendo el cuerpo arrojó el bastón contra el suelo. Estaba en el centro del sendero que en el transcurso de innumerables años había pisado para entrar o salir de la casa de las vestales; conocía a ciegas sus lindes, sus estatuas de dioses antiguos de los que los hombres ya no se ocupaban, sabía dónde había hoyos y dónde crecía la hierba, cada detalle de aquel sendero tenía un recuerdo unido estrechamente a ella; las sombras que proyectaban las estatuas le hablaban al pasar por delante de ellas. A través de la ceguera de sus ojos vio remolinos de polvo que eran traídos y llevados por la brisa marina; suciedad y hojas secas de acacia volaban a sus pies. Ni una sola persona se aventuraba por la avenida del templo, en cuyo final estaba la masa de sus columnas, empalizadas y techos de teja color bronce.

El manto y la túnica se deslizaron de su cuerpo y cayeron al suelo y la desnudez, la cabeza casi calva, espantó aún más a algunos campesinos que se detenían contemplando extrañados a la vieja, que abría la boca desdentada para dar gritos ahogados que parecían el anuncio de una revelación, como se decía que ocurría en los misterios del templo.

Hacia este dio unos pasos, vio que avanzaba hacia ella para devorarla, que debía entregarse a él, entrar en su interior oscuro y repleto de envidias, de pereza, de rencores, de desafíos entre las otras mujeres sagradas...

—No me comerás, no entraré por tu boca de lobo para que me des la muerte, ¡no pondrás tus dientes en mí!

Una voz le habló al oído, y le decía:

—No grites, no insultes al templo. A los que están al servicio de los dioses nada debe conturbarlos —el manto, que había caído al suelo, unas manos se lo colocaron en los hombros. Estaba a su lado el viejo sacerdote, el encargado del altar de los sacrificios—. ¿Qué te ocurre, Efrónica? ¿Vuelves a entregarte a la locura? Ven, entra en el templo.

Ella se llevó las manos a la cara y se la tapó.

—No, no quiero encadenarme a su ley de piedra. No haré lo que mandas. Seguiré adonde quieran ir mis pies.

—Guarda respeto a lo que eres ante el pueblo, ante los que te están mirando. Los que somos muros y secretos del templo no debemos revelar lo que es nuestra alma. Nadie debe dudar de nuestro poder, no somos débiles como los mortales. Los que te ven son personas sencillas que se igualarán a ti si muestras que sufres, y dejarán de obedecernos y darnos sus ofrendas.

—Déjame libre, ahora que soy una vieja, ¡ya di la fuerza de mi cuerpo muchos años y la paciencia de las noches sin sueño!

—Ven, entra en el santuario, es allí donde está la virtud del culto y las ceremonias, no vagando por las calles, sino invocando un oráculo, quemando perfumes en el altar para atraer el favor de los invisibles, que nos sean propicios.

—Calla esas palabras, bien sabes que son mentiras. Solo quiero que me llegue la muerte; sé que ella me espera, pero no la puerta del templo.

—Te mando que entres en el santuario. ¡Mando que dejes la locura, que te humilles y sigas en el servicio sagrado!

—¡No entraré en la guarida de los alacranes, en la cueva de las víboras! — Efrónica volvió la cabeza para no ver al sacerdote, pero alzó el puño amenazando el pórtico de columnatas—. ¡Que los genios del mal hundan tus muros, que apaguen el fuego divino!

Se clavó las uñas en el rostro y chilló como un perro herido. Entonces el

sacerdote se alejó y ella, con los brazos caídos y la cabeza vencida sobre el pecho, dio unos pasos. Rozó la base de una de las estatuas que adornaban el acceso al recinto del templo. Sus dedos rígidos tocaron la piedra, la mano se aplanó sobre la frialdad de la materia y los estremecimientos que sacudían su cuerpo no impidieron que percibiera la fina capa de polvo, de menudos granitos, que cubrían el basamento.

Estaba callada, su barbilla temblaba y las manchas rojizas de las mejillas resaltaban más en la palidez del rostro, sobre el que se movían mechones de pelo. Inmóviles los ojos en un punto fijo, el corazón seguía su marcha desordenada.

La vieja sacerdotisa se apoyaba en el pedestal y alzó la mano tanteando un sostén mejor, buscando un punto de apoyo para no caer. Los dedos subieron por la estatua y percibieron la redondez y suavidad de las piernas del dios que hacía centenares de años se erguía en su basamento, con un escudo metálico, oxidado y medio deshecho que en las noches de viento rechinaba en la mano que lo sujetaba. Efrónica conocía bien aquella estatua; la conocía de toda su vida, pero su mano la tocaba por vez primera y notó la solidez de las dos piernas desnudas, torneadas, en las que destacaba el saliente prolongado de los músculos.

La atención de Efrónica pasó a otro punto. Distraídamente posó la mano en la nueva realidad que le apartaba de sus pensamientos; luego supo lo que tocaba, su atención se concentró en la superficie dura y humana de aquella figura que en el transcurso de los años había perdido todo significado. Los pensamientos que la habían acompañado desde que salió de casa de Asbestes se repitieron, se unieron a aquella sensación nueva e inesperada, conocida y nunca lograda.

Una oleada de desesperación volvió a apoderarse de ella. Esta vez no pronunció palabras, sus labios se apretaron y contrajeron y unas arrugas que se formaron en las mejillas cambiaron la fisonomía, su expresión habitual. Dejó de ser la vestal³ delirante que anunciaba las palabras de los dioses, fue ya otra persona vencida y agotada que temblaba al pie de la estatua del dios desnudo que había esperado toda su vida.

La rodeaban sombras amenazadoras, en torno suyo se cerraba un círculo de fantasías y sufrimiento que ahora tomaban cuerpo para que no pudiera

negarlos, con su existencia real de desilusión, de cansancio e inutilidad. Un círculo infranqueable de años, girando alrededor del templo y de las vestales, de ella misma, sujeta al recinto sagrado y prohibido a los mortales, consumiéndose en un fuego ritual al que se habían sacrificado todas ellas, mujeres encadenadas a la inspiración que les hacía profetizar su propio destino. Invasión por un torbellino de recuerdos confusos veía avanzar el final. Los ojos atentos de los perros vagabundos seguían sus movimientos, esperando que cayese al suelo igual a una carroña.

Solamente en Tarsys⁴ pudo nacer un hombre así. En esa ciudad y en los años en que nació era posible que personas como Asbestos se formaran exclusivamente rodeadas de riquezas, consideradas estas como única y suprema finalidad.

Una mezcla de utilidad y belleza, de trabajo y comodidad hacían de Tarsys por aquellos años el lugar inmejorable para una gran fortuna. Tenía como cimientos una ciudad grande, con barrios lujosos de tradición acaudalada, junto a callejuelas donde el dolor convivía con todos sus habitantes; avenidas de acacias y elegantes empedrados ante las casas, en las que gozaba una sociedad activa, espléndida, con ventanales iluminados que se contemplaban desde lejos al llegar a la ciudad llevando los productos que de todos los puertos del mundo aflúan al suyo. Ciudad de comerciantes, de grandes triunfos y de corazones reducidos a pavesas, dinero y almas entristecidas. En una ciudad así se ha desarrollado la vida de nuestro amo, procedente de una familia poderosa que colocó en sus manos los poderes que ellos habían logrado y de los que entró en posesión cuando ya estaban totalmente constituidos. Aunque él no hubiera sido apto, la inercia del progresivo enriquecimiento —que no fue sino transformar en oro todas las cosas que se tocaban con oro— no iba a detenerse en él, y funcionando por la presión de su propio peso, igual que las norias egipcias, ha aumentado sus riquezas de una forma natural.

Este hombre ha llegado a la mitad de su juventud y tiene que haber percibido ya todo lo que de automático hay en el negocio en el que está metido. Es un único negocio, el de su existencia, en el que trabaja sin advertirlo, simplemente saludando a un hombre conocido o acudiendo a una

cita. Fatalmente, al entrar en una casa, invitado a una fiesta absolutamente desinteresada, sabe que allí va a conocer o a saludar a alguien que de una forma o de otra estará relacionado con su riqueza... Y esta especie de actividad que tiene durante el día, quiera o no, es causa de especulaciones que vierten un fruto, un beneficio ante sus ojos impasibles y habituados.

Piensa este hombre que debe ocurrir así por ser él el último vástago de una rama familiar dedicada íntegramente a los negocios y que ha deseado hasta el delirio esta riqueza, que él recoge como resultado lógico del deseo funcionando años y años en la conciencia de hombres laboriosos, severos y tenaces. Es una fatalidad a la que se ha resignado y que no distinguió ni analizó hasta ahora, época de mitad de la juventud, una época complicada en que se unen corrientes opuestas, unas llevándose vacilaciones y otras trayendo revisiones íntimas.

Está casado con una mujer distinguida cuyo padre había perseguido siempre una alianza comercial con esa familia y que ha logrado con el matrimonio. De este han nacido dos niños que fueron absorbidos por las obligaciones y costumbres referentes a la infancia en ciertas clases sociales. Estas criaturas se desarrollan como dentro de una funda costosísima que estuviera destinada a formarlos y adornarlos, pero que acaso solo oculta un espacio vacío de toda cualidad natural y don espontáneo. Viven en un hogar construido y encauzado por la riqueza, que dicta toda su marcha; transgredir sus normas es como degradarse y caer en el absurdo. La servidumbre obedece la autoridad suprema de la casa, que es la riqueza. El prestigio de esta protege a la familia, le abre los caminos, vence dificultades. Es una entidad poderosa que amenaza o perdona, invisible en esencia pero tangible en sus efectos.

Nuestro amo sabe que sus antepasados no han buscado el dinero para guardarlo. Las monedas poco valen en sí, pero son un talismán que da esclavos, poder, bellos ropajes y caballos a quien lo posee, aunque él en sí sea tan insignificante como un mechón de pelo. Poco singular es su color o su brillo: metal que sale suciamente de la tierra y es tan blando que no se puede hacer un clavo o un cuchillo con él. Sin embargo, ese metal simboliza el sol, el día, lo noble, lo viril; se podría cambiar por lo que más gustase; daríamos oro a cambio de lo que más estimamos y de lo que suponemos que no tiene precio. Aun aquello que difícilmente podría relacionarse con el oro resulta ser

su fruto. Compramos con oro el favor de los dioses, la derrota de nuestros enemigos, la condescendencia de la mujer reacia, la sonrisa, la bondad, la amistad. Todo se entrega sumisamente al conjuro de su palabra y el oro se va transformando en todo lo que el destino niega. Buscarlo no es someterse a él, es buscar la posesión de la vida, de sus claves y de sus puertas.

Los antecesores de este hombre buscaban la liberación, o mejor, la seguridad en el riesgo constante de su raza; habían encontrado en la riqueza la compensación de lo que nunca tendrían. Y esa fe en el oro circula a través de nuestro amo, llega a sus dedos y vuelve oro los más humildes materiales que toca.

Muchos hombres envidiarían esas manos que como las de un mago hacen tal transformación, pero nosotros, que lo conocemos, no nos cambiaríamos por él, ¿no es verdad, amigo?

El esclavo tesalio asintió, sonriendo ligeramente con sus gruesos labios, y no miró cuando le habló:

—Efectivamente, no me cambiaría por estar en su piel. Y mucho menos en este momento cuando oír tus palabras es un regalo que me haces, no comparable a ninguna joya de las que pueda tener el tesoro de nuestro amo. Pienso que la amistad es un don, que consuela de cuanto haya negado la naturaleza. Poder reunirse con un amigo y charlar, teniendo cerca una taza con vino que aviva la mente... consuela de cualquier esclavitud que se sufra.

—Sí, tal es mi pensamiento; los tiranos deberían temblar ante dos hombres que hablen de ellos con tranquilidad y reposo. Asbestos me llama otra vez; espérame.

No sabía por qué aquellos árboles tan hermosos iban a arder y todo a derrumbarse en ruina, pero no podía dudar de que aquello ocurriría así y que ella debería presenciarlo. Cerraría los ojos, se los cubriría con las manos trémulas y aun así lo vería; sería testigo del fin de todo cuanto había querido y admirado. La belleza de las playas, de los pinares, de los monumentos antiguos con grandes esculturas y símbolos ignorados; los adornos, los trajes, las amigas, las risas, una cosa tras otra se hundiría en la tierra, sería devorado por ella.

Herida de esta tristeza que aumentaba a cada paso que daba por el camino

bordeado de álamos, caminaba despacio, poseída de pensamientos que jamás tuvo y oprimida por una preocupación totalmente nueva. Se detuvo y contempló el perfil de su ciudad con grandes edificios, palacios de magnates y negociantes que traían joyas y mercancías de los cuatro extremos del mundo; las avenidas con tilos y acacias que llevaban a los santuarios, las calles bulliciosas donde se hacía el comercio: todo se transformaría en pavesas y humo.

Lágrimas, agua templada corrió de sus ojos por las mejillas y empañó su mirada y vio la ciudad como a través de la lluvia, ya diferente de antes, temblorosos los perfiles y las sombras que la formaban, estremecida del mismo presentimiento que tenía Paracata previendo su fin.

Volvió la cabeza y, junto a ella, vio a una vieja envuelta en ropas negras que la miraba. Tuvo un estremecimiento porque la confundió con su madre siempre enojada, dispuesta a reconvenirla y a zarandearla de un brazo. Pero aquella cara que ahora la miraba estaba cubierta de arrugas y manchas oscuras; no era la de su madre. Era la conocida hechicera que había encontrado muchas veces en las calles.

Se pasó el dorso de la mano por el ojo derecho, aplastó una lágrima y se dijo: «También mi madre va a morir, y todas las personas que conozco... Me quedaré yo sola, se morirán todos...».

Se apoyó el cántaro en la cadera y reanudó la marcha, avivó el paso mirando entre los árboles la playa y el barrio de los pescadores por el que hormigueaba la gente. Veía las casitas hechas con paja y barro, los montones blanquecinos de conchas, las redes extendidas. Escasamente vestidos, renegridos por el sol y el salitre, enfermos de sarna, trabajaban en sus barcas casi planas que muchas veces el mar invadía y hundía rápidamente. Eran muchos los que se dedicaban a pescar y muy de mañana llevaban a la ciudad lo que sacaban del mar: peces diversos, cangrejos, algas que comían los enfermos, calamares. En las calles se les conocía por el olor que despedían y por las conchas que se colgaban del cuello.

Caballos escuálidos y cabizbajos ayudaban a los pescadores y Paracata veía sus perfiles sobre la arena, inmóviles, como distintos, más pequeños y débiles que los caballos que van a los combates. También corrían por allá abajo perros y junto a las casuchas se alzaban columnillas de humo y se veía

la actividad del barrio.

—También ellos morirán cuando todo se hunda. Menos Ictio, él no puede ser como los otros; yo tampoco. Los dos nos salvaremos.

Y sin dudar se salió del camino y casi corriendo atravesó unos huertos, cruzó estercoleros y grandes matas de cardos, entró en el barrio, entró a través de sus olores y su gente y caminó rápidamente entre redes y cestos hasta la empalizada donde solía trabajar Ictio.

Desde lejos le vio subido en el borde de una lancha, tirando de un cabo que otro hombre iba enrollando. El pescador decía algo y la boca se abría entre una barba rubia y corta. El pelo le llegaba casi hasta las cejas y toda la cara le pareció a Paracata extrañamente oscura. Del vientre le subía a la garganta una sombra de vello rojizo.

Al ver a la joven, suspendió el trabajo, saltó a la arena y fue hacia ella, súbitamente serio. Le puso la mano en el hombro —como siempre hacía— y le preguntó algo. Paracata se quedó contemplando las escamas brillantes que tenía adheridas al pelo del pecho, nacaradas, azules, transparentes como alas de mosca. Siempre le había conocido así, con su olor a pescado y las escamas; hacía meses que se encontraba con él por las noches detrás de la casa de su abuelo y ya le eran familiares su olor y sus caricias.

Paracata no hablaba. La mano que le quedaba libre se la pasó por la cara y el pecho y le sacudió algunas escamas, mirándole a los ojos. El le decía alguna cosa y por dos veces su mirada se desvió hacia el lugar del trabajo donde le esperaba el otro joven, que había puesto sus brazos en jarras y no apartaba sus ojos de la pareja.

Ella dio media vuelta y segura de que la muerte les barrería a ellos dos igual que a los demás, desolada, se alejó y se encaminó a la calzada.

Será un castigo inesperado para todos, que se sorprenderán de ver rotas sus vidas y solamente ella sabrá que el momento va a llegar. Poco importa si se anuncia con truenos o calladamente, con igual tranquilidad que cuando cae una exhalación, pasa por encima de los tejados y se lleva consigo hombres y casas. Nada podrá detenerlo y de nada serviría que Paracata lo anunciase; nadie la creería, como Ictio no la hubiese creído si le hubiera dicho algo al acercarse a él. No, el secreto no podía salir de ella; enjaulado en su pecho a nadie podría entregarse. Si su madre no le hacía mucho caso cuando hablaba,

menos atendería si se lo contase.

Un grito dado por varias voces, grito que ya conocía, la hizo pararse y volver la cabeza: en el borde del agua vio un grupo de hombres que tiraba de una barca para ponerla en la orilla. Agarrados a las sogas, hundidos en la arena por el esfuerzo, casi tendidos, mezclados con dos caballos que también se doblaban para vencer el peso, un grupo de pescadores desnudos y renegridos daban sus gritos rítmicos para aunar sus fuerzas, y la barca apenas se movía.

Veía sus caras demacradas, con gestos reconcentrados y los cuerpos demasiado pequeños para aquella tarea en la que lucharían un largo rato hasta que la barca estuviera en seco. Del grupo, igual que los esclavos que ella había visto llegar después de la última guerra, brotaba una sensación de tristeza y de protesta. Su grito: «¡Eó! ¡Eó! ¡Eó!», tan cansado y monótono, parecía una llamada. Sin embargo, aquel esfuerzo, aquella perseverancia y decisión sugería la idea de una resistencia fabulosa, inagotable, que no sería aniquilada con ningún cataclismo.

Volvió muy deprisa a la carretera, se metió bajo la sombra de los árboles, ya sin mirar a la playa.

Se alejó de allí decepcionado porque nunca podía hablar tranquilamente con el viejo y oírle contar todo. Siempre llegaba alguien que distraía, o Tussos se callaba y se iba. La conversación con él le encantaba, le oía maravillado describir aquello, pero siempre quedaba cortado en lo mejor. Acaso Tussos no quería hablar; sí, buscaba el silencio, y sin embargo su cara se alegraba al describir el país lejano. ¿Por qué sería eso? Indudablemente el anciano callaba como el que calla un secreto y ahí estaba la razón de que fuera tan difícil arrancarle unas palabras.

Al tener la certidumbre de que hablar de Macedonia era un misterio, el muchacho se impresionó, y no le fue posible comprender por qué; la figura del viejo se hizo más enigmática y se dio cuenta de que no sabía nada del mundo en el que vivía.

Iba despacio por la playa y se acercó a las rocas que formaban el promontorio que salía hasta el mar. En su parte alta había ruinas de un torreón construido hacía miles de años por un pueblo que vivió en la isla; eso

le habían contado. Él siempre supuso que era una fortaleza destruida en una guerra.

Trepó entre las rocas y se sentó en una dominando la gran extensión de mar y playa. A lo lejos veía la ciudad, una serie de casas entre cipreses y acacias. Todo lo veía desde lo alto y pensó:

—Como en una montaña. Estoy en una montaña de Macedonia —y se sonrió de felicidad igual que si se hubiera dado a sí mismo una broma. Se echó para atrás y apoyó la cabeza en un brazo, cerró los ojos y quedó en una postura muy cómoda; antes de que volviese a abrirlos pasó un buen rato, su respiración se hizo acompasada y los labios dejaban escapar un pequeño ronquido motivado por la inclinación de la cabeza.

Pensó que estaba en Macedonia y que subía a una montaña cubierta de bosques. Sobre él se agitan las ramas y el viento ruge en ellas. Un polvo blanco, impalpable, vuela en todas direcciones y se acumula en el suelo del camino. Allí comienza el desfiladero que se pierde en lo profundo y, por encima, todo el valle es dominado por las cumbres y los picachos. Mira hacia abajo y ve los extensos bosques que cubren las laderas, bosques de color sombrío como la piel de los carneros; hacia arriba están los picos de montañas altísimas junto a las que pasan legiones de nubes desgarradas.

Por el camino avanza un hombre, detrás otro, vestidos extrañamente, con la cara cubierta hasta la altura de los ojos. Estos hombres tienen que ir andando con mucho cuidado porque el camino es muy estrecho y resbaladizo: pueden caerse fácilmente por el precipicio. De este sube un ruido de agua, de viento impetuoso en añosos árboles. Un segundo hombre pisa el camino con sus pies calzados de botas de cuero y corteza. Este hombre dice algo que no se entiende bien y señala el fondo del valle; luego vienen más soldados, en grupos confusos, haciendo ruido, conversando y uniendo el ritmo de sus pasos, marchando sin parar.

Los bosques se han convertido en hombres y se ve una masa lenta y silenciosa que avanza y se extiende a pesar del viento y las nieblas. Van vestidos con pesadas pieles, llevan armas, no se distraen ni miran a otro punto que delante de sí y su marcha nada puede contenerla, no se detiene, y el viento es ahogado en el rumor de los miles de pasos. Y detrás avanzan rebaños y carros donde se amontonan niños de ojos muy atentos que miran a

todos sitios; los altos toldos de las carretas se bambolean.

De pronto, entre toda aquella multitud ve un jinete, un joven de gran belleza, vestido con una ropa corta y un cinturón fenicio de metal; sus manos llevan las riendas de un caballo negro, los hombros robustos sostienen una cabeza más bien pequeña, ligeramente inclinada hacia la izquierda. Lleva el pelo cortado, sin barba ni bigote; el joven guerrero parece sonreír, y mira fijamente seguro de sí y de su victoria.

Sin dejar de guiar el caballo, levanta la mano derecha y la abre: en su palma brilla una luz vivísima, deslumbradora. La sostiene a la altura del pecho, el brazo extendido como si la ofreciese a alguien. Todos caminan tras ella, la siguen como un designio, y les hace marchar. Una voz dice: «Es Alejandro, hijo de Filipo».

Al abrir los ojos desconfió de lo que veía y, entre los párpados semicerrados, las pupilas recorrían lo que tenían ante sí, heridas por la luz del sol. Desorientado, se movió, extendió las piernas para incorporarse y supo que el zumbido que oía era el flujo del mar. Buscó la imagen del jinete y solo vio las rocas y la playa blanqueada por el sol.

—Un sueño, he tenido un sueño —se dijo, pero aquella impresión era superior a todo lo conocido. Anhelante, espantado, le parecía que aquellas masas de hombres iban a surgir entre las rocas del promontorio; tenía miedo y satisfacción de haber entrevisto algo que deseaba.

—Macedonia, Macedonia —murmuró, y comprendió que aquel valle era la región que Tussos le había descubierto y hecho amar, la comarca por la que suspiraba y en la que él pensaba ser feliz, las montañas que él nunca había visto, y la nieve, y las nieblas que eran su curiosidad de niño.

Y aquel jinete tan noble y fuerte...

De pie ya, ante el límite de las olas espumosas, tuvo la sorpresa de reconocerse en el joven del caballo. Muchas veces había visto en las fuentes, en la superficie de las aguas tranquilas, su cara y esta era igual a la del jinete; se conocía bien: sus facciones eran las mismas. Aquella sorpresa le turbó más y le intranquilizó de tal manera que salió corriendo hacia donde estaba Tussos. Ya no corría solo, supo que iba en una poderosa compañía.

De seguro que este esclavo no se da cuenta de que le hablo. Está siempre

pensando en otra cosa; antes no era así, resultaba más listo, más atento. Además no creo que viva mucho tiempo porque tiene cara de enfermo, probablemente come demasiado por ser tan amigo del cocinero. He de separarlos, le mandaré a cualquier sitio. No se lava siquiera, huele terriblemente mal este hombre. Sí, le voy a mandar lejos, que se acostumbre a estar entre cerdos después de tantos años de estar conmigo y no haber aprendido. Antes, tenía las uñas de los pies más pequeñas, pero ahora parecen las garras de un tigre. Me mira tan fijo como si no me conociese, y puede ser verdad. Muchos años viéndome y hablándome y no saber nada de mí, este estúpido.

—¿Has visto pasar a una mujer por el camino? —le pregunté.

Una mujer no; me pareció una muchacha pero ya formada, tenía un cuerpo de mujer. Veremos si este imbécil es capaz de enterarse de quién es. Thasia está cada día más enferma y más delgada. Le dije: «Cuando pase el verano irás a la finca del valle». Mi padre no dirá nada en contra. El valle está muy tranquilo y seco; ahora no hay rebaños ni polvo. Las ovejas suben por las huertas y llegan a la cantera. Allí no hay hierba. Calor, está caliente la piedra al tocarla y las patas de las ovejas también lo notan. Por eso se mueven mucho, inquietas. Las piernas se pegan a la ropa. Me gustaría que viniera Lummis con el abanico. Tres colores, tres colores. Arriba el blanco, o se podría hacer amarillo, teñido en amarillo con dos varitas doradas y un cordón verde, o azul. Más grande para que diera mucho aire. El vestido de ella es así, amarillo. Podría decirle: «Amarillo de limón, ven, amargo zumo». Si no ha tenido hijos tendrá el pecho alto. Primero, la acariciaría por encima de la tela y rozaría los botones del pecho, notaría las arruguillas de la piel, su dureza flexible, luego, la echaría boca abajo y le subiría despacio el vestido...

—¿Has visto pasar a una mujer por el camino?

No, tú no has visto nada. Ni un elefante eres capaz de ver. ¿En qué podrá pensar todo el día este hombre, con ese gesto de distraído? Qué diferencia entre mi vida y la suya, la de un esclavo; qué poca cosa a pesar de que son útiles y necesarios para nuestro servicio. Podría ahora mismo mandarle apalear o retorcer en la red del vinatero..., aunque sabe servir bien las comidas y el momento preciso de los licores y estoy acostumbrado a él. A veces ha sabido resolver la falta del pescado. Podría acaso buscarme a esa

chica, si le doy las señas de cómo era, y para ella, una pulserita o una moneda. Hablaría con ella y le ofrecería más si viniese aquí y es seguro que accederá. Debe de ser hija de algún pescador o de los carreteros que pasan por ahí. Esos siempre están deseando coger algún dinero y no les importaría ceder a la chica por varios días. Ya la habrán cedido, o ella misma estará harta de tener encima el peso de los soldados... Estará enferma, cubierta de manchas. Son tan sucios y tienen la piel tan dura como un cuero de cerdo. No la vi bien, no pude verla, estaba lejos, pero acaso era vieja, con esas arrugas, y al tocarla se notará una carne floja, deshecha. Uf, no le diré que vaya, no le diré nada y veré si pasa otra vez y le llamaré para que la vea porque tiene mejor vista que yo, y que me diga si es digna de traerla y darle algo. Será una mendiga que le pagarán por acarrear agua a algún sitio, y su olor llenaría esta habitación y más si la hiciese sudar. No, que no vaya por ella. Será una esclava sin dientes, con la nariz taladrada; una sucia sierva, como todos ellos, desvergonzados, ladrones, borrachos, no se merecen nada, solo el látigo y que les castiguen hasta que salte sangre.

Cuando los jóvenes se preparaban para lanzar las jabalinas y adoptaban las posturas apropiadas, calculando con la mirada la distancia que les separaba del límite señalado por los jueces, entonces Theosum volvió la cabeza y miró.

Todo el mundo estaba pendiente de la competición que en aquel momento empezaba, pendientes de los aceitados cuerpos de los atletas que ostentaban en las cabezas las cintas de distintos colores. Pero él desvió sus ojos y expresó en su cara una gran preocupación:

—¿Qué hacemos aquí? ¿Estamos locos?

Había en su gesto la extrañeza, igual que si de repente hubiera visto acercarse al puerto la flota enemiga. Su expresión era distinta de todas las caras animadas y atentas que mostraban la satisfacción de presenciar el gran espectáculo; por esto se irritó más cuando se levantó y su cabeza de largos cabellos se destacó sobre cuantos le rodeaban y pareció a punto de protestar.

—Van a desembarcar, cualquier día aparecerán en el horizonte y ya no podremos defendernos.

La multitud se inclinaba para ver mejor el vuelo de las jabalinas y estallaba en gritos cuando una de estas se clavaba en la arena. Lo que pensaba

Theosum era tan extraño a todos allí que nadie lo hubiera comprendido de haberse oído entre las ovaciones a los atletas. Se dio cuenta de ello y se estremeció, poseído de tal indignación que pareció que iba a arrollar a los espectadores más próximos. Miraba a un lado y a otro con desprecio y sus puños se cerraban duramente. Después se abrió paso entre las filas de hombres; acaso le vieron alejarse y desaparecer.

El sol había pasado del cenit. Hacía mucho calor, se discutía en las gradas, se comían naranjas, se comentaban los juegos de otros años. Nadie tuvo el pensamiento de Theosum porque toda aquella gente olvidaba lo que no fuera el espacio entre las puntas de dos jabalinas o la altura a la que llegaba en el salto un joven bronceado por el sol, serio y reconcentrado, que asombraba a todos con su destreza.

En las pruebas de pugilato la exaltación llegó al máximo y todos los espectadores creían ser ellos un púgil excepcionalmente robusto y bello y gritaban desde sus asientos, poseídos de un arrebató por aquel cuerpo perfecto, desnudo, del que soñaban apoderarse o cambiar por el suyo propio. Entonces nada hubiera podido distraerles, nada que viniese de la realidad fuera del estadió, referente a sus casas, a sus alimentos, a sus obligaciones. Así, las palabras emocionadas de Theosum no habrían sido oídas.

—Eh, tú, imbécil, ¿adónde vas?

En el momento que dijo esto la playa estaba silenciosa. Se habían callado todos los ruidos que hacían los hombres en el trabajo, voces en la lejanía, ecos de golpes y hasta las mismas olas se callaron. La voz sonó igual que viniendo de una lengua de madera, ladrando en un sitio cerrado, bajo techo. Sonó demasiado fuerte, violenta y excesivamente amenazadora. En realidad, alejarse unos pasos de la barca no merecía eso, pero la voz se alzó sobre aquellos pasos como podría protestar de algo más importante, necesariamente peligroso, contra lo que se debe tomar una actitud extrema.

Dio un paso más, andando casi de espaldas y, mirando la cara del amo, cara manchada por la barba negra, el cuello abultado y rojo, se decidió a irse. Se rebelaba ante el tono de aquellas palabras que no correspondían a lo que había hecho: no era ninguna falta. Descubrían, eso sí, el deseo de marcharse, de dejar de tensar sogas y repasar las redes, e irse a buscar a Paracata. El amo

había adivinado lo que pensaba, aun pensándolo tan profundamente que ni él mismo lo sabía bien. Y con sus ojos de bestia, de avaro, lo descubría y le castigaba por solo un deseo. Sí, todo podía perjudicar sus intereses, hacerle perder unas monedas y unos instantes de trabajo de uno de sus jornaleros. Habría visto, seguramente, como la joven le fue a saludar y el minuto que él tuvo su mano en el hombro de ella en vez de en el remo o el cabo de la red. Le había robado unos instantes y el avaro se aprestaba a protestar y exigirle que ni eso distrajera sus manos del trabajo.

Ya no eran suyas sus manos. Perteneían al amo y no debía sentir en ellas la blandura del hombro o el cuerpo de la muchacha, sino solo aquellas cosas que se cambiaban por monedas. Nada había tocado que fuera tan suave, terso, inofensivo y tierno como el cuerpo de Paracata; los huesos, la rigidez de los músculos, estaban cubiertos por una materia flexible y elástica, incomprensible, única que solo allí encontraba y que no tenía parecido. Esa densidad y esa templanza que, aún adolescente, había descubierto sin esperarlo y de las que ya sus manos no sabrían prescindir.

Movió los hombros ligeramente y respiró. Iría donde quisiera y no tardaría en seguir a Paracata. Cuando la miró fijamente y la sujetó por el hombro advirtió que pugnaba por decirle algo, le brillaba la mirada, estaba seria, un poco cambiada, inquieta. La buscaría y se lo preguntaría; debía protegerla y defenderla para sí.

Volvió la espalda y con pasos lentos se alejó.

El amo gritará lo que quiera, se pondrá rojo de cólera, pero no conseguirá nada. Hasta tirar puñados de arena, pero no me perseguirá porque no puede correr. Se quedará sin mi ayuda y tendrá que buscar otro jornalero o ir al mercado de esclavos para encontrar uno tan fuerte como yo, que le costará tan caro como sus tres barcas juntas y se golpeará la cabeza con los puños y se acordará de mí. Debí haberle dejado antes y dejar su comida.

La buscaré por el camino alto y bajaré hasta las cuadras. Si no ha pasado por allí, daré la vuelta y me pondré en el cruce de la calle rota; y si se acerca a su casa la veré y la llamaré. O miraré a través de la empalizada del huerto por si estuviera allí trabajando. Como la primera vez.

Estaba inclinada, echada para delante y cortaba hortalizas, el pelo negro se le venía sobre la cara, vestía solo un faldellín de trabajo sujeto a la cintura

con un junco. La había mirado frunciendo las cejas y cerrando algo los párpados, extrañado de ver una figura tan delicada en la que empezaban a moverse los pechos y los muslos de una mujer con todos sus atractivos. La deseó y no se retiró de la empalizada ni habló nada hasta que ella se irguió y le descubrió. Descubrió su mirada de animal y supo que la miraba a ella, y le sonrió poniéndosele encarnadas las mejillas.

También él tenía que contarle algo y enseñarle el hallazgo que había hecho... En el cinturón de cáñamo llevaba una ramita de coral muy pequeña. Introdujo delicadamente los dedos y la sacó de aquel escondrijo y la miró con respeto y admiración, aún sorprendido de que hubiera venido a sus manos. Muchas veces las había visto a los vendedores de joyas, y cuando tiró de la red y notó en su mano una dureza, reconoció enseguida lo que era, y la sacó de entre las dos cuerdas que la retenían. Parecida a una piedra, era una planta tierna cuando estaba bajo el agua y su color recordaba la sangre. Una ramita resistente a la fuerza infinita del mar, que va creciendo bajo las olas incesantes, apenas visible su color entre las sombras verdosas que la rodean, y, sin embargo, al sacarla al aire toma la dureza de la piedra y se convierte en una alhaja.

Las aguas, poderoso enemigo, la rodean y arrojan contra ella su peso y su violencia incansable; sin parar, golpean con fuerza una cosa tan insignificante, pero esta crece lentamente, triunfa de aquella ciega furia y noche y día levanta sus ramas, las extiende y no abandona una lucha en la que vencerá⁵.

Los genios del mundo sumergido en las aguas le querían decir algo a él, era un presagio hallar el coral: significaba que todo lo secreto, lo ignorado, vendrá a la superficie, cuanto parecía oscuro e incomprensible quedará entendido y será lo nuevo, la fuerza del futuro.

¹. Estos dos primeros párrafos son nuevos de la edición de 1995, al igual que la cita inicial de Pablo Neruda. Abundan cambios léxicos y gramaticales en esta edición que no señalaremos, salvo cuando sean significativos. Indicaremos cambios de contenido.

². Como se verá, la metamorfosis es una forma estética fundamental en la novela, y que conlleva una visión optimista.

3. Sacerdotisa consagrada a la diosa Vesta. Vesta era diosa de la tierra, del fuego y del humo; deidad protectora del hogar.

4. Ciudad de Tarso, en Asia menor, en la actual Turquía.

5. Como se deduce del título, el coral es fundamental en el texto. Se erige en símbolo de la resistencia y la rebeldía, también de la solidaridad.

2. Amor, indomable amor

La mirada se dirigió hacia el ventanillo que, en la penumbra de la cripta, brillaba con claridad cegadora. Fuera daba el sol y se reflejaba en el suelo, y el vestido claro de la mujer también daba su luz y la mirada que salía a través del rectángulo luminoso se detuvo en el cuerpo esbelto y modelado. Ipóptevo fue sacudido y estremecido por la percepción de aquella superficie: una percepción casi de tacto, tangible. Y tras la mirada se fue la respiración, y el cuello y todas las potencias y atributos del soldado tendían hacia afuera, hacia la figura ligera y próxima de la mujer que, sin embargo, le pareció distante e inasequible.

Tenía en la mano un lienzo y con él bruñía una espada antigua. Sus dedos notaban el frío del metal y el peso macizo del arma. Junto a sus piernas había otros objetos oscuros e inmóviles, cubiertos de polvo, que esperaban ser limpiados. El soldado tenía a sus espaldas una pared cargada de trofeos; colgados en la piedra estaban innumerables armas y escudos de épocas pasadas que manos victoriosas o ensangrentadas habían colocado allí en tributo a su propio sacrificio. Las sombras de la cripta del Monumento de las Victorias habían visto aumentar el número de yelmos y enseñas que simbolizaban las guerras de aquella ciudad; las dagas y las flechas, los venablos y las lanzas se amontonaban en el suelo; el polvo y el orín recubrían su color fuerte que a la luz del día fue el orgullo de otros hombres; ahora, la humedad y el abandono en que estaban los trofeos borraban todo brillo, todo poder. Y las manos del joven recluta debían aplicarse horas y horas para que, bajo su esfuerzo, brotara un reflejo.

Su trabajo era aquel, de la mañana a la noche, encerrado en la cueva, obedeciendo una orden precisa y en parte obedeciendo a su propia decisión de aceptar ser cuidador de aquel recinto. Su vigilancia luchaba con la vejez, en un subterráneo sombrío al que nadie bajaba, con el que pocos tenían relación. Había pasado la época de las grandes conquistas y expediciones

navales —cuando todos los meses llegaban heraldos con noticias de victorias —, y hacía mucho que ninguno bajaba allí llevando coronas o estandartes simbólicos.

No esperaba él tampoco a nadie. Su tarea debía desarrollarse sobre el pasado, y los ojos, acostumbrados a la oscuridad, perseguían la pátina de lo antiguo. Mientras limpiaba los óxidos de una lanza imaginaba las escenas que habría esta presenciado, hazañas en las que vagaban héroes entre el polvo y fragor de los combates. Después, cada herida, cada huella del hierro en la piel, era una proclamación de su valor.

Miró el ventanuco y vio a una mujer allí delante; miró a su alrededor y por primera vez comprobó las terribles tinieblas que le rodeaban. Formas confusas colgaban de los muros y un olor pesado se desprendía de aquellos trofeos inmóviles. Bajó sus ojos hacia sus manos, abatidas por el peso de la espada que limpiaba, y pensó en darles otra ocupación fuera de la cripta, a la luz del día. Se asustó al pensarlo y se dijo:

—Solo unos minutos, un rato —y el temor de aquella idea le angustió. No debía dejar ni por unos instantes aquella sagrada tarea que le retenía entre los vestigios del pasado: su destino era aquel. Subió la mirada y vio de nuevo el resplandor y las sombras dibujando el cuerpo de la mujer; a través del ventanuco venía la luz, y esta le atraía.

Bruscamente se decidió, bruscamente porque no podía pensar en la traición que iba a cometer. Dejó la espada en el suelo y corrió a la escalera de piedra húmeda y manchada con grandes redondeles de moho.

El corazón le latía y, aterrado por su decisión, sufriendo y vacilando, salió al exterior, a la claridad cegadora, llena de ruidos y animación. Allí comenzaba el mercado y los vendedores de frutas extendían sus mercancías en el suelo de la gran explanada.

Ipópteo fue corriendo a situarse en el lado en donde se abría el ventanillo, buscó a la mujer pero ya no la encontró. Pasaban por allí precisamente muchas personas y parecían haberla arrastrado consigo. Se alejó unos pasos y oyó una voz muy conocida que le llamaba; una voz enérgica.

Miró, vio a su padre sentado o casi tendido en la escalinata, sobre una gruesa piel, apoyándose en un codo para mantener erguido el busto, y sujetando las muletas. Sus ojos hundidos como dos manchas en la cara se

dirigían hacia él, amenazadores. El veterano volvió a llamarle e hizo un gesto con la cabeza; la capucha que la cubría y el manto oscuro prestaban a su figura proporciones mayores y una gran solemnidad. El sol no le daba en la cara y la sombra se mezclaba con la barba revuelta y el gesto atento con que vigilaba al joven. Este oyó su voz, le miró desde lejos y comprendió enseguida lo que pensaba su padre y lo que le ordenaba con el pensamiento. Vaciló, volvió algo la cabeza sin dejar de mirarle, titubeó entre los dos movimientos que podían hacer sus pies: ir hacia el recinto o ir hacia la joven. Esta se escapaba, se alejaba por las calles y no la podría alcanzar ya. Dio la espalda a su padre, no escuchó su voz que por dos veces y con energía pronunció su nombre, tan claramente como hubiese llamado el Monumento de las Victorias a su cuidador que lo abandonaba y lo traicionaba por una figura femenina. Cambiaba violentamente su destino por lo desconocido y por algo que no sabía precisar lo que era, una llamada sin palabras, una necesidad, una promesa de alegría que ya sentía en el centro del pecho: sí, renunciaba porque debía renunciar aquel día de brillante sol en que se había encontrado extrañamente solo en la cripta.

El parálítico se agitó intranquilo y no comprendía por qué su hijo se marchaba, pero temió algo desacostumbrado y un acceso de cólera subió a su boca y se convirtió en tos e imprecaciones. No podía levantarse sin que alguien le ayudara y tuvo que ver cómo el hijo desaparecía entre la gente, y cómo desatendía su llamada; era la primera vez que ocurría esto y, por inesperado, le hizo temer que algo importante había pasado.

Ipóptev dio unos pasos por el mercado entre gente atareada que compraba y vendía. Varias veces se decidió a preguntar a algunas personas, pero no sabía cómo hacerlo porque el mercado estaba lleno de mujeres jóvenes como aquella que había visto y ahora buscaba, y nadie podría contestarle. Los ojos de aquellas personas miraban exclusivamente para sí, para sus asuntos, y el soldado estuvo seguro de que no comprenderían su pregunta y se reirían de él.

Mezclado con la gente, los burros cargados de hortalizas y los gritos de los vendedores, anduvo unos minutos. Se sentía de nuevo en la cripta, anhelando algo inexplicable, encadenado a las sombras y a las reliquias de los héroes antiguos, explicándose a cada momento el porqué de su tarea y su alta

finalidad. Una figurilla humana, iluminada por el sol, rompía con todo y le llevaba allí y le revelaba la causa última de su tormento.

Encontrar a la muchacha; ante todo, encontrarla tal como la había visto por el ventanuco del sótano. Para ello pensó que sería inútil seguir allí. Entró por una calle menos transitada y se vio ante la puerta del taller de un alfarero junto a cuyo umbral brillaba el esmalte de los odres puestos como muestra. Dentro, apenas visible en la oscuridad interior, percibió una cara de niño que miraba atentamente hacia afuera. No veía el cuerpo, solo la cara, pálida y consumida, animada por el gesto de mirar fijamente.

El joven creyó que le miraba a él, pero enseguida comprendió que era a otra persona a quien seguía con los ojos un poco dilatados, anhelantes. Miraba algo que debía estar lejos y en la carita del niño se reflejaba una inquietud, una curiosidad.

Giró Ipóptevó la cabeza, pero no vio a nadie detrás de él; la calle se abría hacia un campo y, más lejos, unos árboles y un prado en el que había ovejas. Sobre estas, unas nubes muy blancas estaban inmóviles como sujetas a los altos cipreses que cerraban el horizonte.

No supo lo que miraba aquel muchacho pero la expresión de su rostro, como si tendiera hacia algo que estuviera lejano y nunca pudiese alcanzar, como si contemplase a alguien de quien desconfiara y a la vez admirase: una amistad que se anhela y se teme, Ipóptevó la interpretó como igual a su intranquilidad y le preguntó:

—¿Has visto pasar por aquí a una muchacha?

Entonces los ojos del chico se movieron hacia él y se le quedó mirando un momento con los labios entreabiertos, sorprendido por la pregunta. No le contestó; levantó una mano que apareció en la penumbra que le rodeaba y le hizo una señal dirigida hacia el lado contrario de la calle por donde Ipóptevó venía. No contestó con palabras, pero su mirada inteligente demostraba que le había entendido. Mantuvo la mano un poco levantada en actitud de confidencia.

En aquel momento apareció en la alfarería un hombre mayor, grueso, con un pañuelo atado a la cabeza, que al sorprenderle ante la puerta le miró con desconfianza. Había brotado de la oscuridad súbitamente e Ipóptevó se quedó un momento vacilando y luego dio dos pasos hacia atrás y se alejó en la

dirección que le había indicado el muchacho.

Pasó por varias calles, escudriñando un sitio y otro, pero no podía encontrar a aquella muchacha; se dio cuenta de lo imposible de hallarla y volvió al mercado. Tenía que andar despacio para no tropezar con los montones de frutas y verduras, con los vendedores de miel acurrucados en el suelo, con cestos y odres en torno a los cuales se reunían los compradores. Chocaba con los grupos que discutían precios y tenía que pegarse a las paredes y abrirse paso a la vez que miraba a todas las mujeres, sin reconocer en ninguna a la que él buscaba. Su actitud ansiosa debía de ser observada por ojos oscuros y especialmente lentos; miradas que le eran devueltas y le seguían sin que él lo advirtiera.

Igual que si por primera vez atravesara entre el gentío del mercado, le extrañaba sentir el roce de tantas personas y su cuerpo, acostumbrado solo al contacto de las sombras y la humedad, se estremecía cuando era apresado entre otros dos y era rozado con fuerza. Una de aquellas veces se encontró entre dos mujeres que por unos segundos coincidieron a sus lados, y percibió a través del obstáculo ligero de las túnicas la suave rigidez de sus cuerpos.

Supo que aquello era lo que afanosamente buscaba hacía un rato y esta idea le hizo pararse. Veía mujeres a su alrededor con túnicas claras, con anchos sombreros de palma, sus cinturones de colores, sus voces y sonrisas. Todo aquello que él veía formaba una mujer, formaba la apariencia de una mujer, pues él no conocía lo que realmente había tras aquellos vestidos. Le pareció que una cortina desconcertante colgaba ante las mujeres y que ocultaba un secreto nunca percibido, guardado con sigilo, pero que estaba vivo y latía como una risa reprimida.

Por esto había abandonado la cripta, renunciando a sus obligaciones, y corría ahora tras una muchacha que llevaba un cántaro. No, había algo más. No solamente la superficie incitante de su túnica iluminada por el sol; no era esto solo. Ella se había parado en la calle y dejaba colgar de su brazo el cántaro, cansada y reconcentrada en sus pensamientos; la cara seria e inclinada, como bajo el peso de una preocupación, le atrajo a él tanto como su cuerpo de mujer joven, porque se dijo: «He aquí que esta mujer sufre y ha de entender el sufrimiento de otros».

Detrás había quedado la espera atormentadora y la inquietud. Iba a

descubrir un secreto costase lo que costase y a sabiendas de que tendría que pagar un alto precio a cambio. Pero lo prefería a volver a la cripta y a la incertidumbre.

Y no habría de parar hasta encontrar a la joven del cántaro, distinta a todas.

Dudaba por qué sitio echar a andar y se preguntaba a quién pedir orientación. Junto a las paredes estaban apoyadas diversas personas que contemplaban el bullicio del mercado. Todas, con una actitud indolente y cansada, no parecían dispuestas a ayudarle. Entonces, retrocedió y fue hacia el final de la calle. Unos minutos estuvo detenido porque pasaba delante una reata de burros cargados, y vio a su lado a un hombre joven que por el olor y las escamas adheridas a su pecho se sabía que era un pescador. Este también miró al soldado y sus ojos coincidieron. Solo fue un momento mientras oían delante el ruido de los cascos de los burros en las piedras. Después, el soldado siguió su marcha, negándose a renunciar a la búsqueda de la joven. Cruzó una avenida de acacias y atravesó un campo sin cultivar y se encontró delante del edificio de piedra del teatro.

A aquella hora las puertas estaban abiertas y no se veía que nadie entrase. Sin embargo, ella podía haber penetrado en el recinto donde toda la ciudad deseaba estar los días de las representaciones, apretados en los escaños, atentos a las palabras de los actores. Un pasadizo oscuro y fresco daba paso al escenario cubierto de hierba, cerrado por una columnata en la que la lluvia había puesto su huella verdosa.

Oyó voces y se detuvo en la salida del pasadizo mirando con precaución para fuera, donde el sol iluminaba todo crudamente. Un grupo de personas, reunidas en un lado de las gradas bajas, ensayaba un coro según los golpes que el maestro daba con una varita. Repetían una vez y otra; luego sus voces se unieron y la gravedad de las palabras hundió al soldado en la revelación de su destino:

*Amor invencible, indomable amor,
tú que en el corazón te infundes
lo mismo que te posas en las mejillas juveniles;
tú atraviesas los mares
y llegas a las más pobres cabañas.
De ti no se libran los dioses inmortales*

*ni los hombres vulgares,
y de quien te apoderas
le haces presa de la furia.*

El coro seguía, pero Ipóptevó repitió y contempló lo que había oído, se sintió expresado en ello, conmovido por una belleza, por una inexplicable fuerza que veía descubrirse ante sí como realidad avasalladora.

Seguir escuchando le pareció una profanación del sentido de aquellas frases. Como si se lo anunciaran las maravillosas palabras de la Antigüedad, debía continuar buscando y, así, retrocedió por el pasadizo, pero allí no estaba solo. Junto a la puerta había tres muchachos que también escuchaban las voces que salían del anfiteatro; no se atrevían a entrar o no tenían suficiente interés.

El recluta se quedó parado ante ellos y se contemplaron, algo extrañados de encontrarse allí. Eran unos chicos de piel oscura, ojos negros, desnudos, sucios de polvo y con el pelo cortado. Uno de ellos arrastraba un palo. Pero no había recelo ni desconfianza; una curiosidad atenta, despierta, capaz de llegar tan lejos como el ojo más perspicaz, con un ardiente deseo de verlo todo, solo un momento, y luego pasar adelante. Contestaban al desafío que el mundo les echaba a la cara y la presencia del soldado fue otro más.

Sus ojos se encontraron. Buscadores de caminos, cada cual por su dirección y con su anhelo, alejados por tantas razones y finalidades, se encontraron sin embargo y no se reconocían distintos. Ipóptevó les preguntó:

—¿Habéis visto pasar a una muchacha con un cántaro?

—No, yo no la he visto —contestó uno de ellos; parecía, por su voz tranquila, que aguardaba la pregunta.

—¿Por dónde va? —preguntó otro.

El soldado con la mano hizo un gesto de duda y de ignorancia.

—No he visto a ninguna —siguió el chico y, desinteresándose de aquello, miró al suelo. El soldado miró también y se dijo: «¿Cómo podré encontrarla?», y en voz alta volvió a preguntar:

—¿No la habéis visto?

Pensaba que no la podría hallar, y a pesar de eso se notaba cambiado y casi feliz, impulsado por la alegría de seguir sus pasos.

—Como no la haya visto el pastor... —dijo uno de los muchachos y señaló

con la mano a una figura de hombre que se veía a cierta distancia; Ipóptevo no se había fijado en él.

—Él tiene que haberla visto —exclamó el que miraba al suelo. Y como si ya hubiesen hablado bastante, se alejaron. El soldado fue hacia aquel hombre. Era un pastor que vigilaba cuatro o cinco ovejas que olían el suelo; allí había poca hierba a pesar de que estaba ya fuera de la ciudad y cerca había prados.

El pastor daba paseos y miraba a todos sitios sujetándose el bastón a la espalda. Vio que el soldado iba hacia él y se paró, esperándole. Su estatura y el ropaje pardo que usaba le hizo tomar las proporciones de un atleta cuando Ipóptevo llegó junto a él. Se miraron fijos y el joven le preguntó:

—¿Has visto pasar a una muchacha con un cántaro?

Vio que la frente del pastor, una frente pequeña y goteando sudor, se arrugaba y los labios se movieron. Como tardara unos segundos en oír la voz, el soldado comprendió que era importante aquel encuentro y que el pastor no era como las otras personas que había visto aquella mañana. Una cara feroz, con barba enmarañada y sucia y las grandes pupilas negras bajo espesas cejas, anunciaba que sus palabras serían terribles.

—He visto muchas así.

No había movido apenas la boca para responder y el sonido de su voz era opaco, como dejando escapar las palabras entre los dientes semicerrados.

—No, es una solamente, con un cántaro, la que yo busco.

—He visto pasar muchas.

—Esta no es como las otras. Es... Lleva un cántaro, su vestido es de color claro.

—Un cántaro. Alguien lo lleva al hombro y vierte su agua en la tierra para que la semilla allí enterrada crezca y germine.

—No, ella solo lleva el cántaro, no lo vierte.

—Tú me hablas de una constelación formada por brillantes estrellas en las que ven los sabios al que lleva agua para dar vida.

—No, te equivocas, no es una estrella.

—Pasados muchos siglos esa agua alimentará a los seres. Hacia donde ella va, ese es el camino de épocas futuras.

Según hablaban, la cara del pastor fue perdiendo severidad y el soldado reconoció un gesto amistoso, de gran bondad, que sus contestaciones eran

como un juego que al final se cambiaría en un movimiento de la mano indicando la dirección a seguir.

—La estoy buscando, debo encontrarla, pero no sé hacia dónde ir.

—Ninguno lo sabe. Todos los jóvenes buscáis ese camino que es vuestra propia vida.

El sol le daba en la cara y movía en ella sombras que le hacían cambiar. Por momentos rejuvenecía, y la fisonomía áspera que tuvo en un principio se cambiaba en bondad. Su ironía rondaba en los labios la sonrisa; igual que el que sabe algo, y quiere demorar decirlo.

—¿Otros hombres buscan a esa muchacha?

—Muchos como tú os escapáis de la oscuridad tras ella.

—No puede ser, soy yo solo, estuve en una mazmorra...

—¿Crees ser tú solo el que ha estado encadenado a las sombras? A otros muchos les imponen tareas y castigos para que renuncien al amor, que no lo conozcan. Ahora mismo seis iguales a ti suben por la montaña como esclavos de una imposición.

Ipóptevo levantó la cabeza, su mirada pasó por encima de las ovejas, de los árboles próximos, de unas casas, de campos, y ascendió por el color ligeramente azulado que tenían las montañas vistas desde allí.

Efectivamente, por una cuesta muy empinada y en dirección a la cumbre marchaba un grupo apretado de seis hombres. Marchaban lentamente y sus pies se afianzaban con dificultad en los cantos movedizos que formaban la ladera. Todos ellos eran jóvenes, casi muchachos y había algo común en sus caras que les hermanaba y confundía. Ninguno era grueso ni fuerte; se veía en sus brazos y piernas que aún los músculos no estaban endurecidos. Sin embargo, sostenían un gran peso sobre los hombros, peso de cientos de libras que transportaban sobre unas tablas cubierto por una lona atada.

Era un peso grandísimo que tendía a inmovilizarlos y a derribarlos, gravitando sobre sus cuerpos inclinados y llenando de dolor las articulaciones de las piernas. Marchaban a compás y su respiración jadeante se oía lejos sobre los parajes que cruzaban.

Días y noches el grupo seguía su ascensión sin poder detenerse, cumpliendo algo como una orden.

En el grupo había un muchacho rubio, bronceado por el sol. Hacía mucho

tiempo que no se había lavado y también su ropa estaba impregnada de suciedad. Iba en el puesto delantero, detrás oía los pasos y el resollar de los otros, pero él no se daba perfecta cuenta y siempre se creía solo y que arrastraba el peso desde hacía años... Este iba aumentando según pasaban los días; en él caían todos los conflictos y esfuerzos pasados y así el peso crecía y crecía como una amenaza a sus espaldas, cuya forma ignoraba y a la que temía. No podía volver la cabeza, no quería hacerlo porque la dimensión que tendría todo lo que allí él almacenaba probablemente le horrorizaría. Como no tenía otra solución, él arrastraba el peso hacia arriba esperando que, al llegar a la cumbre, todo aquel dolor y la resignación de ser el creador de su propio sufrimiento cambiarían en paz y descanso. Cada acto suyo, cada recuerdo, toda su experiencia, se iba acumulando a sus espaldas y él debía arrastrarlo en la soledad de los barrancos y los eriales, fruto de su propio vivir.

A su lado, un corazón temblaba por la corriente de la sangre ardorosa que le sacudía y por la inquietud del secreto que llevaba consigo. Este otro muchacho se daba cuenta de que pertenecía a un grupo, pero soñaba que el misterio que portaban no era percibido por los otros y solo él lo sabía. Debía descubrirlo y revelarlo; pesaba tanto porque nadie sabía lo que era. Habría que desgarrar la lona y conocerlo; entonces todo cambiaría y el peso perdería dureza; él dejaría de verse vencido por su tensión hacia la tierra. De ser un enemigo pasaría a ser como una brisa, la que esperaban bajo el sol intenso de los mediodías, y sus compañeros cambiarían el gesto hosco y desconfiado por la satisfacción. Él descubriría el misterio, aunque se sacrificase y fuese convertido en estatua de sal; él habría de mirar bajo la lona que lo velaba. Ninguno se atrevería a conocerlo y él tampoco tendría valor. En su cabeza luchaban estas dos inclinaciones; y sería mejor seguir así, como hasta ahora, mejor el terrible peso que descubrir la verdad, lo que era aquel cuerpo muerto o tesoro, libros y documentos o mujer desnuda, acaso un cáliz de oro sobre el que se agitaba un dragoncillo, o acaso una gran espada mojada en sangre. Y los ojos no parecían querer separarse del camino ante él, en el que apenas se movían, doblegados bajo el dominio de aquel secreto.

En el mismo sendero otro joven desfallecía, sujetando desesperadamente un extremo de las parihuelas, resbalando en las piedras, goteando sudor y

vergüenza. Para él resultaba aún mayor el peso porque veía a los otros jóvenes muy distantes, a un lado y a otro, y su esfuerzo no se relacionaba con el suyo, parecía tender a otros fines y el enorme bulto descansaba sobre su hombro dolorido. No podía dejarlo, ni destruirlo ni volverle la espalda. El peso era suyo, exclusivamente suyo y nadie debía compartirlo ni liberarle de él; era su castigo definitivo, su gran pecado que llevaría hasta el fin. Ignoraba por qué, no sabía lo que la lona cubría, pero era su culpa y su vergüenza. Enrojecía y hundía más la cabeza como si alguien le contemplara; se sentía vigilado desde las piedras y los riscos que había a los bordes del camino, vigilado por rostros impasibles que conocían bien su falta y que nunca le perdonarían. Su castigo sería ir así, atravesando ventisqueros y mesetas, tronchadas las espaldas bajo una roca, una mole incomprensible, un desaliento sin nombre. Esas sombras en que se convertían sus compañeros, que andaban al mismo paso, eran unos trozos más de la abrumadora masa, y que tenían la misión de completar el castigo mostrándole lo que él acabaría por ser: un cuerpo inerte, sin fuerza ni voluntad, colgando de lo que, acaso, sería un bloque de piedra.

El grupo de los seis muchachos, iguales en su destino, marcha con paso vacilante. Por encima de ellos vuelan estrellas y soles, sombras y nubes claras, pájaros y tormentas. Bajo sus pies, idéntico suelo de páramo y de abandono. Sus pasos y su cansancio se escuchan lejos, ruedan hacia los lejanos valles y barrancos.

Otro joven piensa y se pregunta:

—¿Por qué tengo yo que acarrear este horrible peso, desconocido e inútil? Mis piernas son fuertes para el baile, para la carrera; mis desolladas manos tienen otro destino; mi sudor ha de servir para lograr bienes... Lejos, otros jóvenes trabajan y se alegran, levantan pedestales y graneros, iluminan las noches con sus risas y su poder fecundante. Van hacia algo sus miembros cansados y saben reposar y reanudar la empresa valerosa por la mañana. Saben recibir las miradas como dones. A mí nadie me mira; nadie contempla mi triste esfuerzo; igual a un fantasma condenado arrastro un peso milenario hecho de sueños delirantes, de verdugos y temores. Y esto, ¿a quién servirá o hará bien, qué lograré yo y quién me pagará el salario por agotar mi vida?

El apretado grupo de seis hombres sigue el abrupto camino. En el páramo

el silencio es total y cada joven escucha sus propios pasos solitarios. Transportan una pesada mole, el altar de una divinidad antigua y poderosa, transportan un cadáver gigantesco y cada uno de ellos cree que es su propia vida, lo convierte en su propia alma, tan hondo es su sometimiento.

De pronto, el pastor le habla:

—Tú eres como ellos. Quieres librarte de tu alma antigua, y no lo conseguirás sino dejando de ser lo que has sido. Tú también deberás renegar de lo que fuiste.

—No quiero volver a la cripta. Quiero hallar a esa muchacha.

Lo deseó aún más que antes, después de la visión desoladora de los seis muchachos; ella habría de salvarle, se interpondría ante la destrucción de las inútiles órdenes, ante los mudos residuos del pasado. Le horrorizó que él pudiera ser uno de aquellos caminantes bajo el tormento de sus fantasías y delirios. El sufrimiento que venía de años atrás, de su época anterior, se apoderaba de él y le daba la tristeza de lo irremediable.

—Pues no la encontrarás aquí. Regresa a las calles, al mercado, busca allí, anda.

Empujó por un hombro a Ipóptevó y le hizo dar media vuelta para encaminarlo hacia donde había venido. El rostro del pastor había dejado de ser tal para ser el de un soldado que buscaba ansiosamente a una mujer joven, pugnando entre la desconfianza y el deseo, la incertidumbre y la exaltada alegría.

Volvió sobre sus pasos, recorrió las calles llenas de compradores y de comerciantes, cambió miradas con muchas mujeres, se sintió empujado por ellas, conoció olores ignorados y sensaciones nuevas. Yendo por una calle vio a una jovencita asomada a una puerta mirando hacia el otro lado, donde había mucha gente. Ipóptevó tuvo tiempo de recorrer su cuerpo con los ojos y admirarse de una perfección tan completa y atrayente. Se acercó y casi la rozó. Ella, asustada, iba a desaparecer dentro de la casa pero se detuvo. Contestó a un gesto que le hizo él, desconfió, cambió el color de sus mejillas, sonrió cuando el soldado también lo hizo. Era más joven que él, pero entendía la mirada de Ipóptevó. Dejó que se acercara más y se apretó contra la jamba de la puerta, no esquivó la mano del joven y se dejó acariciar. Le correspondió mostrándole algo que encerraba en el puño: una pequeña ramita

de coral, roja igual que una herida en la extendida palma de la mano.

3. Los recuerdos

Como un sueño que se desvanece, como una canción aprendida de niño, todo se olvida pero vuelve a la memoria al cabo de los años, y la aflicción persigue figuras que se van alejando. Aquel día quedaron las casas vacías y por los suelos se veían ropas caídas o algún niño que lloraba abandonado por la madre. En cambio, las calles estaban animadas con grupos que se preguntaban: ¿qué debemos hacer?

Los que trabajaron toda su vida, sin levantar la cabeza de la pez o del yeso, tiraban las herramientas y marchaban en busca de otros como ellos; los que vivían en un barrio alejado iban a otro que nunca habían pisado y los que jamás subieron de la playa, donde estaban de la mañana a la noche, hablaban en voz alta, moviendo mucho las manos.

Fue así: no he olvidado nada. Al empezar la lucha teníamos solamente esa clase de armas que está al alcance de cualquiera y que puede servir para una disputa de mercado, pero no para atacar a un soldado. Con ellas tuvimos los primeros choques y luego, poco a poco, fueron viniendo a nuestras manos otras armas más convenientes. Algunas estaban melladas o tenían arañazos profundos, pero nos parecían buenas. Pasó entonces que los que estaban acostumbrados a arar no sabían usar los venablos cortos y recuperarlos después de arrojados; los que eran cocheros no podían ajustar a su brazo el escudo. Enfrente de nosotros teníamos hombres enterados de cómo golpear con una maza, pero el que estuvo siempre sacando agua de un pozo miraba el arma en su mano derecha y hacía muecas de miedo.

A pesar de todo, hubo luchas encarnizadas entre los sembrados y los viñedos. Se acometían sabiendo cada uno lo que peligraba para él y los suyos, conociendo lo que pasaba por la cabeza del enemigo que tenía ante sus ojos. Lanzaban gritos de rabia, se golpeaban incluso con piedras; unas veces, eran grupos numerosos que parecían salir de los corrales, y otras, patrullas que se perdían en los caminos. Hasta ahora me parece escuchar los lamentos de los

heridos cuando eran rematados o cuando se arrastraban hacia las puertas de las casas. Fueron muchos días y los cadáveres se hinchaban y apestaban en las horas de sol.

El soldado que escuchaba a Tussos se levantó de la estera y despacio se acercó a la puerta. Separó la cortina de cáñamo y miró fuera, donde el sol seguía haciendo resplandecer las piedras blancas. Regresó junto al viejo.

—No viene nadie. Sigue hablándome.

—Te decía que éramos muchos y que teníamos razón. Yo no quise huir cuando llegó al final la derrota. Sabía que con mis iguales podía hablar, con ellos me entendería; si me marchaba, dejaría de usar aquellas palabras y tras unos años ya me sería difícil recordarlas. No quise huir, no quise cortar mi vida en dos, así no borraría todo lo que yo había vivido y visto⁶.

El soldado le interrumpió:

—Nadie me ha hablado de eso. ¿Por qué lo habrán callado?

Tussos levantó los hombros oscurecidos por el sol y el aire, con huesos prominentes. Sonrió.

—Es más seguro que la lengua esté quieta. Yo sí te hablo, te digo que teníamos razón porque solo quisimos que dejaran de vendernos, que no consideraran nuestros brazos y el esfuerzo de nuestras espaldas como una cosa que se vende. Acostumbraban a vendernos, pero entonces quisimos que aquello terminara. Ellos no lo aceptaron: era una amenaza muy fuerte para su poder. Sí, sin duda apoyaban sus pies en el oro que sacaban de nuestros brazos y si esa riqueza se reducía, aunque solo fuera una pequeña parte, temían empezar a tambalearse y que nadie acudiría en su socorro. Pero nosotros teníamos presente que no seríamos más como los padres de nuestros padres, esclavos.

Ellos entonces no vacilaron y prepararon las armas; no tenían más oriente que el sendero que llevaba a los almacenes donde se guardaban las lanzas bien afiladas. Volvían sus ojos a las armas porque no querían hablar. Donde terminaban sus palabras, empezaban las armas. Eso que te digo también es hoy y será siempre hasta que los hombres nos acostumbremos a hablar unos con otros. Pero en aquellos años les sobraban las palabras y cada día usaban menos, necesitaban menos. Un hombre está herido de muerte cuando prescinde de las palabras y aunque pretenda hablar, la boca sigue cerrada.

El soldado levantó las piernas y rodeó las rodillas con los brazos. No quitaba su mirada de Tussos.

—Pero, entonces ¿eran mudos?

—Sí, eran como mudos. Lo que hablaban no eran palabras como las tuyas o las mías, que pueden entenderse y escucharse. Era como otra lengua que no dijera nada. Solo podían levantar las armas en alto.

Tussos se calló y se tocó la frente y la cabeza de largo pelo.

—¿Me entiendes, comprendes esto que te digo?

—Sí, lo comprendo. Sigue hablando.

—Aquellos días, escondiéndose en la noche, sus emisarios habían corrido de una ciudad a otra, de un palacio a otro para decir: «Preparaos, el día va a llegar». Las arcas de tesoros y de riquezas se habían abierto para pagar a aquellos emisarios, para pagar las mulas que llevaban de un lado a otro las armas escondidas en odres de aceite. El oro que habían arrancado de nuestros brazos serviría para atar nuestras manos. Por los campos cruzaban armas, y en las calles algunos ojos reflejaban las armas y el odio del que las empuña.

Nos dimos cuenta de que debíamos defendernos y en la fragua se dejó de trabajar y nos reunimos todos en la puerta y nos dijimos: «¿Tendremos que buscar armas como ellos hacen?». Ninguno contestó. Cada cual fue en diferentes direcciones: a las tenerías, a las huertas, a las carpinterías, llamamos en la puerta de las tejedoras y en los hornos donde se cuece el pan. Preguntábamos: «¿Dejaréis que os maten como pájaros en una red?».

El soldado puso la mano en un brazo del anciano.

—Calla, oigo pasos.

Tussos escuchó ladeando la cabeza. Sumió los labios y contrajo las cejas; los ojos cerrados tenían señales húmedas en los lagrimales.

Fuera, oyeron unos pasos sobre la arena, una tos de hombre; más lejos, distinguían las voces habituales de los pescadores que limpiaban las barcas y tendían las redes. Cerca de la choza alguien se movía.

Silenciosos y quietos, esperaron un rato. El soldado tenía vuelta la cabeza hacia la puerta y no pestañeaba. Las pisadas se alejaron, transcurrieron unos minutos y entonces dijo Tussos:

—Ya se ha ido. Debe de ser Ozen. Conozco sus pasos.

—¿Qué ocurrió luego?

—Los trabajos fueron abandonados. Algunos hombres salieron al campo y buscaron a los labriegos que estaban entonces recolectando; les hablaron, les decían que la amenaza era igual para ellos, porque también estaban en servidumbre, y que sus tributos se duplicarían. No podían esperar otra cosa. Únicamente había aquella decisión o quedarse sentado mirando cómo era la argolla que pondrían en nuestro cuello. Tú has visto lo que es un hombre que lleva años y años una argolla de hierro al cuello.

El soldado movió la cabeza, dijo:

—Sí, lo sé bien —se inclinó hacia Tussos que daba un balanceo al cuerpo mientras hablaba.

—Así seríamos todos si no nos defendiéramos. Eso hemos sido.

Levantó la mano y se la pasó por la mejilla y los ojos. El soldado le preguntó:

—¿Te duelen los ojos?

—¿Los ojos? No, ahora no me duelen. Me han dolido mucho. Durante años sentí como un peso en ellos, como si un dedo los hundiera para adentro. Ahora ya no.

—¿Estabas tú solo cuando te cegaron?

—No —dijo el anciano, y tardó unos minutos en seguir hablando—. Había otros dos conmigo. Nos tenían atados al poste de un pajar y los tres esperábamos que nos matasen, que nos clavasen una lanza en el cuello como habíamos visto hacer a tantos. Por la tarde vinieron; se reían de nosotros, nos decían algo que provocaba su risa y me cegaron.

—¿Y a los otros también?

—No, se los llevaron y no supe de ellos. Eran más jóvenes que yo y, aunque habían visto tanto como yo vi, no sabían el porqué de muchas cosas. Yo había estado por diversas comarcas y aquellos días comprendí lo que antes me pareció difícil comprender; no solo vi la sangre y las manos que la derramaban, sino esas mismas manos tendiéndose hacia todo lo que tenía valor y se podía vender o cambiar. Ellos lo sabían bien eso. Parecían dudar en la forma de hacerme morir para que callase. Uno se me acercó, me apretó la cabeza contra el poste y levantó su puñal. Nuestros ojos se encontraron y por un momento nos contemplamos uno al otro en el brillo de las pupilas. Le dije: «Te conozco bien. Sé lo que has hecho». Él murmuró: «No tengo miedo de ti.

Lo que yo he hecho, lo volvería a hacer». Pero él tenía miedo y le sostuve la mirada; era la única respuesta que yo le daba. Se sonrió, pero su boca fue cambiando y se hizo amenazadora. Levantó su puñal y me lo clavó rápidamente en un ojo y después en otro. Lo último que vi fue su rostro enfurecido por el temor a mis palabras.

Tussos dejaba vencidos los brazos y estuvo un rato callado ante la atención del soldado que no retiraba su mirada de las arrugas de su cara, que no se movía al hablar.

—¿Cómo no te mataron?

—No sé. Prefirieron venderme; en aquellos años se vendían muchos hombres cegados o a los que se les había cortado la lengua⁷.

Fuera de la choza oyeron unas pisadas que se acercaban. En la puerta apareció un hombre alto que apartó la cortina y, sosteniéndola, echó una ojeada dentro. Había tapado casi la luz con su gran cuerpo y contempló a los dos hombres en la semioscuridad. No se movieron ni hablaron. El soldado le miró fijamente y el desconocido hizo lo mismo. Así pasaron unos segundos: se miraban como si estuviesen a muchos pasos de distancia y quisieran reconocerse, pero estaban tan próximos que el soldado le oía tragar saliva y su respiración jadeaba como tras haber dado una carrera. No quitaba los ojos de los dos hombres y echaba rápidas ojeadas a las paredes de la choza y a la caldera que colgaba del techo y al camastro de algas secas.

Se ladeó, dejó caer la cortina y ya no le vieron. Sus pasos en la arena se alejaron. El soldado se acercó más a Tussos y le dijo al oído:

—Un hombre que no conozco. Se ha asomado a la puerta, ha escuchado lo que decíamos.

—¿Quién será?

—No sé. Nunca le he visto. Ha abierto la cortina y nos ha mirado.

El viejo hizo un movimiento.

—¿Se habrá ido?

Se levantó el soldado y tras asomarse fuera murmuró:

—Se ha marchado. No le veo.

—¿Quién era?

—Acaso un forastero, se habrá extraviado —dijo el soldado. Volvió a sentarse al lado del anciano y puso la boca cerca de su oído para decirle:

—Un hombre alto, grueso, con traje de comerciante...

—No tengo amigos así vestidos. No espero que nadie venga.

—¿No será alguien que ahora te busque y no te reconozca?

Tussos balanceó la cabeza y también en voz baja dijo:

—Todos mis amigos huyeron, o murieron en las minas. A mí también me propusieron huir por mar. Otros pudieron hacerlo aprovechando la noche. Yo decidí quedarme... Allá donde fuera tendría sobre mis hombros una culpa que me acompañaría a todos sitios. Debía quedarme aquí para ser uno más en las desventuras y en el alivio de estas.

—Tú ya no podías servir a los otros...

—Pero marcharme era dejar de ser yo y ser un hombre distinto en otro país. Me quedé, me pusieron una mano sobre el hombro y me ataron las muñecas, pensé que esa era la suerte de los vencidos, que no debía lamentarme. Era uno de los destinos que corre todo hombre que usa armas.

Tussos se calló, alejó su boca del oído del soldado y levantó la cabeza. Sus ojos ciegos parecieron mirar el techo, pero señaló hacia la puerta.

—Alguien está ahí —dijo en un susurro.

—No he oído nada.

El soldado se levantó sin hacer ruido y de un manotazo descorrió la cortina. La playa seguía solitaria delante de la choza y el ruido del mar, monótono y cercano. Las olas iban dejando su espuma de algas verdosas como serpientes muertas; los palos seguían sosteniendo las redes que se mecían y rozaban la arena. Las nubes volaban, como siempre, hacia alta mar. Todo parecía igual en torno a la choza, pero el soldado atisbaba ambos lados y buscaba señales de pasos. Volvió la cabeza hacia los arrecifes y solo entonces descubrió la figura de un hombre entre dos tamarindos, con una cabeza pelada y oscura que se ocultaba entre las ramas verdes. El soldado dio un paso atrás y dejó caer la cortina.

6. Teniendo en cuenta el contexto histórico español, este capítulo remite indiscutiblemente a la Guerra Civil y a la posguerra españolas.

7. Una de las *Fábulas irónicas* (2018), «Miles de ojos cegados», trata el tema de la ceguera. Es el castigo de los tiranos para dominar a los que se sublevan.

4. Por rebeldía

Allí comenzaba un arenal que, bordeado por grandes cardos, llegaba hasta el contrafuerte sobre el cual pasaba el camino que llevaba a la ciudad. La arena era espesa y ardiente bajo los pies de Ictio, que daba pasos rítmicos y cortos para caminar mejor sobre ella. Sin prisa se alejaba de la playa, del sitio donde había trabajado durante años y donde se había esforzado en hacer con rapidez tareas que le encomendaban y de las que apenas había obtenido otro provecho que hacer trabajar y endurecer sus músculos. Había crecido en el olor salino y las privaciones; había sentido muchas veces agotado el cuerpo y los ojos heridos por el resplandor del sol en el agua cuando vigilaba los sedales. Y sobre la espalda, levantado el castigo, la orden. Meses y meses como si nunca fueran a terminar, soportando el trato desesperado del amo y haciendo lo que únicamente a este aprovechaba.

Había llegado el día de darse aquella satisfacción: intentar hacer un trabajo útil y emplear la fuerza de sus brazos en provecho suyo y de otros iguales a él.

Pero sobre la huella que sus pies iban marcando en la arena, una sombra avanzó; una figura pesada y torpe que solo advirtió cuando le oyó gritar un insulto. Se volvió y encontró enfrente al amo que venía hacia él. Acostumbrado a castigar como quería, se acercaba con tranquilidad y hacía girar en su puño una vara de madera blanca.

Como Ictio había decidido marcharse, aquel era el momento de hacerlo, acumuladas las razones para esta decisión, de manera que no pasó por su cabeza ceder a la amenaza como hizo otras veces. Presintió los golpes y la humillación, buscó una defensa, vio de cerca unas piedras redondas, cogió una y la balanceó en la mano derecha, alzada a la altura de la cabeza.

El amo se detuvo y le miró: en aquel momento la piedra, lanzada con fuerza, cruzó el aire y dio en el centro de la cara abotargada por la cólera. El hombre exhaló un corto grito y cayó de espaldas abriendo los brazos y

soltando la vara. Así se quedó, con los ojos abiertos, inmóvil, como atento a algún ruido. No parecía estar herido, no parecía haber recibido un fuerte golpe.

Ictio le miró unos segundos, después dio media vuelta y siguió andando; salió de la playa y se internó entre los cardos.

En la mano izquierda guardaba la ramita de coral. Se la daría como un regalo a Paracata en cuanto la encontrase y ella se sorprendería, al tomarla y ponerla ante sus ojos. Entonces a él le parecería más bella y desearía besarla. Sintió deseos imperiosos de verla y pensó por dónde llegaría antes. Había visto como se alejaba la muchacha que, sin duda, habría marchado hacia el camino alto, y decidió ir por él. Antes, echó una ojeada a la playa que aún veía entre los altos arbustos que crecían en el límite de las dunas. Un grupo de pescadores arrastraba una lancha y desde lejos se oía un grito acompasado con el que aunaban sus fuerzas ya exhaustas. «No —se dijo Ictio—, esto no es para siempre, con valor puede cambiarse». Giró la cabeza y pensó en la joven.

Entró en un barrio de callejas miserables para ir hacia el camino alto, mirando a todos lados por si la descubría. Pensaba en ella porque ansiaba comunicarle que ya no estaría más en la playa. Se sentía libre y no se parecía a los tullidos que encontraba a su paso, antiguos pescadores que quedaron inutilizados para trabajar. Las casas de adobe, con techos de paja, ennegrecidos por el humo, tenían en sus puertas las figuras inmóviles de aquellos enfermos que esperaban morir. Él hubiera sido como ellos, hubiera sido como los caballos viejos y ensangrentados que tiraban de las barcas.

Al pasar por la explanada de las acacias, se detuvo ante una fila de asnos cargados. Por un momento se fijó en un soldado pálido que mostraba en los ojos la ansiedad. Después, el pescador se acercó al mercado y, entrando en una bocacalle, se paró ante la puerta de una alfarería y miró el sitio donde estaba el esclavito que conocía desde hacía mucho tiempo y que jamás había visto fuera de aquel lugar. Junto a la puerta se alineaban recipientes y platos aún sin cocer, de un color rojizo; la arcilla mostraba la señal de los dedos del alfarero, rugosidades y sombras; la arcilla era traída de cerca del río y tendría restos de cuerpos enterrados y cenizas; después de pasada por el horno y dado el barniz, la vasija servía para contener aceite o leche y era muy útil y bella.

El niño le decía algo, apenas visible en la penumbra, y lo compadeció más al compararlo consigo, libre y estallando de fuerza. Pensó en tenderle la mano, que él la cogiese y arrancarlo de su asiento de tierra; el esclavito volaría por el aire, se desprendería de aquel ronroneo de tablas moviéndose y de aquel olor a barro, y vendría hacia él, hacia su pecho tan ancho y sólido. Le sería fácil con una sola mano, acostumbrado a arrancar de las aguas peces que pesarían el doble que el chiquillo.

El niño le miraba. Una mirada anhelante, a la vez triste y esperanzada. Pero no podía hacer nada por él ni darle aquella libertad que acababa de conquistar. Solo se le ocurrió entregarle el pedazo de coral: él lo necesitaba más que nadie. Habría de crecer y hacerse hombre y salvarse de su esclavitud.

La misma mano que había arrojado la piedra dio al muchacho aquel regalo de amistad. Le dijo:

—Toma eso, para ti.

Y sin esperar más, se alejó de la alfarería, pensando en hallar a la joven.

Había doblado la primera esquina cuando vio venir a un hombre en la dirección contraria, corriendo. Manchado de polvo blanco, reconoció en él a un albañil.

—¡Ve allí, ve corriendo! —gritó, señalando a su espalda—. ¡Se mueren dos hombres!

Ictio había obedecido muchas órdenes. Obedeció aquella, corrió y encontró a un grupo de hombres que pugnaban por sostener unas tablas sobre las que se había desplomado una cerca de piedra: debajo de las tablas, aprisionados contra el suelo, dos cuerpos humanos se debatían. Todo era confusión y gritos. El joven colocó sus hombros bajo los tablones, clavó las rodillas y las manos entre las piedras e hizo un esfuerzo supremo que duró un rato interminable; ahogada la respiración, cegado por el sudor, curvado como un arco, aguantó hasta que los otros hombres fueron retirando las piedras⁸.

Al levantarse, le temblaba todo el cuerpo y respiraba ruidosamente. Se apoyó en la tapia mareado y miró cómo se llevaban a los dos heridos. Sus compañeros se los llevaron hacia una fuente donde les lavarían con agua y extenderían barro sobre las heridas.

Llegaron otros trabajadores que contemplaron la obra deshecha, el

andamio roto y las manchas de sangre; comentaban el suceso y hacían gestos de condolencia. Eran albañiles de otras casas en construcción y presentían correr alguna vez la misma suerte.

Se alejó de allí despacio y sintiéndose muy cansado. Llegó al camino alto, bajó hacia las cuadras y atravesó el llano donde estaba el patíbulo.

Por curiosidad, se acercó a él, a ver quién había allí expuesto. Era un hombre, atado con sogas a la pilastra, de piel verdosa, retorcido, con las piernas dobladas. Debía de estar así ya hacía dos o tres días porque el olor bajaba hasta donde estaba el pescador. Nadie se paraba a mirarlo y solo unos niños lo contemplaban muy serios.

Al principio, no observó que al lado de la cornisa de piedra había una mujer acurrucada. Era un bulto oscuro en el suelo y no parecería una persona si la ropa parda no dejara al descubierto una cara arrugada y escuálida, con dos ojos brillantes y redondos. Cruzó su mirada con la del pescador: un dolor infinito hablaba en ella. Movié los brazos como los mueven los locos, pero la mujer no estaba loca; únicamente esperaba allí hacía días.

—¡Bájalo, bájalo!

Comprendió lo que quería decir y no supo qué contestar. Encima del patíbulo no había centinelas y tampoco se veían por los alrededores. Miró hacia la carretera y estaba desierta.

Bajaría el cadáver del ajusticiado como quien roba fruta para darla a otro, o como quien olvida a un enemigo y le perdona.

La mujer, sin levantarse, movía los brazos con las manos entrelazadas. Aquella mujer no estaba loca: probablemente habría presenciado la muerte de aquel hombre y visto cosas terribles y, luego, cómo le cambiaba de color la piel, y sería su esposa o su madre.

Ictio se encaramó en el alto zócalo. Se acercó al ajusticiado y vio que su espalda estaba cubierta de una capa de moscas que zumbaban y se movían; esto quería decir que había sido muerto por apaleamiento y que la carne de la espalda se abrió hasta los huesos.

Empezó a desatar el cadáver sin preocuparse de los tábanos que se lanzaban contra él. Mientras, pensaba:

—Aquí se convierte un hombre en cadáver tan rápidamente que es difícil darse cuenta. Luego se endurece, toma un color de agua estancada y los ojos

se hunden. El cuerpo se enfría y enseguida lo descubren las moscas; más tarde vienen las avispa cuando el olor comienza, y las moscas verdes y azules se agolpan en los párpados y en las comisuras de los labios. Hasta las abejas vendrán y los piojos también, junto a los escarabajos, todos se moverán sobre un hombre que entrega su fuerza a estos animales y al aire.

Un olor intenso se desprendía de aquella figura rígida, de la que había huido la sangre. Al desatarle las manos, que soportaban todo el peso del cuerpo, observó que tenía los callos propios de los cocheros. Aquel ajusticiado había conducido caballos en vida, pero sus manos ya no volverían a tocar las riendas ni las bridas.

Arrastró el cuerpo hasta el borde del patíbulo y lo dejó caer sobre la mujer que lo esperaba abajo, extendiendo los brazos. Pero fue demasiado peso para ella y chocó contra el suelo y entonces la mujer dio como un grito o un quejido. Lo alzó por los brazos, apoyó estos en sus hombros y lentamente, abrumada por la carga, se alejó del patíbulo, rodeados ambos por una nube de moscas. Los niños seguían mirando lo que pasaba.

Ictio se bajó del zócalo y dio una carrera para ahuyentar de sí las avispa enfurecidas. No volvió la cabeza atrás ni pensó más en el cadáver verdoso llevado casi a rastras por la mujer.

No debía entretenerse más; buscaría a Paracata para hablarle y gozar con ella del día, ahora que era suyo íntegramente. Anduvo hasta las cuadras, entró a la explanada donde los caballos eran adiestrados. Delante de los edificios se movían unos hombres. Pasó despacio hacia la otra puerta, pisando el suelo de tierra limpia, señalado por los cascos al galopar.

Dejaba atrás las cuadras cuando oyó un llanto que allí dentro sonaba; lo pudo oír porque en aquel momento nadie paseaba cerca ni se oía ruido alguno; era un llanto callado que se hubiera confundido con cualquier rumor.

Se desvió de su camino y asomó la cabeza por la puerta oscura y llena del olor a estiércol. La cuadra apenas tenía luz y al principio los ojos de Ictio no vieron sino sombras difusas; luego distinguió las grupas de los caballos en los pesebres y, en el suelo, sentado sobre la paja, un hombre balanceaba su cuerpo y exhalaba quejidos. Tenía las manos caídas a los lados y lloraba como quien no puede hacer otra cosa.

Su cabeza estaba cruzada de cicatrices en las que apenas crecía pelo. En

las mejillas, brillaban las lágrimas. El cuerpo de Ictio tapó la puerta y el esclavo levantó los ojos hacia él.

—¿Por qué lloras? —le preguntó—. No debes llorar.

—Soy un esclavo, puedo llorar —le contestó con voz débil y con acento extranjero—. Se dice a los hombres que no lloren para que no sean iguales a los esclavos; yo sí lloro porque no soy libre.

—Busca tu libertad y no te escondas en un rincón de las cuadras. Mira cómo otros la conquistan y aprende...

—No me avergüenzo de llorar, es el lenguaje de los esclavos. En una ocasión, oír llorar a otro fue la mayor alegría que pude tener.

Ictio se acercó a él, pisó la paja y preguntó:

—¿Cómo pudo ser eso?

—Durante muchos años estuve en la fortaleza de Pistum. Era armero y me hicieron preso en los desembarcos y me encerraron en las mazmorras de los sótanos y no se volvieron a acordar de mí. Pasó mucho tiempo, debí de estar más de diez años sin ver a nadie sino al carcelero que me bajaba la comida y el agua, en la oscuridad, oyendo constantemente el ruido de las olas en la costa. Entonces deseé la muerte y la temí, sin conocer otra cosa sino aquel tormento. Era muy joven y fui olvidando todo lo que había hecho anteriormente y mi cabeza parecía vaciarse de vida.

»Una vez, apoyaba la frente en la puerta del calabozo cuando creí percibir un ruido desacostumbrado que apenas se diferenciaba del eterno golpe de las aguas. No sé cuánto tiempo tardé en comprender que era una persona que lloraba; en lograrlo pasé tiempo y tiempo, acaso años, y tuve como única ocupación pegar el oído a la puerta y escuchar atentamente. Gemía una mujer lejos, pero llegaba la voz a pesar de todo.

»Pensé que otra persona, igual que yo, sufría prisión y estaba condenada a agotar su vida en aquella especie de muerte, más terrible que cualquier muerte, y saber que estaba en la misma oscuridad que yo me hizo temblar de emoción y piedad.

»Sería una mujer o un muchacho porque su voz no parecía de hombre, o acaso un hombre enfermo. Nunca lo he sabido, pero a él le debo haberme hecho conocer que fuera de mi sufrimiento existían otros iguales. Pensé en aquella persona con amor, intenté imaginármela y quise descubrir por el

llanto el porqué de su condena. Ya no me sentía solo, estaba conmigo, y yo tenía algo que hacer: dedicarme a aquel desconocido y vivir para él. No se diferenciaba de mí y en todo éramos iguales.

»El día que me sacaron del calabozo oí por última vez su voz quedar atrás y perderse, y sentí cuánto bien me había hecho la figura en la que yo pensaba, una persona arrodillada junto a la puerta, ni hombre ni mujer, vestido de harapos.

»Ahora no me importa llorar. Sé que podré ser oído por alguien».

—Deja de sentirte esclavo y serás libre por tu voluntad.

El pescador se pasó la mano por la barba, enderezó el cuerpo y, sin añadir nada más, se alejó de aquel hombre y salió de la cuadra. Desde que decidió buscar a Paracata unas personas le detenían y le pedían algo, retrasando el encontrar a la joven. Había ido de un sitio a otro chocando con seres que precisaban algo de él, pero ahora había llegado el momento: no le distraería nada y marcharía directo a casa de ella para darle la libertad que él logró.

Un fuerte vendaval⁹, de los que traían las primaveras, le acompañaba en su camino.

⁸. Esta anécdota es similar a una en *Los miserables*, de Victor Hugo; es un homenaje de Zúñiga al autor.

⁹. El vendaval es símbolo esencial en el texto, tanto de esperanza como de destrucción regeneradora.

5. Un trozo de coral

Dentro de la alfarería, un poco hundida en la penumbra, había una persona que movía algo constantemente. Desde fuera apenas se le veía, pero se sabía que estaba allí por el ruido que hacía sin parar, un ruido suave, sordo, que tenía un ritmo según era impulsado el mecanismo de tablitas y cuerdas que ponía en marcha la mesa del maestro.

A mediodía, la luz vivísima en la calle daba una sombra tan negra y total al interior de la alfarería que los ojos no veían nada tras la figura blanquecina y ancha del alfarero, que estaba próximo a la puerta, inclinado sobre sus recipientes blandos y elásticos. Estaba rodeado de montones de arcilla, de vasijas a medio hacer, de tarros con tierras de colores diversos; detrás de él se alineaban los jarros ya preparados para el horno. Todo aquello era un taller de alfarero con sus recursos conocidos y sus procedimientos, con su olor húmedo a tierra, a esparto, a madera; en el interior, sin que nadie lo advirtiera, había una figura pequeña extraordinariamente delgada que movía con los pies las tablas, las cuales transmitían el movimiento a la mesa de trabajo del maestro. Continuamente este daba instrucciones para aminorar la marcha o detenerla o hacerla intermitente. Nadie entendería las palabras deformadas o abreviadas que usaba para entenderse con el muchacho que debía escucharlas y cumplirlas inmediatamente. Él no tenía que hablar nada, sino solo escuchar y obedecer. Obedecía órdenes precisas dadas con insultos que no sonaban como tales y palabras obscenas que él —por ser aún un niño— no relacionaba con su verdadero significado.

El alfarero tenía los pies envueltos en vendajes y los apoyaba en una piel de oveja; hacía años que no podía trabajar con ellos, lentamente se desprendía el pellejo, las uñas, los dedos se retorcían y los dolores aumentaban. Por eso, después de haber pensado mucho, ingenió aquel mecanismo para mover la mesa, y el esclavito, semiescondido en la oscuridad, sustituía lo que sus pies no podían hacer a causa de aquella enfermedad incurable.

El muchacho estaba muy delgado y apenas podía sostenerse cuando al llegar la noche se levantaba de su sitio. Mientras los pies daban movimiento a la mesa, vertía agua en el canalillo que humedecía la arcilla. Pero pocas personas lo sabían, pocos penetraban en la alfarería y descubrían la ligera figurita que, muda y desconocida, hacía marchar aquel taller. Un pescador joven era uno de los que sabían quién había allí y, a veces, apoyado en la jamba de la puerta, cuando el maestro iba al horno, hablaba con el chico y contestaba a las preguntas que le hacía sobre el mar y las barcas. Soñaba con subir en una y tomar el sol.

Nunca lo había hecho y admiraba al pescador, fuerte y seguro de sí, que le contaba cosas muy entretenidas y sorprendentes.

Los niños de la calle también conocían al esclavo y, sin atreverse a entrar, y siempre cuando el maestro no estaba, le preguntaban:

—¿Qué haces, Dunion?

—Hago girar la mesa —contestaba el esclavito, pero no pronunciaba bien, como los otros niños. Su boca hacía un ruido y las palabras apenas podían compararse con las de ellos y esto mismo les extrañaba y encantaba, por lo que siempre deseaban hablar con Dunion para oír aquel sonido seco con que pronunciaba. Más de una vez le habían regalado un higo o almendras, y hasta cómo le miraban denotaba respeto y admiración por el trabajo que hacía.

Durante días y días no despegaba los labios porque a nadie podía hablar; solamente canturreaba algo y muy bajo, pues el amo no se lo permitía porque perdía fuerza y se distraía. En la alfarería solo se oía el zumbido de la mesa al girar y las órdenes del maestro.

Mientras vertía agua en el canalillo, pensaba en los pies de aquel hombre viejo y enfermo, miraba de reojo a cada persona que pasaba por delante de la puerta siempre abierta, se imaginaba el día en que Ictio le llevara a la playa y montaran en una barca para ir de pesca. Tenía pensada la conversación que mantendrían, las preguntas que le gustaría hacer y hasta sabía lo que le responderían los otros pescadores, a los que nunca había visto, pero con los que, estaba seguro, se encontraría bien y contento. Una barca grande puede servir para ir a países lejanos, a otras ciudades de la isla y detenerse en puertos de la costa en los días de verano cuando la luz y el sol queman la piel. Entonces se usan los grandes sombreros de paja que cubren la cara y los

hombros.

Le gustaría pescar, sacar las redes llenas de peces que luego se venden para tener monedas y comprar fruta o leche. Ictio, el pescador, dice que prefiere las manzanas a los higos secos. También pueden comprarse panes redondos, sin piedrecillas en la miga, que chascan en los dientes y que se deben escupir; un pan blanco, solo algo tostado en la corteza y sin pajas. Un pan muy limpio y muy grande del que puede partirse un trozo ahora y otro luego y hasta dar a Ictio cuando aparece en la puerta. Pan y otras cosas que se venden cerca y cuyos pregones llegaban casi todo el día procedentes del mercado.

Hasta la alfarería llegaban también conversaciones que se oían en la calle y que para otra persona apenas tendrían valor, pero, recogidas ávidamente por el esclavo, comprendidas a medias, relacionadas con otras oídas hacía tiempo, le anunciaban que fuera de aquel taller existía un mundo inmenso que le esperaba. Se sabía rodeado de infinitas maravillas cuyo perfume penetraba hasta él; las conocería y escaparía hacia ellas en cuanto pudiese, en el primer momento en que quedase libre...

Miraba la calle donde empezaba el camino de sus ilusiones y se vio ya corriendo hacia la playa. Un soldado se interpuso ante la luz de fuera y le miró y le preguntó algo. Era un desconocido, joven, la cara tenía huellas de sombra y los ojos se movían, inquietos. Sabía que era un soldado por el peto que usaba y unas polainas cortas que no las llevaban los otros hombres. El peto impide que las espadas y los venablos entren en aquel sitio, porque en otros no importa tanto y las heridas se deben de curar bien. Las polainas cubren el pie y suben por la pierna de los que deben andar mucho. Los soldados van de un sitio a otro, donde hay guerras, y andan siempre según les mandan. No oyó bien qué dijo, acaso no había hablado, solo movió los labios, cuando se acercó a la puerta.

Volvió el maestro del horno, donde se le oyó echar leña y gruñir, y se extrañó de la figura del soldado, casi tapando la puerta. Pero este se alejó antes de que le dijera algo. Se volvió hacia Dunion.

—¿Quién era ese soldado? ¿Qué quería?

Pero Dunion no se había enterado, solo le miró a la cara, vio que era joven y estaba cansado o sediento. No le conocía, no le había visto nunca cruzar por

aquella calle.

—¿No me oyes? ¿Qué quería?

Dunion contestó confusamente. El amo se le acercó.

—¿Qué dices? ¿Ha cogido algo?

Pensaría que le había robado alguna vasija, que el soldado se había aprovechado de su ausencia para robar, y el chico no se había enterado. En su cólera, que constantemente resoplaba dentro de él, dio a Dunion varios golpes en la cabeza y en la cara sin tener que levantar los brazos, sino tal como le colgaban a los lados del cuerpo; el chico estaba sentado en el suelo y hundía los pies en una zanja donde funcionaba el mecanismo del torno, así que se encontraba a la altura de aquellas manos cubiertas de pegotes de arcilla mojada. Al recibir los golpes se inclinó a un lado, casi se tendió para quedar fuera del peligro y empezó a gritar. Aquellos gritos eran frecuentes: lloriqueaba y daba gritos cortos echando un poco la cabeza hacia atrás y cerrando los ojos. Tenía en aquel momento un gesto de desesperación y sufrimiento acaso superior al dolor de los golpes que le daba el viejo. Entonces podía alzar la voz y chillar cuanto quisiera y hacer que su pecho vibrara, sentir la agradable sensación en el estómago.

Otras veces, sus lloros habían traído al grupo de chicos que desde el otro lado de la calle le contemplaban un rato y hablaban entre sí, empujándose los unos a los otros; esta vez no. Dunion tuvo que resignarse y bajar el tono de su voz y sollozar sin hacer demasiado ruido porque el patrono le amenazaba con el látigo.

Pasó de esta forma un rato y sintió cómo las lágrimas se secaban bajo los ojos. El maestro volvió a ir al horno e inmediatamente Ictio apareció en la puerta y le sonrió. Tan alto que llegaba hasta arriba del quicio, con su barba rubia y el cuerpo oscurecido por el sol, siempre alegraba a Dunion; hubiera querido acercarse a él y verle de cerca.

Dunion se agitó, pero no se atrevió a levantarse.

—Me ha pegado —y señaló hacia el sitio por donde había desaparecido el viejo—. Me ha pegado en la cabeza —añadió.

El pescador debía de comprender algo de lo que le decía; hizo unas señas como de consuelo y se quedó mirándole. El muchacho se sintió contento y seguro de tener próxima la sombra del pescador que era su amigo. Se iría con

él; nunca le había dicho: «Llévame contigo», pero sabía que Ictio estaba pensando eso mismo y un día le sacaría de la penumbra del taller y le llevaría a la playa.

Con sus grandes ojos bien abiertos, esperaba algo de él, una palabra, una esperanza. Pero el pescador parecía preocupado y se apoyaba en la jamba de la puerta. Así pasaron unos minutos, de pronto el pescador balanceó la mano derecha y arrojó por el aire una cosa a la vez que decía:

—Toma eso, para ti.

Dunion vio venir una cosa diminuta y la cogió al vuelo. Pensó que sería un dátil o una almeja, pero cuando la tuvo en la mano y la vio se quedó extrañado porque era la primera vez que veía una ramita roja, dura y áspera, pero que no parecía de ninguna planta ni hecha de arcilla; ni tampoco el huesecillo de ningún animal ni piedra de río. Pero era muy bella por su color, por su forma sencilla; más que a nada, se parecía a una llama que lanzase su resplandor rojizo, y sorprendiera por su quietud y su contacto frío.

Sin embargo, la mano que sostenía aquel objeto se incendió y su fuego se apoderó de toda la persona del esclavo, que no vio sino una joya admirable, cuyo valor y fuerza penetraba en él. De repente, le rozaba una cosa sin nombre, tocaba sus manos sucias y débiles, un adorno, un trozo de algún alimento que él nunca había probado, un regalo que su amigo le hacía, y su posesión le exaltaba, le daba una felicidad como no había experimentado, y a la vez le inquietaba. ¿De dónde provenía aquello? ¿Qué era?

Levantó la cabeza para preguntar a Ictio, pero este se había marchado y precisamente sonaban los pasos del amo que regresaba. Dunion colocó, en un movimiento rápido, la ramita entre los dedos de un pie y ocultó su emoción, prosiguiendo su trabajo cuando el maestro volvió a sentarse a la mesa giratoria. Estaba de espaldas, inclinaba la cabeza para ver la forma del recipiente que con las dos manos iba modelando y la respiración ruidosa hervía dentro de su pecho. De vez en cuando gruñía algo o daba una orden.

Dunion miraba la ramita que asomaba entre los dos dedos. Se imaginaba que el pescador volvería por ella, o que tenía muchas y le había regalado una, pero ¿cómo un hombre pobre iba a tener aquel tesoro? Temió que el amo descubriera aquella mancha roja en su pie y que se la arrebatase y además querría saber por qué razón la tenía y quién se la dio. Lo que debía hacer era

esconderla, o mejor aún, dársela a alguno de los niños de la calle para que la pusiera en lugar seguro. Los niños no jugarían con la ramita; se darían cuenta de que era algo muy precioso, acaso hecho con un gran esfuerzo, costando trabajo y sacrificio de hombres, y no la perderían. Debería ponerla a salvo de toda otra mano que pretendiera cogerla; teniéndola él, podría descubrirla el viejo y quitársela porque, en realidad, era una joya.

Decidido a salvarla, calculó lo que tendría que hacer para huir en un momento en que nadie lo advirtiera. Saltaría a la puerta y escaparía a todo correr. Pero no solo para llevarse la ramita; quería hacer por primera vez lo que era la ilusión de siempre: dejar el taller, asomarse a las calles desconocidas y ser libre. Buscando a los niños cumpliría este propósito.

Así fue como, unos segundos después de haberse ido el maestro a vigilar el horno, salió de la zanja, encerró la ramita en su mano y corrió a la calle.

Una luz viva y blanca iluminaba las fachadas de las casas y el suelo, que estaba caliente y señalado por el paso de carros; en el aire flotaban olores, hacía calor y el resplandor del día cegaba.

Pegado a la pared corrió por la calle, vacía en aquel momento. Al final veía gente que pasaba y deseó llegar cuanto antes entre ellos. Sus pasos cortos, no muy seguros, le parecían una carrera veloz, pero eran nada más que un trote de niño.

Estaba llegando al final de la calle cuando oyó detrás la voz del amo llamando. Conocía bien aquella voz, sabía de quién era. El temor le subió a la cabeza y le produjo un vértigo, pero no se detuvo; corrió hasta entrar en el mercado y lo atravesó entre las mercancías y los vendedores. Infinidad de objetos y altas ramas de palma; y gente, mujeres con velos blancos y hombres sudorosos, moviéndose, hablando e impidiéndole correr.

Dio un mal paso y cayó al suelo y quedó en él unos instantes obligado por el dolor en la rodilla. Se pudo levantar y volvió a correr, pero los que había cerca le miraron y otros rostros se volvían hacia él. En su carrera le siguió la curiosidad de la gente porque sonaban voces pidiendo que le detuvieran. El amo le seguía y le iba a alcanzar.

Dunio no pensaba más que en ir adelante creyendo dejar atrás el peligro, pero ya a su paso se abría un espacio grande rodeado de miradas y amenazas. En aquel momento el sol estaba en el cenit y el niño corría sin proyectar

sombra, solo entre la multitud de los comerciantes; no llevaba tras sí la propia sombra, no le seguía sobre un suelo ajeno y duro que pisaba tambaleándose.

Le perseguían; todos los mercaderes, temiendo a los ladronzuelos de fruta, quisieron alcanzar al muchacho y hacer un escarmiento. Se levantaron de sus puestos, irguieron la cabeza, frunciendo el entrecejo en un comienzo de cólera. Los primeros dieron unos pasos, otros escucharon al amo que con voz acalorada y movimientos torpes llegaba al mercado, pidiendo ayuda; los más amantes del dinero, los que defendían sus ganancias con pasión, los que mezclaban la miel con arena, los que echaban agua al vino, los que vendían quesos de leche enferma, todos ellos persiguieron a Dunion cuando le vieron correr con la boca contraída por el miedo y las piernecillas temblorosas.

Al ver que todos corrían hacia él se detuvo; no comprendía por qué los vendedores, que nunca le habían visto, le amenazaban; todos eran sus enemigos, sabían que llevaba la ramita roja y se la querían quitar. Tenía que dársela a los niños, pero allí no veía a ninguno, todas eran personas mayores, envejecidas y tristes por sus disputas en torno a las mercancías, y volvió a correr y se desvió del grupo que le perseguía y entró en una calle donde no había mercado. La calle era larga y parecía que sus puertas estaban cerradas. En una vio a una niña que se había asomado y miraba hacia donde venía Dunion.

Era la primera niña que veía; los que iban tras él eran viejos, de caras oscuras y vengativas: le hacían trabajar en la oscuridad de la alfarería. Los niños le llamaban desde fuera y le invitaban a irse con ellos. No le perseguirían nunca.

Llegó junto a la niña que no separaba sus ojos de él. Extendió la mano y le dio la ramita que ella cogió sin verla. El muchacho le dijo algo parecido a «¡Guárdala!», pero probablemente no lo entendiera bien y él siguió corriendo.

En la entrada de la calle apareció el grupo de perseguidores. Pasaron junto a la niña y siguieron adelante. Como hubiese allí un montón de guijarros cerca de una casa en construcción, cogieron algunos y silbaron en el aire los primeros.

Dunion pensaba que Ictio iba a llegar ahora, pero su angustia y su carrera quedaron detenidas por una sensación pesada que notó en la cabeza. Cayó de

lado. Dio un grito. Otras piedras chocaron en la cara y en el pecho.

Al verlo caído en el suelo, no se acercaron a él. Desde lejos le arrojaban piedras y la cólera se cambió en una diversión: como quien mata a un perro rabioso, como quien apedrea a una víbora, o apaga a pedradas una hoguera cuyas llamas se levantan altas.

Brotó sangre sobre la piel blanca pero Dunion no se movió. Unas veces las piedras daban en el cuerpo y otras veces rebotaban en el suelo. El sol iluminaba todo aquello y los mercaderes se animaban con risas, satisfechos de encontrarlo tan fácil.

La niña estaba en la puerta de su casa, no veía bien lo que pasaba, miraba hacia allá con curiosidad, se preguntaba a quién tiraban piedras y su mano derecha encerraba una extraña ramita de coral.

6. Proyecto de viaje

Sabía que Tussos estaba ahora en la puerta de su casa y algún siervo de la cocina le daba algo de comer. A mitad del día el anciano iba allí y era el sitio mejor para explicarle los pensamientos que acababa de tener en el promontorio.

Subiendo la cuestecilla de la playa, pensaba:

—No hago nada en todo el día, tiro piedras, me baño, voy a casa a comer, duermo la siesta y me canso. Me gustaría estar en Macedonia viendo esos grandes ejércitos que se reúnen allí, siendo yo uno de los que van a intervenir en las guerras. En cambio, estoy aislado de lo que se hace con esfuerzo y valor, y acaso alguien dirá de mí un día que viví en esta época, fui testigo de hechos asombrosos... y no he participado en ellos.

Llegó ante el palacio de su padre, lo bordeó yendo hacia las dependencias inferiores, se acercó a la empalizada y miró entre las tablas. Enfrente, la pared blanqueada de la casa, y a la derecha, en la puerta, tres hombres de pie, hablaban algo. Sus rostros se movían pronunciando palabras que no llegaba a oír. Conoció la espalda de Tussos, su cabeza y los hombros delgados. Estaba comiendo y los otros dos le hablaban, apoyados en la puerta junto a la que había un caballo atado a una argolla. Uno era el cocinero de su padre, el otro un esclavo tesalio que trabajaba en la cocina.

Para oír, se acercó muy despacio, se pegó a la cerca y fue a ponerse delante de donde estaba el grupo, sin ser visto, junto a un portillo de tablas. Espiaba al anciano para oírle contar algo interesante que a él nunca diría porque era un niño. Hablaría a los otros hombres con palabras que él podría aprender y saber algo más sobre todo lo que Tussos le revelaba. Escuchó agachado en el suelo, pegando el oído a la cerca.

Decían cosas confusas, luego oyó una voz:

—Se puede volver o no, todos los viajes tienen ese riesgo.

Dijo otra voz distinta:

—Quien pisa la tierra de Macedonia no querrá ir a ninguna otra comarca; le parecerá estéril aquella en la que nació y será un extranjero en ella.

—Podríamos pensar que buscar un país nuevo es una forma de salvarse, aun a costa de sufrimientos.

Oyó una risa.

—El hombre del que hablamos nunca querría un viaje así. Asbestos y su familia solo caminan hacia el país de las riquezas.

—A veces un hombre puede cambiar su destino, pero incendiando todo, ardiendo él mismo, aunque después ya no sea él...

—Sí, me parece que sería una forma de renacer. Llega un momento en que todo está en peligro de muerte y entonces los jóvenes quieren salvarse.

Hubo un silencio en el grupo. Luego sonó la misma voz:

—Podría hacer memoria y contaros lo que sé de Hylas, que fue de los que no han vuelto. Lo ocurrido a Hylas parece una leyenda, una leyenda que se refiere a un joven que iba con los argonautas en busca de la Piel de Oro; iba con ellos como esclavo, siendo servidor particular de Heracles, que le había apresado cuando dieron muerte a su padre, el rey de los dríopes¹⁰.

»Hylas, pues así se llamaba este joven, pertenecía, incluso por su aspecto, a una clase superior y hablaba y se movía como los príncipes. Detrás de sus gestos estaba el reino de sus antepasados, los alimentos que nunca faltaron en palacio, los vestidos mejores que los de sus súbditos, la holganza y los caprichos. Quien lo mirase, joven como era, acaso fuerte, esbelto, vanidoso, con envidias juveniles y exigencias, vería a otros muchos hijos de reyes; el hijo de un rey, por modesto que sea este, es educado y adiestrado en cosas que los demás no pueden alcanzar y también es heredero de unas riquezas que los otros hombres deben ganar cada día con su trabajo. De ahí partía la gran diferencia con los argonautas, a los que él odiaba y servía en trabajos menudos, proporcionándoles la satisfacción de ser servidos por el huérfano de un enemigo. Se encontraba ante hombres sin fortuna que habían tenido que trabajar y pescar y llegaron a poseer barcos y esclavos extranjeros con los que comerciar en telas, aceites, pieles, madera. Frente a ellos, él no servía para nada, resultaba un capricho de la suerte, un destino fortuito, maravilloso pero en nada útil en cuanto le retiraban su privilegio antiguo. Se sentía totalmente distinto a los argonautas, que para él no eran sino piratas de poder

accidental. Sería inútil que le propusieran unirse a ellos, participar de sus empresas, tener los mismos objetivos. Solo cedería en lo imprescindible para subsistir y, viviendo, podría retornar a sus épocas anteriores: a ser un príncipe.

»Pues bien, mientras, la pesada nave, alzada y hundida por las olas, seguía su camino aprovechando aires cálidos que soplaban tras ella. Todo el mar brillaba en reflejos y manchas de espuma, las nubes se fundían para volver a formarse sobre las aguas, y esto haría olvidar lo tenebroso que serían a varias brazas de profundidad en la penumbra verdosa e imprecisa. El día era deslumbrante, la noche estrellada y tibia; bastaría una roca para que toda aquella obra se fuera al fondo; el hundimiento podría sobrevenir en cualquier momento, y saber esto le daba a Hylas indiferencia y fuerza.

»Los argonautas necesitaban a Hylas como se necesita a un esclavo bello y ágil, y su presencia les agradaba. Le pedían agua, le encargaban pequeños servicios y observaban cómo los cumplía; se volvían hacia él y a punto estaban de hablarle dulcemente. Su misma desidia, su abandono, su falta de interés por el rumbo de la nave, debía de sorprenderlos.

»Verdaderamente la nave interesaba, estaba construida de maderas durísimas, adornada con brillantes fajas de metal, pintada de colores claros, y sus dos velas habían sido tejidas con el lino más fuerte y blanco. Todas las riquezas que a través de los siglos el hombre fue creando para olvidar su natural pobreza, se reunían allí y desde lejos el barco anunciaba su poder. Podían faltar los alimentos frescos o el agua, pero el oro y las más bellas armas se amontonaban en la bodega.

»Hylas, observando a los argonautas, había descubierto lo que realmente eran bajo sus magníficas túnicas y yelmos suntuosos. Muchos escupían sangre, se peleaban entre sí, se envidiaban, otros no podían beber vino y de noche se les oía quejarse y agitarse en sus lechos. Cada descubrimiento de esta clase le comunicaba alegría y la seguridad de que volvería a ser lo que fue al nacer.

»Bajo sus pies sonaba el rumor de la máquina que llevaba el barco hacia adelante. Hombres arrancados por la fuerza de sus ocupaciones manejaban los pesados remos que golpeaban en su punto de apoyo y sonaban rítmicamente. Rumor que, oído desde cubierta, inquietaba y atraía. Algo vivo

y muy poderoso respiraba allá abajo; cuando se daban voces o el viento cambiaba su intensidad, el rumor pasaba a confundirse con el batir de las olas.

»Hylas no conoció a los remeros hasta un día de mar muy tranquilo en que hubo limpieza general. Se limpiaron los adornos que ornaban la nave y se pintó de rojo el mástil. Después se bajó a la bodega y se subieron las mercancías. También la limpieza alcanzaba a los incógnitos remeros.

»Cada vez que dejaban caer un fardo o sacaban un remero paralítico, una bandada de cucarachas se desprendía de ellos y corría por la cubierta antes de que con cubos de agua las hicieran caer por los costados. En todos sitios había cucarachas escondidas y todos se dedicaban a matarlas, poseídos de excitación, de vergüenza. Se daban órdenes, se hacía ruido, pero había un silencio receloso. Hylas también trabajaba con desgana, y sacudía sus pies por los que trepaban los insectos.

»Hasta una arqueta llena de joyas apareció colmada de animalejos que pataleaban entre los reflejos purísimos. Estaba Heracles cerca del joven; apoyaba su enorme cuerpo en un obenque, contemplando con desagrado aquella operación. Casualmente estaban apartados de los demás y Heracles hablaba, sin mover los labios apenas, sin mirar a Hylas.

»—Y pensar que nunca nos veremos libres de esta miseria y allí donde vayamos han de ir con nosotros... Heridos o victoriosos, hambrientos bajo cualquier luna y en cualquier país, enfermos o embriagados, y las cucarachas salen en cuanto cerramos los ojos... Qué asquerosos animales incansables. Durante el día pienso en ellos, los presiento acechando y dispuestos a que te dejes vencer por el cansancio. Qué sucia compañía la de esos sueños que viven de los restos de la comida, de las ilusiones desgastadas o del calor de la más querida sangre. Eternos sueños que ensucian los triunfos y el lecho de amor, hacen turbia la vida, devuelven a los muertos, borran distancias, tiempos. ¡Oh, sueño, oh, Dios del sueño!, ¿por qué no te apiadas del que está necesitado de descanso, por qué le persigues con tus máscaras, con tus presagios, agotándolo con tu actividad? Ah, pasarán años, lograremos el máspreciado oro que ha merecido tantas penalidades y nos veremos rodeados de cucarachas, ¡maldita vida llena de trabajos y ferocidades, que acabará en esto! Solo la fuerza bruta, la matanza, no poder hacer nada delicado y tierno

sino esas hazañas que una tras otra he ido cumpliendo como borracho. Cuando las hacía solo deseaba ser un hombre superior a todos, hacerme héroe, probarme que mis fuerzas eran las de un hombre, demostrar que era capaz de lo que hacen los hombres. He mentido mucho, me canso de mentir, y a nadie he dicho que desearía hacer tareas de mujer, mecer una cuna o tejer esos velos tan finos que el aire desgarrar. Mis manos no servirían ya, no se parecen a las tuyas, tan ágiles y elegantes, que acarician lo que tocan. Qué bello estabas ahora haciendo ese trabajo sucio que no te rebaja ni te hace perder dignidad. Se diría que todo aumenta tu soberbia y te transforma en un dios despreciativo que niega su protección a quien le adora.

»El joven se volvió y miró a Heracles. No se extrañaba de oírle pero quería mirar sus manos. Efectivamente, las manos de Heracles eran grandes, la piel tenía el brillo de la humedad fría, las uñas cortas y hundidas en la carne terminaban unos dedos gruesos, peludos, rojizos, manos famosas por su fuerza sobrehumana. El muchacho vio cómo un insecto pataleaba sobre la derecha, sin notar lo su dueño, y entonces soltó una carcajada hiriente echando el cuerpo para atrás. Se rio y todos volvieron hacia él las cabezas, extrañados. Y al verlos, tan serios, pisando cucarachas entre montones de riquezas, aumentó sus risas, sus carcajadas de triunfo, de burla¹¹. Se le oyó en toda la nave y fue un sonido desconocido, igual al choque de dos armas.

»Heracles sentía el castigo de aquella risa y no podía hacer nada contra el joven que le desafiaba. Revestido de sus armas, poderoso, sentía vergüenza, desilusión, rencor y desprecio hacia sí mismo. Sabía que los ojos del joven habían descubierto secretos que todos disimulaban, no solo él, y por eso la risa era un látigo que se alzaba y bajaba, y los argonautas inclinaban la cabeza y parecían no escucharle, pero una niebla de tristeza les oprimía.

»No pasaba sin huella este acontecimiento e Hylas estaba inquieto y vigilante, impulsado a decisiones extremas. Llegó la noche, todos los argonautas yacían en sus lechos y al parecer dormían; un farol de conchas daba una débil luz a la cubierta y el mismo vigía en el timón dormitaba. No había estrellas, no había reflejos en el agua: la nave marchaba sacudida por suaves olas. Hylas se levantó del lugar destinado a los esclavos y se arrastró a lo largo de la gran vela que había sido enrollada, se pegó a su húmeda materia para alcanzar la entrada a la bodega de los remeros, adonde quería ir.

»Los pies desnudos rozaban los escalones de la escala y, tanteando en la oscuridad, pasó entre las dos hileras de hombres que movían los remos. Allí se les oía hablar, resollar, moverse; sujetos por cadenas a los pies, dormidos por turnos, según la costumbre.

»Se encontró entre los hombres condenados, pero no podía verlos. Sabía que estaban en sus bancos, barbudos, enfermos, atontados, apenas cubiertos de harapos. Nada de esto le interesaba; no se ocuparía de ellos aun cuando fuesen esclavos como él y tomaran la misma sopa de pescado corrompido. Distinguía claramente el menor roce de los remos, pero otras palabras eran las que él bajaba a buscar en las tinieblas pestilentes de la bodega, dichas para él expresamente.

»El mástil que se alzaba sobre la cubierta, tenía allí su base, bien afianzada a traviesas y troncos, y aquel era el oráculo de la travesía. Hylas se acercó y, puesto de rodillas, le acarició con las manos que notaron la suave humedad de la madera. Se abrazó a él, apoyó en él la mejilla y la oreja y esperó.

»Cada impulso o movimiento de la nave hacía crujir el tronco: un susurro monótono salía de aquel conjunto de tablas. Se extrañó de que fuera apenas perceptible y esperó escuchando atentamente que hablara con la claridad que convenía a la revelación de los designios. Desde que le tocaron sus brazos, el mástil debía profetizar para él y debía oír palabras sabias referentes a su futuro.

»Esperaba y así pasó mucho tiempo. No percibía cómo los insectos que habitaban en gran número la cala le mordían los pies y trepaban por las piernas. Dejó de sentir las rodillas en el suelo: toda su atención se aplicaba a la voz del mástil y poco a poco se fue quedando dormido y creyó abrazar el helado cadáver de un ahogado en un océano oscuro en el que se sumergía, y fue llevado por ráfagas de aire a un bosque y abrazaba un árbol que hacía su ruido peculiar con las brisas del otoño; y siempre queriendo oír un secreto definitivo.

»Más tarde, empezó a percibir palabras entre los crujidos del mástil, y con esfuerzo las fue entendiendo y comprendió que venían de lo más profundo de las aguas y era él quien debía escucharlas porque no eran quejidos de una madera estremecida, sino lenguas humanas que hablaban del dolor, de la injusticia, del temor. Solamente hablarían de noche, en las horas de total

sombra, y escuchando pasó mucho tiempo y su mejilla se enfriaba pegada a la madera. Oía una voz, amarguras, castigos, otra le contestaba, varias hablaban a un tiempo, amenazas, soledad, y llegaba hasta él un relato de largas prisiones. La comprensión de su mente juvenil se entregaba a transformar lo oído en una enseñanza; presentimientos de salvación, de rebeldía, se mezclaban al sueño y todo su cuerpo recibía orden de abandonar a los traficantes y olvidar que fue príncipe.

»En aquel momento, en torno al barco, la oscuridad aumentó y el océano parecía no tener fondo ni límites, y el vigía daba su grito, que no encontraba respuesta, un grito prolongado que podía ser de socorro. En el desierto de las olas, la nave avanza y numerosos rostros se inclinan en la borda, asomándose por escotillas y lumbreras, penetrando con sus ojos fijos la noche. De todas las edades, de todos los orígenes, rostros humanos pueblan el barco, lo impulsan. El anhelo, los deseos inextinguibles de felicidad dan su gesto a las caras, que se asoman a los costados del barco esperando lo que puede estar allí delante, exactamente en la ruta que siguen. De las jarcias, de las velas, de las húmedas trozas cuelgan cabezas vivas; en la cofa, en las escotillas, en la proa, hay rostros, distintos entre sí, semejantes, ardientemente fijos en el amanecer. Son el barco mismo, todo él palpitante de rostros expresivos, como la espuma de una enorme ola que sus reflejos tuvieran mejillas y ojos y frente y labios entreabiertos. Arrastrado por todo el esfuerzo y la esperanza que anidan en él y le empujan adelante, con un solo puerto donde llegar, pese a la triste historia de donde procede, el buque avanza.

»Cuando se aproximó a la costa, quedó varado en una playa que formaba la desembocadura de un río. Allí el buque podía estar seguro en las aguas tranquilas. Un cielo sombrío, de color gris, cubría aquella tierra baja, de árboles frondosos y matorrales. A lo lejos se levantaban montañas también cubiertas de bosques verdinegros. Ni una sola persona se veía, ni humo de viviendas indicaba la existencia de habitantes en aquellas costas. La abundante vegetación anunciaba caza fácil y la fruta se encontraría sin mucho buscar.

»Como siempre, los esclavos jóvenes bajaron con los odres de cuero a buscar agua fresca. Hylas iba entre ellos, atento a todo lo que había a su alrededor. Estaba serio y preocupado porque presentía que bajaba a tierra

para algo más que buscar agua; la decisión de huir, de apartarse para siempre de los navegantes, le mantenía intranquilo.

»Cruzó la pasarela cimbreada y, al pisar la playa, le pareció la arena un tapiz tibio y blando, en comparación con el suelo del barco. Entonces oyó su nombre y vio las cabezas de los remeros que desde las claraboyas de los remos le llamaban sin mover la boca, sin pronunciar su nombre. Creyó que le decían: “Sálvate y sálvanos a nosotros”. Aquellos desgraciados no bajarían a tierra y no podrían huir. En cambio, él estaba convencido de que le bastaría internarse en la floresta para quedar libre y hacer lo que le aconsejaba su naturaleza.

»Se formó un grupo. Heracles iba con ellos y algunos llevaban armas. Los muchachos cargaban los odres vacíos y todos entraron entre los árboles y avanzaron, remontando el río para encontrar agua dulce.

»Hylas se fue quedando atrás y al pasar entre encinas muy tupidas, de ramas bajas, se desvió, abandonó el odre y corrió rápidamente, procurando no hacer ruido.

»Se alejó, abriéndose paso entre la espesura, sintiendo que las cortezas y las ramas le desgarraban la túnica corta y le arañaban la piel. Corría desesperadamente y por un momento se paró y escuchó si le seguían, pero no oyó ningún ruido; continuó su carrera saltando por encima de los matorrales y buscando los sitios más accesibles.

»La sangre le golpeaba en el corazón y respiraba afanosamente por la boca, tragando aire y miedo que el bosque le comunicaba. Este se cerraba más y más, los árboles se hacían más altos y viejos y todo se oscurecía como si una tormenta se preparase. Marañas de ramas y hojarasca le obstruían el paso, troncos caídos cubiertos de musgo y enredaderas se cruzaban ante sus pies. Hylas se percató de lo solo que estaba en la decisión tomada y cómo no le era posible detenerse ni retroceder.

»Ya no huía sino que iba hacia algún sitio al que debía llegar inexorablemente: para alcanzarlo precisaba hundirse más en el bosque. Veía el espacio por donde avanzaba, pero ya en torno suyo había oscuridad. Los troncos de los viejos árboles pasaban a su lado fugazmente y desaparecían a su espalda, como sombras en un total silencio. Hubiera deseado detenerse al pie de alguno de los que mostraban gruesas cortezas con las que los niños

hacen barcos, pero nada aminoraba la veloz carrera de aquel bosque: era este el que se precipitaba hacia atrás e Hylas estaba quieto, inmovilizado en una ansiedad dolorosa ante esta nueva experiencia.

»A su izquierda, bajo los tilos, distinguió una figura humana de pie, mirándole fijamente, sonriendo. Era una mujer vestida de oscuro, sujetando en las manos una vasija con leche, y no desaparecía sino que le acompañaba en su carrera. Por un momento Hylas le tendió la mano con ademán suplicante, tendió hacia aquella mujer una mano pequeña y blanca, pero solo fue un instante: la mujer acabó por esfumarse en un vuelo de luciérnagas azuladas. A su leve claridad percibió, meciéndose en las ramas de los árboles, figurillas que se hacían y deshacían, animalillos o criaturas que le miraban enigmáticamente.

»Hylas aún vio más: a su lado surgían lobos que parecían dispuestos a perseguirle, y hombres que le amenazaban con cuchillos que blandían. Y entre ellos, un anciano respetable, de estatura imponente, que con una mano contenía a fieras y hombres; en la cabeza llevaba un casco cubierto de piedras preciosas. Todo esto lo transformaba en angustia y en certidumbre de que su camino era así y que, si no viese las apariciones que le espantaban, sería una senda equivocada que no le llevaría a ningún sitio. Aunque el bosque era un misterio que tendría que entender, sabía que lo llevaba dentro y era su propio ser.

»Gritos, un tropel de caballos al galope le acompañaba ahora; cruzaban un campo sembrado de cotas de hierro y armas, de cadáveres ensangrentados, a medio enterrar. Y luego los cadáveres fueron leprosos que se movían perezosamente y levantaban sus miembros ulcerados y deformes. De ellos le llegaba a Hylas una súplica, pero tampoco aquello se detuvo y oyó el sonido de una flauta lejana, y en unos prados verdes y aterciopelados había grupos de jóvenes guardando un rebaño que pacía tranquilamente al sol del mediodía. Y el sonido de la flauta se convirtió en el del agua que fluye en un manantial, rumor inconfundible hacia el que se dirigía Hylas con todas sus fuerzas a través de años de existir, de épocas pasadas de madurar y de comprender.

»El agua estaba cerca, su olor húmedo le dio en el rostro, pero un rostro muy diferente del que tuvo un príncipe cautivo que se llamaba Hylas: dio en

un rostro severo y reconcentrado, con labios herméticos, cerrados por el beso del sufrimiento.

»Llegó al borde del manantial y contempló extasiado sus aguas rápidas y verdosas que se quebraban entre las piedras y los juncos. Un sitio sosegado que invitaba al sueño a su cuerpo agotado. La hierba crecía casi en el fango y allí se arrodilló Hylas, poseído de una esperanza tan violenta que le hacía temblar. La superficie de aquella agua era un límite, una frontera que iba a traspasar buscando lo que había presentido en la bodega del barco de los argonautas.

»Se apoyó en el barco y hundió la cara en el agua fría. Sus ojos, bien abiertos, contemplaron dos figuras que en el fondo del arroyo estaban inmóviles, a pesar de que el agua en su continuo manar parecía estremecerlas y deshacerlas. Su pelo era arrastrado, así como sus ropas, que flotaban igual que si un gran viento las acometiera. Dos de los remeros dirigían su mirada hacia el joven; este no distinguía sus semblantes, que no conocería nunca. Únicamente veía cómo, con un dedo sobre los labios, le hacían la señal de callar. Si se acercaba a ellos, debería callar.

»El joven permaneció mucho tiempo en aquella postura y los miró largo rato sin sentir horror; no parecían ahogados sino vivos y confiados en el lecho profundo del arroyo. Hylas quería comprender por qué era tan importante para él el aspecto serio de ellos. No le hablaban, no le hacían ningún gesto y solo las plantas que les rodeaban dejaban escapar burbujas de aire que subían a la superficie, cerca de la cara de Hylas.

»Vacilando entre separarse del agua o acercarse a aquellas figuras, hacia las que sentía una naciente irresistible atracción, oyó de pronto, en la lejanía, una voz potente que le llamaba; en aquel grito se levantaba la cólera, el orgullo, era una llamada que espantaría a los hombres y a las bestias, se confundiría con un peligro inminente.

»Hylas la oyó y dejó de titubear; suavemente hizo un movimiento y se sumergió en el agua, se dejó caer junto a los dos seres del fondo, se aproximó a ellos y el color verde cubrió sus cabellos y sus hombros y le transformó totalmente. Irreconocible ya para todos, distinto a todos, el joven se entregaba a su destino y venía a formar parte del mundo secreto del abismo. Había dejado de ser Hylas, ya no tendría nombre, su cara sería invisible como su

pasado y nadie le hablaría. No volvería a la superficie, a no ser como un siniestro personaje del que todos desconfiarían. Se había hundido en las sombras y a ellas pertenecía: para esto creyó haber nacido. Pensó volver a su vida antigua y había entrado en otra completamente nueva¹².

»Heracles seguía llamando a Hylas con voz enojada. Pero esta, como no tuviera contestación, se fue haciendo más exaltada y su potencia se concentró en el nombre del esclavo huido. Resonaba en el bosque y el eco devolvía la última sílaba. El peso del cuerpo enorme del héroe se abría camino con violencia, tronchando arbustos y arrancando ramas. Llegó junto al arroyo, y no distinguió la quieta figura del muchacho; no le era posible verlo. El agua creaba una muralla que le aislaba y la voz que agitaba las hojas de los castaños no penetraba más allá de la limpia superficie del manantial.

»Atraídos por sus voces, otros hombres de la tripulación se unieron a él y Heracles les insultó y maldijo porque no le ayudaban, y estos, asustados, mezclaron sus voces con la suya y se marcharon en grupo tras él. Todo era inútil. Una suave niebla se desprendió del suelo y de las hierbas y ascendió humedeciendo las ropas de los hombres. Estos no veían ya nada; cogidos de las manos seguían la voz de Heracles y una tristeza incontenible les abatía en tan inútil marcha.

»—¡Hylas, Hylas!

»Nadie contestaba, ninguna respuesta. El joven les había abandonado para siempre. Así llegaron a la playa y Heracles se dejó caer sobre la arena y lloró desesperadamente cubriéndose la cara con las manos, renunciando a encontrarle. El nombre de Hylas se cambió en un sollozo que se perdía a lo lejos, sobre las olas. Se golpeaba la cabeza, se retorció la barba: también aquella tarde Heracles había penetrado más profundamente en su auténtico destino.

»La nave le esperó, y al ver que no regresaba, retiraron la pasarela, levaron las anclas, se alejó despacio de la costa.

»Esto es lo que sé de Hylas. Nadie le volvió a encontrar. A veces pienso en su desaparición y creo reconocerle en todos los jóvenes con quienes cruzo la palabra.

Todo este relato fue escuchado por el muchacho, apoyado en la cerca; escuchó largo rato aquella voz un poco monótona, pero que de vez en cuando

sonaba con apasionamiento. Prestó una gran atención y se espantó; luego se distraía, entornaba los ojos y le parecía que le hablaban al oído y que la historia, que no comprendía bien, era contada para él solo. Atraído por la narración, sufría con ella y se alejaba del suelo y la empalizada y pisaba la cubierta de un barco. Volvía a encontrarse al pie del palacio de su padre y se daba cuenta de que en algunos ratos no oía al que hablaba, pero que la narración seguía adelante. Estaba absorbido por cuanto hizo Hylas y olvidaba su vida de niño para apoderarse del secreto de otra vida nueva.

Todo en aquel día era singular y extraño. Nunca había pensado en la palabra decisión, y ahora iba tomando fuerza dentro de él, interponiéndose ante sus ideas de juegos o lejanos viajes.

Una voz decía:

—Veis cómo es posible enfrentarse a lo inevitable y conquistar el derecho a tener la patria donde quiera nuestro corazón. Hylas lo hizo y otros jóvenes podrían también.

Él no esperó a cómo seguiría la conversación. Se levantó y, a grandes pasos, reconcentrado, tenso, se marchó hacia la playa.

[10](#). En efecto, en la mitología griega, Hylas era el hijo de Tiodamante, rey de los dríopes. Cuando Heracles mató a su padre en la batalla, perdonó a Hylas y lo llevó con él a bordo de la nave Argo. Como se verá, Hylas constituye por sí mismo uno de los más llamativos símbolos de Zúñiga. Nacido príncipe, es ahora esclavo.

[11](#). La risa es motivo recurrente y reaparece en el capítulo siguiente, «Las riquezas», y en otras ocasiones. Se convierte en estrategia narrativa para vencer simbólicamente a los tiranos.

[12](#). Durante la travesía de Argos, Hylas conoce la verdad sobre los navegantes y esa verdad le impulsa a un viaje mágico. Las náyades lo llaman desde el fondo de las aguas y él acude a la llamada, salvándose de la esclavitud, transformándose. Da una idea de la importancia que Zúñiga concede a este símbolo el hecho de que adoptara el pseudónimo de J. Hylas para firmar sus contribuciones periodísticas en revistas portuguesas.

Conviene añadir a este respecto que Zúñiga ha utilizado diversos pseudónimos en sus colaboraciones en prensa. Además del mencionado Hylas, apareció como J. Doriga, hacia 1943; José Riaza, también en la prensa portuguesa; Ramón Reinoso —en este caso, el inventor fue Carlos Edmundo de Ory— y Esteban Cifuentes, para colaboraciones, cuentos en su mayoría, leídos en Radio España Independiente o en publicaciones del Partido Comunista de España. Alguno de estos cuentos, de carácter político y sentimental, se tradujo al ruso y al alemán, en antologías de escritores españoles.

7. Las riquezas

El guardarropa estaba silencioso. Cuando el mayordomo levantaba la vista, contemplaba los grandes armarios de madera de sicomoro, tan altos que llegaban hasta el techo, con sus puertas cerradas por anchos goznes de hierro negro. En el centro de la sala, las mesas, los sillones alineados, dos jaulas vacías que colgaban en una esquina y la sombra que daban en la pared; esta le recordaba la cara de un primo suyo y de vez en cuando la miraba y enarcaba las cejas. Otras veces, miraba al tesalio que, inclinado sobre la mesa, contaba las conchas de púrpura y las alineaba lentamente. Tenía un roto en la espalda, un desgarrón en la tela negra, que dejaba ver la piel. El mayordomo cesó de limpiar las sandalias y siguió con la vista los movimientos de las manos del esclavo.

Entonces, a sus oídos llegó un ligerísimo crujido. Al principio no le prestó atención; estaba absorto en las filas de conchas que iban cubriendo la mesa. El ruido apenas era perceptible, pero lo agrandaba el silencio en el que trabajaban y el mayordomo acabó por volver la cabeza hacia donde sonaba. Era como si alguien pisara una hoja seca de las que cubren el suelo en otoño.

—Ratones —murmuró. Luego se extrañó. Nunca había encontrado ninguno, los perseguía tenazmente. Ponía hierbas de olor para ahuyentarlos. Pero era evidente que en algún sitio se producía un arañazo muy suave. Se puso de pie y miró a todos lados, pero no había nada extraño. La sala estaba igual que siempre y los armarios permanecían cerrados y las mesas proyectaban sus sombras conocidas.

—¿Oyes un ruido? —preguntó al tesalio.

Este le miró y dijo que no con la cabeza. El mayordomo fue hasta el centro de la sala y allí también distinguió el ruido, aunque más distante, de forma que casi se confundía con el rumor de la sangre al pasar por la cabeza.

Volvió a acercarse a la mesa y lo oyó más claramente. Tuvo la evidencia de que alguien arañaba dentro de la sala, en un armario.

—Oigo un ruido —dijo con voz débil—. ¿Habrá ratones? ¿Será posible que alguno haya entrado y esté tocando con su asqueroso hocico los sombreros de paja o los cinturones?

El de Tesalia no contestó y siguió haciendo su trabajo metódicamente. El mayordomo se alarmó. Sería terrible que hubieran entrado y estuvieran anidando en algún ropero. No lograba saber de dónde salía el ruido y no se atrevía a moverse por temor a que cesara antes de averiguar de dónde procedía. Estuvo así un rato; procuró animarse y dio unos pasos. Se paró otra vez y de nuevo distinguió el rumor.

—¿De verdad no oyes nada, tesalio? Estate quieto. Escucha —fue hasta el fondo de la sala, se acercó a un montón de esteras enrolladas que había en un rincón, pero no era allí. Regresó, levantó un dedo en el aire y señaló algo—. ¿No oyes? —pero no podía descubrir de dónde venía; sonaba como si estuviese bajo él, o en su mismo cuerpo. Empezó a sudar, el latido del corazón se aceleró; estuvo inmóvil, vigilando todos los rincones con la mirada y cada vez temía más.

Corrió hacia un armario, después hacia otro, se acercó a una mesa central cargada de cajas de ungüentos, pero no era allí. Movié los sillones; dio una patada en el suelo de madera que retumbó sordamente. El ruido seguía.

—¡Malditos animales! ¿Dónde estarán? —dijo en voz alta, pero sus palabras sonaron desalentadas. Fue a un armario y lo abrió de golpe.

Allí, los paquetes de telas se alineaban en orden. Tocó las cintas que los ataban y escuchó. Sí, allí podía decirse que el rumor era más fuerte y claro. Retiró una pieza de tela, pero no encontró nada; sacó otra de una tabla inferior, pero en el hueco libre tampoco vio correr el ratón que esperaba.

—¡Es aquí, es aquí, lo sé!—exclamó. Las manos le temblaban y había perdido mucha fuerza. Tiró de otro paquete y al cogerlo notó que palpaba una materia quebradiza, sus dedos se hundían en el lienzo deshecho que se pulverizaba y caía al suelo como ceniza; su tacto áspero cambiaba en suavidad y se deshacía en las manos. Horrorizado vio cómo la tela estaba destruida en toda su parte central. Con los ojos dilatados, se volvió hacia el tesalio, que no parecía atender. Bajó la mirada a la mancha blanca que en el suelo formaban las pelusas y briznas de la tela.

—¿Qué es esto? ¡Se ha deshecho, se lo han comido los ratones! ¿Cómo es

esto posible? Asbestes me matará cuando se entere, me hará dar tantos golpes como años tengo. Y ayer mismo yo he abierto estos armarios y todo parecía estar intacto. Jamás ha osado un ratón entrar en esta sala. Yo la he vigilado a todas horas.

El tesalio se acercó y contempló al mayordomo, que sacaba ansiosamente más piezas de tela de los estantes; otras dos estaban medio deshechas y al contacto con las manos se convertían en polvo. Gemía y murmuraba palabras entre dientes.

Se precipitó hacia otro armario que estaba lleno de cajas de madera pintadas de varios colores. Cogió dos: al sacarlas, se desarmaron y cayeron al suelo en varios trozos y, entre ellos, broches metálicos que se desparramaron a sus pies. Dio un grito y se acercó a los ojos los restos que le habían quedado en las manos. Miró al tesalio con la boca abierta.

—¡También las cajas, se han comido las cajas de madera!

Como enfurecido o embriagado, comenzó a sacar los objetos de los armarios cuyas puertas iban quedando abiertas. En todas las estanterías se veía polvo entre objetos deshechos: los estuches de marfil para las sortijas, peines de cuero, vasos de terracota esmaltada, rollos de cinta, todo estaba mordido, roído y convertido en finísimo polvo. Las cajas, al parecer intactas, en cuanto las tocaba, se quebraban y se abrían en varios pedazos, esparciéndose joyas o cucharas o rollos de papiro. El esclavo tomó en sus manos un laúd y lo miró:

—No son ratones —dijo—. Los ratones no destruyen así la madera —y el mayordomo observó atentamente el instrumento. El tesalio dijo que no con la cabeza—. Son termitas¹³. Las termitas comen todo y convierten en polvo todo lo que tocan.

Al mayordomo se le desencajó la mandíbula, palideció su tez rojiza, tensó las aletas de la nariz.

—¿Termitas? ¿Termitas dices? No puede ser. Pongo sal en la ventana, pongo una barrera de sal para que no entren.

—Las termitas atacan las más duras maderas, no respetan ni el cuero ni el hueso —al decir esto, el tesalio tocó con los dedos la madera astillada del instrumento y una parte se desmenuzó y cayó como si fuera granos de trigo. El mayordomo vagó por la sala, tapándose con las dos manos la boca,

llorando sin hacer ruido, mirando el interior de los armarios. Levantó la tapa de dos cofres y alzó en el aire vestidos y capas agujereadas igual que si hubieran sido traspasados por una docena de flechas.

—¿Qué haré yo? ¿Cómo se lo diré a Asbestos? Todas las mañanas abro los armarios, ventilo las ropas, cuento las joyas, y ahora, una mano enemiga ha hecho entrar una legión de animalejos que en pocos días han mordido todas las riquezas de nuestro amo. Son ahora una osamenta al borde del camino.

El mayordomo empezó a dar puñetazos en el pecho y en la cara al tesalio, que escapó al otro lado de la mesa para protegerse. El otro le persiguió un momento, pero desistió y volvió a lanzar sus quejas.

Despacio, se fue hacia la puerta, la abrió con muchas precauciones y asomó la cabeza. Asbestos estaba en el balcón; sentado en una silla de metal, miraba a lo lejos por encima de los arbustos del jardín. No volvió la cabeza cuando el mayordomo se dejó caer de rodillas sobre el pavimento y prorrumpió en sollozos. Apoyó una mano en el suelo y, sin levantar la vista hacia él, dijo con voz llorosa:

—Amo mío, Asbestos, padre mío, perdóname, no me mates, no tengo culpa de lo que voy a decirte.

Asbestos se movió un poco en su silla y le contestó:

—¡Qué te pasará a ti, idiota!

—Amo mío, algo terrible ha ocurrido en esta casa, un peligro muy grande para todos: las termitas están destruyendo el guardarropa, un enjambre inmenso, en pocos días, ha comido todas tus riquezas. No sé cómo han entrado, cómo yo no las he visto antes: solo han dejado montones de polvo.

Asbestos levantó un pie y se rascó un tobillo. Luego ladeó ligeramente la cabeza hacia el hombre que estaba arrodillado junto a la puerta.

—¿Me quieres dejar en paz, viejo loco? Cállate con tus llantos, no me molestes ahora con esas tonterías, ¿qué me hablas de las termitas?, y a mí, ¿qué me importa eso? Vete y cierra la puerta.

El mayordomo se alzó del suelo, se golpeó el pecho con los puños.

—No me castigues, tú sabes bien cuánto cuido tus riquezas, y que no he visto una sola termita en los armarios. Pero hoy me encuentro con que han penetrado en todas partes.

Dio unos pasos hacia su amo. Este puso en él los ojos entornados.

—¿Pero de qué me hablas? ¿Qué dices?

—Sí, amo, las termitas han devorado todo lo tuyo.

—¿Las termitas? ¿Qué han devorado?

—Tus riquezas, tus vestidos, tus sandalias de yute y tus cajas esmaltadas, las piezas de lino bordado. Hasta los instrumentos de música con que tanto te alegrabas, están agujereados y ya no sonarán más.

—¿Que se han comido las termitas mis piezas de tela, mis vestidos? Pero, ¿tú no sabes que esas cosas las he heredado de mis padres y mis hijos las heredarán de mí y no pueden desaparecer?

Se volvió hacia la masa verde de los árboles y no vio que el mayordomo se mordía los nudillos.

—Asbestos, amo mío, ya no queda nada que tus hijos hereden. Todo puede ser barrido con una escoba.

—No me canses con tus tonterías. Los bienes que son míos no podrían comérselos todas las termitas de la tierra. Han sido reunidos por una gran familia, tienen los sellos que les pusieron los nobles, han rozado las manos de muchos señores y, solo por esto, deben durar decenios y decenios. A mí me pertenecen y yo mando sobre ellos.

—¡Ay, qué desgracia, Asbestos! ¿No entiendes lo que digo? Como si un ejército hubiera pasado por encima...

—¡Basta! ¡Vete de aquí, borracho, sal enseguida y cierra la puerta!

El mayordomo vaciló, pero al ver que su amo cabeceaba y respiraba hondamente, dio media vuelta y se alejó de puntillas. Salió cerrando la puerta tras de sí. Encontró al tesalio que, inmóvil, contemplaba la mancha blanquecina en el suelo que era el resto de algún objeto.

—¿Serán verdaderamente termitas? Asbestos no lo cree, no me hace caso. ¿Pueden haberlo hecho esos animalejos tan pequeños y despreciables?

El esclavo señaló el laúd deshecho y tirado en el suelo.

—Es obra de las termitas. Cuando atacan una casa van poco a poco, royendo la madera, las paredes, las vigas, los suelos, y a su paso nada resiste. Lo sé bien, las conozco hace años, cuando estuve en Nubia. He visto palacios abandonados porque sus muros se hundían al tocarlos y las escaleras cedían bajo los pies...

—Asbestes no lo cree. Dice que sus riquezas son eternas y no pueden desaparecer. Vienen de sus abuelos, de los padres de sus abuelos, y por eso han de resistir hasta que él quiera.

—Pues se equivoca. Las termitas han invadido su tesoro aunque no lo crea; llegan a todos sitios, lo roen todo, lo destruyen y no se las puede contener.

—Nunca vi una sola aquí. Trabajé docenas de años cuidando estas riquezas, preservándolas de todos los peligros. Pero hoy ha venido una maldición sobre mí, y los cuidados han sido inútiles.

—Están aquí, no las vemos pero son muchas, una legión, ocultas y constantes, tenaces, decididas a destruir todo con gran paciencia. Llegan a todos sitios, a los altares sagrados y a los armarios llenos de joyas, a los sillones donde se sientan los sabios y a las mesas de los banquetes. Llegará un día en que todo quedará hueco, tan hueco como una calavera de las que se ven en los precipicios. Y cuando algo se queda hueco, es fácil quebrarlo.

Callaron los dos hombres y escucharon. En distintos lugares de la sala se percibían roces y chasquidos dentro de los muebles y en el suelo. El mayordomo paseó una mirada en torno suyo y dejó caer pesadamente los brazos.

Buscaba un nombre para nombrar aquella calamidad, para poder insultarla y comunicarla a los demás y librarse de ella. No quería pensar en las termitas ni en los otros esclavos que se reirían de él, y presentía un terrible castigo. Oyó la voz del tesalio que decía:

—Ahora lo oigo bien, es un ruido muy fuerte, como un arroyo en primavera o un huracán entre los árboles...

Y comenzó a reír. Soltaba una carcajada tras otra y sus mejillas se encendieron y los ojos se llenaron de lágrimas. El mayordomo le miraba atónito y el esclavo se cogía la cintura y la fuerza de su risa incontenible hacía volar las pavesas de aquello que las termitas y el tiempo habían cambiado en polvo¹⁴.

¹³. En la edición de 1962 eran hormigas. Es más apropiado que sean termitas, pues son insectos que roen la madera.

[14](#). Reaparece, como hemos indicado, el motivo de la risa, que representa la victoria simbólica sobre los déspotas.

8. Las persuasiones

Ipóptevó caminó sin dejar de contemplar el coral que en la palma de la mano era una llaga de intenso color¹⁵. Se preguntaba qué era aquello que por primera vez veía y le inquietaba sin dejar de admirar su frágil forma, no obstante su dureza, y sus perfiles limpios y rugosos. La niña que se lo había entregado algo le quiso decir al pasarlo a su mano: un regalo, como si le hubiera dado una ciruela, o quizá fuera una señal o un aviso...

Se detuvo pensando aquello y detrás oyó la voz conocida que le decía:

—¿Qué haces? ¿Qué tienes ahí?

Su hermano se acercó a él y miró la mano abierta en la que destacaba el coral; Ipóptevó cerró los dedos para ocultarlo.

—Me lo ha dado... una niña.

—Pero, es sangre. ¿Te has manchado? ¿Tan joven era que sangraba?

Se miraron con recelo ambos. Sorprendido de lo que insinuaba su hermano, el pensamiento de Ipóptevó voló a la figura femenina en la puerta y cómo le había ofrecido aquel trozo de materia nueva, desconocida.

—Escucha, Ipóptevó. Te estoy buscando toda la mañana. ¿Por qué te has marchado del Monumento? Tengo que decirte que hay noticias adversas y se anuncia un desembarco. Nuestra isla va a ser atacada y hemos de defenderla para que no la invadan. Vente, vamos a buscar armas y formar escuadras dispuestas a combatir.

El soldado escuchó con atención y le parecía que la seriedad de Theosum, su energía al hablar, las cejas fruncidas que abrían una gran arruga en la frente, incluso cómo apretó los labios cuando calló, demostraban no la decisión del valor sino inquietud y desconfianza.

—¿Quién dice eso? No es verdad —y pensó fugazmente en una serie de barcos, con largos remos y altas velas, que se acercaban al puerto, pero lo borró todo con un movimiento de la mano—. No quiero ir.

—¿Que no vienes? Tenemos que aprestarnos como soldados. Me lo ha

dicho nuestro padre, lo sabe bien. No puedes dudarlo si lo dice él. Es urgente movilizar a todos los que sepan usar el arco o alzar una espada.

Ipóptevo negó con la cabeza y su mirada se distanció de lo que hablaban y fue a lo largo de la calle formada por vallas de huertos, encima de las cuales sobresalían ramas de acacia y laurel.

—No quiero coger armas: he limpiado muchas en la cripta y sé que su hierro se oxida y se parte.

—Las armas son necesarias y es un honor usarlas en defensa de la patria. Igual que nuestros héroes lucharon en la Antigüedad y se sacrificaron por la tierra de nuestros abuelos, nosotros tenemos que igualarnos a ellos, ahora que se acerca un peligro.

Ipóptevo se encogió de hombros y respondió que él no quería matar ni que le matasen y que no era un héroe como los antiguos y creía que Theosum tampoco lo era.

—¿No te das cuenta, hermano, que únicamente seremos dignos de llamarnos hombres si sabemos la ciencia de las armas?

—No entiendo lo que me dices y no me interesa esa ciencia.

—Pues aprende que es el uso de la jabalina, del arco y, a la vez, la obediencia y fidelidad a los capitanes, seguir sus órdenes y no tener miedo a morir.

Theosum estaba tenso al hablar así, alzando la voz y con los ojos dilatados, pero Ipóptevo vio una flecha que atravesaba un cuello y quedaba allí detenida, y una daga que se hundía en un vientre del que fluía un líquido espeso, y volvió a negar con la cabeza.

—Me repugna la sangre y esas órdenes de los capitanes las he oído muchos meses y no sirven sino para cansar el cuerpo y despertar los odios. No las escucharé más.

El hermano mayor, que nunca había sido desobedecido por el más pequeño, Ipóptevo, se encolerizó, la cara palideció y bruscamente le cogió de un brazo y le dio unas fuertes sacudidas. Pero Ipóptevo opuso resistencia y le gritó:

—No iré contigo. No me interesa clavar espadas ni venablos. Nadie nos va a atacar y es inútil que quieras obligarme: yo no soy ya un soldado.

Y como comprendió que la cólera de Theosum sería peligrosa, dio media

vuelta y con paso muy ligero echó a andar, casi corriendo hacia la playa. Detrás, oyó cómo le insultaba, le llamaba, pero no le siguió.

Cuando pisó la arena y se acercó al límite donde se deshacía la espuma de las olas, vio que mar adentro se mecían barcas de pescadores y por encima cruzaban gaviotas. Sobre aquella inmensidad pasaban nubes blancas y luminosas, pero no aparecía ningún barco cargado de guerreros con sus lanzas y escudos.

Necesitaba descansar, y sentado entre algas secas y conchas cerró los ojos e intentó tranquilizarse, aún emocionado por las decisiones que estaba tomando aquel día.

Al volver la mirada a la playa y al mar, descubrió una mancha azul no lejos de él y enseguida comprendió que era una túnica corta y que la llevaba un muchacho. Este se fue acercando despacio y distraídamente daba golpes a las conchas con un palito. Reconoció Ipóptevo al niño que iba a visitar a Tussos en su choza. Se miraron, pero no cruzaron un saludo aunque ambos sabían que se conocían.

Al fin, el muchacho le preguntó con voz vacilante:

—¿Vas al estádium esta tarde?

Ipóptevo se limitó a sonreír.

—Habrá muchos atletas. Al que gane le darán una corona.

Ipóptevo encogió los hombros e hizo un gesto de indiferencia que el muchacho percibió y bajó la cabeza, frustrado por aquella negativa.

El soldado comparó la fragilidad del niño, su escasa estatura, sus piernas escuálidas, con la inmensidad del mar que tenía tras él, con la llegada de las incesantes franjas de espuma. Se apenó de haberle defraudado en su interés por los Juegos del estádium y con un movimiento instintivo le tendió la mano abierta en la que tenía un trozo de coral, y le dijo:

—Para ti, toma.

Y se sintió contento al ver cómo se sorprendía el muchacho y cogía el coral y lo miraba y le miraba a él, intrigado al no saber lo que era y por qué se lo daba. Pero así también él lo recibió de manos de la niña, como un mensaje incomprensible que alguien envía para incitar al pensamiento a que se esfuerce en hallar su clave, como un desafío para descubrir y aceptar lo nuevo, lo que nunca se había sabido.

Por la cara del niño pasó la alegría y la extrañeza ante aquel regalo; lo miró atentamente, también en la palma extendida de su mano y sonrió a Ipóptevo. De pronto, echó a correr y desapareció entre las chozas de los pescadores.

El soldado se levantó de la arena sin recordar por qué había llegado hasta allí, y dudó hacia dónde ir y qué habría de hacer en adelante. Anduvo de nuevo por calles y cruzó la explanada en la que se alzaban los palacios y llegó inesperadamente ante el Monumento de las Victorias. Se sorprendió a la vista de su gran masa de viejas piedras, igual que si nunca lo hubiera visto, y se estremeció ante la lóbrega entrada a las galerías interiores y a las criptas donde se conservaban las armas de guerras antiguas.

Ahora aumentó su descontento al considerar la inutilidad del trabajo al que le habían destinado, la veneración por combates ocurridos hacía siglos, que ya nadie recordaba, nadie sabía por qué fueron aquellas luchas sangrientas.

Volvió la espalda y se alejaba cuando encontró junto a él a un viejo que le detuvo y le pidió que le escuchase. Por su forma de vestir comprendió que era comerciante de los que traían a la isla tejidos y aderezos para las mujeres; tan pequeño de estatura que tenía que levantar la cabeza para hablar. Le dijo:

—Yo te conozco, sé que trabajas en el Monumento, sé que eres un buen soldado y tus jefes te aprecian. Yo puedo darte lo que no tienes, podría darte monedas de plata si haces lo que te diga, tendrías monedas suficientes para comprarte un buen manto y buenas sandalias. Sí, te puedo dar muchas monedas.

—¿Y qué tendría que hacer yo?

—Algo muy fácil y a cambio, una bolsa de monedas. Ahí dentro sé que alguien puso, hace muchos años, una espada corta que tiene empuñadura de jade, tú la habrás visto y sabrás cuál es, quiero tenerla, que me la des y yo, a cambio, esta noche, te daré lo que paga el buen vino y la buena comida, lo que atrae el cariño de las mujeres, lo tendrás y mañana todos querrán ser tus amigos.

—¿Por qué deseas esa espada antigua?

—Te pagaré bien y nadie sabrá que tú me la das, nadie baja al subterráneo y no se enterarán de este acuerdo nuestro.

Pensó en todas las espadas que había lustrado y puesto en orden durante los interminables meses que duró aquel trabajo: quedaban alineadas, colgadas de los muros y sus diferentes tamaños y formas mostraban con cuánto arte las habían trabajado los herreros. Cada hombre anhelaba poseer una para ser temido.

—No son mías, no puedo darte ninguna.

—Comprende que no es una venta lo que te pido, sino ponerla en mis manos, luego, yo pondré en las tuyas algo que te gustará —y el comerciante sonreía y guiñaba los ojos.

—No, no es dinero lo que ahora busco. Y esa espada debe quedar donde está. Adiós.

Detrás del soldado siguieron palabras de promesas, de ofrecimiento de oro, de hábil persuasión, pero él no quiso escuchar y siguió su travesía por la ciudad que acaso habría de durar largos años.

[15](#). Este capítulo octavo es nuevo en la edición de 1995. Es fundamental porque contrasta las diferentes perspectivas de los hermanos: el pacifismo frente a la belicosidad.

9. La inquietud

Theosum salió del estádium y con paso ligero fue derecho a la plaza de las fuentes, próxima al puerto, donde se sabían noticias de todo el mundo, pero a aquella hora la plaza estaba vacía y solo algunas vendedoras de cebollas estaban medio dormidas junto a sus cestos. Fue al gimnasio exterior y lo halló desierto. Dos siervos lavaban el suelo del pórtico y se le acercaron esperando que les diera los resultados de los Juegos.

Al descender la escalinata, bajo el sol abrasador, le pareció la ciudad excesivamente solitaria y callada. No tenía el movimiento de siempre y solo unos pájaros picoteaban en el suelo. Anduvo un rato y las demás calles estaban igual; vio a unas mujeres, oyó voces de niños, un ciego canturreaba algo y unos perros daban vueltas a su alrededor y le olían las piernas.

La ciudad estaba vacía de hombres, de soldados y sobre ella, con el húmedo calor de junio, se cernía un peligro que nadie más que él presentía.

Cambió de dirección y fue al cuartel donde vivían los mercenarios, pero tampoco allí había nadie. El centinela le acompañó hasta la cámara donde yacía Ieatós.

—¿Qué hacemos, Ieatós? —le preguntó en cuanto este volvió la cabeza hacia él—. ¿Sabes si han embarcado tropas? La ciudad entera aclama a los atletas y, mientras, nuestros aliados deben necesitar gente...

—Sí, en estos días nadie pensará en Macedonia hasta que terminen los Juegos, luego, se tomarán las medidas... Hay que esperar, según la costumbre. Pero, ¿a qué vienes?

—Solo para decirte esto: todos los hombres están en el estádium, también yo estaba allí, y de pronto he comprendido que habíamos perdido la cabeza al preocuparnos de unos juegos atléticos mientras faltan soldados y lanzas. Nadie se da cuenta de que nuestra ciudad está en peligro.

Tenía una antigua amistad con Ieatós y a él quería confiar su indignación. Aunque mucho mayor de edad y enfermo constantemente, pensaba como un

soldado y sabía conversar de temas muy diversos.

Ieatós miró al techo y se pasó la mano por el vientre dilatado y sensible. Cada vez le dolía más y había notado que le volvía la fiebre por la mañana. La frente cubierta de gotas de sudor atraía a las moscas, que volaban en todas direcciones y que se posaban sobre él. Si al menos pudiera dormir, descansaría, pero habían pasado tres noches sin que le fuera posible cerrar los ojos y tener quieta la cabeza sobre la almohada; una agitación que no sabía si procedía del estómago o del pecho le hacía moverse constantemente y buscar nuevas posturas.

—Esto es lo que no comprendo. ¿Qué hace una ciudad llena de gente ante un peligro que avanza y puede convertirlos en esclavos? Todo será destruido, no quedará una casa ni un jardín, herirán de muerte a nuestra isla, la sangre correrá por todos los sitios y esa estúpida legión de hijos de perra, nacidos para el yugo de los siervos, aplaude las carreras, los saltos, sin querer saber que un enemigo se prepara para aniquilarnos.

El aceite no sirve para esto. Está bien en las quemaduras, pero a él no le hacía efecto y no sabía a qué recurrir. El médico de Oropus le aconsejaba siempre una cocción de hierbas, pero las había olvidado. Si pudiera mandar a alguien o ir él, probablemente le diría las plantas que eran, y se curaría, pero Oropus estaba muy lejos, al otro lado del mar... Qué desgracia no estar en la guarnición de Dalium. Entonces podría enviar a un chiquillo, a un soldado, a cualquiera, para preguntar el nombre de las plantas.

—¿No es terrible para ti que nuestro destino se esté decidiendo lejos, sin que nosotros podamos intervenir, como si fuéramos pavos que una vieja decide dar de comer o sacrificar?

»Es nuestra propia vida, el futuro, lo que seremos en adelante, y en esto tan decisivo no damos nuestra opinión, esperamos que allí se cumpla, no ya el designio de los dioses sino una orden, una casualidad.

Qué doloroso era continuar así. Se había agravado el mal que siempre tuvo, se hacía por días mayor y más profundo. Ya era tiempo de acabar con aquellas penalidades; le exigían demasiado esfuerzo de su voluntad para sobreponerse y ocultarlas y ser un soldado dispuesto siempre a beber y a golpear a quien fuera y a robar de noche en un huerto. Mejor sería acabar con todo porque no podía esperar una curación. Acaso los médicos llegaron a

ingeniar cómo sanar su enfermedad, pero antes pasarían muchos años...

—...pero antes pasarían muchos años o acaso nunca. ¿Qué dirán de nosotros por no haber defendido nuestra isla y no haber salvado nuestra ciudad? Nos considerarán culpables, y a mí también, y pasados los siglos se dirá que no entramos en la dura lucha ni sufrimos con los vencedores ni con los derrotados. Ves tú, Ieatós, cómo lejos de nosotros, indiferentes a nuestra voluntad, a nuestros deseos, se va formando un torrente, un vendaval que nos arrastrará y nos llevará como pajuelas perdidas...

Ieatós movió los labios, respiraba con dificultad, y dijo:

—Me gustaría vivir dentro de un centenar de años y pensar en nosotros y saber lo que fuimos.

Theosum escuchó estas palabras y le parecieron que salían de un alma desolada; sin más se levantó, pues había estado en cuclillas junto al lecho, rozó la mano de su amigo y salió al espacio abierto delante del cuartel. Ya el sol estaba descendiendo y se notaba menos calor, olía a polvo, a estiércol¹⁶.

Se cruzó con muchas personas que parecían tranquilas y satisfechas: venían del estádium, los juegos habían terminado y contentos soportaron el sol mientras contemplaban a los atletas.

Caminó hasta su casa y atravesó entre grupos que se reunían en las puertas de las viviendas, y escuchaba al pasar las conversaciones. Todos hablaban de los púgiles, de los corredores, algunos comentaban los premios, merecidos o no, y cuando las que hablaban eran mujeres, oyó noticias sobre hijos enfermos o amores o desavenencias familiares. Pero ninguno decía nada sobre el peligro inminente: no oía las esperadas palabras que lo anunciaran: acaso no se quería decir. Sí, eso efectivamente era: se evitaba y se empleaban otras para no tener que pronunciarlas. La invasión, con todo lo que provocaría, estaría en la mente de cada hombre, o en la lengua, a punto de ser gritada, pero nadie se atrevía a ello. Y Theosum se desesperaba y escuchaba atento las voces de sus hermanas, de sus sobrinos, de su madre y sus abuelos, incluso si su padre decía algo, pero el veterano yacía dormido en su lecho, todos aparentaban ser personas indiferentes o ignorantes. Y llegó a la conclusión de que, tanto en el estádium como en las calles, todos pensaban en Macedonia. Unos, con miedo, otros, los traidores, con esperanza. Los unos verían su final con la muerte de las viejas leyes; los otros, el gobierno de los

extranjeros con costumbres nuevas. Le pareció que la ciudad ya estaba llena de extranjeros y de enemigos. Una furia desesperada le invadió, rebelándose contra el silencio que le ahogaba. Comenzaban las horas de la noche y una naturaleza distinta irrumpía en su organismo, duplicaba sus fuerzas y su decisión.

Salió a la calle y desafió con la mirada a los que vio cerca: él tendría el valor de enfrentarse a aquel peligro. Atravesó el barrio y llegó ante el Monumento de las Victorias, que alzaba su mole imponente en una gran plaza. Saludó a los centinelas, que le conocían, y entró por el largo corredor y bajó las escaleras que conducían a la cripta. Antes de llegar a la puerta de bronce, que distinguía en la suave claridad, gritó:

—¡Ipóptevo, Ipóptevo!

Pero nadie contestó. El eco murmuró algo en los rincones de piedra y siguió los pasos firmes de Theosum cuando penetró en la cripta.

Estaba vacía. Volvió a llamar:

—¡Ipóptevo! ¡Hermano!

El recluta no había regresado, aunque él tuvo la esperanza de encontrarlo allí, pese a su intento de desertar; palabras de joven alocado las que le dijo: pero ahora el Monumento estaba abandonado.

Volvió a subir y salió fuera con la desolación de no poder contar con su hermano al que, inexplicablemente, algo le había hecho cambiar.

Iba oscureciendo, las calles se hacían imprecisas, alargándose y torciendo en un cambio constante, por el que avanzaba llevado de una voluntad decidida.

Se encontró frente a unos cuarteles donde nunca había entrado. Los centinelas le detuvieron y sin hablarle, solo con el gesto, no le dejaron pasar. Se limitaron a mover la cabeza y a imponer la negativa únicamente con su severidad. Bajo los bruñidos cascos, las caras mostraban una dureza disciplinada, capaz de olvidar todo ante el cumplimiento ciego de las órdenes recibidas. Estaban armados, pero apenas necesitaban estarlo, pues les daba suficiente poder su inmovilidad. Contra ella se estrelló el joven. Era él ahora el que no podía pronunciar palabras claras que le permitieran el acceso: decía algo entre dientes y no se le entendía, quería explicar la necesidad de entrar en aquellos edificios e, igual a un perro vagabundo, rondaba la puerta

defendida por los centinelas.

Se separó de allí y fue a otro cuartel. En aquel momento la ciudad carecía de importancia para él salvo en aquellos puntos donde se alzaban las casas de las armas.

En la puerta encontró igual imposibilidad de entrar. Hablaba, pero no era entendido, como un extranjero que se hubiera olvidado de que lo era y quisiera dar a sus palabras una fuerza que todos habrían de comprender. Ante el edificio bajo, ante la monotonía de sus paredes y la alineación de las ventanas, sintió el anhelo de cumplir su propósito; reunió fuerzas, se concentró encogiendo el cuerpo, demudado su gesto juvenil y gritó con voz seca:

—¡Quiero luchar contra Macedonia! ¡Contra Macedonia!

Los centinelas cambiaron la expresión rígida de sus rostros por otra de extrañeza y curiosidad: le dejaron pasar. Atravesó el patio, penetró en un pequeño vestíbulo y subió por una escalera de tablas. Todo estaba vacío y allí no había ningún soldado; sin temor fue por la oscuridad y desembarcó en una sala donde se amontonaban armas y por cuya ventana entraba una tenue luz. Allí había un soldado, quieto, con los brazos caídos, apenas visible en la penumbra; su alta cimera en el casco indicaba que era un capitán. Levantó la mano para detener al joven y le preguntó a qué venía. Theosum le dijo:

—Quiero luchar contra Macedonia.

El capitán dio dos pasos hacia la ventana para situarse en la leve claridad y ver mejor quién era el recién llegado. A su vez, este observó el gesto fatigado del militar, las arrugas al lado de la boca, una cicatriz en un pómulos y la barba crecida. Negaba con la cabeza, pero no dijo una sola palabra, y ambos estuvieron varios minutos mirándose en silencio. Pensó Theosum que aquel hombre era probablemente de linaje noble pero arruinado, y que ahora, resignadamente, vivía en el cuartel y no tenía nada que hacer, perdida la práctica de las armas.

Comprendió que no le contestaría y era inútil esperar algo de él; dio media vuelta y se marchó decidido a prescindir de cuarteles y encuadramientos. Él iría solo al lugar donde probablemente se habría de dar la primera batalla cuando empezaran los desembarcos. Conocía bien el camino hacia aquel punto de la costa; pasó entre huertos y descampados, y guiándose por las

luzes del arrebol fue hacia una cañada pedregosa donde, sin que pasaran muchos días, era de suponer que se combatiría en sus senderos para detener el avance de los extranjeros, arrojándoles piedras, dardos y maldiciones, despeñándose entre gritos de rabia o agonía.

Pero encuentra un puesto de soldados que se mueven lentamente, mudos, vacilantes, esqueléticos bajo sus atuendos militares, y no le permiten pasar y debe quedarse al borde del camino; se sienta y descansa mientras piensa qué hacer. En su cabeza se mezclan las ideas, la decepción y la impotencia: nada cambiará el curso y el final de la futura batalla; inexorablemente, se cumplirá la historia, se cumplirán los destinos humanos y se conformará el porvenir. De nada sirve su rabioso deseo de hombre solo que se enfrenta con la gente del estádium, con los grupos que charlan de asuntos triviales y que le imponen su voluntad de pasividad. Lejos, los futuros invasores, al otro lado del mar, se preparan al desembarco, ayudados secretamente por la apatía y la duda.

Echó a andar por el campo y pronto vio, hasta donde alcanzaba su atónita mirada, que estaba cubierto de armas rotas y despojos de un combate. Polainas de cuero y cimeras de plumas azules, escudos golpeados mil veces, espadas de hoja mellada, yelmos aún repletos de sueños de victoria, petos repujados y engarzados en metales finos, y, cerniéndose en el cielo arrebolado, los cuervos.

Aquel era ya el campo de batalla abandonado, que ponía fin a su esperanza. Vagó entre los restos de una época y se inclinaba para tocarlos, comprobando que estaban allí hacía tiempo, esparciendo su olor acre, mordidos por la hierba y los insectos, aplastados por su antigüedad y por los mil hechos invisibles adheridos a su materia histórica.

Se le ocurrió formar con los cadáveres una pira ardiente en la que rendirles homenaje, pero el viento se revolvió contra aquel monumento funerario. Bajo la carga, caminaba con torpeza, vencido hacia tierra, jadeaba, llevando cuerpos cubiertos de gusanos, y la pira se deshacía en un remolino de humo espeso. Se deshacían sus ilusiones y fantasías heroicas y él tuvo que reconocerlas como tales.

Entre las sombras vio moverse una figura que avanzó hacia él. Descubrió a una sacerdotisa enloquecida, medio desnuda, horriblemente vieja, que le

miraba a través de mechones de pelo que le caían por la cara. Se acercó, le aproximó a la suya su boca y se rio, a la vez que le cogía por los brazos.

Él pugnó por separarse, y apenas le quedaban fuerzas para ello. Miraba aquel espectro, más pavoroso que los otros, y comprendió que era su única compañía en el momento definitivo.

Su alma desgarrada huía lejos, se fundía con la silueta de los templos en ruinas que en la colina, y sobre una ráfaga rojiza del atardecer, mostraban que todo sería aniquilado por el tiempo.

[16](#). En este capítulo, en la edición de 1962, se incluían en este párrafo y en los siguientes varios anacronismos: un tranvía, coches, un aparato de radio, un foco eléctrico, trenes y el telégrafo. El autor intentaba, además de una caída de la atmósfera, provocar suspicacias para que sus coetáneos lo asociaran con la situación de la posguerra. Incluimos, a modo de ejemplo, el párrafo siguiente al punto y seguido después de estiércol: «Por el suelo había papeles y cáscaras de naranja; por la calle pasaban muchas personas que parecían atareadas y presurosas. Esperó un tranvía y montó entre una multitud ardiente, vestida de colores claros, habladora, que se apretaba en las plataformas. El tranvía, lleno de personas, avanzaba por calles concurridas y atravesó el barrio central donde los locales de lujo mostraban abiertas sus puertas, invitando a entrar. Los coches veloces, las tiendas con toda clase de objetos, mujeres bellísimas con grandes escotes y pendientes enormes, policías de brillantes uniformes, edificios recién construidos, entre todo aquello cruzó el tranvía y llegó al barrio de la estación.

»Bajó del vehículo, entró en su casa y encendió el aparato de radio que escuchó atentamente» (*El coral y las aguas*, Barcelona, Seix Barral, 1962, págs. 164-165).

10. La lucha

Se irguió sobre la paja y movió las piernas; no las distinguía en la oscuridad, que se había hecho total dentro de la cuadra. Entraba una ligera claridad por la puerta ante él. Nuevos ruidos aparecieron con la llegada de la noche: oía los caballos golpear con las patas en el suelo y sentía numerosos roces y chasquidos entre la paja, a su alrededor.

Oyó un gruñido y un hocico húmedo le rozó las rodillas. El esclavo acarició a un perro pequeño que le lamió los dedos.

Se puso de pie y se acercó a la puerta; contempló la explanada que era una única sombra con los campos que la rodeaban. El cielo se había cambiado en noche, en la que brillaba el lucero de la tarde redondo y resplandeciente como un sol.

No oía las voces de los soldados; en los edificios temblaba una lucecita amarilla. Salió fuera y dio unos pasos por la explanada, pero vaciló. Temía ir hacia la hilera de acacias ante el temor de encontrar allí un peligro, algo desconocido que se alzara en pie frente a él. Levantó la cabeza, echó para atrás el peso y la dimensión que en el centro del mundo era su persona y miró el firmamento. La noche le habló con sus palabras amenazadoras y así se sintió sin refugio, expuesto a riesgos, rodeado de presagios que alzaban desde el suelo su afilado puñal. Se estremeció y no pudo dar un paso más sobre la tierra blanda; quedó quieto, encogidos los hombros y los brazos.

—¡Protégeme, noche!

Su memoria se remontó a sus orígenes, voló como un caballo ciego a través de años y edades, pasó por las prisiones, la juventud, la infancia, iba hacia otra noche de terror, de la que sabía que brotaba su destino como la banda que va tejiendo un telar. Se resignó a ser la víctima de un poderoso enemigo y ser aplastado por su energía. De sus ojos volvieron a caer las lágrimas, suavemente. Giró la vista hacia los edificios donde brillaba la luz: era una ventana iluminada que le atraía, convertido él en una mariposa

nocturna, recién abandonado su cuerpo de gusano.

Chocaron sus piernas con algo blando que chilló: estaba entre los cerdos que comían las sobras, hozando y resoplando a la altura de sus pies.

Por la ventana vio un candil y tres soldados hablando que se habían quitado los casquetes de cuero y sus cabezas peladas recordaban la grupa de los caballos. Escuchó algunas palabras:

—Pero, ¿verdaderamente es cobarde?

—Sí, es cobarde.

—¿Por qué lo dices?

—Tiene deseos de matar y no se atreve.

—¿Solo por eso?

—En vez de herirse él mismo, herir a los demás.

Los soldados se callaron mientras uno pasaba la mano por encima de la llama que les alumbraba. Este dijo:

—...llorando.

El esclavo escuchaba al lado de la ventana, oculto. Con mucho interés seguía la conversación, que no sabía de quién trataba. Al oír la última palabra, dobló la cabeza y contempló una cara mojada por las lágrimas, una cara de mendigo que suplica de puerta en puerta y es despreciado por todos.

—Lágrimas —murmuró.

Oyó que otro decía:

—Lo mismo que llora podría odiar. Si él quisiera, tomaría venganza. Es fuerte.

El esclavo se apartó de la ventana. Había recibido el roce de un hierro ardiente, como un golpe en la espalda, y con los ojos totalmente abiertos en la oscuridad revivía una dolorosa certidumbre. ¡Odiar!

Temblaba de emoción, se clavaba los dientes en un labio, respiró hondamente con toda la capacidad del pecho; el aire silbaba al entrar por la nariz. Notó que con la respiración entraba tranquilidad. Alzó los hombros y encajó las mandíbulas.

—Odio —se dijo, como una orden. Había encontrado esta palabra en la lengua, en la boca, y notó su peso y necesitaba escupirla—. ¿Es posible que yo odie?

Ante él vio una raya roja que vibraba; sus sacudidas le cegaron, todos los

colores imaginables volaron hacia ella; se unió en el intenso tono sangriento, le atraía a él y le incitaba a acercarse a sus bordes cortantes y escapar de la cuadra y de su olor a estiércol.

Por unos segundos, esta línea zigzagueante le atravesó el cuerpo y su corazón cesó de latir y la corriente de la sangre se detuvo por el calor de aquel surco llameante. Sintió que su piel se convertía en una materia áspera, sintió secarse sus manos y los labios se convirtieron en dos secos pedazos de pedernal.

—Sí, aún es tiempo de odiar.

Encerró una mano dentro de la otra y apretó hasta sentir dolor. Levantó ambas manos así atezadas y las aplastó contra su barbilla; la presión le hizo crujir los huesos y la piel se distendió. Curvada la espalda, conteniendo la respiración, estremecido de las rodillas al cuello, limitó toda la fuerza de su existencia a la presión de aquella arma desconocida que había encontrado al final de sus brazos.

Desarrolló un esfuerzo supremo, aplicado contra él mismo, incrementándolo y anulándolo a la vez; entonces rompió a sudar y en la boca notó el aire precipitado y la sangre fluyó a su vientre y el sexo se alzó como una víbora venenosa.

Echó a correr por el campo con los brazos abiertos y devorando el aire ansiosamente. No veía dónde pisaba, pero asentaba los pies firmemente y proyectaba hacia adelante su cuerpo, arrojándolo a la oscuridad.

Vio unas luces ante él, se acercó a ellas y encontró a un grupo de hombres armados que marchaban junto a un carro tirado por cuatro caballos. Oyó sus conversaciones en voz alta y vio el brillo de las armas colgadas de los hombros. Despacio se puso en el centro del camino y, al verle, todo el grupo se detuvo. Una voz, le gritó:

—Eh, ¿quién eres tú?

No les contestó; les miró duramente.

—¿Qué haces ahí?

Dos soldados alzaban antorchas por encima de sus cabezas. El oficial se aproximó a él unos pasos.

—Es un loco —exclamó, y soltó una carcajada—. Mirad a un loco con ojos de búho, manchado de estiércol —uno de los que llevaban antorcha se

les acercó y entonces el oficial miró de arriba abajo al esclavo. Este hizo un ademán de concentrarse en lo que deseaba decir:

—Y vosotros, ¿quiénes sois?

De nuevo se rieron los que tenía delante.

—¿Te atreves a decir que no conoces quiénes somos? ¿No ves que somos mercenarios? ¿No has oído hablar de nosotros?

Los detalles de su uniforme daban destellos y del casco le caía una larga pluma de faisán. Tenía un labio roto y sonreía constantemente. Levantó la mano y dio una bofetada en la mejilla del esclavo.

Notó el corazón temblar en la garganta, y del vientre le subió un puño cerrado que fue golpeándole las vísceras hasta entrarle en la cabeza y llenársela, casi haciéndola estallar. El cabello que llevaba pegado a las sienes se erizó y una corona de ardor le bordeó la frente.

Se lanzó hacia adelante, arrebató la antorcha al soldado y aplastó su penacho de humo y brasas contra la cara sonriente del mercenario. Debajo de la llamarada sonó un alarido. Dio una patada en el vientre al soldado que fue a caer hacia atrás, corrió en dirección a los caballos del carro y les golpeó con las llamas, como un látigo humeante. Los cuatro animales se encabitaron, retrocedieron sacudiendo los atalajes y volvieron sus grandes pupilas espantadas hacia aquel ataque; luego, emprendieron una carrera y la carroza se alejó por el camino, violentamente sacudida. Alguien gritaba en ella. El esclavo se volvió hacia el grupo de hombres. A dos, les rozó las caras con la antorcha, pero esta se apagó y un golpe dado con una espada plana hizo que la soltara. Se arrojó contra el que le había golpeado y le hundió dos dedos en los ojos; los clavó en una dureza húmeda y, al retirarlos, desgarró las órbitas calientes. Al oír aquel nuevo aullido, el esclavo retrocedió y también dio un grito y alzó los brazos hacia el cielo. Un mercenario se abalanzó contra él: su rostro era una mancha oscura. Le clavó la espada en un brazo. El se desvió y le sujetó la mano armada. Otros dos soldados le asieron y le golpearon con los puños. En una oreja sintió un tirón que arrastraba su cuerpo. Golpeó él también, dio patadas y forcejeó con el que le hería. Se encontró con que podía apoderarse de su espada. Varios puños le golpearon la cabeza y le aturdían, pero él se inclinó hacia un lado, empuñó aquella arma, percibió en la palma de la mano la redondez de la empuñadura, su peso, la rigidez de la

hoja. La apretó fuertemente y dejó escapar una palabra que nunca había dicho. Levantó la espada, la descargó contra los cuerpos que le rodeaban. Otra espada brilló ante sus ojos y un agudo dolor en la frente le echó hacia atrás. Volvió a dar golpes, hundió la hoja entre los adornos metálicos de los uniformes, pinchó con ella a la altura de los gritos que oía y de los insultos.

Corrió unos pasos, se alejó, contempló el grupo y vio cuerpos en el suelo y tres hombres que aullaban tapándose la cara con las manos. El esclavo soltó por la garganta un ímpetu que había contenido en su pecho, cedió a la alegría que le bailaba en las piernas y al cosquilleo en los brazos. A pesar de que una sombra le cubría uno de los ojos, vio que varios mercenarios se le acercaban y uno llevaba la antorcha en alto. Se rio muy fuerte y gritó:

—Yo soy el armero Zimós, aquí estoy contra vosotros, contra vuestras armas.

Un venablo le desgarró un muslo y echó a correr como un loco que paseara su furia por los campos. Pareció huir, luego se volvió, se agachó y presentando la espada, hizo frente a los mercenarios que le perseguían.

—¡Ayúdame, noche, ciégales, dame a mí la luz, pon sobre mi cabeza las estrellas! —gritó con voz demudada.

Un soldado le sujetó con la punta de su lanza y la punta fue resbalando por el pecho hasta clavarse en la cintura. Zimós dio un golpe en el asta y la desvió; fue a pasar entre los soldados y uno le clavó su daga en un hombro. Ante él tuvo al que llevaba la antorcha que levantaba y agitaba en el aire. La alcanzó con un golpe, vio cómo se doblaba e iba a caer al suelo, donde se apagó.

Todas las figuras que tenía ante él desaparecieron. La noche cubrió todo: una nube negra de la que salían voces y juramentos.

—¡Madre, ayúdame, ya no soy esclavo! —gritó, poseído de terribles dolores. Fue empujado por una extraordinaria fuerza y cayó de lado. Perdió la espada. Halló junto a él las piernas de un mercenario. Igual que, cuando niño jugaba con otros en la playa, le asió por los genitales, se los retorció con toda su fuerza y le sacudió a pesar de que su enemigo le hirió por dos veces en la espalda y quería sujetarle las manos. Chillidos cortos acompañaron la caída del cuerpo y Zimós le soltó. En la oscuridad se puso de rodillas y se levantó como un muerto que resucitara entre enemigos. Luchó con un hombre en

silencio y otra vez sus dedos se hundieron en las órbitas y allí sus uñas escarbaron; las manos que sentía asidas a su cuello se aflojaron y unas palabras extranjeras, desconocidas, se repitieron muy cerca de él y a lo largo de sus brazos notó el fluir de la sangre.

La noche se llenó de gritos, de llamadas, de alaridos. Alguien por la nuca le sujetó los cabellos y le dobló atrás la cabeza. Respondió con un grito, el más fuerte que había dado.

—¡Madre, ayúdame! —Tenía levantados sus ojos hacia el firmamento y veía encima de él millones de estrellas parpadeando: de ellas bajaba un resplandor que bañaba con una suave claridad los árboles, el camino, y las figuras de los mercenarios. Distinguió al hombre que le sujetaba, veía su cara y la cota de metal labrado. Giró hacia él, luchó contra aquellas manos que le asían, le echó un brazo alrededor del cuello y apretó desesperadamente, dando un ronquido que salía entre los dientes cerrados. Pronto otro ronquido le contestó, las manos le soltaron el pelo, y el cuerpo del hombre cayó para atrás.

En el camino, varias figuras corrían de un lado a otro. Un mercenario hacía con su lanza círculos alrededor suyo y el aire silbaba y, más lejos, dos hombres gritaban, encogidos junto al tronco de un álamo. En el suelo se movían otras siluetas.

Dio unos pasos y las piernas cedieron y cayó arrodillado. Esperó en aquella postura a que el aire le entrara en el pecho hasta el fondo. Seguía con la vista los movimientos de los mercenarios; como restos de un naufragio, se movían en la oscuridad, se llamaban y se quejaban. Él veía sus caras y hasta creía ver los detalles de sus ropas militares. La noche ponía una niebla ante ellos, pero a Zimós le daba igual claridad que tuvo durante años la mazmorra de su prisión. El brillo tenue de la espada que había perdido, le atrajo. Se arrastró hasta ella, la tomó y se puso en pie. La hoja se alzó en el aire, bajó y cayó sobre una cabeza, que se balanceaba movida por lamentos, cayó sobre un cuello adornado de un ancho collar, sobre una mano; se clavó en unos riñones solo protegidos por un lienzo, se hundió en un costado, en un ojo que miraba dilatado la amenaza de la oscuridad. En la hoja se apagó todo brillo, todo reflejo; una materia caliente y fluida la cubría y llegaba a su empuñadura, mojaba el puño crispado, resbalando por la muñeca y el brazo.

El brazo se cansaba, pero Zimós le obligaba a seguir su tarea. Rasgando las tinieblas, bajo legiones de estrellas protectoras, sobre los cuerpos que apagadamente se debatían en tierra, el brazo continuaba su trabajo.

11. El final

Sintió en los pies un roce, un contacto de piel de gato jugando entre los tobillos, sin hacer ruido pero moviéndose ágilmente y arañando con sus patitas sin uñas. Miró para abajo, ladeando un poco la cabeza y miró más allá de los dos pechos que, no muy grandes, formaban un bulto bajo la túnica de color amarillento: la forma y la altura habituales. Vistos desde sus ojos, cubrían los pies y tuvo que ladear algo la cabeza. Abajo, la túnica terminaba en dos pies de color oscuro, el cual se transparentaba a pesar de una capa de polvo blanquecino que había sobre los empeines.

Junto a estos, un remolino de arena giraba y echaba sus espirales sobre ellos, arañándoles con sus granitos. Un viento bajo que se arrastraba por el suelo y no llegaba a rozar las manos de nadie. Unas ráfagas que solo movían el polvo o pequeñas basuras, que para todos son inadvertidas, barrían sus pies y le hacían bajar la mirada hacia la insignificante y humilde fuerza que las ponía en movimiento.

De pie, sosteniéndose de forma que el peso del cántaro cayese a un lado del cuerpo y combando la espalda, estaba en el mercado, junto a los montones de frutas, enfrente de la mole de piedra del Monumento de las Victorias. Pensaba cómo llegar a su casa y cómo penetrar con su secreto entre las palabras y gestos de su madre.

Había llegado allí a través de barrios vacíos porque sus habitantes estaban en el estádium, había visto sobre el horizonte el perfil de los templos que se erguían en la colina y las puntas de los cipreses que adornaban los jardines; aquel conjunto tan conocido se hacía hostil y ajeno en el gran mercado donde los vendedores se insultaban, y que ahora debería atravesar. También aquellas gentes tenían la amenaza sobre sus cabezas y, aturcidos por el valor de las mercancías, por el cambio de monedas, no percibían nada y serían barridos. Sí, debía ser así.

El silencio que habría de guardar ante su madre, ante los vecinos, ante el

pueblo, ya no le haría sufrir. No se compadecía de sí misma ni de los que, dentro de poco, fueran alcanzados por el castigo; era necesario, conveniente, bueno. No les avisaría, no les pondría en guardia para que huyeran con sus familias y sus alhajas, con sus esclavos, y estos, con sus cadenas y el sufrimiento de llevarlas.

Que acabara aquello, toda la ciudad inhumana, tan bella y tan triste, con sus montones de basura y los mendigos sobre ellos, y los chiquillos abandonados que pululaban por todos sitios. Había visto la ciudad resplandeciente al sol, iluminada por una claridad transparente, con colores y relieves. A pesar del sol y su natural alegría, sabía bien que en cada casa vivía una desgracia, que en las calles los fuertes perseguían a los débiles, que todas las personas se consideraban inseguras y, con la insatisfacción de sus propias vidas, renegaban de sí porque sabían que era despreciable lo que ellos hacían y estaban obligados a cumplirlo en su sometimiento.

Subió los ojos, haciendo girar la cabeza, y los detuvo en el rectángulo negro de un ventanuco del Monumento, enfrente de ella. Una ventana de mazmorra, un calabozo acaso, donde la luz no entraría y espesas telarañas cubrirían los rincones. Retiró su atención de aquello tan triste y cambió el cántaro de mano.

Pasó entre la gente del mercado. Sentía que ahora eran enemigos suyos; si se detuviera en medio de ellos y les anunciase lo que sabía, al principio se extrañarían, se mirarían unos a otros, luego se echarían sobre ella y la matarían para matar lo que anunciaba.

El viento ciñó su túnica a la superficie del cuerpo y le sopló con fuerza en la cara; había ascendido del suelo y dejaba de remover solo el polvo. El mercado entero notó la primera ráfaga y volaron algunas hojas de palmera y las trenzas de las mujeres.

Desde ahora tendría dos pensamientos: uno para ella misma, otro para los demás. El suyo sería el secreto, el cuidadosamente ocultado, oscura existencia que nunca debería mostrar fuera, y que iba a ser su castigo o su refugio, de la que huiría o a la que huiría. Una vida hermana de la otra, de la que no hablaría a nadie y acaso sería de la que únicamente desearía hablar. Una vida que nadie aceptaría con gusto, voluntariamente, pero es impuesta como la sombra que nos acompaña, como una expiación o como un amor.

Pensó que quizá no era ella sola, sino otros hombres y mujeres los que habían sentido en su interior partirse en dos el camino cotidiano, y desde entonces todo había cambiado y las cosas podían ser blancas y a la vez negras.

Un nuevo viento voló los cestos y arrancó sombreros de las cabezas. Los velos se agitaron y taparon caras y los largos mantos de los compradores se enredaron en las piernas. Nada había cambiado en la luz del sol y en el suave calor de sus rayos; el tiempo seguía como hacía un rato, pero una fuerza impalpable corría por las calles y lo invadía todo. El vendaval sacudía a las personas y sonaba en el follaje de los árboles.

Paracata avivó el paso y se internó por calles adyacentes en dirección a su casa. El cántaro le pesaba cada vez más y las ráfagas del viento parecían rodearla con brazos invisibles, y el polvo se levantaba hasta sus ojos, cegándola. Se avecinaba una tormenta y, desalentada, corría para poner fin a aquella aventura, pero la calle por donde iba formaba una cuesta y la respiración se hizo anhelante y en las piernas sintió ligeros calambres. Quiso descansar un momento, unos minutos tan solo y luego seguir su camino después de limpiarse los ojos. Se desvió unos pasos, subió unos escalones de piedra desgastada y entró en un pórtico en el que se levantaban columnas igualmente roídas por la intemperie. Pasó entre ellas, buscando un rincón al abrigo del viento, cruzó una entrada que daba a un segundo vestíbulo vacío y silencioso. Allí no había ningún guardián que pudiera echarla y fue a sentarse en una esquina y dejó junto a ella la cántara. Se frotó con las yemas de los dedos los párpados irritados por el aire y una gota de agua templada brotó del lagrimal. Luego, dejó caer las manos sobre las rodillas y descansó, notando el frío de la piedra donde se sentaba.

—Ha llegado la hora. Todo será deshecho.

Oyó una voz que claramente decía estas palabras. Se sobresaltó y miró extrañada a su alrededor. En el vestíbulo no había nadie ni tampoco existían puertas en sus muros. Pero en el más completo silencio se abrían grietas en las piedras que los formaban y estas se movían ligeramente según bajaban del techo las ranuras.

Se puso de pie y de nuevo supo que alguien oculto había repetido lo que oyó en el manantial, y que aquel edificio donde había entrado sería el primero

en derrumbarse¹⁷.

Sintió miedo de haber escuchado el misterioso mensaje y de todo lo que iba a ocurrir. Se precipitó afuera, sin mirar a su espalda, bajó los escalones de la entrada y encontró el mismo vendaval que antes la había azotado. Y corriendo fue hasta su casa.

Empujó la puerta de madera. Procuró rehacerse y no descubrir todo lo que aquella mañana le había ocurrido; debía volver a ser lo que fue antes y así debían verla. Con esfuerzo quitaría de su cara la señal que marcó en ella el oráculo. Entró en la oscuridad de la casa, oscuridad que conocía mejor que cualquier claridad, donde sabía moverse con movimientos exactos entre los muebles y los objetos que vio allí siempre. Había una ventana pequeña que daba una ráfaga de la luz sobre las dos tinajitas, medio hundidas en el suelo, y allí, como apoyado en ellas, vio la sombra del genio familiar que la miraba con su estúpida expresión.

Su cuerpo nunca había sido visible del todo, o acaso no lo tuviera, pero la cara con su ligero color violáceo, un gorrito que le bajaba hasta la mitad de la frente, una boca sumida y cerrada, los ojos impasibles, con la transparencia de una tela de araña, estaba invariablemente junto a las tinajas, inmóvil en el olor del vino que se escapa por los tapones de estopa.

Hoy, menos que ningún día, la joven detuvo su mirada en aquella sombra conocida que desde hacía años contemplaba a la familia inútilmente. Ya no se le hacían ofrendas, que se dejaban en el hogar por las noches, ni la madre le mostraba respeto. Su color repugnaba a la joven, que procuraba no fijar sus ojos en la aparición.

Dudó al poner el cántaro en el suelo, pues le pareció que no podía dejarlo en aquella casa, tan distinto a esta era su contenido, de terribles augurios. Miró alrededor buscando un sitio mejor para colocarlo; entonces vio en un rincón a su madre que cortaba en pedacitos unas hortalizas.

Estaba sentada en el suelo y se había abrigado con una piel de oveja. Hacía aquel trabajo despacio, sin mover apenas los brazos; habló algo pero no se oían sus palabras, ahogadas en un silencio total que brotaba de la penumbra de la casa y de los objetos familiares y lo llenaba todo, rodeando a Paracata y ocupando todos los lugares vacíos.

Nada se movía en aquella habitación, a ella no entraba lo que ocurría

fuera, se estaba allí a muchas leguas de la ciudad y sus mercaderes, del campo con sus huertos.

Lo miró todo para asegurarse de que estaban encerrados en la pequeña habitación familiar y en su propia vida. Allí también estaba el abuelo, pesadamente apoyado en una pala, y la larga barba se le doblaba sobre un hombro. Pero por detrás de él se veía la puerta de la huerta. Sí, el abuelo tenía la misma transparencia que el genio familiar, el color impreciso, su gesto indiferente; se había convertido en una voluta de vapor de las que subían de la sopa puesta a calentar. ¿Habría aún o habría perdido el poder, como lo perdió la madre, de que las palabras tuvieran el relieve de la voz? Ya no oía al abuelo de las eternas reconveniones.

Entonces sonó el viento fuera y se asomó a la ventanita. Resonó con una fuerza terrible capaz de derribar todo y entrar en la casa y hacerla estallar como una vejiga. Había llegado el huracán y ya no era posible pensar en otra cosa. El silencio se hizo estrépito, la calma, agitación; lo que era seguridad pasó a ser un peligro. Cuanto intentase quedar rígido y resistir, iba a ser arrasado.

La casa tembló, exhaló quejidos. La joven quiso salvarse, temió quedar sepultada bajo el techo que se hundiría, y pensó en huir. Nada allí era seguro y solo saliendo al exterior había una posibilidad de salvación.

Retrocedió, puso la mano en el cerrojo de la puerta. Los ojos de los tres espectros se volvían hacia ella y seguían sus movimientos. La puerta fue abierta por la misma fuerza del viento. Se encontró fuera, cruzó entre los macizos de hortalizas y salió al camino.

Allí estaba Ictio, enfrente de ella, como algo natural que hubiese surgido del mismo huracán para esperarla. Sintió miedo por él al verle en medio del camino y cerca de las dos moreras que se doblaban a pesar de su corpulencia. El sol resplandecía, inmensas nubes pasaban a gran velocidad sobre el cielo limpio y azul, y de la tierra se levantaba un ronquido como si el huracán la removiese.

Los dos jóvenes corrieron el uno hacia el otro y se abrazaron. El pelo de Paracata les fustigó como un látigo y la túnica amarillenta parecía a punto de desgarrarse. Se miraron, comprendieron lo que se decían y, sin más, echaron a andar, alejándose de allí.

El viento les empujaba por la espalda y casi les derribaba. Anduvieron con dificultad hasta que comprendieron que debían correr y, entrelazados los brazos, se salieron del camino y atravesaron un sembrado y pisaron la hierba alta y fresca de un prado. Corriendo así se sintieron a salvo, notaron que la presión de las ráfagas y el estruendo disminuían, el aullido del viento perdía fuerza y, sofocados por la carrera, sujetándose mutuamente, se rieron del miedo que pasaban.

No, ellos no estaban destinados a morir y la destrucción no les alcanzaría: corrían por los campos y ellos mismos eran el huracán. La ciudad en ruinas quedaba a sus espaldas.

[17](#). Se cumplen los vaticinios anunciados por el oráculo al principio de la novela.

Inútiles totales





I

Bajo el cielo cubierto, gris y frío, al pie de la extraña torre solitaria, la fila indisciplinada de los «Inútiles totales» esperaba que pasasen lista y recoger el panecillo que un hombre colorado iba dando por una ventana del antiguo convento.

La mañana estaba fría y movida. Un cañoneo lejano fue acercándose y el horizonte pareció retemblar en un estampido constante. El suelo estaba fangoso y removido por los obuses que habían caído la víspera y, en la espera, los pies hormigueaban y se hacían sensibles. Al fin, llegó el teniente, apresurado, diciendo cuchufletas que en la fila fueron recibidas bien porque no era muy tarde.

—Quinta del cuarenta, ¡a cubrir!

Las manos se apoyaron en el hombro del que estaba delante y los brazos se estiraron, alargándose así al doble la cola absurda que no parecía de soldados.

El teniente, que era fuerte y blanco, igual que una campesina holandesa, repasó con sus ojos la mezcla de hombres que le miraban atentos: la mano de un labriego atónito sujeta el hombro de un muchachito enano con gafas voluminosas; delante de él, un tuberculoso con cara cenicienta, un tullido con bufanda hasta los ojos... Sobre los demás, la cara pálida y fofa de un gordo

fenomenal que pretende darse cuenta de todo con sus ojillos diminutos. En cada uno de esos hombres a medias, vestidos de cualquier manera, ahora contentos de no ir a la guerra, hay un recelo —acaso una vergüenza— en sus gestos bruscos y en sus exclamaciones.

Hace dos o tres años, el teniente no se hubiera detenido un solo momento en el aspecto triste de los «Inútiles», pero la guerra le ha hecho rodar mucho y ver tantas cosas que se ha acostumbrado a mirar a los hombres con otra mirada de la que tenía cuando estaba en el taller. Entonces, le parecían todos, todos iguales, indiferentes, como si careciesen de sentimientos que en él mismo no advertía. Después de pasar años en el frente, hasta que fue herido, cada hombre o mujer, de aquellos que se encontraba en las retiradas, eran ya en todo igual a él, con la misma posibilidad de sufrir o de caerse rendidos sobre la tierra. Ahora se veía reflejado en cualquiera que le dirigiera la palabra y era un efecto como si se dividiese en muchos trozos, se fraccionase, y los demás fuesen él mismo. Solamente después de haber pasado por la guerra, podía quedarse contemplando la fila de los «Inútiles» casi con interés cuando antes tenía desprecio por todos los enfermos.

La fila se movió. Hablaban algo que no alcanzaba a oír. A lo largo de ella, trotaba un tipo anémico y alto que llevaba unas botas desmesuradas. Tenía gafas y eso le indispuso con los otros¹.

—¿Dónde has robado eso, chaval?

Pero él buscó el final de la cola y se unió a ella con la nariz encendida.

El teniente pasó lista. Algunos faltaban.

—Maldita sea... Esos...

Enfrente, las otras quintas iban entrando despacio por la puerta de la tapia arruinada para recoger el pan. El cañoneo arreció; hubo miradas de odio, desconfiadas, de cansancio, de temor a que empezaran a caer obuses. Quietos, tendrían aún que esperar a que pasasen los otros reemplazos delante.

La fila se rompió. Unos se sentaron en el borde de la acera; otros formaron un grupo alrededor de un loco que vivía por allí. Vestido con una guerrera destrozada y un gorro, andaba con ojos torvos y murmuraba:

—Soy un soldado, un soldado nada más.

Le hacían preguntas obscenas, se reían de él, pero no contestaba nunca e iba de un lado a otro buscando algo en el suelo.

—¡Qué tipo! —le dijo uno al de las botas de pocero, señalándose.

— Sí —contestó, distraído.

Delante de ellos un joven abotargado y obeso, con un largo gabán, hablaba con otros dos:

—Estudié mucha Historia Natural... Eso se me da bien. Verás, los peces se dividen...

—Yo también sé eso —exclamó un chico que llevaba una lechera al brazo.

Pero hubo un revuelo en el centro de la cola. Tres, bromeaban a gritos y se pegaban jugando. Uno, vestido de soldado, con buena ropa, se burlaba de otro. Se formó un círculo presenciando los insultos y la cara rubia del muchacho que se pavoneaba delante de cincuenta prontos a reír. Buscaba las frases y casi las gritaba al otro, un hombre mayor que le miraba excitado.

El sol acabó por lucir entre las nubes y hacer brillar el casquete encarnado de la torre, en cuyo campanario abandonado anidaban unos pájaros negros y grandes.

Uno de los «Inútiles», pequeño y enfermizo, lo contemplaba ensimismado. Se volvió al que tenía detrás, el de las botas de pocero, y le dijo:

—Es de estilo bizantino, ¿eh? —como estando seguro de que el otro entendería. Este miró la torre, dudó y dijo:

—Sí, pero con elementos góticos. Es una fantasía —y tomó un aire distraído. De pronto bajó la mirada al que le preguntó y frunció las cejas.

—¿Cómo sabes tú eso? —y se le quedó mirando fijo. El joven delgadito hizo un gesto.

—He estudiado algo... soy aficionado al arte. Pero tú también parece que sabes...

Se contemplaron con simpatía, rodeados de un grupo que hablaba a voces. El que había hablado de estilo bizantino hizo una señal al que llevaba las botas.

—Aquí se cansa uno. Vamos ahí enfrente.

El otro accedió y se sentaron en el borde de la acera, al sol. Comenzaron a charlar con cierta desconfianza, observándose, pero al cabo de un rato la sinceridad venció el recelo y se confiaban sus ambiciones y su manera de pensar. Era la primera conversación y tenían prisa por conocerse y saber el

uno del otro; se pedían parecer, se preguntaban, olvidaron la cola y la guerra, contentos de oír en boca de otra persona las palabras que estuvieron a punto de decir tantas veces. Resultaron de la misma edad, con iguales aficiones. Ambos tenían idéntico aspecto desmedrado y sucio, con ropa gastada y manos esqueléticas y oscurecidas que salían un gran trecho de las mangas y se movían con nerviosismo.

Los de la cola miraban con gesto de burla cómo accionaban y se exaltaban interrumpiéndose en la conversación. Los dos muchachos no se apercebían de que llamaban la atención y que automáticamente se habían hecho antipáticos a toda la cola.

El de las botas preguntó al otro:

—¿Dónde vives tú?

El otro le contó que era hijo de un maestro y vivía en las afueras, pasado Vallecas.

—Bueno, te iré a ver un día.

—Vente esta tarde. Así continuaremos charlando —insistió el joven, que tenía una escasa barba crecida.

A la tarde le costó bastante a Cosme dar con la casita de su amigo. Cruzó descampados y bordeó huertecillos, cercados con maderas y alambres y latas clavadas de pie. A lo lejos oía los ruidos del frente que nunca cesaban a pesar de haber tranquilidad aquellos días. Gente miserablemente vestida pasaba cerca de él llevando sacos a la espalda. En las puertas de las casuchas que formaban el barrio, había niños jugando y mujeres sentadas, cosiendo. Hacía sol, pero aquellas casas de una sola planta, con ventanucas colgadas de ropas, tenían una luz triste y desolada. Encontró la de su amigo porque lo vio a él en la puerta, esperándole. Se puso muy contento al verle y le hizo entrar en la casita, que debía tener solo tres o cuatro habitaciones.

Se notaba frío y humedad en la que le introdujo. Era la suya, y allí había libros amontonados por todos sitios y, en cambio, solo una cama de hierro, una mesita y una banqueta. La ventana daba a un solar de tierra amarilla y encharcada que se extendía mucho, cortado por desmontes. En la lejanía se veían las sombras de grandes edificios, sin duda fábricas.

Pero este aspecto desagradable no tuvo importancia para Cosme en cuanto vio que los libros allí reunidos eran los de su preferencia. Y sin más,

empezaron a charlar sentados en la cama, con los pies sobre la banqueta. Y así estuvieron hasta que oscureció completamente. En la casa no se oía ningún ruido; de vez en cuando el aire hacía sonar los cristales de la ventana y una ráfaga más fría les daba en la cara. Sin embargo, ellos no lo notaban.

El amigo de Cosme, que se llamaba Carlos, era un hombre delgadito y pequeño que hablaba mucho y con gran vehemencia, empleando palabras exactas y asombrando a Cosme con su cultura. El mismo ardor que ponía en lo que decía le obligaba a tartamudear; se inclinaba hacia delante, exaltado, queriendo transmitir su emoción a la otra persona, y entornaba los ojos. Cosme comprendió enseguida que sería su amigo y que había encontrado un tipo poco corriente.

Hablaron de muchas cosas con entusiasmo y estuvieron de acuerdo en casi todas.

Luego Carlos le acompañó hasta el metro y quedaron citados para el otro día en la cola de los «Inútiles».

La sensación que después tuvo Cosme era extraña. Le parecía que con aquella amistad perdía un poco de su equilibrio íntimo y, al tener un interés y un afecto por algo fuera de él, su propia vida disminuiría en importancia. Ya no pensaría tanto, o exclusivamente, en él y participaría de la existencia de un amigo. Sentía una gran alegría, y nuevas ideas y motivos de conversación brotaron en su mente.

Había conversado poco; estuvo siempre solo y retraído, mirándolo todo como un conejo desde la madriguera, y dio a la amistad un gran valor. Ahora se sentía contento y veía como aumentadas sus fuerzas. Como por ser alto se inclinaba algo hacia adelante, se diría al verle que soportaba el peso de una gran tragedia íntima. A pesar de lo cual era optimista y sus fantásticos proyectos no estaban en relación con su cuerpo anémico. Vivía para desear ardientemente propósitos que nunca había conseguido y que le hacían marchar con ilusión hacia el futuro.

Sentado con Carlos en su cuartito, le vino a la cabeza la idea de que estaba consiguiendo uno de sus sueños. La charla entusiasta sobre los libros conocidos, el ambiente pobre y sincero de la habitación, el nuevo amigo con quien congeniaba tanto, le recordaron que infinitas veces lo había deseado. Y en el metro, rodeado de gente desconocida, se convenció de que en la vida

llega todo y, aunque tarde, es un triunfo el haber tenido la constancia de desearlo día tras día.

* * *

Efectivamente, encontró un amigo.

Se vieron con mucha frecuencia, se dieron juntos largas caminatas por calles desconocidas, para acabarlas en bares o tabernas, donde entablaban conversación con soldados que llegaban del frente; pasaban ratos interminables en los puestos de libros viejos, en donde olvidaban el estómago vacío y charlaban con los Internacionales que iban allí buscando libros para leer en la Casa de Campo o en la Universitaria. Si les sorprendía en medio de la calle un bombardeo, se metían en un sótano y proseguían sus conversaciones, asombrando a las mujeres que les rodeaban. Vivían para sí mismos, casi despreocupados de lo que rodeaba a la capital aquellos meses.

Avanzó la estación y llegó a hacer tanto frío en la casita de Carlos, aislada, rodeada de solares fangosos y de los vientos que venían de todos sitios, que los dos muchachos convinieron en que era necesario buscar otro lugar más acogedor. Y una tarde en que el aire desagradable les impacientaba, estando sentados en la cama, con las manos metidas en los bolsillos, decidieron marcharse.

—Yo conozco a unos que tienen en el centro una tienda y allí se reúne una tertulia. Podríamos ir... —dijo Carlos a Cosme, aunque pareció decírselo a la pared de enfrente, tal como estaba pensándolo.

Y sin vacilar se fueron al metro y en unos minutos estuvieron en el centro, donde toda la tarde caían obuses. Las calles estaban poco concurridas y se notaba cierta expectación, lo que hay en el ambiente cuando se espera algo. Llegaron a la librería y entraron en ella. Como el escaparate había sido tapado con tablas y la puerta era pequeña, había poca luz, tan poca que al principio no vieron quiénes había allí. Luego, vislumbraron al dueño, que estaba apoyado en el mostrador, y se le acercaron. Carlos había dado clase a su hijo y pareció alegrarse al verlos. Hablaron un rato.

En un rincón había un viejo que charlaba en voz baja con un hombre. En la penumbra de la tienda se oían otras conversaciones y de la trastienda

llegaban ruidos de cacharros y un fuerte olor a guiso. El dueño, con quien hablaban los dos amigos, les explicó que estaba allí viviendo toda la familia y que tenían que cocinar quemando restos de ediciones. A Cosme le pareció aquel hombre poco inteligente y como obsesionado por alguna idea. Hablaba sin fijarse en lo que decía, mirando a todas partes. Después les llevó adonde estaba el viejo, que resultó ser su padre.

Estaba sentado en un sillón de ruedas y tenía envueltas las piernas en una manta como los paralíticos, pero en vez de una cara pálida, de enfermo, que se esperaba en él, tenía un rostro ancho y rojizo con ojos inquisitivos y rápidos. Parecía ser un hombre de gran vitalidad por la energía de su voz y por la forma con que miraba. Al saber que Carlos daba clase a párvulos, se rio con fuerza, y con un gesto en la boca que demostraba un gran desprecio, dijo:

—Qué tiempo tan perdido ese de las clases. Como si las criaturas aprendieran algo...

El hombre que estaba a su lado se rio también y se miró los zapatos. Era muy delgado y llevaba gafas. A él se dirigió el viejo y le dijo:

—Cuénteles usted lo que me decía ayer sobre las escuelas de su país.

El aludido se azoró, bajó la vista y quiso decir algo, pero le debía costar tanto trabajo que solo prorrumpió en sonidos extraños. Comprendieron que era extranjero. Luego, expresándose con mucha dificultad, se puso a hablar de una manera muy ambigua, sin llegar a hacerse entender, aburriendo a todos. En otro rincón de la librería vieron a tres soldados con cazadoras y botas altas que hojeaban libros de los estantes sin que el dueño se preocupara de ellos. De nuevo este se había apoyado en el mostrador y miraba la calle arqueando los labios. Cosme se entretuvo en observarle mientras el extranjero intentaba dar con las palabras. Según les contaron después era un estudiante noruego que aprendía el español. Cuando estalló la guerra, no quiso marcharse a pesar de todo, y soportaba los bombardeos y demás privaciones, estudiando constantemente, tomando apuntes, pero sin avanzar nada.

Desesperaba al abuelo con su torpeza, que le hacía gritar:

—¡Cada vez está usted peor! Yo aprendí el tagalo en dos meses y usted lleva más de dos años quemándose los ojos con el castellano, que es más fácil.

A Cosme le interesó esto y preguntó al viejo si conocía Filipinas, pero al instante se arrepintió porque creyó haber cometido una imprudencia. Al viejo se le puso una rara expresión de tristeza en la cara; la escasa luz de una bombilla colgada en el centro de la tienda brilló en sus ojos, súbitamente humedecidos, dobló la cabeza, y chascó la lengua, preso de un inesperado abatimiento. Murmuró: «Adiós, patria adorada, región del sol querida, perla del mar de Oriente...»².

Lo dijo con voz temblorosa, que contrastaba con su anterior aspecto de energía, pero poco a poco se serenó, y dirigiéndose a Cosme empezó a contar cosas de la isla de Luzón, donde había vivido mucho tiempo, describiéndola con tantos detalles que cansaba como el extranjero con sus dificultades.

Entonces se fueron los tres soldados sin despedirse ni mirar siquiera al grupo. Carlos preguntó:

—¿Quiénes son esos?

—Pss, unos que vienen a comprar libros, poesía más que nada.

Aquella primera tarde los dos muchachos convinieron en que se habían aburrido, pero como no tenían dónde ir volvieron otros días y les presentaban a gente nueva. Entre ella a un americano que hacía comentarios muy atinados sobre literatura, pero que exasperaba al anciano, siempre sentado en el sillón rodante.

—En vez de hablar tanto de los gauchos —le increpaba— ya podría traerme un bote de leche condensada de la Embajada. A mis años y de esta manera...

El americano se reía y quería provocarle:

—Si está así es por haber sido mujeriego. Se ha perjudicado la salud.

—Mentira —exclamaba el viejo—. Estoy así por falta de vitaminas, por avitaminosis, como se dice ahora.

Todas las tardes, hasta las siete, estaban allí charlando, y nunca faltó tema, porque aparecían nuevas caras constantemente y daban motivo para renovar la conversación.

* * *

Una tarde, poco antes de cerrar, se abrió la puerta y una muchacha entró.

Era baja, con el pelo claro y un modesto abrigo color tabaco. Pidió poesías de Alfredo de Musset, en francés, y su voz resonó clara y fuerte en el silencio que se hizo al entrar ella³. Algunas veces entraban mujeres en la librería buscando un libro que se vendía mucho sobre culinaria de guerra, pero la joven que pedía aquello, en el centro de la tienda mal iluminada, atrajo la atención general. Estaban allí, con los habituales a la tertulia, dos estudiantes de Bellas Artes y un muchacho alto y fuerte al que no conocían bien y del que decían que era un emboscado⁴.

El dueño le mostró lo único que tenía de Musset y hablaron unos minutos sobre ediciones, lamentando la falta de libros extranjeros. La joven parecía muy interesada en encontrar lo que pedía y preguntó en dónde podría hallarlo. Cada uno de los presentes sugirió un sitio, y Cosme y Carlos, sin decir palabra, se echaron una mirada de inteligencia: el primero tenía un tomito de versos del romántico francés, y ambos pensaron a la vez en él y tuvieron la misma idea.

La muchacha saludó y se fue. Los dos amigos se levantaron de repente, se despidieron y, ante la extrañeza de todos, se precipitaron a la calle, dejando la puerta abierta.

Entre la gente que pasaba vieron alejarse a la muchacha y en dos zancadas estuvieron junto a ella, quedando un momento indecisos cuando se paró y los miró. Cosme empezó a decirle en voz no muy segura:

—Perdone; nosotros precisamente nos parece que tenemos algo de Musset. Probablemente a usted le interesará. Tenemos un volumen, creo.

Ella les miró de abajo arriba. Estaban pobremente vestidos, con caras pálidas entre los cuellos subidos de los abrigos. Como siempre, iban cargados de papeles, libros y cuadernos. Tenían un aspecto infantil y asustado.

—Sí que me interesa. ¿Quieren ustedes venderlo? —preguntó ella.

Los dos se apresuraron a hablar.

—No, no; nosotros se lo prestamos. Usted lo lee, y ya... después...

Los tres eran de la misma edad y estaban en el borde de la acera, rodeados de personas apresuradas, mirándose con interés. Para ellos la muchacha tuvo un mayor encanto tal como estaba en la media luz del atardecer, con su abrigo oscuro. Se mostró agradecida al ofrecimiento. Les dio las gracias. Ellos quisieron que tuviera el libro al día siguiente y le preguntaron dónde

podían llevárselo. Ella les dio las señas de su casa y les citó allí por la tarde. Prometieron ir y al estrecharle la mano se dieron cuenta que hacía muchos meses que no hablaban con una mujer joven.

Quedaron solos y se miraron satisfechos, excitados por aquel encuentro que les pareció una aventura. Enseguida, quitándose la palabra, empezaron los comentarios:

—¿Te has dado cuenta de...? —preguntaba uno.

—¿Te has fijado en que ella...? —seguía el otro.

Andaban deprisa, cogidos del brazo, con una nueva inquietud que les animaba. La idea de verla al día siguiente les hizo planear mil suposiciones sobre quién sería. Algo arrollador y nuevo había entrado en la vida de los dos amigos solitarios, y al despedirse estaban preocupados y distraídos. Acordaron que la chica no era muy bonita; tenía aspecto de abandono y falta de coquetería. El pelo casi sin peinar, pero era interesante y, sin duda, lista. Pensaron que sería una estudiante, pero, al separarse, cada uno suponía que era algo más. Y les costó trabajo dormirse, sin que fuera la causa el cañoneo que se extendió a todo el frente y la escasa cena.

* * *

Llegó la hora de la cita y ambos se encaminaron a la casa de la joven, que vivía en una calle lujosa y apartada. En el edificio había varios pisos ocupados por oficinas militares, pero no se notaba movimiento. Subieron al piso que les indicó y llamaron, cruzando a la vez la mirada como avisándose de lo que iba a suceder. En el momento en que se oyó el ruido de la cerradura al abrir, se dieron cuenta de que no le habían preguntado el nombre. Fue un rápido momento de angustia frente a la ineludible pregunta que les iban a hacer.

La puerta fue abierta por un hombre alto y ya mayor, vestido de oscuro. Con voz trémula Carlos explicó que buscaban a una señorita que vivía en aquel piso. El hombre, sin decir nada, les hizo entrar y se alejó por un pasillo alumbrado por una lámpara al fondo. Los dos muchachos se quedaron en una antesala amueblada con lujo y con muchos muebles y cortinas. Luego se abrió una puerta y desde ella les llamó la chica:

—Entrad —les dijo.

Avanzaron por el pasillo y le tendieron la mano. Ella se rio y exclamó:

—Se me olvidó decirles cómo me llamaba... Pero me habéis encontrado...

—Les introdujo en una habitación y los dejó solos.

Era un cuarto bastante grande con un balcón que daba a la calle y por el que entraban las sombras de la tarde de invierno. A su derecha había un diván ancho, cuadros en las paredes y butacas mullidas y modernas. Se abrió otra puerta y entró la joven, que les dijo se sentasen con un gesto de la mano. Ella se dejó caer en el diván y les miró sonriente. Llevaba un traje azul claro y parecía muy contenta. Ellos, con sus abrigos raídos, los libros que aún tenían en las manos, su timidez, le debían hacer gracia. Preguntó:

—¿Me lo habéis traído?

Cosme le tendió el librito. Mientras lo hojeaba pudieron contemplarla y vieron que era muy joven, acaso más que ellos, y que sus piernas, delgadas, parecían las de un niño. El día anterior no advirtieron que bizqueaba un poco el ojo derecho, pero esto la hacía graciosa.

Hablaron de literatura y de Francia. La chica demostró conocimientos. Les dijo que había vivido en París de pequeña y ellos le preguntaron con mucho interés sobre la vida allí. Contó que vivía precisamente en Montmartre, en la rue Gabrielle, al pie del Sacré Coeur⁵. Esto entusiasmó a los muchachos, sentados en el borde de los asientos, comiéndosela con los ojos. Le pidieron que les contase cosas, pero ella cambió súbitamente de conversación y preguntó qué hacían y a qué se dedicaban. Volvieron a hablar de libros...

En la habitación había buena temperatura, estaba acogedora y no habían encendido la luz. A través del balcón se veía un trozo de cielo azul oscuro y las primeras estrellas. Aquello daba tal intimidad a la conversación que poco a poco los jóvenes fueron bajando la voz y hablaron de sus propósitos para el futuro y de sus ambiciones; se confiaron a aquella muchacha que les escuchaba atentamente. Ya no podían verle la cara, pero el perfil del cuerpo se recortaba sobre la pared.

De las rodillas de Carlos cayó un libro, que no recogió. Poco después, en el fondo de la casa sonó un violín que intentaba tocar una canción popular. La sombra de la muchacha se movió y dijo:

—Es él, que toca —sin añadir más. Hubo un instante de silencio; luego la

conversación se reanudó, pero la atención de los tres parecía escapar a las notas estridentes del instrumento que llegaban hasta ellos. Alguien que no sabía música quería tocarlo, y recomenzaba en los mismos compases.

De repente la muchacha se levantó del diván y se marchó; salió sin decirles nada. Se extrañaron y quedaron esperando un rato. Volvió a entrar y encendió la luz.

La habitación estaba decorada con grandes cuadros de algún artista moderno; en un rincón había una mesa grande. No se veía ni un papel, ni un cacharro, ni nada que delatase a la persona que allí vivía; la habitación, solo con los muebles caros, estaba desierta de las cosas que son la huella de una mujer. Parecía la sala de espera de un dentista o la de un hogar abandonado.

Ella dijo al entrar:

—Bueno, ya hemos charlado un rato —y se levantaron. Acordaron que ella les llamaría por teléfono cuando terminase de leer el libro, avisándoles a una tienda que había cerca de la casa de Carlos.

— Y ¿ cómo te llamas? Porque...

—Me llamo Maruja Fidel.

Se despidieron y bajaron a la calle.

* * *

Estaban maravillados de aquella charla y de la muchacha tan interesante, tan incomprensible. La casa amueblada con lujo, el hombre que les abrió, aquella habitación confortable y, a la vez, deshabitada, la música del violín... hasta la forma de comportarse la muchacha, les hacía pensar y provocaba una gran curiosidad. Cosme preguntó a Carlos:

—¿Qué te ha parecido?

Y Carlos, sin mirarle, contestó:

—Qué mujer tan rara; parece extranjera.

Estaban afectados por aquella visita y tan contentos de un encuentro que ellos consideraban extravagante, que casi no podían hablar.

Andando fueron hasta Cibeles y decidieron separarse. Se encontrarían como todas las mañanas, en la cola del CRIM⁶, pero Carlos debería hacer saber al dueño de la taberna —esto no se lo habían querido decir a ella— que

le avisarían por teléfono cualquier día. Lo deseaba tan vivamente que al ir hacia su casa, Carlos se acercó a decirlo.

Encontró al señor Emilio de codos sobre el mostrador. La taberna era una pequeña habitación en la que había tres veladores y banquetas. Por las paredes se veían carteles de toros y almanaques. Fuera, sobre la puerta de cristales, un letrero despintado: «La Viña de Oro».

Carlos conocía al señor Emilio hacía bastante. Se hicieron amigos porque una vez que el muchacho pasaba por delante de la taberna con libros bajo el brazo, un grupo de traperos de Ventas le insultaron, más que por los libros, por su palidez de enfermo. Él se volvió y les dijo cuatro cosas tan bien dichas que les hizo callar. El tabernero, que estaba en la puerta y escuchaba, exclamó en voz alta:

—Está muy bien dicho eso.

Entonces Carlos se azoró y se alejó casi corriendo. Al día siguiente, al pasar, el tabernero le llamó y le preguntó dónde vivía. Carlos le dijo que eran vecinos y entonces quiso convidarle a un vaso de vino, pero el muchacho se negó:

—Nunca bebo nada, gracias —y le explicó que no tendría fuerza de voluntad para, tomando un vaso, no volver a beber.

Desde entonces fueron amigos y con frecuencia Carlos, si veía sola la taberna, entraba para charlar con el señor Emilio. Tendría este unos cincuenta años, era fuerte, alto y lucía un buen bigote. Contó a Carlos que había viajado por Levante haciendo de todo un poco y había visto mucho mundo. Hasta se dedicó a la pesca en Benicarló, con una barquita alquilada. Sin embargo, tenía aquel hombre una personalidad interna que no escapaba a Carlos. Escuchaba a este todo lo que decía, le hacía preguntas, le trataba con cierto respeto y le daba la razón en muchas cosas. Por debajo de su rudeza y su humor violento había una mirada obstinada y comprensiva que a Carlos se le antojaba de un hombre de corazón.

Aquella tarde no habían llegado aún los parroquianos habituales, y el señor Emilio estaba en el mostrador, delante de los estantes con botellas y bajo la luz amarillenta de la bombilla. Carlos fue a anunciarle que le darían un recado para él por teléfono, y se quedó hablando un rato. El tabernero estuvo serio, fijo en un punto, callado, mientras el joven le contaba algo.

Por la puertecilla que daba a la trastienda, tapada con una cortina rota, apareció una cabeza de mujer que gritó llorosa:

—¡Canalla, que eres un canalla!

El hombre, sin volverse, sacó la mandíbula y murmuró:

—¡Malditas mujeres!

Carlos comprendió que aquella cabeza era de su mujer. Habría disgustos conyugales, y compadeció al señor Emilio, que no despegaba los labios. Iba a marcharse cuando se abrió la puerta y el conocido ruido de la Tomasa anunció su llegada. Sobre un carrito de cuatro ruedas iba por todo el barrio aquella vieja a la que faltaban las piernas. Apoyándose en dos tacos de madera avanzaba lentamente, pidiendo limosna con un quejido gangoso que todo el mundo conocía; estaba medio ciega, pero iba, solamente por las calles empedradas, de un lado a otro. Se contaba que una tarde se aventuró a cruzar un solar y las ruedecillas del carrito se hundieron en el barro. Intentó retroceder, pero tampoco pudo y se quedó toda la noche allí, bajo la lluvia y las ráfagas de aire, llorando como un niño abandonado, hasta que la encontró una familia de traperos.

A Carlos le repugnaba la mendiga. De una caída le quedó una cicatriz en una sien, por donde le salían mechones de pelo blanco, y esto le producía un asco incontenible.

La vieja entró despacio, quejándose y pidiendo al señor Emilio un poco de vino. Este se lo dio en un cacharro y ella se puso a beber, lo que aprovechó Carlos para marcharse.

Yendo hacia su casa pensaba en Maruja y en el tabernero. Se empeñaba en ver en él un hombre interesante que guardaba algún secreto de su vida anterior, el cual le había impreso su gesto de escepticismo, de cansancio y, a la vez, de lejano interés por las cosas de que le hablaba Carlos. Tenía esta la obsesión de buscar en todos los hombres su rincón misterioso, aquel que les transforma de triviales en tipos sugestivos; de esta forma se rodeaba de personajes complejos que le hacían vivir en un ambiente de novela.

Con curiosidad de coleccionista o frialdad de policía, penetraba en la intimidad de estos para debelarla y apoderarse de anécdotas y miserias tenebrosas. Entre sus conocidos había neurasténicos, extranjeros de oscuro vivir, pederastas y artistas fracasados. Hablaba con ellos, les acompañaba

unos minutos —los suficientes para descubrirlos— y luego se alejaba satisfecho del botín. Ellos notaban algo y se sentían resentidos de su sinceridad con aquel joven. Llegaban a odiarle, le atribuían frialdad, carencia de sentimientos; a muchos —espiritistas, poetas solitarios, chicas histéricas, propagandistas de sectas— les había robado su secreto, frecuentemente por condescendencia de ellos mismos, secreto tan íntimo que se debe aborrecer a quien lo conoce. Pero era así y nadie podría explicar el porqué.

Su padre le esperaba en la cocina. Era un hombre pequeño, oscuro, con una boina encasquetada en su cabeza de forma cónica. Tenía ojos grandes y tristes. Le preguntó al verle:

—¿De dónde vienes? Acércate a casa de Pablo, que me ha dicho que nos va a dar unas patatas.

—¿Patatas? —se extrañó Carlos—. ¿Pero regaladas?

—Sí, claro. Las ha traído del pueblo —respondió el padre, y se sonrió.

El chico volvió a salir fuera y se encontró con que empezaba a llover. Era ya noche cerrada, y tuvo que cruzar un solar en completa oscuridad. Yendo por él se acordó de la estampa de su padre en la cocina fría y pobre, con las manos hundidas en los bolsillos deformados; después pensó en el tabernero y por detrás de él, saliendo, la cabeza de la mujer despeinada, y cerca, la Tomasa en su carrito, con la cabeza alzada para quejarse como una vaca pariendo.

—¡Qué triste todo! —exclamó, dominado por un desánimo repentino y un agotamiento que le hacía mover las piernas con dificultad. Iba por el solar, tanteando en la oscuridad, metiéndose en los charcos, y sintiendo tal indiferencia por vivir y hacer aquello, que se paró con grandes deseos de llorar y de morirse.

—¿Para qué todo esto? —dijo en voz baja, y pensaba en su casa y en ir a recoger las patatas y en Maruja sentada en el diván mullido—. ¡Qué absurdo, qué inútil!

Dio unos pasos más y miró a los lados. Ni una luz; el oscurecimiento era total. En aquellas tinieblas, lejos y cerca, se extendía la ciudad, las casas, los hombres dentro de ellas; había miles de luces ocultas que, de aparecer de pronto, le mostrarían la profundidad y lejanía del espacio, de los barrios extremos; pero estaban apagadas para que la oscuridad le encajonara entre

paredes mudas. Sintió que las sombras le ahogaban, tomando un cuerpo espeso que se le metía por la boca y le apretaba alrededor. Estaba hundido en un abismo vaporoso que le iba absorbiendo⁷.

Perdió la noción de dónde estaba y tendió las manos; dio un grito corto y echó a correr, notando que la oscuridad le asfixiaba. En la carrera daba traspiés y estuvo a punto de caerse. Vio una raya de luz cerca de él y se lanzó a ella.

Entró de golpe en la taberna. Se encontró frente al señor Emilio, que le miraba fijo. No supo qué decir. Se llevó la mano a la frente.

—¿Qué hay? —oyó que decían. Miró a su alrededor y no vio a nadie. Solo junto a él, a la altura de las banquetas, algo se movía: la Tomasa envuelta en sus trapos.

Se tranquilizó y dijo :

—Nada, me he perdido en la oscuridad. Me voy.

Volvió a salir, cerrando tras sí la puerta, y ya más sereno, se dirigió hacia la casa de Pablo.

—¿Qué ha pasado? —se preguntaba—. Deben ser los nervios.

Aquella noche, en la cama, después de tomar un plato de patatas cocidas, se sintió mejor. El recuerdo de la muchacha venía a su cabeza insistentemente y siempre, tal como estaba sentada en el diván, con el traje azul. Le pareció oír su voz diciendo: «Me llamo Maruja Fidel».

—Maruja Fidel —repitió con el pensamiento. Y aquella imagen se desvaneció para aparecer una calle por donde marchaba un señor vestido de negro, con tipo de inglés. Volvió a pensar en ella cuando le despedía, y experimentó una tranquilidad suave, casi alegría: estar en la cama oyendo la lluvia y repetir la escena de la tarde, en la habitación templada y hablando de París.

Exactamente igual pensaba Cosme en aquellas horas, con un libro en la mano y la otra acariciándose una oreja. No tenía ganas de acostarse; le interesaba desentrañar el enigma de la joven. No hubiera podido concretar por qué, pero le parecía rodeada de un misterio y temía que no llamase por teléfono a Carlos.

-
1. La descripción de Cosme coincide con los rasgos físicos de Zúñiga. En otras páginas aparecen también rasgos caracterológicos autobiográficos.
 2. Son los primeros versos del poema «Mi último adiós» del patriota filipino José Rizal, escritos en la víspera de su ejecución, el 30 de diciembre de 1896.
 3. Alfred de Musset, poeta, novelista y dramaturgo romántico francés (1810-1857).
 4. *Emboscado*: hombre que elude el servicio militar en tiempos de guerra.
 5. Montmartre fue el barrio de los artistas en el siglo XIX, de ahí el interés que suscita en los jóvenes amigos.
 6. CRIM: Centro de Reclutamiento e Instrucción Militar.
 7. La visión de la ciudad desde un punto alejado, habitualmente periférico, es un motivo del simbolismo moderno presente en grandes autores del siglo XIX y del XX (Balzac, Chéjov...). Este motivo suele tener una dimensión trascendente, pues da paso a la exposición de las emociones y los valores más relevantes del personaje.

II

El tema de conversación inevitable entre los dos jóvenes fue, durante algunos días, la casa de Maruja y su habitación, los cuadros y la bizquera que daba a su cara una expresión infantil.

En la tertulia de la librería se guardaron bien de decir nada, pero cuando se abría la puerta daban un respingo, creyendo verla entrar. Solamente el viejo del sillón les preguntó:

—Qué, ¿qué cuentan de Alfredo de Musset?

Pusieron caras de infelices y se hicieron repetir la pregunta. Si el viejo era listo, ellos no se quedaban atrás y le contestaron con evasivas, lo que molestó vivamente al abuelo, que desde entonces les miró con antipatía. Había tardes muy aburridas, cuando no iba nadie a charlar o entraban muchos compradores. Pero otras se presentaban amigos del dueño, que siempre contaban cosas entretenidas.

En el rincón que dejaba una escalera de mano y el mostrador, se solía sentar un individuo que hablaba poco y en el que los chicos apenas se fijaron hasta una tarde, en la que un profesor que estaba allí —que había sido evacuado a Valencia y no pudiendo aguantarlo, se volvió, metido en un camión militar con ganado—, dijo que la paella no era alimento de personas, sino de chinos.

El del rincón protestó y defendió las cualidades nutritivas del arroz, entablándose una discusión que fue a terminar en que el del rincón, que era vasco, prometió buscarse los ingredientes y preparar él mismo una paella magnífica. Así lo hizo tres tardes después, y a las dos horas de oírsele cacharrear en la trastienda con la mujer del librero, salió, anunciando que ya estaba hecha. Dio la casualidad que ni Cosme ni el profesor habían ido, y como no se les podía esperar, trajeron la cazuela, que emanaba un olor agradable, y la pusieron sobre una silla, rodeándola todos dispuestos a comprobar si el vasco era buen cocinero. Estaba allí también aquella tarde un

frutero de Legazpi⁸ que tenía mucho dinero, un catalán que hablaba de Krishnamurti⁹ y decía que no probaba el alcohol, y además el que llamaban «el Emboscado».

Se repartieron cucharas, y todos, hasta la mujer del librero, que era una cordobesa muy simpática, empezaron a comer. Habían echado el pestillo de la puerta para que nadie molestara y por dos veces alguien quiso entrar. El dueño ponía cara de disgusto.

Una de las veces en que el pestillo se movió, Carlos inclinó la cabeza para ver quién era, y entrevió la cabeza de Maruja. Corrió a abrir cuando ella daba media vuelta y se marchaba; abrió y salió tras ella a la calle. En el mismo sitio donde le habló por primera vez, la detuvo. Se saludaron y Carlos le dio una explicación de la librería cerrada, pero ella no tenía intención de volver. Iba solo, según le dijo, buscando un libro sin importancia que quería comprar.

Fueron andando juntos y al principio Carlos estaba intimidado y nervioso, sin poder dominarse. Ella le preguntó por Cosme y esto le dio motivo a contarle cómo era su amigo, y al acabar de hacerlo se encontró tranquilo. Según iban andando la contemplaba y halló en ella unos rasgos nuevos que las otras veces no había descubierto: el pelo le caía desordenado y largo por los hombros, la barbilla fuerte y redondeada, los pómulos marcados; los ojos, cuando miraban, tenían un brillo húmedo que hacía pensar que estaban llenos de lágrimas. Bajo el abrigo se adivinaba un pecho adolescente.

Hablaron de varias cosas: de la tertulia de la librería, de Musset, de los proyectos de Carlos para cuando terminara la guerra, y por dos o tres veces ella esquivó referirse a sí misma; preguntaba a Carlos qué vida hacía y se mostró curiosa de saberlo.

Sin advertirlo, Carlos fue penetrando en la descripción de su vida y, acaso para interesarla, fantaseó algo y llegó a confiarle sus secretos. Maruja se reía o le escuchaba atenta, hacía observaciones graciosas, le miraba de reojo, con picardía, y Carlos, perdida su timidez, le contaba audazmente sus pasados problemas sentimentales. Maruja sabía comprender lo que Carlos insinuaba, le rebatía algunas opiniones, hacía un gesto con la mano para decirle que no la convencía; una vez sorprendida ante un detalle más extravagante, le cogió de un brazo y le miró de frente. Carlos vio cerca de su cara el ojo bizqueando y animando la fisonomía, la boca de labios entreabiertos. Le pareció tan

sugestiva y perfecta que no continuó hablando, y se calló. Y ella se dio cuenta.

Había oscurecido; al llegar a Cibeles, Maruja se negó a que la siguiera acompañando.

Él insistía, pero no se lo permitió; él alegaba:

—Pero ha sido tan poco tiempo...

Maruja le contestó:

—Si quieres, ven mañana a casa.

Se quedó parado viendo cómo desaparecía entre la gente borrosa que cruzaba en todas direcciones. Le pareció aquel un momento magnífico de su vida, casi una victoria, que le halagaba y hacía feliz. Solamente el rato conversando con la muchacha le transformó. Una fuerza desconocida se despertó en él, le arrastró lleno de júbilo y valentía hacia una perspectiva prometedora.

* * *

Remordiéndole la conciencia, no dijo nada a Cosme cuando le vio. Hablaron un poco y le dio un pretexto para la tarde. Estaba distraído, no quería cruzar la palabra con su amigo.

A las seis de la tarde se dirigió a casa de Maruja, lleno de presentimientos y temores, deseando volver a verla y hablarle. Abrió la puerta el mismo hombre, que ni siquiera le miró, y le pasó directamente al saloncito. Ya estaba allí la muchacha en el diván.

Y la charla se reanudó por donde la tarde anterior y otra vez se rio con sus exageraciones. Carlos se excitó y acabó por sentarse también en el diván.

—Bueno, yo te cuento a ti muchas cosas más y tú a mí ninguna. ¿Cómo eres tú?

La joven tardó en contestar:

—Y, ¿no es mejor que no te lo diga? Puedes imaginarlo...

—Me equivocaría —respondió—. Imaginaría un ser fantástico...

Maruja se movió como una niña contenta.

—Sí, sí, eso; dime qué puedo ser.

Carlos se disponía a describir a una heroína de novela. Ella se deslizó en

el diván, tal como estaba sentada sobre las piernas, y casi quedó tendida. Le miró, en aquella postura, y él tuvo una sacudida interna que le turbó.

—Pues tú me pareces —comenzó diciendo, pero vio que el pelo se extendía sobre el diván y que el cuerpo de la chica se acomodaba en los almohadones. Le estaba provocando.

—Tú me pareces... —quiso continuar, pero la sonrisa era tan maliciosa que, fijo en ella, se dejó resbalar y quedó arrodillado en el suelo, inclinando su cara sobre ella y cogiéndola por los brazos.

—...un ser maravilloso.

Ella retrocedió un poco y se defendió. Carlos se acercó más.

—...y que me...

—Cuidado —murmuró ella resistiendo blandamente. Pero se estaba riendo y no se enfadaba.

—María —murmuró Carlos, que no quiso llamarla de otro modo—. Desde que te he visto...

—No me digas nada, cállate —le interrumpió ella. Y quedaron en silencio, notando la respiración próxima y la presión de las manos.

—Te amo, María, te amaré siempre —le dijo con voz entrecortada, emocionado por la condescendencia de ella—. He pensado en ti desde que te vi en la librería, no pude evitarlo.

Maruja le acarició una mejilla.

—Te amo, María —repitió, porque no se le ocurría otra cosa—. Amor mío —e intentó besarla.

La muchacha se desvió y se apartó suavemente.

—Déjame —le dijo, y se incorporó. Habíase puesto serio por algo. Se arregló el pelo mientras Carlos continuaba arrodillado junto al diván.

—Vete, vete ya, debes marcharte —dijo al joven, y se levantó.

—María, ¿te he ofendido? ¿Me desprecias? —exclamó con voz suplicante.

—No, yo también te quiero, pero ahora vete —le contestó, y le señaló la puerta. Carlos estaba tembloroso y extrañado; no comprendía la reacción de la muchacha.

Abierta la puerta, ella le cogió por los hombros, y, como era tan alta como él, le besó en un lado de los labios. Enseguida desapareció por el pasillo mal

alumbrado.

Carlos salió a la escalera, bajó a la calle, echó a andar, encantado de su suerte. La actitud de la chica, el beso, le decían que ella también le quería y que no la perdería por aquella declaración tan súbita. Cada momento de la entrevista crecía, se hacía más nítido, más trascendente. Volvió a sentir la emoción que experimentó cuando la tenía sujeta y notaba la carne blanda de sus brazos.

Después pensó en su brusca seriedad. Repasó lo que le había dicho por si podía ser la causa, y se repitió a sí mismo las frases de amor. Se sintió asombrado, como si fuese otra persona la que las dijo.

—Caramba, ¿cómo le he dicho eso? Te amo, te amo; pero parece de novela. ¡Qué vulgaridad! Va a pensar que lo traía preparado.

Se sintió ligeramente avergonzado.

—Amor mío —pronunció en voz baja, y le mortificó igual que un latigazo inesperado. El sentimiento de alegría cedió terreno a una sensación de ridículo—. Pero también ¡amor mío! es bochornoso. ¿Por qué diablos le he hablado así? Estaba tan nervioso que no podía pensar; me he portado como un novicio.

Ahora su actitud de rodillas en el suelo se le presentó con frialdad y comprendió que había sido impropio y excesiva.

—¡Qué barbaridad! —iba exclamando por la calle solitaria—. He hecho el ridículo.

Relacionó la seriedad de Maruja con sus frases amorosas. Sintióse molesto y disgustado. En el metro, camino de su casa, se desesperaba de haber obrado así y de que la muchacha no volviera a mirarle.

Se puso a leer en su cuarto para distraerse, pero no tenía fijeza y se sorprendía una vez y otra reconstruyendo la escena en todos sus detalles.

A eso de las diez de la noche llamaron a golpes en la puerta de la casita, y una voz gritó:

—Que llaman a Carlos al teléfono.

Se levantó de un brinco y llegó corriendo a la taberna. Había bastante gente hablando en voz muy alta.

Cogió el teléfono y escuchó la voz de Maruja que decía algo.

—¿Cómo? No entiendo.

—Ven mañana, Carlos. Quiero verte —oyó.

Estuvo a punto de gritarle unos desatinos delante de todos, pero se contuvo.

—Sí, sí, mañana iré; te lo prometo.

Le dijo algo, y luego, el ruido de colgar.

—¡Oye, oye! —pero no contestó.

Se echó a reír de felicidad, de optimismo, y se volvió hacia el tabernero, que le miraba.

—Muchas gracias, señor Emilio; le agradezco que me haya avisado —y volvió a reírse.

La taberna estaba llena de hombres. El dueño, con los brazos cruzados, les contemplaba. A Carlos le gustó la escena y experimentó una viva simpatía por él.

—Tome, señor Emilio, para que lea usted —y sin pensarlo le tendió el libro que estuvo leyendo y que aún tenía en la mano—. Lea usted esto y ya verá cómo le gusta.

El tabernero lo miró sin cogerlo.

—¿Y qué es eso? —preguntó.

—Es sobre Norteamérica, tómelo.

La mano del tabernero se tendió hacia el libro, pero se detuvo y volvió a apoyarse en el mostrador.

—No, no lo leo —dijo con voz opaca.

—Que sí, señor Emilio, que es muy bueno.

—Que no, déjalo.

—Que le va a gustar mucho...

El tabernero pareció dudar. Hizo un gesto de impaciencia y gruñó más fuerte:

—No quiero libros.

Carlos insistió, movido por el desprendimiento y la bondad que la llamada habían suscitado en él.

—Que no quiero, que no puedo leer, ¿me oyes?

Lo dijo con violencia y amargura, poniendo una cara frenética.

Carlos estaba muy contento para preocuparse de los demás.

—Como quiera usted; adiós.

Al salir le daban ganas de volver y tomarse unas copas de vino para completar el aturdimiento que le dominaba. Pero no tenía dinero. Se acostó y estuvo sin dormir mucho rato.

Olvidó sus frases teatrales y solo se acordaba del beso de despedida.

Enseguida Cosme notó una variación en su amigo. A pesar de que lo conocía de poco tiempo, había descubierto en él los rasgos más importantes y algunos pequeños matices de su carácter que le permitieron comprender que le pasaba algo.

Fue a buscarlo a su casa y no lo encontró; por las mañanas, al pasar lista de los inútiles, él procuraba alejarse o le contaba cosas sin interés. Estaba raro.

A los dos días de esto se encontró Cosme con un amigo de ellos, un alemán que estaba reponiéndose en un hospital. Con su acento duro y difícil le dijo ingenuamente que había visto a Carlos acompañado de una muchacha. Cosme tuvo la certidumbre de que ella era Maruja, y el corazón le dio un golpe doloroso. Entristecido, se separó del alemán y se fue despacio, meditando por qué Carlos no le habría dicho que se veía con la muchacha. Su curiosidad e interés por ella aumentaban rápidamente. Había pensado demasiado en la chica y estaba ilusionado con verla y ser su amigo, y ahora se encontraba con que Carlos la acompañaba.

—Claro —se decía—. El puede gustarle; es tan inteligente, y además tiene experiencia...

Pensaba esto con pena, igual que si estableciese una comparación y saliera perdiendo.

— Y debe ser encantadora —murmuraba.

Cuando se ponía en aquel estado de ánimo echaba a andar y no se daba cuenta hasta que se agotaba. Pero su cabeza no trabajaba excesivamente, sino que dejaba venir e írsele las ideas, sin obligarlas, distrayéndose con las cosas que veía a su alrededor. Esta vez, abstraído por su disgusto, anduvo sin parar y se encontró delante de la librería. Era después de comer y, sin saber la acogida que tendría, entró.

El dueño estaba allí, como siempre, y el abuelo dormitaba; resoplaba monótonamente. No había nadie más.

Cosme se sentó al lado del dueño y le preguntó si había visto a Carlos. Le

contestó que no, casi con un gesto, y continuó absorto contemplando el suelo. En su boca había siempre un rictus triste y, frecuentemente, sin motivo, enarcaba las cejas, hablando con alguien imaginario; era de pocas palabras, ya que no debía tener qué decir.

Cosme se lamentó de no coincidir con Carlos ninguna vez. El otro estiró las piernas y sentenció:

—Todos los amigos son iguales: unos desleales, unos pillos.

A fin de sostener la conversación, Cosme se atrevió a opinar:

—Generalmente, no. Se puede tener confianza en los amigos.

Hablaba en voz baja, y esto probablemente era lo que estimulaba al librero a charlar.

—Nada. El hombre no sabe ser amigo. Cuando más seguro estás de él, te hace la trastada. Hay mucho egoísmo.

Al callarse, solo se oía la respiración del viejo y el agua que caía en la calle, por la que no pasaba nadie. La tranquilidad daba a la conversación un tono íntimo. El librero le contó:

—Yo tuve un amigo que era un canalla, pero no lo supe hasta después. Le consideraba como un hermano, estábamos siempre juntos, los domingos nos íbamos de juerga y cada día nos queríamos más. Pero el granuja, en cuanto pudo, me hizo una charranada; me faltó a la honra de la manera más infame...

Cosme se preguntó cuál sería la mala acción del amigo.

Estaba más tranquilo ya, pero pensar en Carlos junto a Maruja le arañaba dentro. Pasó un rato y entró el joven del que se decía que era un emboscado. Llevaba un buen abrigo y tenía una estatura respetable. Rubio, con la boca pequeña y redonda, a veces tenía aspecto de recién nacido; otras, si se leía o decía algo con intención, le cambiaba la fisonomía y se convertía en la de un degenerado. Todos habían notado que una ceja le bailaba sobre el ojo y lo interpretaban como signo de maldad. La verdad era que el muchacho no merecía esta opinión y se limitaba a oír a los demás en la tertulia.

Ocupó una silla que estaba cerca de Cosme y cambiaron unas palabras. Tenía acento gallego y se veía que procuraba hacerse amable, pero Cosme, que no le tenía simpatía, le preguntó de repente:

—¿Y cómo se está usted librando de ir al frente?

El otro, muy tranquilo, le contestó:

—Psss, tengo un certificado médico, pero estoy pensando que cualquier día me voy a que me peguen un tiro.

La indiferencia con que hablaba le enemistó más con Cosme. Para él la guerra debía apasionar ineludiblemente a todos y la apatía que reflejaban las palabras del Emboscado no eran propias de un hombre joven. Sin miramientos le siguió interrogando:

—¿Y qué hace usted ahora?

—Pues nada —fue la respuesta—; dejo pasar el tiempo. Con ocuparme de poder comer tengo bastante.

—Pero ¿no trabaja?

—No; hasta hace poco estuve en una clínica, pero me harté y no he vuelto. —Mientras, se frotaba las manos, satisfecho, y miraba a otro sitio. Cosme observó que sus ojos se detenían en la puerta, y mentalmente se dijo que fingía distraerse para no seguir hablando. Al cabo de un momento, alzó la mano el Emboscado y dijo:

—Creo que ahí está su amigo.

Cosme miró. A través de los cristales de la puerta, tapados con papel azul, vio la figura de Carlos, que, sin entrar, pretendía descubrir quién había en la librería. Cosme, después de vacilar un momento, se levantó y salió fuera.

—¿Por qué no entras? —le dijo.

Carlos se apoyó en la esquina del escaparate e hizo un gesto de aburrimiento.

—No tengo ganas —le respondió—. No quiero hablar.

—¿Qué has hecho estos días? Te fuí a buscar y no estabas. —Cosme se arrepintió de haber dejado escapar su pensamiento; el otro comprendería que la pregunta era muy directa y sospecharía su gran curiosidad. Sin embargo, Carlos no contestó; dio media vuelta y echó a andar por la calle.

Le contempló cómo se alejaba, a pasos desiguales por la acera que, mojada, reflejaba su sombra. Tenía los pantalones manchados de barro, y el abrigo, de color difuso, deformado, escurriéndosele, estaba calado por los hombros y la espalda, de haber andado mucho bajo la lluvia. Era una estampa triste que a Cosme le produjo una gran compasión y le borró la tensión áspera que tuvo por la tarde contra su amigo.

Algo le debía haber pasado a este cuando obraba de aquella manera, y

ahora andaba con paso vacilante, marchándose sin hablarle. Echó a andar detrás de él y mientras le alcanzaba, pasaron en turbiones por su cabeza las probables cosas que le podrían haber ocurrido a Carlos, todas ellas con Maruja como causa.

—¿Qué te sucede? —le preguntó cuando estuvo a su lado.

—Que estoy cansado —exclamó Carlos echándole una mirada de reojo.

—No puede ser; hay algo más. Estás triste, no has querido entrar en la tertulia, hace días que no te veo... Dime qué te pasa...

Casi no llovía, pero el aire estaba cargado de humedad y de gotas invisibles que humedecían las ropas. De los balcones caían con ruido goterones que les mojaban la cabeza. Pasaba muy poca gente y estaban solos en aquel trecho, delante de comercios con los escaparates tapados con chapas de madera.

Carlos se paró, absorto en sus pensamientos mirando al suelo, dejando que el aire le sacudiera el gabán. Estaba más pálido, notó Cosme, que la última vez. En aquel momento le pareció aniquilado y soñoliento; más enfermo, delicado y solo que nunca. Ya únicamente pensó en ayudarle y devolverle la tranquilidad. A empujones lo metió en un café antiguo que había cerca y se sentaron junto a una ventana, lo más alejados de un cuarteto que tocaba piececillas de zarzuela.

Le hizo tomar té caliente, pero Carlos, como idiotizado, le dejaba hacer sin decir una palabra.

—Pero, hombre, habla y dime qué te pasa.

Por fin Carlos se decidió. Le explicó primero, con rodeos, frases entrecortadas y pausas, que se había encontrado con Maruja, que le había dicho que fuese, que estuvo en su casa... La muchacha le demostró simpatía.

—Te aseguro que no sé cómo fue, pero noté que interesaba a Maruja Fidel, ¿comprendes? Me lo demostró, me lo dijo claramente, y ¿qué iba a hacer?

Hizo una pausa y apoyó la cabeza en la mano en una actitud desesperada, jugando con la cucharilla. En el café estaban tocando «La Viejecita»¹⁰ y pensó Cosme que les iba a poner más tristes.

—¿Comprendes mi situación? —proseguía Carlos—. Estuve desesperado. Me decía a mí mismo: está enamorada de mí, me quiere y es casi una niña.

No podía hablarle como a una mujer, debía tener mucho cuidado para no herirla. Es ingenua y supondría que la desprecia.

—Y tú ¿qué has hecho por fin?

—Una locura, hombre, una locura. Se lo he dicho: que no quiero destrozar su vida haciéndole creer en mi amor; que es para mí igual que una hermana, pero que no puedo entregarle todo lo que soy, mi corazón, mis pasiones, puesto que es un ser puro e inocente. Ha sido horrible.

Volvió la cabeza hacia la calle y Cosme observó que la oreja de su amigo se transparentaba con el color suave de los pétalos de rosa. Volvió a llover y el cristal de la ventana se cubrió de gotas.

—¿Te has enamorado de ella? —se atrevió a preguntarle, temiendo la respuesta.

—Sí —le contestó Carlos, pasándose la mano por el pelo revuelto y mojado.

—Entonces... no comprendo tu actitud. Te pasaba igual que a ella...

—No podría explicártelo —le interrumpió Carlos, que parecía poco a poco recobrase de su anterior abatimiento—. No puedo quererla porque es una niña, porque su alma es transparente... pero estaba enamorado de eso mismo, de su candor, de su gracia. Es igual a la Natacha de «Humillados y ofendidos»¹¹; es apasionada y tierna, me ha querido con verdadero ardor. Es la única mujer que se ha fijado en mí y, sin embargo, le dije que no podíamos amarnos.

A Cosme le surgían dudas por todos lados y estaba tan preocupado como Carlos, en parte por oírle expresarse de una manera tan rara y literaria.

—Me parece que has hecho una tontería. Si ella te quiere, tú podías haberla correspondido con igual cariño —dijo.

—No, es imposible. Tenía miedo de quebrar su fe, de ofenderla, de manchar su afecto. Tú no puedes comprenderlo, eres un tipo lógico y racionalista; yo, en cambio, soy más sentimental.

Quedaron un rato callados. Cosme se apoyó en el respaldo de la silla y reflexionó sobre todo aquello. Mientras tanto, Carlos se tomaba los restos del té, ya frío.

—Tengo que dar una llamada —dijo este de repente, y se levantó, dirigiéndose a la cabina del teléfono. Cosme se entretuvo en ver quién le

rodeaba; cuatro o cinco personas por los rincones del café oían la música que hacían sobre el tablado de madera. En el bar, el camarero estaba leyendo un periódico. En un reloj dieron muy despacio las seis de la tarde. Seguía lloviendo y de vez en cuando pasaba un auto que se veía a través del cristal mojado como cuando se mira con los ojos llenos de lágrimas. La tarde estaba desapacible, aburrida, melancólica. Cosme encontró dentro de sí la ligera tristeza que queda cuando un secreto es revelado o cuando una persona querida dice adiós desde un tren en marcha; se figuró con toda claridad esta imagen. Era la sensación de que algo irremediamente se había cumplido y ya no podía alterarlo ni detenerlo. Aparte de que el problema amoroso de su amigo le afectaba a él, también sufría porque al pensar en la muchacha se le aparecía totalmente inasequible, como perdida, interpuesta ante ella la postura trágica de Carlos, con una mano en la frente y sus palabras un poco oscuras. No llegaba a comprender el porqué de aquella ruptura, no penetraba en los sentimientos confusos de Carlos, pero estaba convencido de que Maruja se había alejado de ellos para siempre. Su tristeza era precisamente porque no le era posible conservar el recuerdo de la joven, que tanto le había interesado y atraído, y se preguntaría siempre cómo sería, qué pensaría de tal cosa o de la otra. Preveía que muchas veces en el trascurso de los años se habría de volver a la fugaz figura de la muchacha, queriendo descubrir sus palabras y sus gestos que no había llegado a conocer.

Mientras pensaba esto, Carlos, en la cabina del teléfono, intentaba hablar con Maruja. Tenía los nervios tan excitados que apenas podía marcar el número, y las manos se le humedecían de sudor frío. El teléfono daba la señal, se oía el timbre lejano, pero nadie contestó. Sombrío, volvió a sentarse junto a la ventana, sin hacer caso de Cosme, que procuró guardar silencio y meditar uno a uno sus pensamientos.

Pasaron así la tarde hasta que se hizo de noche y se marcharon.

* * *

Precisamente, mientras los jóvenes estaban en el café, mudos y amargados, Maruja Fidel fue a buscar a Carlos a la librería, y al no encontrarlo se entretuvo allí un rato preguntando por él.

El abuelo, desde su sillón, vio que salía acompañada de alguno, pero no se fijó mucho, porque estaban dando noticias de la guerra y esto le interesaba más.

Carlos, por la mañana, quiso comunicar con ella, llamando desde la taberna, al lado del señor Emilio, que barría el suelo, ajeno a todo; la muchacha no estaba en casa y Carlos se desesperaba.

Había tenido con ella una escena tan particular, tan incomprensible, que a él mismo le dejaba asombrado.

Empezó todo porque ella, sonriendo, se cogió de su brazo cuando iban dando un paseo por los altos de Serrano. El la miró y al verla tan candorosa, tan infantil, con su gesto apasionado y casi avergonzada, le dio un gran temor de poderla herir con una palabra, de contrariarla en alguna cosa, de que llegara un día en que llorase calladamente. No sabía por qué se le vinieron estas ideas, pero tenían tanta fuerza que, sin evitarlo, se desprendió de su mano y tartamudeó unas palabras. Maruja le miró y él empezó a decirle que aquello no podía continuar, que ponía todo su corazón en ella y esto acaso le trajera sufrimientos, porque era aún una muchacha y no comprendía el amor de un hombre, que la haría desgraciada si aquella pasión fracasaba o se enfriaba, y que sería mejor ver de situarse ambos en un plano igual.

Ella al principio quiso bromear, pero luego palideció y puso cara de desprecio, como si hubiese comprendido que el cambio insólito de él obedecía a un cansancio, a una decepción de ella. El que pudiera pensar esto le hirió tanto a Carlos y fue tan grande su confusión que no encontraba las palabras para continuar. Se puso a hacer frases sobre el amor y buscaba la forma de despedirse porque estaba perdiendo la serenidad y algo, una turbación total, le trastornaba.

Al separarse se dio plena cuenta de que un tierno afecto le había nacido por la muchacha, sustituyendo al interés novelero de primera hora. Su carácter sencillo y bondadoso le atraía sobre todo; más que el aura misteriosa que la rodeaba.

Quiso volver a hablar con ella, explicarle lo que le dijo, en fin, pedirle que no hiciera caso de su absurda reacción momentánea; pero cuando la llamó no estaba en su casa.

Salió de la taberna y estuvo paseando por descampados, que eran

vertederos de basura. Hacía sol, templanza, un aire agradable. Grandes nubes venían del sur, cambiando constantemente de forma. Cruzó la vía del tren en dirección al frente alejado del que llegaban estampidos y de vez en cuando el ruido de un mortero. Estuvo un rato vagando por allí, luego se volvió a «La viña de oro» y se sentó en un rincón a esperar una presunta llamada.

Las emociones desacostumbradas de aquellos días le pusieron ojoso, más demacrado, más impresionable. No quería hablar a nadie de aquello y la inquietud, sin un consuelo, no le dejaba descansar el pensamiento. Cosme le encontró allí, cejijunto y ensimismado.

—Me dijeron que te encontraría aquí y vengo a verte —le explicó con sonrisa forzada, sentándose enfrente de él—. ¿Esperabas algún recado?

—Sí, acaso me llame... —bisbiseó tristemente.

—Ah —dijo Cosme y se calló—. ¿Y por qué no te niegas cuando te llame? —sugirió a su amigo.

—¿Negarme?

—Claro, para terminar. ¿No es lo que tú quieres?

Dijo esto, pero enseguida se hizo cargo de que se equivocaba. Su amigo estaba allí precisamente esperando ansioso una llamada de Maruja Fidel. Debía estar enamorado y motivos invisibles le atormentaban; contradecían su conversación en el café.

—Si él la quiere —pensaba Cosme—, ¿por qué todo aquello de decirle que aún es joven y que es demasiado pura para él? Francamente, no lo entiendo. Debe estar maniático.

El señor Emilio salió por allí y tuvieron que cambiar unas palabras. Cuando quedaron solos de nuevo, no vaciló en decirle:

—¿Por qué no vas a buscarla? Arregla de una vez eso con ella.

—No, no me atrevo —repuso Carlos despacio—. No sé qué decirle, me cohibe con su ingenuidad, no puedo hablarle como debiera.

Se calló. En la taberna, entraron unos individuos y empezaron a charlar. Luego, chocando con la puerta, penetró la Tomasa haciendo mucho ruido y quejándose para que le dieran un poco de vino. El tabernero llamó a gritos en la trastienda:

—¡Engracia, Engracia!

Los dos amigos se levantaron y salieron fuera. Se despidieron.

A las cinco de la tarde fue Carlos a la tertulia y, no bien había cambiado unas palabras con los conocidos, el Emboscado que estaba junto al mostrador, le dijo en voz baja para que no lo oyesen los demás:

—Ayer estuve charlando con una amiga de ustedes.

Carlos se volvió hacia él, intrigado.

—Sí, con la muchacha que hace unos días entró pidiendo versos en francés.

—¿Sí? ¿La conoce usted? —preguntó Carlos sorprendido y poseído de una curiosidad inquieta.

—Estuve charlando con ella ayer —contestó el Emboscado sin la menor afectación—. Parece lista y es muy simpática.

La mente de Carlos trabajó para dar con las palabras convenientes y poder descubrir la verdad. Pasaron unos momentos y luego le preguntó:

—¿Y la conoce hace mucho?

—No, de ayer, pero es simpática, sí. —El emboscado no quería darle importancia y miraba a otro sitio.

Carlos iba a volver a preguntarle, pero se abrió la puerta de la librería y entró un músico al que todos querían mucho. El Emboscado se separó de Carlos para ir a saludarlo y la conversación se rompió cuando el muchacho estaba a punto de estallar de curiosidad y angustia.

Fue un cuarto de hora en el que pensó los mayores absurdos y creyó descubrir doble sentido en aquello que le había dicho el Emboscado y que le suscitó dudas acerca de Maruja. ¿Se habría burlado de él, y el Emboscado conocería todo? ¿Le contaría lo que él le había dicho aquella tarde en el diván?

No pudo resistir la vergüenza y la indignación que aquello le producía. Sin despedirse se marchó y anduvo por varias calles perseguido por la evidencia de que Maruja hacía tiempo conocía a aquel individuo y juntos se habrían burlado de él. Pudiera ser que hasta fueran novios, y toda la ternura que demostró Carlos no tuviera otro fin que atraerle y hacerle objeto de sus risas.

El peor acceso de desaliento que tuvo en su vida lo sufrió entonces, solo, en medio de la calle, con los brazos caídos y casi llorando. Se sintió alejado de las cosas y las personas, como rodeado de infinito silencio que nunca alteraría un ruido. Se propuso no volver a verla más.

Sin saber qué hacer volvió a su casa. Cuando se encontró en su cuarto con los libros y la cama, se sosegó algo y volvió a ser el muchacho de siempre, sintiendo igual sensación que si hubiera estado haciendo un largo viaje y regresara al sitio de donde salió. Se sentó a la mesa y repasó los libros que estaban sobre ella. Cogió uno, dispuesto a leer y enfrentarse con la realidad serenamente, pero al ver un librito que le prestó Cosme, le acometió una oleada de vergüenza y una lágrima le corrió por la mejilla derecha. El recuerdo del amigo fue tan desagradable como el de la joven. Después de haberle ocultado que se veía con ella, sin contarle, desde el primer momento, que se habían enamorado mutuamente, tal como debía, comprendió que la confianza recíproca había sufrido un golpe mortal y que Cosme le guardaría un cierto rencor, aun sabiendo el final desastroso de aquella aventura. Acaso Cosme habría experimentado por Maruja el mismo sentimiento que él la tarde en que le hablaron en la calle y él, por suerte o por casualidad, fue quien logró el éxito. Ahora lo veía como una mala acción y se indignaba de la aparición del Emboscado, que le descubrió un turbio juego, que a toda costa no debía saber Cosme.

—No, no lo debe saber —se dijo firmemente y en los días siguientes rehuyó a Cosme; este se dio cuenta y no quiso forzarle a hablar. También él se sentía dolido de algo que no hubiera sabido explicar y quería estar solo, sin ver a nadie, dejando vagar las ideas o reconstruyendo los episodios de aquella temporada.

Pocos meses después terminó la guerra, los frentes se rompieron, los soldados dejaron de serlo y las personas fueron dispersadas como briznas de paja en un remolino de verano.

[8](#). En abril de 1935 se inauguró el Mercado Central de frutas y verduras de Legazpi, un barrio en el sur de Madrid; estaba en un edificio arquitectónico innovador.

[9](#). Jiddu Krishnamurti (1895-1986), escritor de origen hindú, propagandista de la meditación trascendental y miembro de la Sociedad Teosófica. Zúñiga se interesó por estos asuntos, como puede comprobarse en su relato «Camino del Tibet», incluido en *La tierra será un paraíso* (1989).

[10](#). «La viejecita» es una zarzuela cómica, con libreto de Miguel Echegaray y música de Manuel Fernández Caballero, estrenada en 1897. Parece un contrapunto para reafirmar la falsedad del relato de Carlos, que destruye su patetismo.

[11](#). *Humillados y ofendidos* es novela de Fiodor Dostoievski. Natacha es uno de los personajes. Se trata de una mujer joven que se enamora locamente y huye con el perverso príncipe Valkovski. La alusión a esta novela confirma la situación novelesca que describe Carlos.

Apéndice



Prólogo a la edición de 1962 de *El coral y las aguas*

¿Se podrá descubrir en su oscuridad, en su noche, a los hombres y mujeres que están en las páginas de este libro, a los hombres y mujeres que miran desde el fondo del pueblo? Después de escribirlo, cuando pude darme cuenta de la enigmática lengua empleada y del vestido antiguo con que había cubierto a sus personajes, me hizo sufrir la idea de que serían tan impenetrables como reservada era la época en que los había descrito. Época sumergida en el silencio, época de ocultación y sigilo, anegada en el recelo a la injusticia, en el miedo a la violencia.

Buscaba entonces las palabras convenientes para razonar mis opiniones y expresarlas. Me era preciso hablar y comunicar mi indignación a otros, pero esta sorprendente calidad humana de poder hablar se había transformado en un delito castigado. Entonces fue cuando me hice esta penosa pregunta: ¿cómo poder sustraerme al castigo?

Rodeado de miradas vigilantes, de una amenaza invisible que podía a cada momento concretarse, sabía que la única forma de deshacer tal amenaza era que mi pensamiento llegara a los demás. Pero las tiranías vigilan todo, están sometidas a la vergonzosa esclavitud de vigilar todo, especialmente las palabras; solo las excusan a un borracho o a un loco. Entonces me volví hacia la bebida para no silenciar mis pensamientos: bebí como la forma posible de extraer, por los cauces del sufrimiento, las palabras que dentro de mí, a cualquier hora del día, se agitaban, recordándome que otros debían escucharlas. Mientras que, ablandado el cuerpo delante del vaso de coñac o vino tinto, miraba torpemente hacia algún punto de luz, el pensamiento remontaba las cuestas de la dignidad y huía hacia comarcas lejanas.

También entonces, ojos torvos o indiferentes me contemplaban —aunque un hombre bebiendo duramente es inofensivo—, pero mis palabras alzaban la cabeza, buscaban sus caminos. La mano fraternal de la embriaguez rompía

las ataduras con la realidad y las anudaba con lo fantásticamente antiguo, con los fecundos orígenes. Épocas remotas daban un disfraz a las inquietudes, a los sueños irrealizables, a lo inútilmente esperado y a los recuerdos desoladores. Empecé a murmurar una larga serie de fantasías que los oídos suspicaces no juzgarían peligrosas.

Pero la costumbre de la cautela, la práctica de las miradas confidentes y de las palabras mordidas o apenas pronunciadas, no habían dado en balde su consejo. El rostro de la verdad se enmascaraba tras la careta, lo que había visto y escuchado con espanto durante años, lo que había envenenado mi adolescencia, iba viniendo a mi boca con un sabor distinto al que hubiera precisado el odio para ponerme un hierro en los labios. Lo que había acumulado durante años, brotaba convertido en una materia inesperada. Poco a poco escribí este libro.

Después de escrito, pensé que con sus enigmas expresaba mis miedos y los de mi pueblo, también cercado por amenazas y los peores tratos, también refugiado, tantas veces, en la embriaguez. Con un lenguaje secreto daba noticia de los que habían sido sometidos y de los que fueron insumisos, de su intransigencia y su incertidumbre. Al final de haberlo contemplado mucho comprendí que no era una pieza ajena al trabajo de mis manos. Como un documento cifrado había escrito este relato en el que son mencionados hechos y hombres que forman un solo cuerpo conmigo. Los subterráneos deseos de los otros son mis deseos y los misteriosos personajes son hombres como yo, y lo incomprendible es diáfana claridad.

Edición en formato digital: 2019

Diseño de colección: masgrafica.com

Ilustración de cubierta: Lawrence Alma-Tadema, *Safo y Alceo* (1881). Fragmento

© *Inútiles totales*: Juan Eduardo Zúñiga, 1951, 2019

© *El coral y las aguas*: Juan Eduardo Zúñiga, 1962, 2019

© De la introducción y notas: Luis Beltrán Almería y Ángeles Encinar, 2019

© Ediciones Cátedra (Grupo Anaya, S. A.), 2019

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

catedra@catedra.com

ISBN ebook: 978-84-376-3942-0

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.

Conversión a formato digital: REGA

www.catedra.com